

Diario de un cura rural

Georges Bernanos

I

Mi parroquia es una parroquia como las demás. Todas se parecen. Las de hoy en día, naturalmente. Ayer mismo le decía al señor cura de Norefuentes que el bien y el mal deben hallarse equilibrados, o si lo prefería, superpuestos uno y otro sin mezclarse, como dos líquidos de distinta densidad. Al oír mis razones, el señor cura de Norefuentes se echó a reír. Es un buen sacerdote, muy benévolo, muy paternal y que pasa en el propio arzobispado por espíritu fuerte y un tanto peligroso. Sus ocurrencias provocan la hilaridad en los presbiterios y él suele acompañarlas con una mirada que quiere ser viva y que en el fondo es tan marchita, tan fatigada, que al verla me dan ganas de llorar.

Mi parroquia se halla consumida por el aburrimiento; ésa es la palabra exacta. ¡Como tantas otras parroquias! El tedio lo devora todo ante nuestra vista y nos sentimos incapaces de hacer nada. Acaso algún día nos alcance el contagio y descubramos en nosotros mismos ese cáncer. Es posible vivir mucho tiempo teniéndolo latente en el interior.

La idea se me ocurrió ayer, en la carretera. Caía una de esas lluvias finas que cuando se respiran a pleno pulmón parecen descender hasta el vientre. Por el lado de Saint Vaast, vi aparecer bruscamente el pueblo, apilado y mísero, bajo el cielo huraño de noviembre. Bajo la llovizna, el pobre pueblo tenía aspecto de estar tendido allá, en la hierba, chorreante, como un animal agotado. ¡Qué pequeño es un pueblo! Y aquél constituía, precisamente, mi parroquia. Era mi parroquia, pero yo no podía hacer nada por ella y la contemplaba tristemente, viendo cómo se hundía en la noche, cómo desaparecía... Dentro de algunos instantes dejaría de verla. Jamás había sentido tan cruelmente su soledad y la mía propia. Sin saber por qué pensé en aquel ganado que oía mugir a veces entre la niebla y que el vaquerillo, al volver de la escuela, con el cartapacio aún debajo del brazo, conducía entre los pastos mojados, al establo caliente, oloroso... También el pueblo parecía aguardar en aquel instante —sin grandes esperanzas de que apareciera— después de tantas otras noches transcurridas entre el lodo, a alguien a quien seguir hasta algún improbable e inimaginable albergue.

Ya sé que todo esto no son más que ideas locas, que ni yo mismo puedo tomar en serio, sueños absurdos... Los pueblos no se levantan obedientes a la voz de cualquier vaquerillo, como el ganado. ¡No importa! Ayer noche, creo que si un santo lo hubiera llamado...

Me repito a menudo que el mundo se halla consumido por el tedio. Claro que hay que reflexionar un poco para darse cuenta de ello, pues no se comprende de buenas a primeras.

El aburrimiento es algo semejante al polvo. Vamos y venimos sin verlo, respirándolo, comiéndolo y bebiéndolo. Es tan fino, tan tenue, que ni siquiera cruje al ser masticado. Sin embargo, basta detenerse unos instantes para que recubra el rostro, el cuerpo, las manos. Hay que moverse sin cesar para sacudir esa lluvia de ceniza y acaso sea ésta la causa de que el mundo se halle tan agitado.

Se objetará acaso que el mundo está tan familiarizado con el tedio que éste forma parte de la verdadera condición humana. Es posible que en el principio la semilla estuviera diseminada por doquier y que germinara aquí y allí, dondequiera que halló un terreno favorable. Los hombres conocen bien ese contagio del tedio, esa lepra. Es ésta una desesperación abortada, una forma vil de la desesperación, algo así como el fermento de un cristianismo descompuesto.

Tales pensamientos procuro guardarlos siempre para mi fuero interno. Sin embargo, no me siento avergonzado por ellos. Creo que me produciría gran bienestar llegar a hacérselos comprender a alguien; gran bienestar y gran reposo. Para mi conciencia, claro está. El optimismo de los superiores está totalmente muerto. Los que lo profesan aún, enseñan por costumbre, sin creer siquiera en él. A la menor objeción, prodigan sonrisas suplicantes, pidiendo gracia. Los viejos sacerdotes no se dejan engañar. A despecho de las apariencias y si bien se permanece fiel a un determinado vocabulario, por lo demás inmutable, los temas de la elocuencia oficial no son los mismos. Antes, por ejemplo, una tradición secular obligaba a que un sermón episcopal no acabara jamás sin una prudente alusión —convencida, es verdad, pero prudente— a la inminente persecución y a la sangre de los mártires. Tales predicciones, son en la actualidad mucho más raras. Probablemente porque su amenaza es menos incierta.

Una frase ¡ay! comienza a divulgarse por los presbiterios, una de esas horribles frases llamadas «de soldado» y que, no sé cómo ni por qué, parecieron graciosas a nuestros antecesores, pero que los muchachos de mi edad hallan tan feas y tan tristes. (Es además sorprendente que el *argot* de las trincheras haya logrado expresar tantas ideas sórdidas en imágenes lúgubres... ¿Pero era realmente el *argot* de las trincheras?...). Se repite de muy buena gana que «no hay que tratar de entender». ¡Dios santo! ¡Si estamos aquí justamente para eso! Sólo que, ¿quién informa a éstos? Nosotros. Por eso cuando se nos alaba la obediencia y la sencillez de los monjes me complazco en decir que el argumento no me conmueve demasiado.

Todos somos capaces de mondar patatas o cuidar puercos siempre que nos lo mande un superior de novicios. Pero en una parroquia no es tan fácil efectuar actos virtuosos como en una comunidad. Tanto más cuanto *ellos* los ignorarán siempre y jamás llegarán a comprender nada.

El arcipreste de Bailleuil, desde su jubilación, frecuenta asiduamente la casa de los RR. PP. Cartujos de Verchocq. *Lo que he visto en Verchocq* fue el título de una de sus conferencias a la que el señor deán casi nos obligó a asistir. Escuchamos cosas muy interesantes, casi apasionantes, dichas en el tono preciso, pues el encantador anciano tiene los pruritos minúsculos e inocentes de un profesor de letras y cuida tanto su dicción como sus manos. Se diría que aguarda y teme al mismo tiempo, la presencia improbable, entre su auditorio de sotana, del señor Anatole France, y que en nombre del humanismo le pide gracia para el buen Dios, con miradas finas, sonrisas cómplices y retorcimientos de meñique. Parece que esa especie de coquetería eclesiástica estaba de moda en 1900. (Soy probablemente de naturaleza muy áspera, basta, pero tengo que confesar que el clérigo letrado me causa siempre horror. Frecuentar las «gentes de espíritu» es, en resumen, como comer fuera de

casa... y no va a comerse fuera de casa en las propias narices de quienes se están muriendo de hambre.)

El señor arcipreste nos contó muchas anécdotas, llamadas por él *rasgos*, según es uso ahora. Creo haberlas comprendido. Desgraciadamente, no me sentí en ningún instante tan emocionado como hubiera deseado. Los monjes son incomparables maestros de la vida interior, nadie duda de ello, pero la mayor parte de aquellos famosos *rasgos* eran como los vinos del terruño, que tienen que consumirse en el mismo lugar. No soportan el traslado.

Acaso sea posible... ¿debo decirlo?, acaso sea posible que ese pequeño número de hombres reunidos, viviendo juntos día y noche, creen sin saberlo una atmósfera favorable... Yo también conozco algo los monasterios. He visto a religiosos recibiendo humildemente, el rostro bajo y sin chistar, la reprimenda injusta de un superior, destinada a quebrantar su orgullo. Pero en esas casas que no turba eco exterior alguno, el silencio alcanza una calidad, una perfección verdaderamente extraordinaria; el menor temblor es percibido por oídos de una sensibilidad exquisita... Y hay silencios de sala capitular que valen un aplauso.

(¡Mientras que una repulsa episcopal...!)

Releo estas primeras páginas de mi diario sin hallar en la lectura satisfacción alguna. He reflexionado mucho, ciertamente, antes de decidirme a escribir. Pero tal reflexión no me tranquiliza en lo más mínimo. Para quien tiene el hábito de la plegaria, la reflexión no es con frecuencia más que una coartada, una manera solapada de confirmarnos en una intención. El razonamiento deja cómodamente en la sombra lo que deseamos mantener oculto. El hombre de mundo que reflexiona, calcula sus oportunidades. Pero ¿qué representan las oportunidades para nosotros, que hemos aceptado de una vez para siempre, la terrible presencia de la divinidad en nuestra pobre vida? A menos que pierda la fe —¿y qué le queda entonces si no puede perderla sin renegar?— un sacerdote no sabrá tener de sus propios intereses la clara visión, tan directa —quisiera decir tan ingenua, tan cándida— de los hijos del siglo. ¿Calcular nuestras oportunidades? ¿Para qué? No se juega contra Dios.

* * *

Recibí la respuesta de mi tía Filomena acompañada de dos billetes de cien francos, justamente lo que me faltaba para lo más apremiante. El dinero se desliza entre mis dedos como si fuese arena. ¡Es horrible!

Tengo que confesar que soy bastante bobo. Lo prueba, por ejemplo, lo que me ocurrió en el caso del tendero de Heuchin, el señor Pamyre, que es un hombre honrado (dos de sus hijos son sacerdotes) y que me ha recibido con mucha amistad. Es además, el proveedor titulado de mis colegas. No deja nunca de ofrecerme, en su trastienda, vino quinado y pastas secas. Acostumbramos a charlar unos instantes. Los tiempos son duros para él, una de sus hijas no está aún dotada y la educación de sus dos otros hijos —varones— que frecuentan la facultad católica, cuesta cara. Un día, hace poco, al tomar un encargo mío, me dijo amablemente:

—Añadiré tres botellas de vino quinado. Coloreará sus mejillas.

Creí estúpidamente que me las ofrecía como obsequio. La verdad es que un pobre, que a la edad de doce años pasó de un hogar mísero a un seminario, no sabrá nunca el valor del dinero. Creo incluso que nos es difícil permanecer estrictamente honestos en asuntos de negocios. Más vale no arriesgarme a jugar, aunque sea de una manera inocente, con lo que la mayoría de los seculares consideran, no un medio, sino un fin...

Mi colega de Heuchin, que no es persona de las más discretas, creyó su deber hacer, en

forma de broma, una alusión a tal equívoco, en presencia del propio señor Pamyre. Éste pareció sinceramente afectado. —Que el señor cura —dijo— venga cuantas veces quiera... Siempre tendremos el placer de brindar con él. Gracias a Dios, no reparamos en una botella más o menos. Pero los negocios son los negocios y no puedo regalar mi mercancía.— Y la señora Pamyre, añadió: —También nosotros tenemos obligaciones propias de nuestro estado.

* * *

Esta mañana he decidido no prolongar más la experiencia allá de los doce meses venideros. El 25 de noviembre próximo echaré estas hojas a] fuego y tratare de olvidarlas. La resolución, tomada después de la misa, me ha tranquilizado durante unos instantes.

No es un escrúpulo, en el sentido exacto de la palabra. No creo hacer daño a nadie anotando aquí día por día, con una franqueza absoluta, los más insignificantes secretos de una vida que además no tiene misterio alguno. Lo que voy a perpetuar en el papel no enseñaría gran cosa al único amigo con quien me explayo todavía y por lo demás, sé que jamás me atrevería a escribir lo que cada mañana confío a Dios sin la menor vergüenza. No son escrúpulos, sino más bien una especie de temor irrazonado, parecido a la advertencia del instinto. Al sentarme por vez primera delante de este cuaderno de colegial, lie tratado de fijar mi atención, de concentrarme como para un examen de conciencia. Pero no ha sido mi conciencia la que he avizorado con esta mirada interior, ordinariamente tan reposada, tan penetrante, que desprecia el detalle y va directamente a lo esencial. Parecía resbalar por la superficie de otra conciencia, hasta entonces desconocida para mí, por un turbio espejo que me hacía sentir el temor de ver surgir un rostro. ¿Qué rostro? ¿Acaso el mío...?

Cada cual debería hablar de sí con un rigor inflexible. Pero al primer esfuerzo para comprenderse, ¿de dónde surge esta piedad, esta ternura, este aflojamiento de todas las fibras del alma y estos deseos de echarse a llorar?

Ayer fui a ver al cura de Torcy. Es un buen sacerdote, muy puntual, que hallo un poco vulgar. Un hijo de campesinos ricos, que conoce el valor del dinero y que me impone bastante por su experiencia mundana. Los colegas hablan de él como candidato *para* el decanato de Heuchin... Su comportamiento conmigo es bastante descorazonador, pues aborrece las confidencias y sabe apartar de su mente el deseo de expresarlas con una risa bonachona, aunque más sutil en el fondo de lo que aparenta. ¡Cuánto desearía, Dios mío, tener su salud, su valor y su equilibrio! Creo que mira con bastante indulgencia lo que llama adrede mi sensiblería, porque sabe que no pongo en ella la menor vanidad. ¡Nada, de eso! Hace ya mucho tiempo que no trato de confundir con la verdadera piedad de los santos —fuerte y dulce— ese miedo infantil que siento hacia el sufrimiento de los demás.

—¡Mala cara, pequeño!

Hay que decir que me hallaba aún trastornado y confuso por la escena que acababa de hacerme algunas horas antes el viejo Dumonchel en la sacristía. Dios sabe que quisiera dar por nada, junto con mi tiempo y mi esfuerzo, los tapices de algodón, los cortinajes comidos por las polillas y los cirios de sebo, pagados muy caros al proveedor de Su Excelencia, pero que encendidos se deshacen con un chisporroteo de sartén puesta al fuego. Pero las tarifas son las tarifas... ¿Qué puedo hacer yo?

—Hubiera tenido usted que echar al viejo inmediatamente —me dijo el cura de Torcy.

Y como yo protestara, prosiguió:

—¡Echarle con cajas destempladas! Conozco a ese Dumonchel: el viejo tiene bastante... Su

difunta esposa era dos veces más rica que él. Es justo que la entierre como es debido. Ustedes, los curas jóvenes...

Me contempló de arriba abajo, con el rostro completamente congestionado.

—Me pregunto lo que tienen ustedes en las venas... En mis tiempos se formaban hombres de iglesia, no frunza el ceño porque me entran ganas de darle un pescozón; sí, hombres de iglesia...; tome el vocablo como le parezca, jefes de parroquia y rígidos directores, como si fueran hombres de gobierno. Aquellas personas eran capaces de dirigir una localidad con sólo un gesto de su barbilla. ¡Ya sé que va usted a ponerme objeciones...! Que comían bien, que bebían incluso y que lo ocultaban. ¡De acuerdo! Cuando se ordena convenientemente el trabajo, se hace de prisa y bien y quedan ratos de asueto...

Es mejor para todos. Ahora, los seminarios nos envían niños de coro, pequeños descamisados que se imaginan que trabajan más que nadie porque no triunfan en nada. Unos lloriquean en vez de mandar. Otros leen montones de libros y otros no son siquiera capaces de comprender, de entender, ¿me oye usted?, la parábola del Esposo y la Esposa. ¿Qué es una esposa, querido muchacho, una verdadera mujer, tal como un hombre puede aspirar a encontrar si es tan estúpido como pitra no seguir el consejo de San Pablo? No responda... Diría tonterías. Pues bien, es una moza, dura en el trajín, que hace su parte en las cosas y sabe que todo cuanto haga tendrá que volverlo a empezar una y otra vez. La Santa Iglesia tiene a gala preocuparse, pero no cambiará este pobre mundo en un pulcro altar de Corpus. Tuve anteriormente, le estoy hablando de mi antigua parroquia, una sacristana sorprendente, una buena hermana de Brujas secularizada en 1908, una buena mujer. Los ocho primeros días, dale que dale, logró que la casa de Dios brillara como un locutorio de convento, hasta el punto de que ni yo mismo la reconocía... ¡Palabra de honor! Estábamos en la época de la cosecha, no acudía un gato y la endemoniada vieja exigía que me quitara los zapatos... ¡Yo, que les tengo horror a las zapatillas! Creo, además, que las había comprado ella de su propio peculio. Cada mañana se esforzaba en hallar motas de polvo en los bancos, dos o tres hongos de moho en la alfombra del coro y telarañas en todos los rincones, ¡oh, pequeño!, telarañas dignas de figurar en el ajuar de una novia.

»Yo me decía: “Limpia, pule todo lo que quieras... Ya verás lo que ocurre el domingo”. Y por fin llegó ese día. Un domingo como los demás, no vaya usted a creer... La clientela ordinaria, tan sólo. Era medianoche y estaba aún puliendo y sacando brillo a la luz de las velas. Algunas semanas más tarde, por Todos los Santos, llegó una misión predicada por dos padres redentoristas, dos mocetones. La desgraciada se pasaba las noches en vela entre su cubo y su gamuza, echando agua con tanta afición que el musgo comenzaba a manchar las columnas y a crecer hierba entre las junturas de los ladrillos. No había manera de convencer a la pobre hermana. De haberla escuchado, habría echado a todo el mundo de la iglesia para que el buen Dios estuviera en un lugar limpio.

—Me arruinará usted con tantas pociones —le dije un día, pues su tos era muy fuerte. Pero la pobre vieja no quiso escucharme y tuvo que meterse finalmente en la cama, con un ataque de reumatismo articular. El corazón le falló y ¡paf!, nuestra hermana no tardó en comparecer ante San Pedro. En cierto sentido fue una mártir: no puede decirse lo contrario. Su equivocación no fue combatir la suciedad, sino haber querido aniquilarla, como si fuera posible semejante cosa. Una parroquia es forzosamente sucia. Una cristiandad es más sucia aún. Guardemos al gran día del Juicio y veremos lo que los ángeles tendrán que sacar a paletadas de los más santos monasterios... ¡Qué vaciado de letrinas! Eso prueba, pequeño, que la Iglesia tiene que ser una buena ama de casa, un ama de casa razonable. Cosa que no era mi buena sacristana. Una buena ama de casa sabe que no puede hacer de su hogar un

relicario. Tales cosas no son más que ideas y pensamientos de poeta.

Yo había estado aguardando con impaciencia a que llegara a aquel punto. Mientras atiborraba su pipa, traté de hacerle comprender que el ejemplo no estaba bien elegido, que aquella religiosa muerta por su afán de limpieza no tenía nada en común con «los niños de coro», los descamisados que «lloriquean en vez de mandar». —Desengáñese —dijo él sin la menor dulzura—. La ilusión es la misma. Con la sola diferencia de que los descamisados no tienen la perseverancia de mi buena hermana. En el primer ensayo y con el pretexto de que la experiencia del ministro desmiente su minúsculo sentido común, lo dejan todo. Sus paladares sólo admiten delicadezas. Pero una cristiandad no se alimenta de confituras. Dios no dijo que fuéramos la miel de la tierra, sino la sal. La verdad es que nuestro pobre mundo se parece al pobre padre Job tendido sobre el estercolero y lleno de llagas y úlceras. La sal puesta sobre la carne viva, escuece. Pero impide que se pudra. Con la idea de exterminar al diablo, vuestra otra manía es ser amados, amados por vosotros mismos, naturalmente. Pero grave usted en la mente que un verdadero sacerdote no es nunca amado. Y aún más: la Iglesia se burla de este afán. Primeramente sed respetados, obedecidos. La Iglesia necesita orden. Ordenad pensando que el desorden va a imperar al día siguiente porque justamente entra en el orden del mundo —¡ay!— que la noche eche por los aires vuestro trabajo de la víspera... La noche pertenece al diablo.

—La noche —dije (sabía que iba a encolerizarse)— ¿es la misión de los clérigos regulares?
—Sí —me respondió fríamente—. No hacen más que tocar músicas celestiales.

Traté de parecer escandalizado.

—No tengo nada contra los contemplativos. A cada cual su tarea. Y músicas aparte, son también floristas.

—¿Floristas?

—Exactamente. Cuando se ha arreglado la casa, lavado la vajilla, pelado las patatas y puesto la mesa, se colocan flores frescas en el jarro... Es natural. Mi pequeña comparación no puede escandalizar más que a los imbéciles, pues existe un matiz bien definido... El lirio místico no es el lirio campestre. Y por otra parte, si el hombre prefiere el filete de buey a un ramo de florecillas azules, es que es un bruto, un tragón. En una palabra, los contemplativos de usted están muy bien provistos de todo lo necesario para suministrarnos hermosas flores naturales. Desgraciadamente, en los claustros, como en todas partes, hay engaños y nos cuelean con mucha frecuencia flores de papel.

Me observaba de soslayo procurando disimularlo y en aquellos instantes creí ver en el fondo de su mirada mucha ternura y —¿cómo diría yo?— una especie de inquietud, de ansiedad. Yo tengo mis preocupaciones y él tiene las suyas. Pero a mí me cuesta callarlas. Y si no hablo es menos por heroísmo que por ese pudor que también conocen los médicos, según me han dicho, al menos a su manera y según el orden de preocupaciones que les es propio. ¡1, en cambio, se callará las suyas, ocurra lo que ocurra, con su naturalidad franca, pero más impenetrable que la de aquéllos cartujos con quienes me crucé en las crujías de Z...

Bruscamente me cogió la mano y la sostuvo unos instantes entre las suyas, unas manos hinchadas por la diabetes, pero que apretaban inmediatamente, sin tentar, duras, imperiosas.

—Acaso me diga usted que no comprendo a los místicos. ¡No añada una tontería más a las que ha estado pensando! En el gran seminario había en mis tiempos un profesor de Derecho canónico que se creía poeta. Componía mamotretos impresionantes, con todos los pies necesarios, con todas las rimas, las sílabas que eran menester. ¡Pobre hombre! Estoy seguro de que habría sido capaz de poner su Derecho canónico en verso. Pero le faltaba una sola

cosa; llámela como quiera... Inspiración, genio, *ingenium*... ¿qué se yo? Yo también carezco de genio. Suponiendo que el Espíritu Santo me haga señales un día, dejaré mi escoba y mis trapos, ¿qué cree?, iré a dar una vuelta entre los serafines para aprender música, a reserva de gritar un poco al principio. Pero permitirá usted que me ría en las narices de las personas que cantan a coro antes de que Dios haya levantado su batuta.

Reflexionó un instante y su rostro, a pesar de hallarse vuelto hacia la ventana, me pareció que se sumía de pronto en la obscuridad. Los propios rasgos se habían endurecido como si aguardaran de mí —o acaso de él mismo, de su conciencia— una objeción, un mentís, no sé qué... Tardó poco en serenarse.

—¿Qué quiere usted? Tengo más ideas sobre el arpa de David. Era un muchacho de talento, ciertamente, pero toda su música no le preservó del pecado. Sé que los pobres escritores de buena voluntad que componen *Vidas de Santos* para la exportación, se imaginan que un hombre está cómodo en el éxtasis, que se halla confortado y en seguridad como en el seno de Abraham. ¡En seguridad!... Naturalmente, nada es tan fácil a veces como ascender hasta allá. Dios mismo nos transporta. Se trata solamente de mantenerse, y en su caso, de saber descender. Se habrá usted dado cuenta de que los santos, los verdaderos, mostraban bastante embarazo a su regreso. Una vez sorprendidos en sus equilibrios, comenzaban por suplicar que se guardara el secreto: «No habléis a nadie de lo que habéis visto...» Sentían cierta vergüenza, ¿comprende?, vergüenza de ser los niños mimados del Padre, de haber bebido la copa de la beatitud antes que nadie. ¿Y por qué? Por nada. Por favor. ¡Esas clases de gracia...! El primer movimiento del alma es evitarlas. Se pueden interpretar de muchas maneras las palabras del Libro... «¡Es terrible caer vivo en las manos de Dios!» ¡Qué digo! ¡en sus brazos, sobre su corazón, el corazón de Jesús! Es como si se hallara uno ocupando un lugar aparte en el concierto, tocando el triángulo o los címbalos y que de pronto le rogaran que subiese al estrado y le dieran un Stradivarius diciéndole: «Adelante, muchacho. Te escuchamos.» ¡Brr...! Vamos a ver mi oratorio, pero primero límpiense los pies, no vaya a ensuciar la alfombra.

No entiendo gran cosa de muebles, pero su alcoba me pareció magnífica: una cama de caoba maciza, un armario de tres puertas muy tallado, sillones recubiertos de terciopelo y sobre la chimenea, una enorme Juana de Arco en bronce. Pero no era su habitación lo que el señor cura de Torcy quería enseñarme. Me condujo a otro cuarto, muy desnudo, amueblado solamente con una mesa y un reclinatorio. En la pared se veía un horrible cromo, parecido a los que hay en las salas de hospital y que representa un Niño Jesús mofletudo y rosado, entre el asno y el buey.

—¿Ve este cuadro? —me dijo—. Fue un regalo de mi madrina. Podría haberme comprado otro hace mucho tiempo, algo más artístico, pero sigo prefiriendo éste. Lo encuentro horrible e incluso un poco estúpido, pero eso me tranquiliza. Nosotros, pequeño, somos de Flandes, un país de grandes glotones y grandes bebedores... ricos, además... Ustedes, los pobres cetrinos del Boulonnais, con sus chamizos de adobe no se dan cuenta de la riqueza de Flandes, de las tierras negras... No hay que pedimos hermosas palabras que entusiasmen a las damas piadosas, pero a pesar de todo, no dejamos de tener místicos, hijo mío. Y nada de místicos enfermos, no. La vida no nos da miedo: tenemos una sangre espesa y roja, que late en nuestras sienes incluso cuando estamos saturados de ginebra o la cólera nos ofusca, una cólera flamenca capaz de derribar un buey... una sangre roja, con unas gotas de sangre azul española, la suficiente para encenderla. En una palabra, usted tiene sus preocupaciones y yo tengo las mías... probablemente no son las mismas. ¡Si se las dijera...! Pero ya le hablaré de ellas otro día; por ahora veo que tiene mala cara y me arriesgaría a ponerla peor.

Pero volviendo a nuestro Niño Jesús, figúrese que el cura de Poperingre, de mi pueblo, de acuerdo con el vicario general, una cabeza testaruda, trataron de enviarme a San Sulpicio. En su opinión, San Sulpicio era el Saint-Cyr de los clérigos jóvenes o bien Saumur o la Escuela de Guerra, Y luego, mi señor padre (entre paréntesis, diré que al principio creí que era una broma, pero luego me di cuenta de que el cura de Torcy no designaba de otra manera a su padre... ¿Una costumbre de otros tiempos?), mi señor padre tenía el riñón bien cubierto y quería hacer honor a la diócesis. Sin embargo, cuando vi aquel viejo cuartel de leprosos que olía a caldo grasiento... ¡Brrr! ¡Y además todos aquellos muchachos, tan delgados los pobres diablos, que incluso mirándolos de cara tenían el aspecto de seguir estando de perfil...! Finalmente hice amistad con tres o cuatro camaradas, no muchos más, y juntos llevábamos de cabeza a los profesores. Éramos los primeros en el trabajo y la comida, por ejemplo, pero fuera de eso... verdaderos diablillos. Una noche, cuando todos estaban ya acostados, nos encaramamos por los tejados y comenzamos a maullar fuertemente. Maúlla que te maúlla, hasta el punto de despertar a todo el barrio. Nuestro ayo se persignaba incansablemente al pie de la cama creyendo que todos los gatos de los alrededores se habían dado cita en la Santa Casa para contarse horrores... Una farsa imbécil, ¿no? Al terminar el trimestre, aquellos señores me mandaron a mi casa, con unas notas bajo el brazo: «No es tonto», «buen muchacho», «excelente naturaleza», y otras cosas... En resumen, que no era bueno más que para guardar vacas. Pero yo no soñaba más que en ser sacerdote. ¡Ser sacerdote o morir! El corazón me sangraba tan enconadamente que el buen Dios permitió que me acometiera la tentación de destruirlo... Mi señor padre era un hombre justo. Me condujo a casa de Monseñor, en su calesa, con una carta de una tía abuela, superiora de las Damas de la Visitación de Namur. Monseñor resultó ser, asimismo, un hombre justo. Me hizo pasar inmediatamente a su despacho y una vez en su presencia, me eché a sus pies y le confesé la tentación que me había acometido. A la semana siguiente me mandó a su gran seminario, un edificio no muy confortable, pero, sólido. ¡No importa! Puedo decir que vi una vez en mi vida la muerte de cerca... ¡Y qué muerte! A partir de aquel momento decidí tomar precauciones y no cometer más estupideces. Fuera de servicio, como dicen los militares, pocas complicaciones... Mi Niño Jesús es demasiado joven para interesarse aún, mucho por la música o la literatura. Y acaso se reiría de las personas que se dedicarais a los comentarios enrevesados en lugar de llevarle paja fresca y abundante para su buey o de almohazar al asno.

Me arrastró fuera del cuarto cogiéndome por los hombros y la palmada amistosa de una de sus anchas manos estuvo a punto de hacerme caer de bruces. Luego bebimos juntos una copa de ginebra. De pronto me miró fijamente a los ojos, con aire de seguridad y de mando. Parecía otro hombre, un hombre que no rindiera cuentas a nadie, un verdadero señor.

—Los monjes son los monjes —dijo—. Yo no soy monje. No soy un superior suyo. Tengo un rebaño, un verdadero rebaño. Mi ganado no es demasiado bueno, ni excesivamente malo... Se compone de bueyes, asnos y animales de tiro y de labor. Tengo también algunos machos cabríos. ¿Qué puedo hacer con éstos? No hay manera de matarlos ni venderlos. Un abad mitrado no tiene más que dar la consigna al hermano portero. En caso de error, se desembaraza de los machos cabríos en un abrir y cerrar de ojos. Yo, en cambio, no puedo. Tenemos que arreglárnoslas con todos, incluso con los machos cabríos. Ya sean éstos u ovejas, el dueño quiere que le devolvamos cada animal en buen estado. No hay que intentar que un macho cabrío deje de oler como tal, si no quiere perderse el tiempo y arriesgarse a caer en la desesperación. Los viejos colegas me toman por un optimista, un tranquilo; los jóvenes de su especie por un coco, un fantasma; me hallan demasiado duro con mi gente,

excesivamente militar, demasiado coriáceo. Unos y otros me detestan por no tener mi pequeño plan de reforma como todo el mundo o por no haberme pronunciado contra las novedades. ¡Traición!, gruñen los viejos. ¡Evolución!, cantan los jóvenes. Yo, en cambio, creo que el hombre es el hombre y que no vale el fondo mucho más que en tiempos de los paganos. Aunque el problema no sea, por lo demás, saber lo que vale, sino quién le dirige.

»¡Ah, si se hubiera dado carta blanca a los hombres de la Iglesia! Fíjese en que no preconizo la vuelta a los tiempos de la Edad Media: las gentes del siglo XIII no eran, en realidad, santos, y si los monjes eran menos necios, bebían mucho más que hoy día, no puede decirse lo contrario. Pero nosotros hubiéramos fundado un imperio, un imperio, hijo mío, al lado del cual el romano no sería más que lodo... Una paz, la Paz Romana, la verdadera. Un pueblo cristiano; eso es lo que hubiéramos logrado todos juntos. Un pueblo de cristianos no es un pueblo de mojigatos. La Iglesia tiene los nervios sólidos y el pecado no la atemoriza, sino todo lo contrario. Lo contempla frente a frente, tranquilamente, e incluso, siguiendo el ejemplo de Nuestro Señor, lo toma sobre sí. Cuando un buen obrero trabaja convenientemente los seis días de la semana, puede perdonársele una francachela el sábado por la noche. Voy a definirle un pueblo cristiano previniendo su réplica contraria. Lo opuesto de un pueblo cristiano es un pueblo triste, un pueblo de viejos. Acaso me objete que la definición tiene muy poco de teología. De acuerdo, pero basta para hacer reflexionar a los caballeros que bostezan los domingos en misa. ¡Claro que bostezan! No querrá que en una mísera media hora semanal, la Iglesia pueda enseñarles alegría... E incluso si se supieran de memoria el catecismo del Concilio de Trento, no estarían probablemente más alegres...

»¿Por qué el tiempo de nuestra infancia se nos aparece tan dulce, tan esplendoroso? Un chiquillo tiene penas como todo el mundo y se halla además completamente desarmado contra el dolor y la enfermedad. La infancia y la extrema vejez deberían ser las dos grandes pruebas del hombre. Pero el niño extrae humildemente el principio mismo de su alegría del sentimiento de su propia impotencia. Confía en su madre, ¿comprende? Presente, pasado, futuro, toda su vida, la vida entera, se encierra en una sola mirada y esa mirada es una sonrisa. Pues bien, hijo mío, de habernos dejado obrar a nosotros, la Iglesia habría dado a los hombres esa especie de seguridad soberana. Cada cual hubiera tenido también su parte de contrariedades. El hambre, la sed, la pobreza, los celos... Nunca hubiéramos hecho acopio de suficiente fortaleza para meternos al diablo en el bolsillo. Pero el hombre se sabría hijo de Dios... ¡Tal hubiera sido el milagro! Hubiera vivido y muerto con esa idea en la mente y en la conciencia. No una idea aprendida solamente en los libros... no. Gracias a nosotros habría inspirado los Hábitos, las costumbres, las distracciones, los placeres y hasta las más humildes necesidades, sin impedir por ello al agricultor arañar la tierra, al sabio dar vueltas a su tabla de logaritmos e incluso al ingeniero construir sus juguetes para mayores. Sólo nosotros hubiéramos abolido, hubiéramos arrancado del corazón de Adán el sentimiento de su soledad. Con toda su reata de dioses, los paganos no eran tan estúpidos: habían conseguido, pese a todo, dar al pobre mundo la ilusión de una unión, aunque grosera, con lo invisible. Pero ahora no valdría un ochavo el mismo truco. Fuera de la Iglesia, un pueblo será siempre un pueblo de bastardos, de expósitos. Evidentemente, les queda la esperanza de hacerse reconocer por Satanás. ¡Tarea inútil! Pueden ir esperando su Navidad negra... Pueden poner en la chimenea sus zapatos. Ya el diablo se está cansando de dejar montones de mecanismos, tan pronto inventados como pasados de moda, y actualmente no pone más que un minúsculo paquete de cocaína, de heroína, de morfina, cualquier porquería de polvo que no le cuesta muy caro. ¡Pobres tipos! Se marchitan hasta

en el pecado... No sé divierte quien quiere. La minúscula muñeca de cuatro años hará las delicias de un chiquillo durante toda una temporada y en cambio un hombre maduro bostezará ante un juguete de quinientos francos. ¿Por qué? Porque ha perdido el espíritu de su infancia. Pues bien, la Iglesia ha sido encargada por Dios de mantener en el mundo ese espíritu infantil, esa ingenuidad. El paganismo no era enemigo de la naturaleza, pero sólo el cristianismo la engrandece, la exalta, la coloca a la medida del hombre, del ensueño humano. Quisiera encontrarme con uno de esos sabihondos que me tildan de obscurantista. Les diría: «No es culpa mía si llevo un traje de enterrador. Después de todo, el Papa se viste de blanco y los cardenales de rojo. Pero tendría derecho a ir vestido como la Reina de Saba porque llevo en mí la alegría. La Iglesia dispone de toda la dicha y la alegría reservadas a este pobre mundo. Obrando contra ella se actúa contra la alegría. ¿Es que yo os impido que calculéis la precisión de los equinoccios o que desintegréis los átomos? Pero de qué os serviría fabricar la propia vida si habéis perdido el sentido de ella. No os quedaría más remedio que saltaros la tapa de los sesos ante vuestras visiones extravagantes. ¡Fabricad la vida tanto como queráis! La imagen que habéis dado de la muerte envenena poco a poco el pensamiento de los míseros, ensombrece y decolora lentamente sus últimas alegrías. Todo seguirá, progresará en tanto vuestra industria y vuestros capitales os permitan hacer del mundo una feria, con mecanismos que giren a velocidades vertiginosas, entre el batido de los cobres y la explosión de los fuegos de artificio. Pero aguardad, aguardad el primer cuarto de hora de silencio. Entonces escucharéis la palabra, no la que habéis rechazado y que decía reposadamente: “Soy el Camino, la Verdad, la Vida”, sino la que asciende del abismo: “Soy la puerta cerrada, la ruta sin salida, la mentira y la perdición”».

Pronunció estas últimas palabras con una voz tan sombría que debí palidecer —o mejor, amarillear, que es ¡ay! mi manera de palidecer desde hace meses—, pues me escanció otro vaso de ginebra y cambiamos de conversación. Su alegría no me pareció falsa ni siquiera afectada, pues creo que debía proceder de su naturaleza y era su propia alma la que estaba siempre alegre. Pero su mirada no acertaba a ponerse siempre de acuerdo con ella. En el momento de la despedida, me inclinó y él me hizo con el pulgar una pequeña cruz sobre la frente, deslizando al mismo tiempo en mi bolsillo un billete de cien francos.

—Apuesto a que no tiene usted un cuarto. Los primeros tiempos son duros... Ya me los devolverá cuando pueda. Lárguese y no diga nunca nada sobre nosotros a los imbéciles.

* * *

«Traer paja fresca al buey, almohazar al asno.» Estas palabras han vuelto esta mañana a mi mente mientras pelaba patatas para la comida. El alguacil se acercó sigilosamente por detrás y me levantó bruscamente de mi asiento sin haber tenido tiempo de sacudirme las peladuras: me sentía ridículo. Sin embargo, era una buena noticia la que quería darme: el municipio acepta construirme un pozo, lo que me economizará los veinte céntimos por semana que le daba al monaguillo que iba a buscarme agua a la fuente. Hubiera querido hablarle de su taberna, pues se propone dar ahora un baile cada jueves y domingo, titulando al primero «baile familiar» y atrayendo a muchachitas de la fábrica, a las que los mozos se divierten en hacer beber sin tino.

No me atreví. De todos modos tiene una manera de mirarme, con una sonrisa sumamente benévola, que me anima a hablar, como si lo que fuera a decirle no tuviera realmente importancia alguna. No obstante, creí más conveniente ir a verlo a su propio domicilio. Como su esposa está gravemente enferma y no abandona la cama desde hace algunas

semanas, tengo el pretexto para la visita. La esposa no pasa por una mala persona y antes, según me han dicho, acudía con bastante puntualidad a los oficios.

«... traer paja fresca al buey, almohazar al asno...» Sea. Pero los trabajos sencillos no son los más fáciles, sino todo lo contrario. Los animales no tienen más que unas pocas tareas, siempre las mismas. ¡En cambio, los hombres! Sé bien que se habla mucho de la sencillez campesina. Pero yo, que he nacido en el campo, creo que los campesinos son terriblemente complicados. En Bethune, en el tiempo del primer vicariado, los jóvenes obreros de nuestro patrono me aturdían con sus confidencias en cuanto se rompía el hielo, tratando sin cesar de definirse, desbordantes de simpatía hacia sí mismos. Un campesino, en cambio, raramente se ama a sí y muestra una indiferencia cruel hacia todo afecto. No porque dude, sino porque desconfía. Tampoco hace nada por corregirse. Y menos por hacerse alguna ilusión sobre los defectos y los vicios que sufre con paciencia toda su vida, juzgándolos de antemano irreformables y deseoso únicamente de mantener a distancia esos monstruos inútiles y costosos, de alimentarlos con el menor gasto. Y como sucede, en el silencio de esas vidas campesinas siempre secretas, que el apetito de tales monstruos va creciendo, una vez anciano el hombre no se soporta más que con gran esfuerzo y toda simpatía lo exaspera, pues sospecha una especie de complicidad con el enemigo interior, que devora poco a poco sus fuerzas, su trabajo, sus bienes. ¿Qué puede decirse entonces a estos míseros? No es extraño hallar, a veces en su lecho de muerte, a ciertos viejos desordenados cuya avaricia no ha sido más que una áspera venganza, un castigo voluntario sufrido a través de los años con un rigor inflexible. Y hasta en los umbrales de la agonía, alguna palabra arrancada por la angustia da fe de un odio irremisible hacia sí mismo.

* * *

Creo que interpretan muy mal la decisión que he tomado hace quince días de prescindir de los servicios de una criada. Lo que complica más la cosa es que el marido de esta última, Pégriot, acaba de entrar en el castillo como guarda jurado. Ayer mismo prestó juramento en Saint-Vaast. ¡Y yo creí haberlo arreglado todo comprándole un barrilito de vino! Me he gastado, por tanto, los doscientos francos de mi tía Filomena sin ningún provecho, puesto que Pégriot ya no viaja por cuenta de la casa de Burdeos, a la que, sin embargo, ha pasado el encargo. Supongo que su sucesor sacará todo el provecho de mi minúscula liberalidad. ¡Qué estupidez!

* * *

¡Sí, qué estupidez! Esperaba que el diario me ayudaría a fijar mi pensamiento, que se esfuma siempre en los raros momentos en que puedo reflexionar un poco. A mi modo de pensar, debía ser como una conversación entre Dios y yo, una prolongación de la plegaria, una manera de salvar las dificultades de la oración, que me parecen aún demasiado abruptas, por razón quizá de las dolorosas contracciones de mi estómago. Y en vez de esto, me descubre el sitio enorme, desmesurado, que ocupan en mi pobre vida esos mil pequeños sucesos cotidianos de los que algunas veces me creía ya librado. Comprendo que Nuestro Señor toma parte en mis penas, incluso las más fútiles y que no desprecia nada. ¿Pero por qué fijo sobre el papel lo que, por el contrario, debería esforzarme en olvidar? Lo peor es que hallo en estas confidencias una dulzura tan grande que debería bastarme para ponerme en guardia. Mientras garabateo a la luz de la lámpara estas páginas que nadie leerá jamás,

tengo la sensación de una presencia invisible, que no es seguramente la de Dios, sino mejor la de un amigo hecho a mi imagen, aunque distinto de mí, de otra esencia... Ayer por la noche, esta presencia se me hizo de pronto tan sensible que me sorprendí a mí mismo adelantando la cabeza hacia no sé qué imaginario auditorio, con unos repentinos deseos de llorar que me avergonzaron.

Más vale, por lo demás, llevar la experiencia hasta el final... al menos por algunas semanas. Me esforzaré en escribir, sin elección previa, lo que me pase por la cabeza (me ocurre aún que a veces vacilo en la elección de un epíteto, que me corrijo), luego meteré mis papelotes en el fondo de un cajón y los releeré más tarde, con la cabeza reposada.

II

Esta mañana, después de la misa, tuve una larga conversación con *mademoiselle* Louise. Hasta ahora la veía raramente en los oficios semanales, pues su situación de institutriz en el castillo nos impone a los dos una gran reserva. La señora condesa la tiene en gran estima. Según parece, debía de haber ingresado en la Orden de las Clarisas, pero consagró, en vez de eso, a su anciana madre enferma, que murió el año pasado. Los dos niños la adoran. Desgraciadamente, la hija mayor, *mademoiselle* Chantal, no le profesa simpatía e incluso parece que se complazca en humillarla tratándola como a una criada. Es posible que sólo sean niñerías, pero sea lo que fueren, deben poner a prueba su paciencia, pues por la señora condesa sé que *mademoiselle* Louise pertenece a una excelente familia y que ha recibido una educación superior.

He creído comprender que en el castillo aprobaban mi decisión de prescindir de cualquier criada. Sin embargo, creo que hallarían preferible que contratara a una mujer de limpieza, aunque no fuera al principio más que una o dos veces por semana. Es, evidentemente, una cuestión de principios. Habito un presbiterio muy confortable, la más hermosa casa del país después del castillo y no estaría bien visto que lavase yo mismo la ropa blanca. ¡Parecía que lo hacía adrede!

Acaso no tenga tampoco derecho a distinguirme de mis colegas no mucho más ricos que yo, pero que sacan mejor partido de sus modestos recursos. Creo sinceramente que me importa muy poco ser rico o pobre. Quisiera solamente que nuestros superiores comprendieran de una vez para siempre que este cuadro de felicidad burguesa que nos imponen como ambiente vital conviene muy poco a nuestra miseria... La extrema pobreza no tiene por qué preocuparse en parecer digna. ¿Por qué mantener entonces las apariencias? ¿Por qué hacer de nosotros unos menesterosos?

Me prometía algunos consuelos con la enseñanza del catecismo, con la preparación a la santa comunión privada según los deseos del santo Papa Pío X. Hoy, al oír el zumbido de las voces de los pequeños en el cementerio y el ruido de sus pequeños zuecos claveteados en los umbrales, parecía que el corazón se me desgarrara de ternura... *Sinite párvulos...* Soñaba en decirles, en ese lenguaje infantil que he recordado en seguida, todo lo que debo guardar para mis adentros, todo lo que no me es posible expresar desde el púlpito donde me han recomendado que sea prudente. ¡Claro que no habría exagerado! Pero en fin, me sentía orgulloso de tener que hablarles de otra cosa que de los problemas de las casas, del derecho cívico o de esas abominables lecciones de cosas que no son, en efecto, más que lecciones de cosas. Además me sentía liberado de la especie de temor casi enfermizo que siente todo joven sacerdote cuando ciertas palabras y ciertas imágenes le acuden a los labios.

De ese temor que nos obliga a mantenernos forzosamente circunscritos a las austeras lecciones doctrinales, utilizando un vocabulario tan usado pero tan seguro, que no sorprende a nadie y que tiene al menos el mérito de ahogar los comentarios irónicos a fuerza de vaguedad y aburrimento. Al oírlos, se creería frecuentemente que predicamos al Dios de los espiritualistas, al Ser supremo, pero no al Señor que hemos aprendido a conocer como un maravilloso amigo vivo, que sufre con nuestras penas, se alegra con nuestras dichas, compartirá nuestra agonía y nos estrechará con sus brazos sobre Su corazón.

Sentí inmediatamente la resistencia de los muchachos y me callé. Después de todo, no es culpa suya si a la precoz experiencia de los irracionales —inevitable— se añade actualmente la del cine semanal. Cuando su boca ha podido articularla por vez primera, la palabra amor es ya un vocablo ridículo, un nombre mancillado, que de buena gana habrían perseguido riendo y apedreándole como hacen con los sapos. Las niñas, sin embargo, me habían dado cierta esperanza; sobre todo Seraphita Dumouchel. Es la mejor alumna del catecismo. Alegre, limpia, con la mirada un poco vivaz pero pura. Tomé poco a poco la costumbre de distinguirla entre sus compañeras menos atentas, interrogándola frecuentemente y pareciendo a veces que hablaba sólo para ella. La semana pasada, al darle en la sacristía su buena nota semanal —una hermosa estampa— le puse inconscientemente las manos sobre los hombros y le dije:

—¿Tienes ganas de recibir al Niño Jesús? ¿Te parece largo el tiempo que falta?

Me respondió que no.

—¿Por qué?

—Ya llegará el momento.

Sorprendido, pero no escandalizado, pues conocía la malicia de los niños, añadí:

—¿Comprendes todo lo que digo? Me ha parecido que sí porque escuchas con mucha atención.

Su minúsculo rostro adquirió una expresión seria y me respondió mirándome fijamente:

—Es porque tiene usted unos ojos muy bonitos.

Me callé y salimos juntos de la sacristía. Sus compañeras estaban murmurando entre sí y al vernos se callaron bruscamente, estallando después en risas. Evidentemente, se habían puesto de acuerdo entre ellas.

A partir de entonces me esforcé en no cambiar de actitud, pues no quería que pareciera que tomaba parte en su juego. Pero la pobre niña, sin duda alentada por las otras, me persigue con sus muecas solapadas, molestas, con expresiones de verdadera mujer y una manera bochornosa de levantar la falda para anudar la cinta que le sirve de liga. ¡Dios mío! ¡Los niños son siempre niños! ¿Pero qué habré hecho para merecer la hostilidad de esas pequeñas?

Los monjes sufren por las almas. Nosotros, en cambio sufrimos con ellas. Este pensamiento, que se me ocurrió ayer al anochece, ha pasado toda la velada a mi lado, como un ángel.

* * *

Efemérides de mi nombramiento para el puesto de Ambricourt. ¡Tres meses ya! Esta mañana he rogado por mi parroquia, mi pobre parroquia, mi primera y última parroquia, pues a veces me acometen deseos de morir. ¡Mi parroquia! Una palabra que no puede pronunciarse sin emoción —¿qué estoy diciendo?—, sin un impulso del amor. Y sin embargo, no despierta en mí más que una idea confusa. Sé que existe realmente, que somos

la viva de la Iglesia imperecedera y no una ficción administrativa. Pero quisiera que Dios me abriera ojos y oídos, me permitiera ver su rostro y escuchar su voz. ¿Es acaso pedir mucho? ¡El rostro de mi parroquia mirada! Debe ser una mirada dulce, triste, paciente imagino debe parecerse un poco a la mía cuando de debatirme, cuando me dejo arrastrar por esa corriente invisible que nos arrastra a todos, en confusión, hacia la profunda Eternidad. Y esa mirada sería la de la cristiandad, la de todas las parroquias o incluso... acaso, la de la pobre raza humana. Lo que Dios vio desde lo alto de la Cruz. Perdonales porque no saben lo que hacen...

(Se me ha ocurrido la idea de utilizar ese pasaje, arreglándolo un poco, para mi sermón dominical. La *mirada de la parroquia* ha hecho sonreír y me he detenido durante un segundo, en medio de la frase, con la impresión muy clara ¡ay! de estar representando una comedia. Dios sabe, sin embargo, que soy sincero. Pero siempre hay algo turbador en las imágenes que han emocionado demasiado nuestro corazón. Estoy seguro de que el déan de Torcy me habría reprendido. A la salida de misa, el señor conde me dijo con su voz aburrida y un poco nasal:

—¡Ha tenido usted un hermoso arranque!

Hubiera querido desaparecer tragado por la tierra.)

* * *

Mademoiselle Louise me ha transmitido una invitación para comer en el castillo el martes próximo. La presencia de *mademoiselle* Chantal me incomoda un poco e iba a responder con una discreta negativa cuando la institutriz me ha hecho seña de que aceptara.

La mujer de limpieza volverá el martes al presbiterio. La señora condesa ha tenido la gentileza de anunciarme que le pagará su jornal una vez por semana. Era tan bochornoso el estado de mi ropa blanca que esta misma mañana he corrido a Saint-Vaast para encargar tres camisas, calzoncillos y pañuelos. En pocas palabras, que ni los cien francos del señor cura de Torcy han bastado para cubrir este gasto inesperado. Pero por si fuera poco, tengo que dar a la mujer la comida del mediodía y una trabajadora necesita una alimentación conveniente. Felizmente, mi vino de Burdeos va a prestarnos un buen servicio. Lo embotellé ayer mismo. Me ha parecido un poco turbio, pero su perfume es bastante intenso. Los días pasan, pasan... ¡Qué vacíos están! Logro cumplir mi tarea diaria, pero aplazo sin cesar para mañana la ejecución del pequeño programa que me he trazado. Defecto en el método, evidentemente. Paso muchísimo tiempo en las carreteras. Mi tenencia parroquial más próxima está a sus buenos tres kilómetros y la otra a cinco. La bicicleta me rinde poco servicio, pues no puedo ascender las pendientes, sobre todo en ayunas, sin sentir terribles dolores de estómago. ¡Y era tan pequeña la parroquia en el mapa!... Cuando pienso que una clase de veinte o treinta alumnos de edad y condición semejantes, sometidos a la misma disciplina y preparados en los mismos estudios, no es conocida del maestro más que en el curso del segundo trimestre, me parece que toda la vida, todas las fuerzas de mi vida van a perderse inútilmente.

Mademoiselle Louise asiste ahora diariamente a la Santa Misa. Pero aparece y desaparece con tanta rapidez, que apenas tengo tiempo de darme cuenta de su presencia. Sin ella la iglesia hubiera estado muchos días vacía.

Ayer encontré a Seraphita en compañía del señor Dumouchel. El rostro de esa pequeña parece transformarse de día en día. Antes era muy cambiante, variable; ahora, en cambio, le encuentro una especie de fijeza, de dureza muy extraña a su edad. Mientras le hablaba, me

observaba con una atención tan molesta que no he podido evitar el rubor. Creo que debería prevenir a sus padres... ¿Pero de qué?

En un papel dejado sin duda intencionadamente en uno de los catecismos y que he hallado esta mañana, una mano torpe había dibujado una minúscula figura femenina con esta inscripción: «La mujer del señor cura». Como cada vez distribuyo los libros al azar, resulta inútil tratar de hallar el autor de esa broma pesada.

Claro que esos incidentes enojosos son moneda corriente aun en los mejores centros educativos. La diferencia es que allí el maestro puede confiarse a su superior, tomar informes. Aquí, en cambio...

«Sufrir por las almas», me he repetido durante toda la noche. Pero a pesar de la frase consoladora, el Ángel no ha vuelto.

* * *

La esposa de Pégriot regresó ayer. Me ha parecido poco satisfecha con el salario fijado por la señora condesa y he creído mi deber añadir cinco francos más de mi propio bolsillo.

Es evidente que esta mujer tiene un carácter ingrato y su trato es brusco. Pero hay que ser justo: yo trato a todo el mundo de una manera inhábil y con un ridículo embarazo que debe desconcertar a las personas. También me ocurre que raramente tengo la impresión de agradar a mis interlocutores, probablemente por desearlo demasiado. Todos creen que lo hago a regañadientes.

El martes hubo reunión en casa del cura de Hebuterne. Se dio la conferencia mensual. Tema tratado por el señor abate Thomas, licenciado en historia: «La Reforma, sus orígenes y sus causas». Verdaderamente, el estado de la Iglesia en el siglo dieciséis causaba estremecimientos. A medida que el conferenciante proseguía su exposición, forzosamente un poco monótona, iba yo observando los rostros del auditorio sin ver otra cosa que la exteriorización de una curiosidad cortés, exactamente como si estuviéramos reunidos para escuchar la lectura de cualquier capítulo de la historia de los Faraones. Tal indiferencia aparente me hubiera exasperado antes. Pero ahora creo que es la señal de una gran fe, acaso también de un gran orgullo inconsciente. Ninguno de aquellos hombres, fuera por el motivo que fuera, creía que la Iglesia estuviera en peligro. Mi confianza no es tampoco menor, pero probablemente de otra especie. Su seguridad me horroriza.

(Lamento haber escrito la palabra orgullo y, sin embargo, no puedo borrarla, falto de cualquier otra que convenga mejor a un sentimiento tan humano y tan completo. Después de todo, la Iglesia no es un ideal a realizar, sino que existe y ellos están en su interior.)

A la salida de la conferencia me permití hacer una tímida alusión al programa que me he trazado. A pesar de haber suprimido la mitad de mis planes, no tardaron en demostrarme que su ejecución parcial exigiría días de cuarenta y ocho horas y una influencia personal que estoy lejos de tener y que acaso no posea jamás. Felizmente, pronto la atención se desvió de mí, y el cura de Lumbres, especialista en tales materias, trató de una manera superior el problema de las cajas rurales y de las cooperativas agrícolas.

Regresé tristemente, bajo la lluvia. El poco vino que había tomado me causaba espantosos dolores de estómago. He adelgazado enormemente desde el otoño y mi aspecto debe ser cada vez peor, ya que nadie me pregunta ya por mi salud. ¿Irán a faltarme las fuerzas? Aunque hago esfuerzos para ello, me resulta difícil creer que Dios me emplee verdaderamente —a fondo— como hace con los demás. Cada día estoy más sorprendido de mi ignorancia. Desconozco los detalles más elementales de la vida práctica, detalles que

todo el mundo parece conocer, tal vez por intuición, sin haberlos aprendido nunca. Claro que no soy más tonto que éste o aquél y a condición de atenerme estrictamente a fórmulas aprendidas fácilmente, puedo dar la ilusión de haber entendido todos esos detalles. Pero tales palabras, tales fórmulas, que para todos tienen un sentido preciso, apenas alcanzo a distinguirlas entre las demás, igual que un mal jugador arriesga una carta sin conocerla. En el transcurso de la discusión sobre cajas rurales, tuve la sensación de que era un niño mezclado en una conversación de personas mayores.

Con seguridad mis colegas no son más instruidos que yo, a pesar de los folletos con que se nos inunda. Pero me sorprende verles tan desenvueltos en cuanto se abordan semejantes problemas. Casi todos son pobres y se resignan valientemente a su condición, pero los asuntos de dinero ejercen sobre ellos una especie de fascinación. Sus rostros adquieren en seguida un aire de gravedad, de seguridad que me desalienta, imponiéndome silencio y casi respeto.

Temo no llegar a ser jamás una persona práctica. La experiencia me ayudará a formarme, aunque para un observador superficial no me distinga en nada de mis colegas y sea un campesino como ellos. Pero desciendo de una familia humilde, muy humilde, jornaleros, peones, sirvientes del campo, y nos falta el sentido de la propiedad. Seguramente lo hemos perdido en el transcurso de los siglos. En eso, mi padre se parecía a mi abuelo, quien a su vez era semejante a su padre, muerto de hambre en el terrible invierno de 1854. Una moneda de un franco les quemaba las manos y corrían inmediatamente a buscar un compañero con quien gastarla. Los camaradas del seminario no se equivocaron nunca: mi madre, a pesar de ponerse sus mejores ropas y sus sombreros más nuevos, tuvo siempre ese aire furtivo, esa pobre sonrisa de los míseros que crían los hijos de los demás. ¡Si sólo me faltara el sentido de la propiedad!... Pero temo que además no sepa mandar jamás, ni tampoco dirigir. Y esto es ya más grave.

¡Qué importa! Puede ocurrir que alumnos mediocres y mal dotados consigan ascender a los primeros puestos. Aunque no logren brillar jamás, se sobreentiende. Pero no ambiciono reformar mi naturaleza. Venceré mis repugnancias, eso es todo. Sé que me debo en primer lugar a las almas, pero tampoco puedo ignorar las preocupaciones legítimas que ocupan un gran lugar en la vida de mis feligreses. Nuestro maestro de escuela —aunque parisiense— da conferencias sobre la sucesión metódica de cultivos y los abonos. Voy a estudiar también afanosamente todos estos temas.

Tendré asimismo que fundar una sociedad deportiva, como han hecho la mayoría de mis colegas. Nuestros jóvenes se apasionan por el fútbol, el boxeo o la Vuelta a Francia. ¿Voy a negarles el placer de discutir todo eso conmigo, bajo el pretexto de que tal clase de distracciones —legítimas también— no son de mi agrado? Mi estado de salud no me ha permitido cumplir con mis deberes militares y sería, por tanto, ridículo querer compartir sus juegos. Pero puedo estar al corriente de todos los deportes, aunque no sea más que leyendo la última página del *Etho de París* que me presta con bastante regularidad el señor conde.

Ayer noche, una vez escritas estas líneas, me arrodillé a los pies de mi cama y pedí a Nuestro Señor que bendijera la resolución que acababa de tomar. De pronto me acometió la impresión de que se derrumbaban todos los sueños, las esperanzas y las ambiciones de mi juventud. Y me acosté tembloroso de fiebre, sin que pudiera conciliar el sueño hasta el amanecer.

Mademoiselle Louise ha estado esta mañana, durante toda la Santa Misa, con el rostro oculto entre ambas manos. Al llegar al último Evangelio pude darme cuenta de que había llorado. Es muy duro estar solo, pero más duro compartir la soledad con personas

indiferentes o ingratas.

Desde que tuve la desgraciada idea de recomendar al administrador del señor conde a un antiguo camarada mío del Seminario Menor, viajante de una gran casa de abonos químicos, el maestro de escuela no me saluda. Parece que también es representante de otra empresa de abonos de Béthune.

* * *

El sábado próximo tengo que ir a comer al castillo. Puesto que la principal, o acaso la sola utilidad de este diario, es mantener día tras día la costumbre de una entera franqueza para conmigo mismo, debo confesar que no estoy irritado, sino más bien halagado... Sentimiento que no me causa el menor rubor. Los grandes propietarios rurales no tenían, como si dijéramos, una buena prensa en el Seminario Mayor y además es recomendable que un joven sacerdote sepa mantener su independencia frente a la gente de mundo. Pero en esto, como en tantas otras cosas, sigo siendo el hijo de padres humildes que no conocieron jamás la envidia ni el rencor del auténtico propietario rural, el que lucha con el suelo ingrato que destroza su vida, hacia el ocioso que no saca de esa misma tierra más que rentas. Hace mucho tiempo que los de nuestra estirpe no tenemos nada que ver con los señores. Pertenece hace siglos al propietario campesino y no existe dueño más duro ni más difícil de contentar.

He recibido una carta bastante singular del abate Duprety. Este abate fue condiscípulo mío en el Seminario Menor, terminó después sus estudios no sé dónde y según las últimas noticias era vicario de una parroquia de la diócesis de Amiens, cuyo titular estaba enfermo y había logrado que le asistiera un ayudante. Conservé siempre de él un recuerdo muy vivo, casi tierno. En el Seminario nos lo mostraban como un modelo de piedad, aunque yo lo encontrara, a mi modo de ver, demasiado nervioso, muy sensible. En el transcurso de nuestro tercer curso ocupó en la capilla un lugar próximo a mí y en algunas ocasiones le vi llorar, con el rostro escondido entre sus manos pequeñas y pálidas, siempre manchadas de tinta.

Su carta está fechada en Lille (donde creo recordar que uno de sus tíos, antiguo gendarme, tenía un comercio de ultramarinos). Me sorprende, no encontrar en la misiva ninguna alusión a su ministerio que sin duda ha abandonado por causa de enfermedad. En el Seminario se decía que estaba tuberculoso. Su padre y su madre habían muerto de la misma, dolencia.

Desde que he dejado de tener criada, el cartero tiene la costumbre de echar el correo por debajo de la puerta. He hallado el sobre por casualidad en el momento mismo de acostarme. Este instante es muy desagradable para mí y acostumbro a retrasarlo todo lo posible. Los dolores de estómago son generalmente soportables, pero no puede imaginarse nada a la larga más monótono. La imaginación va ciñéndose exclusivamente a ese tema, la cabeza duele asimismo y se necesita un gran esfuerzo para no estar levantándose continuamente. Logro vencer la tentación gracias al frío que hace.

He rasgado el sobre con el presentimiento de una mala noticia; peor todavía, de un encadenamiento de malas noticias. Y la verdad es que el tono de la misiva no me gustó desde el primer momento. La encontré de una alegría forzada, casi inconveniente. «Eres el único capaz de comprenderme», me dice. ¿Por qué? Recuerdo que era un estudiante más brillante que yo y me desdeñaba un poco. A pesar de ello, yo sentía gran afecto por él.

Me pide que vaya a verle con urgencia. Acudiré a su llamada lo más pronto posible.

* * *

La próxima visita al castillo me preocupa bastante. De la primera toma de contacto depende tal vez el éxito de los grandes proyectos que ambiciono y que la fortuna y la influencia del señor conde me permitirían, seguramente, realizar. Pero como siempre, mi inexperiencia y también una especie de maleficio ridículo se complace en complicar las cosas más sencillas. Así, por ejemplo, el hermoso abrigo que reservo para las circunstancias excepcionales me viene demasiado ancho. Además, la esposa de Pégriot lo ha limpiado, pero con tan mala maña, que la bencina ha formado unos círculos oscuros que parecen esas lunas que se forman en las sopas demasiado grasientas. Me cuesta un esfuerzo presentarme en la mansión con el abrigo de diario que está bastante zurcido en los codos. Temo tener el aspecto de ir pregonando mi pobreza. ¿Qué creerán?

Quisiera hallarme asimismo en estado de comer cualquier cosa, al menos lo bastante para no llamar la atención. Pero resulta imposible prever nada tratándose de mi caprichoso estómago. A la menor señal de alerta, aparece el minúsculo dolor del lado derecho y tengo la impresión de que me acomete una fuerte contracción. Mi boca se seca inmediatamente y no puedo tragar nada...

Todo eso son incomodidades enojosas que, sin embargo, soporto bien. No soy un ser blando y en ello me parezco a mi madre. «Era una mujer muy sufrida», gustaba repetir mi tío Ernesto. Para los pobres tal expresión es lo mismo que decir «una trabajadora infatigable, que nunca enferma y cuya muerte no cuesta cara».

* * *

El señor conde se parece más a un campesino como yo que a cualquiera de los ricos industriales que tuve que tratar antes, en tiempos de mi vicariado. Dicho en otras palabras, no me he sentido incómodo a su lado. ¿De qué poder disponen estas personas del gran mundo, que apenas parecen distinguirse de los demás y, sin embargo, no hacen nada como los demás? Aunque el menor signo de atención me desconcierta, los condes pudieron llegar a la deferencia sin dejar un solo instante de darme a entender que aquel respeto no se dirigía más que a la dignidad de que estoy revestido. La señora condesa se mantuvo correctísima. Llevaba un vestido casero, muy sencillo, y cubría sus cabellos grises con una especie de mantilla que me recordó la que mi pobre madre se ponía los domingos. No pude menos que decírselo, pero me expliqué tan mal que dudo que me comprendiera.

Nos reímos todos de mi sotana. Pensé que en cualquier lado hubieran aparentado, por el contrario, no darse cuenta de ella, causándome así una tortura indecible. ¡Con qué libertad hablan esos nobles de dinero y todo lo que le concierne! ¡Con qué discreción y qué elegancia! Parece incluso que una pobreza cierta, auténtica, me introdujo de rondón en su confianza, creando entre ellos y yo una especie de intimidad cómplice. Me di cuenta de ello cuando a la hora del café, el señor y la señora Vergenne (antiguos fabricantes de harinas que compraron el año anterior el castillo de Rouvroy) acudieron de visita. Cuando después de dos interminables horas se hubieron despedido, el señor conde tuvo una mirada un poco irónica que significaba claramente: «¡Buen viaje! Al fin volvemos a estar solos...» Y sin embargo, se habla mucho del matrimonio de *mademoiselle* Chantal con el hijo de Vergenne... Poco importa. Creo que el sentimiento que analizo no contenía más que una cortesía, aunque bastante sincera.

Es evidente que habría deseado que el señor conde mostrara más entusiasmo hacia mi

proyecto de obras para jóvenes y asociación deportiva. A falta de una colaboración personal, ¿por qué negarme la pequeña parcela de terreno de Latrillere y el viejo silo que no sirve para nada y donde resultaría fácil instalar una sala de juego, de conferencias, de proyecciones? ¡Qué sé yo! Me doy cuenta de que apenas sé mucho mejor solicitar que dar y que las personas desean siempre tomarse tiempo para reflexionar, pero yo sigo esperando que un grito del corazón, un impulso generoso responda al mío.

Abandoné tarde la mansión, muy tarde. Tampoco sé despedirme y a cada minuto me contento con manifestar mi intención de marcharme, lo que provoca invariablemente una protesta cortés a la que no me atrevo a resistir. ¡Eso podría durar horas! Al final, pude salir, sin recordar una sola palabra de lo que hubiera debido decir, pero con una especie de confianza, de alegría, con la impresión de hallarme en posesión de una buena noticia, de una excelente noticia que hubiera deseado comunicar, inmediatamente a un amigo. A tanto llegaba mi excitación, que por poco me echo a correr en el camino del presbiterio.

* * *

Casi todos los días me las arreglo para entrar en el presbiterio por el camino de Gesvres. Llueva o sople el viento, me detengo en lo alto de la colina, donde me siento en un tronco de álamo allá olvidado y que los inviernos comienzan a pudrir. La vegetación parasitaria le forma una especie de funda o vaina que me parece unas veces hermosa y otras horrible, según el estado de mis pensamientos o el color del tiempo. Allí es donde se me ocurrió la idea de escribir este diario y no creo que hubiera podido ocurrírseme en ninguna otra parte. En esta región de bosques y pastos separados por setos vivos, plantada de manzanos, no hallaría otro observatorio desde donde el poblado se me apareciera así, enteramente, como recogido en la palma de la mano. Lo contemplo y jamás tengo la impresión de que me mire a su vez. Aunque tampoco pueda decir que me ignora. Se diría que me vuelve la espalda y me observa de reojo, con *los* ojos medio cerrados, a la manera de los gatos.

¿Qué quiere de mí? ¿Desea, acaso, cualquier cosa? Situado en este mismo lugar, cualquier otro, un hombre rico, por ejemplo, podría tasar el precio de estas casas de adobe, calcular exactamente la superficie de los campos, de los prados, soñar que ha desembolsado la cantidad necesaria y que este pueblo le pertenece. Pero yo no pienso en eso...

Haga lo que haga, aunque le dé la última gota de mi sangre (y en verdad, a veces imagino que me ha crucificado en el montículo y que contempla mi agonía) no lo poseeré jamás. Me gusta verle en este momento, tan blanco, tan fresco (con ocasión de Todos los Santos acaban de enjalbregarlo con cal mezclada con azulete de la ropa) y no puedo olvidar que está en aquel mismo lugar desde hace siglos. Su vejez llega a inspirarme temor. Mucho antes de que construyeran, en el siglo XV, la minúscula iglesia de la que no soy más que un transeúnte, sufría ya el pueblo el calor y el frío pacientemente, la lluvia y el viento también, tan pronto próspero como mísero, aferrado al suelo de donde extraía los jugos vitales y donde enterraba sus muertos. ¡Qué secreta y profunda debe ser su experiencia de la vida! Acabará por apresarme y enterrarme también, como a los demás, acaso antes que a los demás...

Existen determinados pensamientos que no me atrevo a confiar a nadie y que, sin embargo, ando lejos de considerar desorbitados. ¿Qué sería de mí, por ejemplo, si me resignara al papel de tantos católicos, preocupados tan sólo del conservadurismo social, es decir, en resumen, de su propia conservación? ¡Oh...! No es que les acuse de hipocresía. Los creo, por el contrario, sinceros. ¿Cuánta gente que se pretende ligada al orden, no defiende más

que sus hábitos y a veces sólo un simple vocabulario cuyos términos son tan corteses y se hallan moldeados por el uso hasta el punto de justificarlo todo sin que jamás se ponga a discusión? Una de las desgracias más incomprensibles del hombre es que tenga que confiarlo todo, hasta lo más precioso, a algo variable, tan plástico ¡ay!, como la palabra. Se necesita mucho valor para comprobar a cada ocasión la llave, para adaptarla a la propia cerradura. Se prefiere coger la primera que cae a mano, forzándola un poco, y si la cerradura gira, ya no se pide más. Admiro a los revolucionarios que se toman tanto trabajo para hacer saltar las murallas con dinamita, cuando el manojo de llaves de las gentes bien pensantes les habría permitido entrar tranquilamente por la puerta, sin despertar siquiera a nadie.

Esta mañana he recibido una carta de mi antiguo compañero. Es más extraña que la primera y termina así:

«Mi salud no es buena y en realidad representa mi única fuente de inquietudes, pues me costaría morir ahora, cuando después de múltiples tempestades, estoy arribando a puerto seguro. *Inveni portum*. Sin embargo, no detesto a la enfermedad que me tiene postrado; me ha proporcionado ratos de ocio que sin ella no hubiera tenido jamás. Acabo de pasar dieciocho meses en el sanatorio. Esa circunstancia me ha permitido aplicarme con ardor y seriedad al problema de la vida. Con un poco de reflexión, creo que llegarás a las mismas conclusiones que yo. *Aurea mediocritas*. Estas dos palabras te darán la prueba de que mis pretensiones siguen siendo modestas, de que no soy un rebelde. Conservo, por el contrario, un excelente recuerdo de nuestros maestros. Todo el mal procede, no de las doctrinas, sino de la educación que habían recibido y que, al no conocer otra manera de pensar y de sentir, nos han transmitido. Semejante educación ha hecho de nosotros unos individualistas, unos solitarios. En resumen, que no hemos salido jamás de la infancia, que lo inventamos todo, sin cesar, absolutamente todo. Nuestras penas, nuestras alegrías y hasta la propia vida. Inventamos la vida en vez de vivirla. Así es que antes de atrevemos a dar un paso fuera de nuestro pequeño mundo, tenemos que empezar de nuevo desde el principio. Tarea laboriosa y pesada, que no se realiza sin sacrificar un poco de nuestro amor propio. Pero la soledad es todavía más dura... Ya te darás cuenta algún día.

Encuentro inútil que hables de mí a los que te rodean. Cierto que una existencia laboriosa, sana y normal (la palabra *normal* tenía un triple subrayado) no debería ser secreta para nadie. Pero desgraciadamente, nuestra sociedad está conformada de una manera que la felicidad parece siempre sospechosa. Creo que cierto cristianismo, por cierto bastante alejado del espíritu de los Evangelios, reside en ese prejuicio común a todos, creyentes y descreídos. Respetuoso con la libertad de los demás, he preferido hasta ahora guardar silencio. Pero después de haber meditado largamente, he decidido romper el mutismo, obrando así en interés de una persona que me merece el mayor respeto. Si bien mi estado ha mejorado desde hace algunos meses, todavía tengo algunas Inquietudes que ya te comunicaré. Ven pronto.»

Inveni portum... El cartero me ha entregado la carta en el instante mismo que salía para dar mi catecismo. La he leído en el cementerio, a algunos pasos de Arsenio, que comenzaba a cavar una fosa, la de la señora Pinochet, cuyo entierro se verificará mañana. También él modelaba la vida con su pico.

El «¡Ven pronto!» de mi compañero me ha acongojado el corazón. Después de su discurso, cuidadosamente redactado (aún me parece verle rascándose la sien con la punta de la pluma, igual que antes) no puede contener ese grito infantil que se le escapa... Durante unos instantes me he esforzado en suponer que todo aquello no eran más que figuraciones

mías y que en realidad estaría cuidándole alguna persona de su familia. Pero, por desgracia, no sé que tenga más familia que una hermana suya, sirvienta en una taberna de Montreuil. No creo que sea ella esa persona que le merece «gran respeto». No importa... Seguramente iré.

* * *

El señor conde ha venido a visitarme. Muy amable, muy deferente y a la vez familiar como siempre. Me ha pedido permiso para encender su pipa y me ha regalado dos conejos cazados por él mismo, en los bosques de Sauvelinet. «La mujer de Pégniot se los guisará mañana. Ya la he advertido...»

No me he atrevido a decirle que mi estómago no toleraba ya más que unas migajas de pan. El estofado me ahorrará pagarle medio día a la mujer de la limpieza, la que tampoco se alegrará demasiado, ya que toda la familia del guardia jurado está harta de conejo. También es verdad que podría mandar las dos piezas por medio de un monaguillo a casa de mi vieja campanera. Pero tendría que aguardar a que fuera de noche para no llamar la atención de nadie. Se comenta demasiado mi estado de salud.

El señor conde no parece aprobar demasiado mis proyectos. Se esfuerza sobre todo en ponerme en guardia contra el espíritu de la población que harta desde la guerra, según dice, necesita cocerse en su propia salsa.

—No vaya a buscarla demasiado pronto, no se entregue prematuramente. Deje que ella dé por sí misma el primer paso.

Mi aristocrático amigo es sobrino del marqués de la Roche-Macé, cuyo latifundio se halla a solamente dos leguas de mi pueblo natal. Acostumbraba a pasar parte de sus vacaciones en aquella finca y recuerda muy bien a mi madre, entonces sirvienta en el castillo, que le daba enormes rebanadas de pan con mantequilla a hurtadillas del difunto marqués que era muy avaro. Le hablé de ella con bastante aturdimiento, pero él no pareció turbarse de que aludiera a una criada. ¡Querida madre! A pesar de ser entonces tan joven y tan pobre, sabía ya inspirar simpatía y estima. Al aludir, el conde no decía «su señora madre», lo que hubiera podido parecer algo afectado, sino que se limitaba a decir «su madre», recalcando el «su» con una gravedad y un respeto que me hacía asomar las lágrimas a los ojos.

Supongo que si estas líneas cayeran algún día en manos de personas indiferentes, se me juzgaría algo ingenuo. Debo serlo —en efecto— pues ese hombre de aspecto tan sencillez y algunas veces tan vivaracho, que tiene el aire de un eterno escolar en vacaciones, me inspira una especie de admiración. No es que le crea más inteligente que los demás y hasta presto crédito a los que dicen que es bastante duro con sus aparceros, pero le considero un buen amigo. Tampoco es un buen feligrés, ya que si bien no falta a la misa ningún domingo, no le he visto nunca acercarse a la Santa Misa. Llego a preguntarme muchas veces si comulga a lo menos por Pascua. ¿Cómo es posible entonces que haya ocupado el lugar —por desgracia vacío con tanta frecuencia— de un amigo, de un aliado o de un camarada? Acaso sea, tal vez, porque hallo en él esa naturalidad que busco en vano. La conciencia de su superioridad, el gusto hereditario por el mundo y hasta la propia edad, no han logrado revestirle de esa gravedad fúnebre, de ese aire de seguridad que confiere a los más ínfimos burgueses el solo privilegio del dinero. Todos éstos suelen estar continuamente preocupados por su deseo de guardar distancias (para emplear su propio lenguaje) mientras que él se limita a su rango. Sé muy bien que hay mucha coquetería —quiero creer que inconsciente— en ese tono cortante, casi rudo, que no encierra jamás la menor

condescendencia y que, sin embargo, no sabría humillar a nadie, evocando hasta en el más pobre, no la idea de sujeción, sino la de una disciplina libremente consentida, militar. Mucha coquetería, en efecto. Y mucho orgullo también. Pero me regocijo escuchándole.

Y cuando le hablo de los intereses de la parroquia, de las almas y de la Iglesia y dice «nosotros», como si él y yo no pudiéramos servir más que una misma causa, lo hallo tan natural que no me atrevo a contradecirle.

El señor cura de Torcy no le distingue precisamente con su simpatía. Cuando habla de él, sólo lo llama «el condesito», «su condesito». Esas alusiones me irritan. ¿Por qué «condesito»? le dije un día. «Porque es una figurita de adorno, una linda figurita de época. Visto sobre un aparador campesino hace su efecto. Pero en casa de un anticuario o en una sala de subasta en día de gran movimiento, ni siquiera se le vería».

Como confesara esperar poderle interesar aún en mi patronato para jóvenes, se encogió de hombros: «Su condesito es una hucha de Sajonia, pero absolutamente irrompible».

Efectivamente; no le creo muy generoso. Si bien no da jamás la impresión de estar apegado al dinero, como tantos otros, no cabe la menor duda de que lo está.

Quise hablarle también de *mademoiselle* Chantal, cuya tristeza me inquieta. Lo hallé muy reticente. El nombre de *madame* Louise pareció irritarle prodigiosamente. Enrojeció y luego su rostro se endureció. En vista de ello, me callé.

«Tienes la vocación de la amistad», observaba un día mi viejo maestro, el canónigo Durieux. «Cuida que no se transforme en pasión. De todas, es la única que no se puede curar.»

* * *

Concedo que conservamos... Pero conservamos para salvar y eso es lo que el mundo no puede comprender, pues sólo aspira a durar. Sin embargo, no puede ya contentarse con durar.

El Mundo Antiguo hubiera podido durar. Durar mucho tiempo. Estaba hecho para eso. Pesaba terriblemente y se mantenía pegado a la tierra. Había sacado partido de la injusticia. En lugar de luchar con ella, la había aceptado en bloque, de una pieza, haciendo de ella una institución como las otras, creando la esclavitud. Pero sea cual fuere el grado de perfección alcanzado, no dejó de permanecer bajo la maldición hecha a Adán. Esa circunstancia no la ignoraba el diablo; la sabía mejor que nadie. Pero no dejaba de ser una ruda empresa echarla casi enteramente sobre los hombros del rebaño humano, ya que hubiera podido reducirse la pesada carga. La mayor cantidad posible de ignorancia, de rebeldía, de desesperación, estaba reservada a un pueblo sacrificado, un pueblo sin nombre, sin historia, sin bienes, sin aliados —por lo menos confesables—, sin familia —por lo menos legal—, sin nombre y sin dioses. ¡Qué simplificación del problema social, de los métodos de gobierno!

Pero tal institución, que parecía inquebrantable, era en realidad la más frágil. Para destruirla para siempre, bastaba abolirla un siglo. Quizá un día habría sido suficiente. Una vez confundidos de nuevo los rangos, una vez dispersado el pueblo expiatorio, ¿qué fuerza hubiera sido capaz de hacerle aceptar de nuevo el yugo?

La institución murió y el Mundo Antiguo se derrumbó con ella. Se creía, trataba de creerse en su necesidad y se la aceptaba como un hecho. No volverá a restablecerse. La Humanidad no se atreverá a correr ese riesgo horrible, pues con ello arriesgaba demasiado. La ley podrá tolerar la injusticia y hasta favorecerla solapadamente, pero no la sancionará. La injusticia

no volverá a tener estado legal; eso se ha terminado. Pero no por eso está menos esparcida en el mundo. La sociedad, que no se atrevería a utilizarla en beneficio de una minoría, está así condenada a proseguir la destrucción de un mal que lleva en sí, que, expulsado por las leyes reaparece casi simultáneamente en las costumbres para comenzar al revés, incansablemente, el mismo circuito infernal. De buen o mal grado tiene que compartir en lo sucesivo la condición del hombre, correr la misma aventura sobrenatural. Antes era indiferente al bien o al mal, sin conocer otra ley que la de su propio poder; el cristianismo le dio un alma, un alma que perder o salvar.

* * *

He dado a leer estas líneas al señor cura de Torcy, pero sin atreverme a decirle que eran mías. Es tan superior a mí —y yo miento tan mal— que me pregunto ahora si me ha creído. Al devolverme el papel, en sus labios brillaba la sonrisa que conozco muy bien y que no presagia nada bueno. Luego me ha dicho:

—Su amigo no escribe mal y hasta está bastante bien pergeñado. De un modo general, aunque siempre es ventajoso pensar lo justo, valdría más no pasar adelante. Se ve la cosa tal como es, sin músicos, y no se arriesga uno a cantar una canción sólo para sí» Cuando encuentre usted una verdad al pasar, mírela bien, de manera que pueda reconocerla, pero no aguarde a que le guiñe un ojo. Las verdades del Evangelio no lo hacen. Con las otras, de las que nunca se sabe seguro por qué caminos han pasado antes de aparecer, resultan peligrosas las conversaciones particulares. No quisiera citar el ejemplo de un buenazo como yo. Sin embargo, cuando tengo una idea —una de esas ideas que podrían ser útiles a las almas, claro está, por las otras...— trato de elevarla hasta Dios por medio de la oración. Es sorprendente cómo cambia de aspecto. A veces ni siquiera se la reconoce...

»No importa. Su amigo tiene razón. La sociedad moderna puede renegar de su dueño; pero ha sido también redimida y no puede bastarle la administración del patrimonio común; por eso, de buen grado o de mal grado, se encamina, como todo, a la búsqueda del reino de Dios. Y ese reino no es de este mundo. Por lo tanto, no se detendrá jamás. No puede detener su carrera. “¡Sálvate o muere!”. No hay por qué decir lo contrario.

»Lo que su amigo cuenta de la esclavitud, es muy cierto también. La Ley antigua toleraba la esclavitud y los apóstoles igual. No dijeron al esclavo: “Libérate de tu dueño”, mientras recomendaron, por ejemplo, al lujurioso: “¡Líbrate de la carne en seguida!” Es un matiz. ¿Y por qué eso? Porque querían, supongo, dejar tiempo al mundo para que respirara antes de lanzarlo a la aventura sobrehumana. Creo que un mozo como San Pablo no se hacía tampoco ilusiones. La abolición de la esclavitud no suprimiría la explotación del hombre por el hombre. Apurando el razonamiento, un esclavo costaba caro y a tal hecho debía siempre cierta consideración por parte de su dueño. En cambio, conocí en mi juventud a un maestro vidriero que hacía soplar por las cañas a muchachitos de quince años y al muy animal no le preocupaba otra cosa más que su eventual substitución cuando su pobre pecho estallara. Hubiera preferido cien veces ser esclavo de uno de esos buenos burgueses romanos que de todos modos no debían atar tampoco a su perro con longanizas. No; San Pablo no se hacía ilusiones. Se decía solamente que el cristianismo había sembrado por el mundo una verdad que nada detendría porque se hallaba de antemano en lo más profundo de las conciencias y que el hombre se había reconocido inmediatamente en ella: Dios nos ha salvado a cada uno de nosotros y cada uno de nosotros vale la sangre de Dios. Puede usted traducir eso como desee, hasta en lenguaje racionalista —el más estúpido de todos—

y le obligará a pronunciar palabras que estallen al menor contacto. Si la sociedad futura trata de sentarse encima, le quemarán sus partes traseras, eso es todo.

»No importa que el pobre mundo siga soñando siempre más o menos en el antiguo contrato establecido antes con los demonios y que tenía que asegurar su reposo. Reducir a la condición de un rebaño, pero de un rebaño superior, un cuarto o un tercio del género humano, no era pagar muy caro, quizá, el advenimiento de los superhombres, de los pura sangre, del verdadero reino terreno... Todo eso se piensa, aunque nadie se atreva a decirlo, como es natural Nuestro Señor, al desposarse con la pobreza, elevó al pobre a tal dignidad, que no podrá bajar ya de su pedestal. Le dio con ello un antepasado... ¡y qué antepasado! Un nombre... ¡y qué nombre! Se le ama más siendo rebelde que resignado, parece pertenecer ya al reino de Dios donde los primeros serán los últimos, tiene el aspecto de un fantasma... de un fantasma que regresara del festín Nupcial, con su túnica blanca... Entonces, ¿qué quiere?, el Estado comienza por poner al mal tiempo buena cara. Limpia a los críos, cura a los lisiados, lava las camisas, cuece la sopa de los mendigos, limpia las escupideras de los enfermos, pero todo eso mientras contempla el reloj preguntándose si le quedará tiempo para ocuparse de sus propios asuntos. Sin duda espera que las máquinas lleguen a realizar el trabajo de los esclavos. ¡Que si quieres! Las máquinas no dejan de rodar y los sin trabajo de multiplicarse, de manera que las máquinas parecen hechas tan sólo para producir parados... ¿Entiende usted eso? En Rusia todavía están ensayando... Repare en que no creo que los rusos sean peores que los demás. ¡Todos locos, todos furibundos y vehementes, como buenos hombres actuales! Pero demuestran tener estómago. Son los flamencos del Extremo Norte. Tragan de todo y durante un siglo o dos podrán tragar politecnicismo sin reventar.

»Su idea, en resumen, no es estúpida. Naturalmente, se trata siempre de exterminar al pobre — el pobre es el testigo de Jesucristo, el heredero del pueblo judío, pero en lugar de reducirlo a rebaño o matarlo, han imaginado hacer de él un pequeño rentista o incluso — supuesto que las cosas vayan de mejor en mejor— un pequeño funcionario. Nada más dócil que eso, más regular...»

* * *

En mi rincón sé me ocurre algunas veces pensar en los rusos. Mis camaradas del Seminario Mayor hablaban frecuentemente a tontas y a locas de ese tema. Sobre todo para asombrar a los profesores. Nuestros colegas demócratas son amables y celosos, pero los encuentro — cómo diría— un poco burgueses. Además, es un hecho probado que el pueblo no siente hacia ellos el menor afecto. ¿Falta de comprensión, sin duda? Concretamente, repito que se me ocurre a veces pensar en los rusos con una especie de curiosidad, de ternura. Cuando se ha conocido la miseria, sus alegrías misteriosas e incommunicables, los escritores rusos, por ejemplo, hacen llorar. El año que murió mi padre, tuvieron que operar a mi madre de un tumor y permaneció cuatro o cinco meses en el hospital de Berguette. Una tía me recogió. Poseía un cafetín cerca de *Leas*, una horrible barraca de tablones donde se servía ginebra a los mineros demasiado pobres para poder frecuentar un verdadero café. La escuela estaba a dos kilómetros y yo acostumbraba a aprender mis lecciones sentado en el suelo, detrás del mostrador. El suelo era un mal entarimado de madera podrida. El olor acre de la tierra, una tierra siempre húmeda, fangosa, se filtraba entre las grietas. Las noches de cobro, nuestros clientes no se tomaban siquiera la molestia de salir para hacer sus necesidades: se orinaban en el suelo y yo tenía tanto miedo en mi entarimado del mostrador, que terminaba por

dormirme. No me importaba: el maestro me quería y me prestaba libros. Allí leí los recuerdos de la infancia de Máximo Gorki.

Es evidente que en Francia existen hogares míseros, islotes de miseria. Jamás tan grandes para que los míseros puedan vivir realmente entre sí una existencia de absoluta miseria. La propia riqueza está demasiado matizada, es excesivamente humana, ¿qué sé yo?, para que estalle en alguna parte, deslumbrante, la horrible potencia del dinero, su fuerza ciega, su crueldad. Me imagino, sin embargo, que el pueblo ruso ha sido un pueblo mísero, un pueblo de míseros, que ha conocido la borrachera de la miseria, su posesión. Si la Iglesia pudiera elevar un pueblo a los altares y hubiera sido éste el elegido, seguramente habría hecho de él el patrón de la miseria, el intercesor particular de los pobres. Parece ser que Gorki ha ganado mucho dinero, que lleva una vida fastuosa a orillas del Mediterráneo. Así al menos lo he leído en el periódico. Pero aunque sea verdad —¡sobre todo si es verdad!— me siento satisfecho de haber rogado por él diariamente desde hace tantos años. A los doce años, no me atrevo a decir que ignorara a Dios, pues entre muchas otras voces que producían en mi pobre mente una terrible algarabía, reconocía ya Su voz. Esto no impidió que la primera experiencia de la desgracia fuera feroz. Bendito sea aquel que preservó de la desesperación un corazón infantil. Es una cosa que las gentes del mundo no saben o que olvidan, porque les atemorizaría demasiado. Entre los pobres como entre los ricos, un chiquillo mísero está solo, tan solo como el hijo de un rey. Por lo menos entre nosotros, en este país, la miseria no se comparte; cada mísero está solo con su miseria, una miseria que sólo a él pertenece, como le pertenecen su rostro, sus miembros. Me parece que tuve una idea clara de esta soledad o acaso no me hice ninguna idea. Obedecí simplemente a esa ley de mi vida sin comprenderla. Hubiera terminado por amarla. No hay nada más duro que el orgullo de los míseros y bruscamente aquel libro venido de tan lejos, de aquellas fabulosas tierras, me dio todo un pueblo por compañero.

Presté el libro a un amigo que, naturalmente, no me lo devolvió. Tampoco es que me interesara, ¿para qué? Basta haber entendido bien —o haber creído entender— por una vez la queja de un pueblo, el lamento que no se parece al de ningún otro pueblo —no— ni siquiera al del pueblo judío, macerado en su orgullo como un muerto entre el incienso. Pero no es un lamento, sino un cántico, un himno. ¡Oh! sé que no es un himno religioso, que no se puede llamar una plegaria. Hay de todo en su interior. Los gemidos del mujik bajo el látigo, los gritos de la mujer ultrajada, el hipo del borracho y el rugido de alegría salvaje, ese rugido de las entrañas —pues la miseria y la lujuria se buscan y se llaman ¡ay!, en tinieblas, como dos animales hambrientos—. Debería horrorizarme, en efecto. Sin embargo, creo que semejante miseria, una miseria que ha olvidado hasta su nombre, no busca ya, no razona; vuelve al azar su rostro huraño, para despertarse un día apoyada en el hombro de Jesucristo.

Me aproveché, por tanto, de la ocasión.

—¿Y si lo lograsen? —le dije al señor cura de Torcy.

Reflexionó un momento:

—¡No creerá que voy a aconsejar a esos pobres sujetos que pasen a la reserva al recaudador de contribuciones! ¡Durará lo que dure...! Pero ¿qué quiere hacerle? Estamos aquí para enseñar la verdad y eso no debe avergonzarnos.

Sus manos temblaron un poco, no mucho, y, sin embargo, comprendí que mi pregunta despertaba en él un recuerdo de luchas horribles donde habían estado a punto de zozobrar su valor, su razón, acaso su fe... Antes de responderme tuvo un movimiento de hombros como un hombre que ve un camino obstruido y quiere abrirse paso.

—Enseñar, hijo mío, no es divertido. No hablo de los que salen adelante con charlas y sermones; verá muchos en el curso de su vida y aprenderá a conocerlos. Y oirá muchas verdades consoladoras, como las llaman. La verdad, libera primero y consuela después. Además, no hay derecho a llamar a eso un consuelo. ¿Por qué no unas condolencias? ¡La palabra de Dios es un fuego candente! Y usted, que la enseña, desearía asirla con pinzas, por miedo a quemarse, ¿no la cogería a puñados, verdad? Hay sacerdote que acaba de hablar largo y tendido y baja del púlpito un poco ardoroso pero contento; en realidad, no ha predicado, sino que ha ronroneado a lo sumo. Repare que la cosa puede ocurrirle a todo el mundo, que somos pobres durmientes y que el diablo es quien se despierta algunas veces. También los apóstoles dormían en Getsemaní. Pero, en fin, hay que darse cuenta. Y usted comprende también que tal o cual, que gesticula o suda como un descargador, no está más despierto que los demás... No... Pretendo simplemente que cuando el Señor saca de mí por azar, una palabra útil a las almas, la conozco en el daño que me hace.

Se echó a reír, pero no reconocí siquiera su risa. Era una risa valerosa, cierto, pero quebrada. No me atrevería a permitirme juzgar a un hombre tan superior a mí en todos los aspectos y voy a hablar aquí de una cualidad que me extraña, a la que no me predisponen ni mi educación, ni mi nacimiento. Es cierto también que el señor cura de Tocoy pasa en algunos puntos por demasiado tosco, o —como dice la señora condesa— vulgar. Pero al fin y al cabo, puedo escribir aquí lo que me plazca sin arriesgarme a perjudicar a nadie. Pues bien: lo que me parece —humanamente al menos— el carácter dominante de esa alta figura, es el orgullo. Si el señor cura de Tocoy no es un hombre orgulloso, esa palabra carece de sentido, o al menos yo no sabría hallarle ninguno. En aquel momento, con toda seguridad, sufría en su orgullo, en su orgullo de hombre orgulloso. Yo sufría tanto como él y hubiera querido hacer algo útil. Le dije estúpidamente:

—Yo también debo, entonces, ronronear, pues...

—¡Cállate! —me respondió, tuteándome por vez primera y sorprendiéndome la dulzura de su voz—. No querrás que un desgraciado desharrapado como tú, haga otra cosa que recitar su lección. Pero Dios bendice incluso tu lección, pues no tienes el aspecto próspero de un conferenciante de misas pagadas... Ves —prosiguió—, cualquier imbécil, el primer llegado, no sabría permanecer insensible a la dulzura, a la ternura de la palabra, tal como nos las refieren los Santos Evangelios. Nuestro Señor lo ha querido así. Desde luego, está bien. Sólo los débiles o los pensadores se creen obligados a hacer mover las pupilas y mostrar lo blanco de los ojos antes de haber abierto la boca. Además, la Naturaleza obra igual: ¿es que para el tierno infante que reposa en la cuna y que toma posesión del mundo con su mirada abierta la antevíspera, no es la vida toda suavidad y caricia? ¡Y sin embargo, es muy dura! Date cuenta además que si se toman las cosas por su extremo bueno, su acogida no es tan engañosa como aparenta, pues la muerte no pide más que mantener la promesa hecha en el alborar de los días y la sonrisa de la muerte, por ser más grave, no es menos dulce y suave que la otra. Dicho brevemente, la palabra se hace pequeña con los pequeños. Pero cuando los Grandes —los Soberbios— creen fácil repetirlo como un simple cuento de hadas sin celebrar más que los detalles enternecedores y poéticos, me da miedo, miedo por ellos, naturalmente. Escuchas al hipócrita, al lujurioso, al avaro y al mal rico — con sus labios gruesos y sus ojos brillantes— arrullar la *Sinite Párvulos* sin tener aspecto de reparar en las palabras que siguen, acaso las más terribles que el oído del hombre haya escuchado: «Si no sois como uno de estos pequeñuelos, no entraréis en el reino de Dios».

Repitió el versículo como para sus adentros y siguió hablando con la cabeza escondida entre las manos.

—El ideal sería no predicar el Evangelio más que a los niños. Nosotros calculamos demasiado, ése es el mal. Así, no podemos hacer otra cosa que enseñar el espíritu de pobreza, pero eso, pequeño, es bastante duro. Entonces se trata de arreglarlo mejor o peor. Y se comienza primeramente por dirigirse sólo a los ricos. ¡Ricos Satanases! Son unos hombres poderosos, muy astutos, que tienen una diplomacia de primera clase. Cuando un diplomático debe estampar su firma bajo un tratado que le disgusta, discute cada cláusula. Una palabra cambiada por aquí, una coma desplazada por allí, todo termina por amontonarse. Pero esta vez valía la pena: se trataba de una maldición. Aunque, en fin, parece que haya maldiciones y maldiciones. Y entonces es cuando hace su aparición la otra frase: “Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, que un rico entre en el reino de los cielos...” Date cuenta de que soy el primero en hallar duro el texto y que no me opongo a las distinciones; eso ocasionaría bastantes disgustos a la clientela de los jesuitas. Admitamos, por tanto, que Dios ha querido hablar de los ricos verdaderamente ricos, de los ricos con espíritu de riqueza. ¡Bien! Pero cuando los diplomáticos sugieren que el ojo de la aguja era una de las puertas de Jerusalén —solamente un poco más estrecha— de manera que para entrar en el reino el rico no se exponía más que a arañarse las pantorrillas o rozarse los codos de la hermosa túnica, ¿qué quieres?, eso me fastidia. Sobre los sacos de escudos, Nuestro Señor hubiera escrito con su propia mano “Peligro de muerte”, como hace la administración de obras públicas sobre los pilones de los transformadores eléctricos y se desearía que...»

Comenzó a medir la estancia con grandes zancadas, hundidas las manos en los bolsillos de su sotana. Quise levantarme a mi vez, pero me obligó a sentarme de nuevo con un movimiento de cabeza. Me di perfecta cuenta de que vacilaba aún, que trataba de juzgarme, de sopesarme, antes de decir lo que acaso no había dicho a nadie, al menos en los mismos términos. Era bien visible que dudaba de mí, y sin embargo, no había nada de humillante en aquella duda. Además, no podía humillar a nadie. En aquel momento su mirada era apacible, dulce y —parece ridículo hablando de un hombre tan fuerte, tan robusto, casi vulgar, con semejante experiencia de la vida de los seres— de una extraordinaria, de una indefinible pureza.

—Habría que reflexionar mucho antes de hablarles a los ricos de la pobreza. De otro modo nos haríamos indignos de enseñársela a los pobres, ¿y cómo atreverse a presentarse entonces ante el tribunal de Jesucristo?

—¿Enseñársela a los pobres? —dije.

—Sí; a los pobres. A ellos nos envía primeramente Dios y para anunciarles... ¿qué? La pobreza. Sin duda esperan otra cosa. Esperan el fin de su miseria y he aquí a Dios, cogiendo a la pobreza de la mano y diciéndoles: «Reconocedla como vuestra Reina, juradle homenaje y fidelidad». ¡Qué golpe! Recuerda que ésa es, en suma, la historia del pueblo judío, con su reinado terreno. El pueblo de los pobres, como el otro, es un pueblo errante entre las naciones, a la búsqueda de sus esperanzas cauales, un pueblo decepcionado hasta lo más profundo de su ser.

—Y sin embargo...

—Sin embargo, la norma existe, no hay medio de quebrantarla... Oh, sin duda un cobarde lograría acaso salvar la dificultad. El pueblo de los pobres constituye un público fácil, un buen público, cuando se sabe cómo tomarlo. Háblale a un canceroso de su curación y le verás todo oídos. Nada más fácil que dejarles que escuchen que la pobreza es una especie de enfermedad vergonzosa, indigna de naciones civilizadas, y que en un abrir y cerrar de ojos les libremos de esa porquería. ¿Pero quién de entre nosotros se atrevería a hablar así

de la pobreza de Jesucristo?

Me miró fijamente a los ojos y aún me pregunto si me veía, si veía siquiera los objetos familiares que le rodeaban, confidentes habituales y silenciosos. No, no me veía. El solo afán de convencerme no hubiera dado a su mirada una expresión tan angustiada. En realidad era con sí mismo, contra una parte de sí mismo cien veces vencida y siempre rebelde, contra quien se alzaba, con toda su estatura, con toda su fuerza, como un hombre que combate por su vida. ¡Cuán profunda era la herida! Tenía el aspecto de estar hurgando en ella, abriéndola con sus propias manos.

—Tal como me ves —me dijo—, me gustaría mucho predicar a los pobres la insurrección, o mejor, no predicarles nada. Desde luego, cogería a uno de esos «militantes», esos mercaderes de frases y artesanos de la revolución y le mostraría lo que es un mocetón de Flandes. Nosotros, los flamencos, llevamos la rebeldía en la sangre. ¡Recuerda la historia! Los nobles y los ricos no nos han dado nunca miedo. Gracias al cielo, puedo confesarte ahora, que incluso siendo tan robusto, Dios no ha permitido que sufriera muchas tentaciones en mi carne. Pero la injusticia y la desgracia me encienden la sangre. Hoy todo es diferente y no puedes darte mucha cuenta. Así, por ejemplo, la famosa encíclica de León XIII, *Rerum Novarum*, que vosotros leéis tranquilamente, a la luz de los cirios, como cualquier mandamiento de Cuaresma. En mis tiempos, hijo mío, creímos que la tierra temblaba bajo nuestros pies. ¡Qué entusiasmo! Yo era por entonces cura de Norefontes, en pleno país minero. La idea tan sencilla de que el trabajo no es una mercancía, sometida a la ley de la oferta y la demanda, que no se puede especular con los salarios y con la vida de los hombres como con el trigo, el azúcar o el café, emocionaba a las conciencias. Por haberlo explicado desde el púlpito a mis feligreses, pasé por un socialista y los campesinos bienpensantes me hicieron trasladar, en desgracia, a Montreuil. La desgracia no me preocupaba. Pero en aquel momento...

Se calló tembloroso. Me miró fijamente y en aquel instante me avergoncé de mis pequeñas preocupaciones y hubiera querido besarle las manos. Cuando me atreví a levantar los ojos se había vuelto de espalda y miraba por la ventana. Tras un largo silencio, prosiguió con una voz más sorda, pero siempre alterada.

—La piedad, date cuenta, es como un animal, un animal al que puede pedirse mucho, pero no todo. El mejor perro puede volverse rabioso. La piedad es poderosa y voraz. No sé por qué la representan siempre un poco llorosa, un poco tonta. Pero en realidad es una de las mayores pasiones del hombre. En aquel momento de mi vida, creí que iba a devorarme. El orgullo, la envidia, la cólera e incluso la lujuriar los siete pecados capitales, hacían coro, aullando de dolor. Hubieras podido creer que eran una manada de lobos rociados con petróleo y llameando.

Sentí sus dos manos en mis hombros.

—En fin, yo también tuve mis fastidios. Lo más duro es que nadie me comprendiera, que me sintiera ridículo. Para todo el mundo no era más que un pobre cura demócrata, un vanidoso, un farsante. Es posible que en general los curas demócratas no tengan mucho temperamento, pero yo creo que me sobra. Y en aquel momento comprendí a Lutero. También él tenía temperamento. Y seguramente le devoraban el hambre y la sed de justicia en su monasterio de Erfurt. Pero a Dios no le gusta que toquen su justicia y su cólera es demasiado fuerte para nosotros, pobres diablos. Nos embriaga, nos hace peor que brutos. Así, después de haber hecho temblar al mundo, el viejo Lutero terminó por llevar su paja al pesebre de los príncipes alemanes. Contempla el retrato que le hicieron en su lecho de muerte... Nadie reconocería al antiguo monje en este hombre ventrudo, de gruesos hocicos.

Su cólera le había ido emponzoñando poco a poco hasta volverse grasa. Eso es todo.

—¿Reza usted por Lutero? —le pregunté.

—Todos los días —me respondió—. Además, me llamo Martín como él.

Entonces ocurrió una cosa sorprendente. Colocó una silla a mi lado, se sentó, cogió mis manos en las suyas sin apartar de mí la mirada de sus ojos, de sus ojos magníficos, llenos de lágrimas y, sin embargo, más imperiosos que nunca, ojos que parecían hacer la muerte muy fácil, muy sencilla.

—Te trato de desharrapado —me dijo—, pero te estimo. Toma la palabra en su buen sentido. En mi opinión, Dios te ha llamado, no hay duda. Físicamente podrían tomarte por una semilla de monje. ¡No importa! Si no tienes hombros, sí posees corazón y merecerías servir en la infantería. Pero recuerda lo que te digo: no dejes que te evacúen. Si descienes una vez a la enfermería, no volverás a salir. Empléate a fondo y compóntelas para terminar tranquilamente en la trinchera sin haberte retirado jamás.

Sé bien que no merezco su confianza, pero desde que me la dio me hice el propósito de no burlarla. Allí reside precisamente la fuerza de los débiles, de los niños, la mía...

—Se aprende la vida más o menos aprisa, pero siempre termina por aprenderse, según la propia capacidad. Claro está que cada cual no tiene más que su parte de experiencia. Un frasco de veinte centilitros no contendrá nunca más que el de un litro. Pero existe la experiencia de la injusticia...

Me di cuenta de que los rasgos debían haberseme endurecido a pesar mío, pues las palabras me hacían daño. Ya iba a abrir la boca para responder, cuando me interrumpió:

—¡Cállate! No sabes lo que es la injusticia... Ya lo sabrás. Pertenece a una raza de hombres a la que la injusticia olfatea desde lejos, a la que espía pacientemente hasta el día... No es necesario que te dejes devorar. Sobre todo, no creas que la harás retroceder, clavándole la mirada como un domador. No podrás escapar a su fascinación) a su vértigo. No la mires más que el tiempo justo y no lo hagas nunca sin rezar.

Su voz tembló un poco. ¿Qué imágenes, qué recuerdos pasaban en aquel momento ante sus ojos? Dios lo sabe.

—Estoy seguro de que envidiarás más de una vez a la hermanita que se dirige por la mañana a cuidar a sus pobres tullidos, sus mendicantes, sus borrachos y que trabaja arduosamente hasta el anochecer. ¡Ella se ríe de la injusticia! Lava, frota, cura y finalmente amortaja su hato de lisiados. Y no es ella a quien ha confiado Dios su palabra. ¡La palabra de Dios! Devuélveme la Palabra, dirá el Juez el último día. Y cuando se piensa lo que algunos tendrán que sacar en aquel instante de su pequeño equipaje no se sienten deseos de echarse a reír; no.

Se levantó otra vez y de nuevo me contempló fijamente. Yo también me levanté.

—¿Hemos guardado la palabra? ¿Acaso hemos ido midiéndola cuidadosamente? ¿La hemos dado igual a los pobres que a los ricos? Es evidente que Nuestro Señor habló tiernamente a sus pobres, pero como te decía hace poco, les anunció la pobreza. No hay medio de salir de ahí, pues la Iglesia tiene encomendada la custodia del pobre. Es lo más fácil. Todo hombre compasivo comparte con ella esa protección. En cambio, está sola —me entiendes—, sola, absolutamente sola, en la guarda del honor de la pobreza. ¡Oh, nuestros enemigos tienen el papel más vistoso! «Habrán siempre pobres entre vosotros». Éstas no son palabras de demagogo, sino la Palabra que nosotros hemos recibido. Tanto peor para los ricos que se esfuerzan en creer que justifica su egoísmo. Tanto peor para nosotros que servimos así de rehenes a los poderosos, cada vez que el ejército de los míseros vuelve a batir las murallas de la Ciudad. ¡Son las palabras más tristes del Evangelio, las más

cargadas de tristeza! Y desde luego, fueron dirigidas a Judas. ¡Judas! San Lucas nos informa de que llevaba las cuentas y que su contabilidad no era muy limpia. ¡Sea! Pero, en fin, era el banquero de los Doce, ¿y quién ha visto la contabilidad de una banca en regla? Es probable que forzara un poco las cuentas, como todo el mundo. Y a juzgar por su última operación no hubiera sido ese Judas un buen agente de cambio. Pero Dios toma nuestra propia sociedad tal como es, al contrario de los farsantes que fabrican una sobre el papel y luego la reforman con la violencia, siempre sobre el papel, claro está. En resumen: Nuestro Señor, conocía muy bien el poder del dinero, hizo sitio a su lado al capitalismo y le dio su oportunidad e incluso hizo su primera inversión de fondos; hallo todo ello prodigioso, te lo aseguro... ¡Tan hermoso! Dios no desprecia nada. Después de todo, si el asunto hubiera marchado, Judas habría subvencionado probablemente sanatorios, hospitales bibliotecas o laboratorios. Te habrás dado cuenta de que se interesaba con el problema del pauperismo o la indigencia, como cualquier millonario. «Habrá siempre pobres entre vosotros —respondió Nuestro Señor—, pero a Mí no me tendréis siempre.» Lo que quiere decir: «No dejes que suene en vano la hora de la misericordia. Harías mejor devolviendo en seguida el dinero que me has robado, en vez de tratar de transformar a mis apóstoles con tus especulaciones imaginarias sobre fondos y tus proyectos de obras sociales. Además, crees que así halagas mi bien conocida predilección por los mendigos y te equivocas de medio a medio. No amo a mis pobres como las viejas inglesas quieren a los gatos perdidos o a los toros de las corridas. Ésos son amaneramientos de rico. Amo la pobreza con un amor profundo, reflexivo y lúcido —de igual a igual— como a una esposa fecunda y fiel. La he coronado con mis propias manos. No la honra quien quiere, ni la sirve quien no haya revestido su blanca túnica de lino. No comparte quien lo desea el pan de la amargura con ella. La he querido humilde y fiel, pero no servil. No rehúsa el vaso de agua, con tal de que lo ofrezcan en mi nombre y en el mismo lo recibe. Si el pobre mantuviese su derecho de la sola necesidad, vuestro egoísmo lo habría condenado a lo estrictamente necesario, pagado con un reconocimiento y una servidumbre eternas. Así, te irritas hoy contra esta mujer que acaba de bañar mis pies con una esencia de nardo pagada muy cara, como si los pobres no debieran de aprovecharse nunca de la industria de los perfumistas. Eres de esa raza de gentes que después de dar unos céntimos a un vagabundo, se escandalizan de no verle instantáneamente en la panadería para hincharse de pan del día anterior que el comerciante le habrá vendido por pan fresco. En su lugar, irían también a casa del vinatero, pues el vientre de un mísero necesita más ilusión que pan. ¡Desgraciado! ¿Qué es el oro de que haces tanto caso más que una ilusión, un sueño o algunas veces la promesa de un sueño? La pobreza pesa mucho en las balanzas del Padre Celestial y todos tus tesoros de humo no equilibrarán los platillos. Habrá siempre pobres entre vosotros, por esa razón habrá siempre ricos, es decir, hombres ávidos y duros que buscan menos la posesión que el poder. Hombres semejantes existen igual entre los pobres que entre los ricos y el mísero que despeja su borrachera en el arroyo, está acaso lleno de los mismos sueños que César dormido entre sus cortinajes de púrpura. ¡Ricos o pobres, contemplaos en la pobreza como en un espejo, pues ella es la imagen de vuestra decepción fundamental, ella ocupa aquí abajo el lugar del paraíso perdido, ella es el vacío de vuestros corazones, de vuestras manos! La he colocado tan alta, la he despojado y la he coronado porque conozco vuestra malicia. Si hubiera permitido que la considerarais como enemiga, o solamente como extraña, si os hubiera dado la esperanza de poder expulsarla un día del mundo, habría condenado al mismo tiempo a los débiles. Pues los débiles serán siempre un peso muerto que vuestras orgullosas civilizaciones se pasan de una a otra con cólera y disgusto. Yo he

puesto mi señal sobre sus frentes y sólo os atreveréis a aproximaros a ellos a rastras, a devorar la oveja perdida, sin atreveros a atacar ya nunca al rebaño. En cuanto mi brazo cediera unos instantes, la esclavitud que tanto odio, resucitaría por sí misma, bajo un nombre u otro, pues vuestra ley tiene sus cuentas arregladas y el débil no posee más que su piel para dar.»

Su ancha mano tembló en mi brazo y las lágrimas que creí ver en sus ojos parecieron ser devoradas poco a poco por la mirada que sostenía siempre fija en la mía. No pude llorar. La noche había caído sin que yo me diera cuenta y apenas distinguía su rostro, ahora inmóvil, tan noble, tan puro y tan apacible como el de un muerto. Justamente en aquel instante, pareció restallar en el aire la primera campanada del Angelus, procedente de no sé qué punto del cielo.

* * *

Ayer vi al señor deán de Blangermont que —muy paternalmente, pero muy extensamente también— me ha recomendado la necesidad de que un sacerdote joven vigile con la mayor atención sus cuentas. «¡Nada de deudas, sobre todo! ¡No las admitas...!» Confieso que me sorprendí un poco y me levanté estúpidamente para despedirme. Fue mi interlocutor quien me pidió que volviera a sentarme (creyó sin duda en un movimiento malhumorado) y así terminé por comprender que *madame* Pamyre se quejaba de estar esperando aún el pago de su cuenta (las botellas de vino quinado). Además, parece que debo cincuenta y tres francos al carnicero Geoffrin y dieciocho a Delacour, el comerciante en carbones. El señor Delacour es además consejero general. Ninguno de esos señores me ha hecho ninguna reclamación y el deán tuvo que confesar que todos aquellos datos provenían de *madame* Pamyre. No me perdona que me provea de comestibles en casa de Camus, forastero en el pueblo y cuya hija, según dicen, acaba de divorciarse. Mi superior es el primero en reírse de esas habladurías, que juzga ridículas, pero no pudo contener cierta irritación cuando le manifesté mi intención de no volver a poner los pies en casa de *madame* Pamyre. Me recordó ciertos conceptos vertidos por mí en el curso de una de nuestras conferencias trimestrales, en casa del cura de Verchocq, a las que él no asistía. Consideró que había hablado en términos demasiado vivos del comercio y los comerciantes. «Has de meterte en la cabeza, hijo mío, que las palabras de un sacerdote joven e inexperto como tú, serán siempre reveladas por los que tienen más años, pues es nuestro deber formarnos una opinión sobre los nuevos colegas. A tu edad no se permiten los arranques. En una sociedad tan reducida y tan cerrada como la nuestra, este control es justo y sería de mala intención no aceptarlo de buen grado. Ciertamente que la probidad comercial no es hoy lo que era antes, nuestras mejores familias patentizan en esta materia una negligencia vituperable. Pero hay que confesar que la terrible crisis tiene sus rigores. Conocí un tiempo en que esta modesta burguesía, trabajadora, ahorrativa, que produce aún la riqueza y la grandeza de nuestro país, sufría casi en su totalidad la influencia de la mala prensa. Hoy, que siente el fruto de su trabajo amenazado por los elementos del desorden, comprende que ya ha pasado la era de las ilusiones generosas, que la sociedad no tiene otro apoyo sólido que la Iglesia. ¿Acaso no está inscrito en el Evangelio el derecho de propiedad? Sin duda hay que hacer distinciones y en el gobierno de las conciencias tienes que llamar la atención sobre los deberes correspondientes a ese derecho, sin embargo...

Mis pequeñas miserias físicas me han vuelto excitable y nervioso. No pude retener las palabras que acudieron a mis labios y aún peor, las pronuncié con una voz temblorosa cuyo

acento me sorprendió a mí mismo.

—¡No se escucha con frecuencia a un penitente acusarse en el confesonario de beneficios ilícitos!

El señor deán me miró fijamente y yo sostuve su mirada. Por un momento pensé en el cura de Torcy. De todas maneras, la indignación, incluso justificada, es un movimiento anímico demasiado sospechoso para que un sacerdote se abandone a él. Y siento también que hay siempre algo en mi cólera cuando me fuerzan a hablar del rico —del verdadero rico, del rico en espíritu, del hombre de dinero, como le llaman... ¡Un hombre de dinero!

—Tu reflexión me sorprende —dijo el señor deán con un tono seco—. He creído discernir en tus palabras cierto rencor, cierta acidez... Hijo mío —añadió con voz un poco más dulce—, lamento que tus éxitos escolares hayan falseado un poco tu juicio. El seminario no es el mundo. La vida en el seminario no es la vida. Se necesitaría sin duda muy poca cosa para hacer de ti un intelectual, es decir, un rebelde, un censor sistemático de las superioridades sociales que no están fundadas en el espíritu. ¡Dios nos libre de los reformadores!

—Sin embargo, señor deán, muchos santos fueron reformadores.

—¡Dios nos libre también de los santos! No protestes, no es más que una frase. Ya sabes que la Iglesia no eleva a los altares y con frecuencia hasta mucho después de su muerte, más que a un pequeño número de justos excepcionales cuyas enseñanzas y heroicos ejemplos, pasados por la criba de una severa investigación, constituyen el tesoro común de los fieles. Con los debidos respetos, esos hombres admirables se parecen a esos vinos preciosos pero lentos en hacerse, que cuestan tantos esfuerzos y desvelos al cosechero para que no alegren más que a sus biznietos... Estoy bromeando, claro está. Sin embargo, te habrás dado cuenta de que Dios tiene bastante cuidado en no multiplicar en demasía entre nosotros, sus tropas regulares, si es que puedo expresarme así, los santos de prodigios y milagros, los aventureros sobrenaturales que a veces hacen temblar los cuadros de la jerarquía. ¿No es una excepción el cura de Ars? ¿No es insignificante la proporción, comparada con esta venerable multitud de clérigos celosos, que consagran sus fuerzas a las cargas aplastantes del ministerio? ¿Y quién osaría pretender, sin embargo, que la práctica de las virtudes heroicas sea privilegio de los monjes o, si mucho me apuras, hasta de los simples seglares?

»¿Comprendes ahora que en cierto sentido y con todas las reservas hacia el carácter un tanto irrespetuoso y paradójico de semejante ocurrencia, haya podido decir: “Dios nos libre de los santos”? Muchas veces han sido, antes de convertirse en gloria, una prueba para la Iglesia. Y eso sin hablarte de esos santos fracasados, incompletos, que hormigean alrededor de los verdaderos, que son como la moneda menuda y que como ésta ocupan más sitio de lo que valen. ¿Qué pastor, qué obispo, desearía mandar tales tropas? Concedido que tengan espíritu de obediencia... ¿Y después? Hagan lo que hagan, sus conceptos, sus actitudes, hasta su propio silencio correrá el riesgo de ser un escándalo para los mediocres, los débiles, los tibios... ¡Oh! Ya sé que vas a contestarme que el Señor detesta a los tibios. ¿Pero qué tibios? ¿Hasta qué punto? Lo ignoramos. ¿Estamos seguros de definir como Él a esa especie de gentes? No del todo... Por otra parte, la Iglesia tiene necesidades, utilicemos la palabra, tiene necesidades de dinero. Esas premuras existen, tienes que admitirlo y es inútil ruborizarse por ello. La Iglesia posee un cuerpo y un alma; por lo tanto, necesita proveer las necesidades del cuerpo. A un hombre normal no le da vergüenza comer. Consideremos las cosas como son. Hablábamos hace poco de los comerciantes... ¿Y de quién saca el Estado sus rentas más pingües? ¿Acaso no constituye esta burguesía, reacia en los beneficios, dura con el pobre como consigo mismo, dada al ahorro, la base más

duradera del Estado? La sociedad moderna es obra suya.

»Claro que nadie te pide que transijas con los principios y el catecismo de ninguna diócesis no ha cambiado nada, que yo sepa, en el cuarto mandamiento. ¿Pero es que acaso podemos meter la nariz en los libros de cuentas? Más o menos dóciles a nuestras lecciones cuando se trata, por ejemplo, de los extravíos de la carne —donde su sabiduría mundana ve un desorden, un gasto, sin elevarse, por lo demás, mucho más allá que el temor del riesgo o el despilfarro— hacen un coto reservado de lo que llaman sus negocios, lugar donde el trabajo lo santifica todo, pues tienen la religión del trabajo. Cada cual debe bastarse para sí; tal es su regla. Y no depende de nosotros, sino que se necesitarán siglos, acaso, para alumbrar esas conciencias, destruir el prejuicio de que el comercio es una especie de guerra y que tiene los mismos privilegios y las mismas tolerancias que la otra. Un soldado no se considera homicida cuando mata en el campo de batalla. Igualmente, Un negociante que saca de su trabajo un beneficio de usura, no se considera un ladrón, puesto que se sabe incapaz de quitar diez céntimos del bolsillo de nadie. ¿Qué quieres hacer, hijo mío? ¡Los hombres son los hombres! Si algunos de esos comerciantes trataran de seguir al pie de la letra las prescripciones de la teología sobre los beneficios legítimos, su quiebra sería inmediata.

»¿Es deseable, por tanto, lanzar así a la clase inferior a unos ciudadanos laboriosos, que se elevan penosamente, que son nuestro mejor punto de apoyo ante una sociedad materialista, que comparten los gastos del culto y nos dan sacerdotes, desde que el reclutamiento sacerdotal casi se ha agotado en nuestros pueblos? La gran industria sólo existe de nombre y está en realidad dirigida por los Bancos, la aristocracia se muere, el proletariado se nos escapa... ¿y tú propondrías en tales condiciones a las clases medias el planteamiento inmediato, ruidoso de un problema de conciencia cuya solución pide mucho tiempo, medida y tacto? ¿No era la esclavitud una gran ofensa a la ley de Dios? Y sin embargo, los apóstoles... A tu edad se prefieren los juicios absolutos. Desconfía de ellos. No te vayas por las ramas de las abstracciones y contempla a *los* hombres. Allí tienes, justamente, a esa familia Pamyre, que puede servir de ejemplo, de ilustración a la tesis que acabo de exponer. El abuelo era un simple obrero albañil, anticlerical notorio e incluso socialista. Nuestro venerable colega Bazancourt recuerda haberle visto volverse de espaldas en el umbral de la puerta de su casa al paso de una procesión. Primero compró un pequeño comercio de vinos y licores, bastante mal afamado. Dos años más tarde, su hijo, educado en un colegio municipal, entró en una buena familia, los Delannoy, que tenían un sobrino cura en Brogerontie. La hija, bastante despierta, abrió una tienda de comestibles. El viejo, como es natural, se ocupó de aquello y un año tras otro se le vio correr por las carreteras en su carricoche. Fue él quien pagó la pensión de sus nietos en el colegio diocesano de Montreuil. Le halagaba ver que eran amigos de nobles, y como además había dejado de ser socialista desde hacía largo tiempo, sus empleados le temían como al diablo.

»A los veintidós años, Louis Pamyre acaba de casarse con la hija del notario Delivallue, agente de negocios de Su Excelencia; Arsène se ocupa del almacén; Charles practica la medicina en Lille y el más joven, Adolphe, está en el seminario de Arras. ¡Oh! Todo el mundo sabe perfectamente que toda esa gente trabaja duramente y que no son presas fáciles en los negocios. ¿Y qué? Si nos roban, por lo menos nos respetan. Eso ha creado entre ellos y nosotros una especie de solidaridad social, que puede deplorarse o no, pero que existe y todo lo existente ha de utilizarse para el bien.

Se interrumpió, un poco enrojecido. Acostumbro a resistir con dificultad una conversación de este género, ya que mi atención se fatiga muy pronto en cuanto una secreta simpatía no

me permite adelantarme apasionadamente al pensamiento de mi interlocutor, y me dejo, como decían mis antiguos profesores, «llevar a remolque»... ¡Qué justa es la expresión popular de «palabras que pesan en el corazón»! Las que acababa de pronunciar el deán parecían formar un bloque en mi pecho y su peso me hacía dar cuenta de que sólo la plegaria sería capaz de fundir aquella especie de ténpano.

—Sin duda te he hablado con bastante rudeza —añadió el señor deán de Blangermont—. Es por tu bien. Cuando hayas vivido más tiempo, comprenderás. Pero es necesario vivir.

—¡Hay que vivir! Es horrible —respondí sin reflexionar—. ¿No cree usted?

Aguardaba un estallido, pues mi voz volvía a ser la de los días malos, una voz que conocía muy bien —«la voz de tu padre», decía mi madre...—. El otro día oí que un vagabundo respondía a un gendarme que le pedía su documentación: «¿Documentación? ¿De dónde quiere usted que la saque? ¡Soy el hijo del soldado desconocido!». Y su voz sonaba con el mismo tono.

El señor deán me miró con fijeza, con aire atento.

—Sospecho que eres poeta... Pero, afortunadamente, con tus dos sectores agregados, no te faltará el trabajo. El trabajo lo arreglará todo.

Ayer me faltó el valor. Hubiera querido sacar una conclusión a esta conversación. ¿Para qué? Evidentemente, debo tener en cuenta el carácter del señor deán, el placer que experimenta en contradecirme, en humillarme. Durante algún tiempo me señaló por su celo contra los jóvenes sacerdotes demócratas y sin duda me cree uno de ellos. Ilusión bien excusable, después de todo. Es verdad que por la extrema modestia de mi origen, mi infancia miserable, abandonada, la desproporción que siento cada vez más entre una educación negligente, casi grosera y cierta sensibilidad que me hace adivinar muchas cosas, pertenezco a una especie de hombres poco disciplinados por naturaleza y de los que mis superiores tienen razón en desconfiar. ¿Qué habría sido de mí si...? Mi sentimiento respecto a lo que llaman la sociedad sigue, por lo demás, bastante oscuro... A pesar de ser el hijo de un hogar humilde —o acaso por esta razón, ¿quién sabe?— no comprendo realmente más que la superioridad de la raza, de la sangre. Si lo confesara, sería objeto de burlas. Me parece, por ejemplo, que habría servido de buena gana a un verdadero señor... a un príncipe, a un rey. Pueden juntarse las manos ante otro hombre y jurarle fidelidad de vasallo, pero a nadie se le ocurriría hacerlo ante un millonario por el solo hecho de serlo. Resultaría estúpido. La noción de riqueza y la de poder no pueden confundirse aún porque la primera permanece abstracta. Sé que alguien me responderá que más de un señor ha debido su feudo a los sacos de escudos de un padre usurero, pero en fin, adquirido o no con la punta de la espada, con ésta tenía que defenderlo como hubiera defendido su propia vida, pues el hombre y el feudo no eran más que uno, hasta el punto de llevar el mismo nombre... ¿No es por ese signo misterioso como se reconocían los reyes? Y el rey, en nuestros santos libros, no se distingue demasiado del juez. Ciertamente que el millonario dispone, en el fondo de sus cofres, de muchas más vidas humanas que monarca alguno, pero su poder es como los ídolos, sin orejas y sin ojos. Puede matar sin saber siquiera lo que mata. Y tal privilegio debe ser también el de los demonios.

(Me digo algunas veces que Satanás, que trata de apoderarse del pensamiento de Dios, no sólo lo odia sin comprenderlo, sino que lo entiende al revés. Remonta, sin saberlo, la corriente de la vida en lugar de descenderla y se agota en tentativas absurdas, horribles, para rehacer en sentido contrario todo el esfuerzo de la Creación.)

* * *

La institutriz ha venido esta mañana a verme a la sacristía. Hemos hablado largamente de *mademoiselle* Chantal. Parece que esta muchacha va agriándose de día en día, que su presencia en el castillo se ha hecho imposible y que convendría meterla en una pensión. La señora condesa no parece aún decidida a tomar semejante medida. He comprendido que esperaba de mí que interviniera acerca de ella y tengo que cenar en la mansión la semana próxima.

Es evidente que la institutriz no quiere decirlo todo.

Me ha mirado varias veces con fijeza, con una insistencia molesta y los labios temblorosos. La he acompañado hasta la puertecilla del cementerio. En el umbral y con voz entrecortada, rápida, como se sacude una confesión humillante —voz de confesonario— se ha excusado de solicitar mi intervención en unas circunstancias tan peligrosas, tan delicadas. «Chantal es una naturaleza apasionada, extraña. No la creo viciosa. Las personas jóvenes, de su edad, tienen casi siempre una imaginación sin freno. He vacilado mucho antes de ponerle en guardia contra una niña que amo y compadezco, pero es capaz de un gesto inconsiderado. Recién llegado a esta parroquia, sería inútil y peligroso ceder, dado el caso, a su generosidad, a su caridad, para provocar así las confidencias que...» «El señor conde no lo soportaría», añadió luego con un tono que me disgustó.

Cierto que nada me autoriza a creerla parcial e injusta, y al saludarla lo más fríamente posible, sin tenderle la mano, he visto que tenía lágrimas en los ojos, verdaderas lágrimas. Además, la manera de comportarse de *Mademoiselle* Chantal no me gusta mucho. Tiene en sus rasgos la misma fijeza, la misma dureza que acostumbro a hallar —¡ay!— en el rostro de muchas jóvenes campesinas y cuyo sector no conozco y, sin duda, no conoceré jamás, pues ellas dejan adivinar bien poco, aun en el lecho de muerte. No es que crea demasiado en las confesiones sacrílegas de tal momento, pues las moribundas con quien hablé manifestaban una contrición sincera de sus faltas. Pero sus pobres rostros no vuelven a hallar más que una vez traspuesto el sombrío tránsito, la serenidad de la infancia (¡tan próxima, sin embargo!), no sé qué de confiado, de maravillado, una sonrisa pura... El demonio de la lujuria es un demonio mudo.

Así es que no puedo por menos que hallar un poco sospechosa la gestión de *Mademoiselle*. Claro que me falta mucha experiencia y autoridad para mezclarme en un asunto de familia tan delicado y habrían obrado sabiamente manteniéndome al margen. Pero ya que juzgan útil mezclarme, ¿qué significa esa prohibición de juzgar por mí mismo? «El señor conde no lo soportaría...» Estas palabras están de más.

Ayer recibí otra carta de mi amigo, unas pocas palabras. Me ruega que retrase algunos días mi viaje a Lille, pues tiene que trasladarse a París por asuntos de negocios. Y termina así: «Has debido comprender hace tiempo que he colgado los hábitos, como se dice comúnmente. Sin embargo, mi corazón no ha cambiado. Tan sólo se ha abierto a una concepción más humana y, *por consiguiente*, más generosa de la existencia. Me gano la vida; eso es una gran cosa. ¡Ganarse la vida! La costumbre adquirida en el seminario de recibir de los superiores, como una limosna, el pan cotidiano o el plato de judías, hace de nosotros unos niños. Hasta hace poco tuve, como debes tener tú ahora, una absoluta ignorancia de mi valor social. A duras penas me habría atrevido a ofrecermelo para el trabajo más humilde. Sin embargo, aunque mi mala salud no me permite todas las gestiones necesarias, he recibido muchas proposiciones lisonjeras y llegado el momento no tendría más que escoger entre media docena de situaciones excelentemente remuneradas. Acaso en tu próxima visita pueda darme el placer y el orgullo de acogerte en un piso conveniente,

cuando nuestro alojamiento era hasta ahora uno de los más modestos...»

Sé que todo eso es pueril y que debería encogerme de hombros. Pero no puedo. Se trasluce en estas palabras cierta necedad, donde reconozco desde el primer momento, con horrible humillación, el orgullo sacerdotal, pero despojado de todo carácter sobrenatural, vuelto frivolidad. ¡Qué absurda puerilidad!

Y, sin embargo, mi antiguo camarada pasaba por ser uno de los mejores alumnos del seminario, el mejor dotado. No le faltaba siquiera una experiencia precoz, un poco irónica, de sus semejantes y juzgaba a algunos de nuestros profesores con bastante lucidez. ¿Por qué intenta hoy imponerme con absurdas fanfarronadas que probablemente ni siquiera le engañan a sí mismo? Como tantos otros, terminará en cualquier oficina donde su mal carácter, su susceptibilidad enfermiza le harán enojoso a sus compañeros y donde, por mucho cuidado que ponga en ocultar su pasado, no podrá tener nunca muchos amigos.

Pagamos cara, muy cara, la dignidad sobrehumana de nuestra vocación. ¡Está siempre tan cerca lo ridículo de lo sublime! Y el mundo, tan indulgente de ordinario con los ridículos, odia el nuestro instintivamente. La necedad femenina es ya muy irritante, la necedad clerical lo es aún más que la femenina, de la que parece a veces un misterioso vástago. El alejamiento que tantas gentes sienten hacia el sacerdote y su antipatía profunda son cosas que no se explican sólo como quiere hacerse creer, por la rebelión más o menos consciente de los apetitos contra la Ley y quienes la encarnan... ¿A qué negarlo? Para experimentar un sentimiento de repulsión ante la fealdad, no es necesario tener una idea muy clara de la belleza. Y el sacerdote mediocre encarna la fealdad.

No me refiero al mal sacerdote. O mejor dicho, el sacerdote mediocre es el malo. El otro es un monstruo.

La monstruosidad escapa a toda medida común. ¿Quién puede adivinar los designios de Dios sobre un monstruo? ¿De qué sirve? ¿Cuál es la explicación sobrenatural de una desgracia tan sorprendente? Por más que se insista no puedo creer, por ejemplo, que Judas pertenezca al mundo... a este mundo por el cual Jesús rechazó misteriosamente su plegaria... Judas no es de este mundo...

Estoy seguro de que mi desgraciado amigo no merece el calificativo de mal sacerdote. Supongo incluso que está sinceramente unido a su compañera, pues cuando le conocí era ya bastante sentimental. El sacerdote mediocre, ¡ay!, lo es casi siempre. ¿Será menos peligroso para nosotros el vicio que cierta insulsez? Se dan casos de reblandecimiento del cerebro. El del corazón es mucho peor...

* * *

Al regresar esta mañana del sector agregado a mi parroquia, he visto desde lejos al señor conde, que obligaba a rastrear a sus perros a lo largo del bosque de Linières. Me saludó desde lejos, pero sin mostrarse muy deseoso de hablarme. Creo que de una manera u otra debe haberse enterado de la gestión de la institutriz. Por lo tanto, debo de obrar con mucha reserva y prudencia.

Ayer tuve confesiones. De tres a cinco, los niños. Como es natural, comencé por los muchachos.

¡Cómo ama Nuestro Señor a estos pequeñuelos! Cualquier otro que no fuese un sacerdote, dormiría con su monótono runruno que se asemeja muchas veces al simple recitado de frases escogidas en el Examen de conciencia y machacadas una y otra vez... Si quisiera ver claro, hacer preguntas al azar y obrar como simple curioso, creo que no escaparía al

disgusto. ¡Aparece tan a flor de piel la irracionalidad! Y sin embaído...

¿Qué sabemos del pecado? Los geólogos nos enseñan que el suelo, que nos parece tan firme, no es realmente más que una delgada película sobre un océano de fuego líquido y siempre hirviente, como la capa que se forma sobre la leche pronta a hervir... ¿Qué espesor tiene el pecado? ¿Hasta qué profundidad habría que calar para hallar la veta de azur?

* * *

Estoy seriamente enfermo. Ayer tuve la certidumbre súbita y como iluminada de mi dolencia. Me ha parecido estar lejos, muy lejos del tiempo en que ignoraba este dolor tenaz, que cede algunas veces aparentemente, pero que no suelta jamás a su presa. Me ha parecido estar tan lejos de ese tiempo como de mi infancia... Hace justamente seis meses que sentí los primeros síntomas del dolor y apenas recuerdo aquellos días en que comía y bebía como todo el mundo. Mala señal.

Sin embargo, las crisis han desaparecido. No hay ya crisis. He suprimido deliberadamente la carne y las legumbres, alimentándome de pan mojado en vino, tomado en pequeña cantidad, cada vez que me siento enfermo. El ayuno me sienta, además, muy bien. Tengo la cabeza despejada y experimento mayor fortaleza que hace tres semanas, mucha mayor fortaleza.

Nadie se inquieta ahora por mis dolencias. La verdad es que yo mismo comienzo a habituarme a este triste rostro que ya no puede adelgazar más y que guarda, sin embargo, un aire —inexplicable— de juventud y, aunque no me atreva a decirlo, de salud. A mi edad, un rostro no se hunde nunca y la piel, tensa sobre los huesos, permanece elástica.

Releo estas líneas escritas ayer: he pasado una buena noche, bastante confortadora y me siento lleno de valor y esperanza. Es una respuesta de la Providencia a mis jeremiadas, un reproche lleno de dulzura. Con frecuencia me he dado cuenta —o he creído aprehender— esta imperceptible ironía (no hallo desgraciadamente otra palabra). Semeja al encogimiento de hombros de la madre atenta a los pasos desmañados y torpes de su hijito. ¡Ay! ¡Si supiéramos rezar...!

La señora condesa no responde a mi saludo más que con una inclinación de cabeza muy fría y distante.

Hoy he visitado al doctor Delbende, un viejo médico que pasa por ser muy brutal y que casi no ejerce. Sus colegas hacen burla de sus calzones de pana y sus botas siempre engrasadas, que exhalan un penetrante olor a sebo. El cura de Torcy le había anunciado mi visita. Me ha hecho tender sobre un diván, palpándome el estómago con sus manos anchas y no muy limpias (volvía de cazar), pero que infundían cierta confianza. Mientras me auscultaba, su enorme perro, echado en el umbral, seguía cada uno de sus movimientos con una atención extraordinaria, llena de adoración.

—No vale usted gran cosa —me dijo—. Basta una ojeada —pareció tomar como testigo a su perro— para comprender que no ha comido siempre en abundancia, ¿verdad?

—Antes... es posible —le respondí—. Pero ahora...

—¡Ahora es ya tarde! Y además, el alcohol... ¿Qué hace usted con el alcohol? No creo que beba gran cosa, pero otros lo han hecho por usted mucho antes de que viniera al mundo. Vuelva a verme dentro de quince días y le escribiré unas letras para el profesor Lavigne de Lille.

¡Dios mío! Sé perfectamente que la herencia pesa desconsideradamente sobre unos hombros como los míos, pero esa palabra de alcoholismo es dura de escuchar. Al vestirme

me miré al espejo y mi rostro triste y un poco más amarillento de día en día, con la larga nariz, la doble arruga profunda que desciende hasta la comisura de los labios y la barba corta pero dura, que no puede afeitar una mala navaja, me ha parecido repulsivo.

Sin duda el médico sorprendió mi mirada, pues se echó a reír. El perro respondió con ladridos y luego con alegres saltos.

—¡Basta, *Fox*! ¡Basta, bicho asqueroso!

Finalmente, entramos en la cocina. Todo aquel ruido había servido para infundirme valor, sin que supiera el porqué. La alta chimenea, repleta de leña, chisporroteaba como una piedra de afilar.

—Cuando esté un poco fastidiado, venga a dar una vuelta por aquí. Es algo que no diría a todos. Pero el cura de Torcy me ha hablado de usted y, además, sus ojos me gustan. Tiene usted ojos fieles, ojos de perro. Yo también tengo ojos de perro. Puede parecer raro, pero Torcy, usted y yo somos de la misma raza, una raza singular.

La idea de pertenecer a la misma raza que aquellos dos hombres robustos no se me había ocurrido nunca a mí. Y sin embargo, comprendí que no se estaba burlando.

—¿Qué raza? —pregunté.

—La que se mantiene siempre de pie. ¿Y por qué se mantiene de pie? Nadie lo sabe exactamente. Usted me dirá: la gracia de Dios... Pero yo, amigo mío, no creo en Dios. Aguarde... no me recite su lección porque la sé de memoria. «El espíritu sopla donde quiere, yo pertenezco al alma de la Iglesia.» ¡Mentiras! ¿Por qué mantenerse en pie, mejor que sentado o acostado? Repare en que la explicación fisiológica no cuadra aquí. Imposible justificar con hechos la hipótesis de una especie de predisposición física. Los atletas son generalmente ciudadanos pacíficos, conformistas, que no reconocen más que el esfuerzo que paga... no el nuestro. Es evidente que han inventado ustedes el paraíso. Pero el otro día le decía a Torcy: Admite que aguantarías la vida con o sin paraíso. Además, entre nosotras sea dicho, todo el mundo entra en vuestro paraíso, ¿verdad? Los obreros de la hora undécima, ¿no es verdad? Cuando he trabajado más de la cuenta, y digo trabajar más de la cuenta como se dice beber más de la cuenta, me pregunto si no somos simplemente unos orgullosos.

A pesar de reír estentóreamente, su risa hacía daño. Hubiera podido creerse que su perro pensaba igual que yo; había interrumpido súbitamente sus saltos y tenía la tripa pegada al suelo, humildemente levantada hacia su dueño una mirada calmosa, atenta, una mirada que parecía desligada de todo, hasta de la obscura esperanza de comprender una pena que vibraba, sin embargo, hasta el fondo de sus entrañas, hasta la última fibra de su pobre cuerpo perruno. Con la punta del hocico cuidadosamente colocada sobre sus patas cruzadas, parpadeando y con su largo cuello recorrido por extraños estremecimientos, gruñía suavemente como si se acercara un enemigo.

—Quisiera saber primeramente lo que usted entiende por mantenerse en pie.

—Sería largo de explicar. Admitamos, para abreviar, que la situación vertical no conviene más que a los poderosos. Para adoptarla, un hombre razonable aguarda a tener el poder, el dinero. Yo no he aguardado. En el tercer curso el superior del colegio de Montreuil nos pidió que adoptáramos una divisa... ¿Sabe usted cuál, elegí? «Plantar cara.» ¿A quién iba a plantar cara un chiquillo de trece años...?

—A la injusticia, acaso.

—¿La injusticia? Sí y no. No soy uno de esos que tienen siempre la palabra justicia en la boca. Comienzo por no exigirla para mí. ¿A quién diablo quiere que se la pida si no creo en Dios? Sufrir la injusticia es condición del hombre mortal. Desde que mis colegas hicieron

circular el rumor de que carezco de toda noción de la asepsia, la clientela se marchó y no me ocupó más que de palurdos que no me pagan más que con cualquier volátil o un cesto de manzanas y que me toman además por idiota. En cierto sentido, esos miserables son víctimas de los ricos. Pues bien, reverendo, yo los mido a todos con el mismo rasero. Ninguno vale nada. Aguardando su turno de explotar, me halagan con engaños. Sólo...

Se rascó la cabeza observándome de soslayo. Me di cuenta de que había enrojecido. Aquel rubor en el rostro envejecido tenía cierto aire hermoso.

—Pero una cosa es sufrir la injusticia y otra aceptarla voluntariamente. Ellos la aceptan. Eso les degrada. Y no puedo contemplarlo. Es un sentimiento que no puedo dominar... Cuando me encuentro en la cabecera de un pobre diablo que no quiere morir tranquilo, el hecho es raro, pero se observa de vez en cuando, mi maldita naturaleza se impone y me entran ganas de decirle:

«¡Apártate de ahí, imbécil! Voy a enseñarte cómo se hace eso limpiamente». El orgullo, siempre el orgullo. En una palabra: no soy amigo de los pobres y no me gusta el papel de Terranova. Preferiría que se arreglaran sin mí, que se arreglaran con los poderosos. Estropean el oficio y me dan lástima. Dese cuenta de que es una desgracia sentirse solidario de un hato de sinvergüenzas que, médicamente hablando, no son más que desechos. ¿Cuestión de raza probablemente? Es cierto: soy celta, celta de los pies a la cabeza, y nuestra raza es raza de sacrificios. ¡La rabia de las causas perdidas es la que nos mueve! Pienso, además, que la humanidad se divide en dos especies distintas, según la idea que se forman de la justicia. Para unos, es un equilibrio, un compromiso. Para los otros...

—Para los otros —le dije—, la justicia es como el florecimiento de la caridad, su advenimiento triunfal.

El médico me contempló un largo instante, con un aire de sorpresa, de vacilación, muy molesto para mí. Creo que la frase le había disgustado. En realidad, no era más que una frase.

—¡Triunfal! ¡Triunfal! Es muy limpio su triunfo, muchacho. Me responderá que el reino de Dios no es de este mundo. De acuerdo. Pero lo que les reprocho a ustedes no es que haya aún pobres, no... Y aún más, les doy la parte mejor, admitiendo que los viejos bichos como yo, tienen que cuidarles, alimentarles y vestirles. Pero lo que no perdono es que nos los entreguen tan sucios... ¿comprende? Después de veinte siglos de cristianismo no debería sentirse vergüenza de ser pobre. ¿O es que han traicionado ustedes a su Cristo? No hay quien me saque de ahí... Disponen de todo lo necesario para humillar al rico, para salir a su paso y detenerle en su carrera de vanidades. El rico tiene sed de atenciones y deferencias, y cuanto más rico es, más sed siente. Si hubieran tenido ustedes el valor de ponerles en última fila, junto a la pila de agua bendita o incluso en el atrio, ¿por qué no?, eso les habría hecho reflexionar. Se habrían abalanzado todos hacia el banco de los pobres, los conozco. Por doquier los primeros, pero aquí, ante Nuestro Señor Jesucristo, los últimos... ¡Buen golpe! Ya sé que la cosa no era muy cómoda. Pero si es verdad que el pobre está hecho a imagen y semejanza de Jesús, en realidad, es Jesús mismo, es necio hacerle trepar hasta el más apartado banco, mostrando a todo el mundo un rostro ridículo del que, desde hace dos mil años, no han hallado ustedes el medio de limpiar los salivazos. Pues la cuestión social es, en primer lugar, una cuestión de honor. La injusta humillación del pobre es la que hace los míseros. No se les pide que engorden a gentes que además, de padre a hijo, han perdido ya el hábito de engordar y que probablemente seguirán siendo flacos como escobas. Y hasta se admite la eliminación, por razones de conveniencia, de los títeres, vagos y borrachos, en fin, de los fenómenos claramente comprometedores. Pero la verdad es que, cuando un

pobre entra en la casa del Señor, que es la suya, y se coloca por sí mismo en los últimos sitios, no se ha visto, ni probablemente se verá jamás, a un suizo empenachado como una carroza fúnebre que vaya a buscarlo al fondo de la iglesia para llevarlo al lado del Evangelio con todos los miramientos y honores debidos a un Príncipe, a un Príncipe de sangre cristiana. Esta idea hace sonreír casi siempre a sus colegas. Pero ¿por qué diablo prodigan entonces semejantes homenajes a los poderosos del mundo, que se regalan sin cesar? Y si les juzgan ridículos, ¿por qué les hacen pagar tan caro? «Se reirían de nosotros —dicen—, un pobre con sus harapos, al lado del Evangelio, se convertiría pronto en una farsa.» ¡Bien! Solamente cuando el pobre ha cambiado definitivamente su ruinoso morada por otra de madera de pino, cuando están ustedes seguros, definitivamente seguros de que no se sonará con los dedos ni escupirá en sus alfombras, ¿qué es lo que hacen de él? ¡Vaya! No me importa pasar por un imbécil y ni el Papa me haría cambiar de opinión. Y le digo, hijo mío, que si fuera tan estúpido, los santos no habrían hecho lo que hicieron. Arrodillados delante del pobre, del enfermo y del leproso, así es como vemos a nuestros santos. ¡Extraño ejército, donde los cabos se contentan con dar al pasar un golpecito protector en el hombro del huésped real a cuyos pies se prosternan los mariscales!

Se calló, un poco molesto por mi silencio. Es verdad que no tengo mucha experiencia, pero creí reconocer desde el primer momento cierto acento oculto, como si traicionara una herida profunda del alma. Otros acaso hubieran sabido hallar la palabra que hacía falta para convencer, para calmar. Yo ignoro tales palabras. El verdadero dolor que sale del hombre, me parece pertenecer en primer lugar a Dios. Trato de recibirlo humildemente en mi corazón, hacerlo mío, amarlo. Y comprendo en tal momento el sentido de la expresión, convertida ya en vulgar «comulgar con», pues es verdad que comulgo con tal dolor.

Se acercó el perro, colocando la cabeza sobre las rodillas de su dueño. Éste le acaeció sin romper el silencio.

(Desde hace dos días me reprocho no haber respondido a esa especie de requisitoria y, sin embargo, en el fondo de mí mismo, no puedo llevarme la contraria. Además, ¿qué habría dicho? No soy el embajador del Dios de los filósofos, sino el servidor de Jesucristo. Y lo que me hubiera venido a los labios no habría sido más que una argumentación muy fuerte, sin duda, pero tan débil que me ha convencido desde hace largo tiempo, sin calmarme.)

Sólo Jesucristo es la paz.

* * *

La primera parte de mi programa está en vías de realización. Me he decidido a visitar a cada familia una vez por trimestre al menos. Mis colegas califican adrede ese proyecto de extravagante, y es cierto que el compromiso será duro de sostener, pues no deseo descuidar ninguno de mis deberes. Las gentes que pretenden juzgarnos desde lejos, desde el fondo de un confortable despacho, donde repiten diariamente igual trabajo, no pueden hacerse idea del desorden, de lo «deshilvanado» de nuestra vida cotidiana. Apenas nos bastamos para el servicio regular, aquel cuya estricta ejecución hace exclamar a nuestros superiores: he aquí una parroquia bien llevada. Y queda además lo imprevisto. Y éste no es nunca de despreciar. ¿Me hallo donde quisiera Nuestro Señor? Tal es la pregunta que me hago veinte veces al día. Pues el Señor a quien servimos no juzga solamente nuestra vida, sino que la comparte, la asume. En realidad, nos costaría mucho menos contentar a un Dios géometra y moralista.

Esta mañana, después de la misa mayor, he anunciado que los jóvenes deportistas de la

parroquia que desearan formar un equipo podrían reunirse en el presbiterio después de las vísperas. No he tomado tal decisión a la ligera, sino después de haber anotado cuidadosamente en mis registros los nombres de los probables adheridos —quince, sin duda — por lo menos diez.

El señor cura de Éutichamps ha intervenido cerca del señor conde (es un viejo amigo de la familia). Éste no se ha negado a ceder el terreno, pero desea alquilarlo (trescientos francos por año) por un quinquenio. Al término de este plazo, y excepto nuevo acuerdo, entraría en posesión del mencionado terreno y todas las construcciones provisionales o cobertizos elevados dentro de sus límites serían de su propiedad. La verdad es que probablemente no cree en el éxito de mi empresa y hasta supongo que trata de descorazonarme con ese regateo que no cuadra con su situación y su carácter. Le ha dicho al cura de Éutichamps palabras bastantes duras: «Que ciertas buenas voluntades, demasiado entrometidas, eran un peligro para todos, que él no era hombre que aceptara compromisos sobre proyectos aún en el aire, que mi deber era probar de antemano el movimiento andando, y que había que demostrarle antes lo que yo era capaz de hacer...».

La verdad es que sólo he tenido cuatro inscripciones. Ignoraba que existiera Una asociación deportiva en Heclin, lujosamente dotada por el fabricante de calzado, Vergnes, que da trabajo a la población de siete municipios. Claro que Heclin está a doce kilómetros, pero los muchachos del pueblo hacen fácilmente el camino en bicicleta.

A pesar de todo, hemos tenido ocasión de intercambiar algunas ideas distanciados de sus compañeros mayores, frecuentadores de bailes y acostumbrados a tratar con muchachas. Como dice muy bien Sulpice Mitonnet, el hijo de mi antiguo sacristán, «el cafetín hace daño y cuesta caro». En espera de alcanzar el número necesario, nos proponemos solamente la constitución de un modesto círculo de estudios con sala de juegos, de lectura, algunas revistas.

Sulpice Mitonnet, no me hubiera llamado nunca la atención. De salud bastante frágil, acaba de terminar su servicio militar (después de haber sido dado por inútil dos veces). Ejerce ahora, mal que bien, su oficio de pintor y pasa por perezoso.

Pienso que sufre, sobre todo, por la grosería del medio donde tiene que vivir. Como muchos de sus semejantes sueña con un puesto en la ciudad, pues tiene una hermosa escritura. ¡Ay! La tosquedad de las grandes ciudades, no por ser de otra especie me parece menos temible. Probablemente es más solapada, más contagiosa. Un alma débil no puede escapar a sus tentaciones.

Después de la partida de sus camaradas, hemos hablado largamente. Su mirada, un poco vaga e incluso huidiza, tiene esa expresión tan emocionante para mí de los seres habituados a la incompreensión, a la soledad. Se parece a la de *Mademoiselle*.

La señora Pégriot me anunció ayer que no volverá al presbiterio. Le da vergüenza» según asegura, recibir pago por un trabajo insignificante. (Es verdad que mi régimen más bien frugal y el estado de mi ropa blanca le conceden enorme margen de ocio.) Por otra parte, añade, «no entra en su carácter perder el tiempo».

He tratado de tomarme la cosa a broma, pero sin lograr hacerla sonreír. Sus ojillos parpadeaban de cólera y apenas podía contener los nerviosos movimientos de sus manos. A mi pesar, siento una gran repulsión ante ese rostro blando y redondo, esa frente baja y, sobre todo, su cuello grasiento, estirado por líneas horizontales y siempre brillantes de sudor. No puedo reprimir esas impresiones y temo traicionarme y que se adivine esa mi repulsión.

Ha terminado su perorata con una oscura alusión a «ciertas personas que no le interesa

encontrar aquí». ¿Qué habrá querido decir?

* * *

La institutriz se ha presentado esta mañana en el confesonario. Sé que tiene por director espiritual a mi colega de Heuchin, pero no he podido negarme a escucharla. ¡Qué ingenuos son aquellos que creen que el sacramento nos permite colarnos de rondón en el almario de las personas! ¿Por qué no hacen ellos mismos la experiencia? Habitado hasta ahora a mis pequeños penitentes del seminario, no logro comprender aún por qué horrible metamorfosis llegan las vidas interiores a no dar de sí mismas más que esa especie de imagen esquemática, indescifrable... Creo que transcurrida la adolescencia, muy pocos cristianos se creen culpables de comuniones sacrílegas. ¡Es tan fácil no confesarse del todo! Pero aún hay algo peor. Existe una lenta cristalización, alrededor de la conciencia, de menudas mentiras, de subterfugios, de equívocos. El caparazón guarda vagamente la forma de lo que recubre y nada más. A fuerza de costumbre y con el tiempo, los menos sutiles acaban por crearse todas las piezas de un lenguaje exclusivo, que permanece increíblemente abstracto. No esconden gran cosa, pero su solapada franqueza se parece a esos cristales opacos que no dejan pasar más que un resplandor difuso donde el ojo no distingue nada. ¿Qué ocurre entonces con la confesión? Apenas aflora a la superficie de la conciencia. No me atrevo a decir que se descompone por encima, pues más bien se petrifica.

* * *

Horrible noche. Desde que cerré los ojos la tristeza se apoderó de mí. Desgraciadamente no encuentro otra palabra para calificar un desfallecimiento que no puede definirse, una verdadera hemorragia del alma. Me desperté bruscamente, como si acabara de oír un grito agudo... ¿Pero es esa palabra la que conviene? Es evidente que no.

Apenas vencido aquel repentino sobresalto, dejé de fijar mi pensamiento en todo lo que me atormentaba y la calma pareció volver entonces a mi mente. La violencia que me impongo para dominar mis nervios, es habitualmente mayor de lo que imaginaba. Esta idea me es particularmente grata después de la agonía de estas últimas horas, pues este esfuerzo que hago casi en contra de mi voluntad y del que por consiguiente no puedo sacar ninguna satisfacción de amor propio, lo mide Dios.

¡Qué poco sabemos lo que es en realidad una vida humana! Ni siquiera la nuestra. Juzgarnos por lo que llamamos nuestros actos es acaso tan vano como juzgamos por nuestros sueños. Cristo escoge, según su justicia, entre esa multitud de cosas oscuras y aquella que Él eleva al Padre, resplandece como un sol.

Estaba tan agotado esta mañana, que hubiera dado cualquier cosa por una palabra de compasión, de ternura. Por unos instantes pensé en correr hacia Torcy. Pero a las once tenía el catecismo para niños y no quería faltar. Ni siquiera utilizando la bicicleta hubiera podido llegar a tiempo.

Mi mejor alumno es Sylvestre Galuchet, un muchachito no muy limpio (su madre murió y le cuida una abuela bastante borracha), y, sin embargo, de una belleza tan singular que da la impresión, casi enternecedora, de la inocencia —una inocencia anterior al pecado, una inocente pureza de animal—. Al distribuir los puntos buenos, ha venido a buscar su estampa a la sacristía y he creído leer en sus ojos reposados y atentos la piedad. Mis brazos se cerraron un instante a su alrededor y he llorado estúpidamente con la cabeza apoyada en

su hombro.

* * *

Primera reunión oficial de nuestro «Círculo de Estudios». Había pensado dar la presidencia a Sulpice Mitonnet, pero sus camaradas parecen dejarle un poco de lado. Como es natural, no me he creído en el deber de insistir.

Después nos hemos dedicado a poner a punto un programa bastante modesto, proporcionado a nuestros recursos. Los pobres muchachos están faltos evidentemente de imaginación, de ardor. Como confesó Englebert Denisane, temen «hacer reír». Tengo la impresión de que han acudido a mí por ocio, por aburrimiento, para ver...

* * *

He encontrado al cura de Torcy en la carretera de Desvres. Me ha llevado *hasta* el presbiterio en su vehículo e incluso ha aceptado beber un vaso de mi famoso Burdeos. «¿Lo encuentra bueno?», me ha preguntado. Le he respondido que me contentaba con vino más basto, comprado en la tienda de los Cuatro Tilos. Parece que se ha tranquilizado.

Tengo la impresión de que tenía una idea en la cabeza, pero estaba decidido a guardarla para sí. Me escuchó con aire distraído, mientras su mirada me formulaba, a su pesar, una pregunta que yo estaba inquieto por contestar, ya que él rehusaba hacérmela. Como de costumbre cuando me siento intimidado, hablé bastante sin ton ni son. Hay ciertos silencios que subyugan, que fascinan, casi dolorosos y que obligan a llenarlos de palabras, de cualquier cosa...

—Tienes un físico sorprendente —me dijo finalmente—. No se hallaría en toda la diócesis otro más desmejorado... ¡Seguro! Y a pesar de eso, trabajas como un caballo, te revientas. Monseñor debe necesitar muchos curas para haber puesto una parroquia en tus manos. Felizmente, una parroquia es algo sólido. De otro modo, correría el riesgo de romperla...

Me daba perfecta cuenta de que, por compasión hacia mí, trataba de bromear con algo muy reflexionado y sincero. Él pareció leer tal pensamiento en mis ojos.

—Podría agobiarte de consejos... ¿pero para qué? Cuando era profesor de matemáticas en el colegio de Saint-Omer, conocí a algunos alumnos sorprendentes que acababan por resolver problemas muy complicados, fuera de las reglas al uso. Pero como no estás bajo mis órdenes, es necesario que te deje obrar; que muestres tu capacidad. No se tiene derecho a falsear el juicio de tus superiores... Ya te hablaré de mi sistema otra vez.

—¿Qué sistema?

No respondió directamente.

—Ves... Los superiores tienen razón al aconsejar la prudencia. A falta de otra cosa mejor, yo mismo soy prudente. Es mi naturaleza. Nada más necio que un sacerdote irreflexivo que demuestre mala cabeza sin ninguna finalidad, solamente por darse tono. Pero, a pesar de todo, nuestros caminos no son los de este mundo. No se propone la Verdad a los hombres como se propondría una póliza de seguros o un depurativo. La Vida es la Vida. La Verdad de Dios es la Vida. Tenemos el aspecto de dirigirla y es ella la que nos lleva, hijo mío.

—¿En qué estoy equivocado? —le dije. (Mi voz tembló y tuve que interrumpirme por dos veces.)

—Te mueves demasiado, pareces un abejorro encerrado en una botella. Pero, en realidad, creo que tienes espíritu de plegaria.

Creí que iba a aconsejarme que me dirigiera a Solesmes y me hiciera monje. Y, una vez más, adivinó mi pensamiento. (No debe ser muy difícil, por lo demás.)

—Los monjes son más astutos que nosotros y tú no tienes sentido práctico, pues tus famosos proyectos no logran hacerse realidad. En cuanto a la experiencia de los hombres, más vale que no hablemos. Crees al condesito un señor, a tus alumnos de catecismo poetas y a tu deán un socialista. Al verte a la cabeza de tu flamante parroquia me haces, con todos los respetos, el efecto de uno de esos maridos majaderos que se jactan de «estudiar a su mujer», mientras ésta les ha conocido de la primera ojeada.

—¿De manera que...? (Mi confusión apenas me dejaba hablar.)

—De manera que... Prosigue. ¿Qué es lo que quieres que te diga? No tienes sombra de amor propio y es difícil poseer una opinión sobre tus experiencias, porque las haces a fondo y te comprometes en ellas. Como es natural, no haces mal obrando según la naturaleza humana. Recuerda estas palabras de Ruysbreck el Admirable, un flamenco como yo: «Cuando estés cautivado por Dios, si un enfermo te reclama una taza de caldo, descende del séptimo cielo y dale lo que pide». Es un buen precepto, en efecto, pero no debe servir de pretexto para la pereza. Pues existe una pereza sobrenatural, que llega con la edad, la experiencia y las decepciones. ¡Ah! ¡Los viejos sacerdotes son duros! La última de las imprudencias es la prudencia, cuando nos prepara suavemente a prescindir de Dios. Hay viejos sacerdotes horribles...

Transcribo estas palabras como puedo, más mal que bien, pues apenas le escuché. ¡Adivinaba en ellas tantas cosas! No tengo ninguna confianza en mí y, sin embargo, mi buena voluntad es tan grande que imagino siempre que salta a los ojos y que todos me juzgarán según mis intenciones. ¡Qué locura! Mientras me creía en los umbrales de este pequeño mundo, resulta que ya había entrado, completamente solo, con el camino cerrado a mis espaldas y sin ninguna probabilidad de retroceder. No conocía mi parroquia y ella se esforzaba en ignorarme. Pero la imagen que se hacía de mí era ya muy límpida, muy precisa. No hubiera sabido cambiar nada en lo sucesivo, más que a cambio de inmensos esfuerzos.

El señor cura de Torcy leyó el temor en mi ridículo rostro y comprendió seguramente que toda tentativa para calmarme sería vana en aquel instante. Se calló. Meforcé en sonreír y hasta creo que lo conseguí. Fue muy duro...

* * *

He pasado una mala noche. A las tres de la madrugada cogí la linterna y me dirigí a la iglesia. Me resultó imposible hallar la llave de la puertecilla lateral y tuve que abrir el gran portalón. El chirrido de la cerradura hizo, bajo las bóvedas, un ruido tremendo.

Me dormí en mi banco, con la cabeza entre las manos y tan profundamente que la lluvia me despertó al amanecer. Caían las gotas a través de la vidriera rota y en las losas de la iglesia se había formado un enorme charco. Al salir del cementerio me he encontrado con Arsenio Mirón, que me ha dado los buenos días con un tono socarrón. En realidad debía tener un aire extraño, con mis ojos hinchados de sueño y mi sotana mojada.

Tengo que luchar contra la tentación de correr a Torcy. Necia precipitación de jugador que sabe perfectamente que ha perdido, pero que no consiente que se lo digan. En el estado nervioso en que me hallo, no puedo perderme en excusas vanas. ¿A qué hablar del pasado? Sólo me importa el porvenir y no me siento aún capaz de mirarlo frente a frente.

El señor cura de Torcy piensa probablemente como yo. Seguramente igual. Esta mañana,

mientras colgaba los paños para las exequias de Marie Perdot, he creído reconocer su pasó, un poco tardo, sobre las losas. Pero no era más que el sepulturero que venía a decirme que había terminado su trabajo.

La decepción me ha hecho casi caer de la escalera...

* * *

Hubiera debido decir al doctor Delbende que la Iglesia no es solamente lo que él imagina, una especie de Estado soberano, con Sus leyes, sus funcionarios, sus ejércitos... Marcha a través de los tiempos como una tropa de soldados a través de países desconocidos donde todo abastecimiento normal es imposible. Vive los regímenes y las sucesivas sociedades como la tropa sobre el campo, al día.

¿Cómo dar al Pobre, heredero legítimo de Dios, un reino que no es de este mundo? La Iglesia está a la búsqueda del Pobre y le llama por todos los caminos de la tierra. Y el Pobre está siempre en el mismo sitio, en la extremidad de la cima vertiginosa cara al Señor de los Abismos, que le repite incansablemente desde hace veinte siglos con voz de Ángel, con su voz sublime y prodigiosa: «Todo esto será tuyo si, prosternado, me adoras...».

Tal sea acaso la explicación sobrenatural de la extraordinaria resignación de las multitudes. El Poder está al alcance de la mano del pobre y éste lo ignora o parece ignorarlo. Mantiene sus ojos bajos y el Seductor aguarda segundo tras segundo la palabra que le libraré de nuestra especie, pero que no saldrá jamás de la boca augusta que Dios ha sellado.

Problema insoluble: restablecer al Pobre en su derecho sin elevarlo al Poder. Y si ocurriera, aunque es imposible, que una dictadura despiadada, servida por un ejército de funcionarios, de técnicos, de estadistas, apoyados por millones de soplones y de gendarmes, lograra tener a raya, en todos los puntos del mundo a la vez, las inteligencias carniceras, los animales feroces y astutos, ávidos de lucros y ganancias, la raza de hombres que viven del hombre — pues su perpetua codicia de dinero no es, sin duda, más que la forma hipócrita o acaso inconsciente del horrible, del inconfesable apetito que les devora— pronto cundiría el disgusto hacia la *aurea mediocritas* erigida en regla universal y por doquier volverían a florecer las pobrezas voluntarias como una nueva primavera.

Ninguna sociedad se hará cargo del Pobre. Unos viven de la estupidez de otros, de su vanidad y sus vicios. El pobre *vive de la caridad*. ¡Qué sublime palabra!

* * *

No sé lo que me ha ocurrido esta noche. He debido soñar. Hacia las tres de la mañana (acababa de calentar un poco de vino y desmigajaba en el vaso un poco de pan como de costumbre) cuando la puerta del jardín crujió con tanta violencia que no pude por menos de bajar a ver lo que ocurría. La encontré cerrada, cosa que por otra parte no me sorprendió, pues estaba seguro de haberla cerrado al anochecer, como acostumbro a hacer diariamente. A los veinte minutos, aproximadamente, volvió a crujir con estrépito, mucho más violentamente que la vez anterior (soplaba un fuerte viento y una verdadera tormenta sacudía los tejados). Es una ridícula historia...

He vuelto a reanudar mis visitas. Las observaciones del señor cura de Torcy me obligan a la prudencia y trato de circunscribirme a un pequeño número de preguntas hechas con la mayor discreción y que en apariencia son bastante triviales. Según la respuesta, me esfuerzo en elevar la conversación, no mucho, hasta coincidir en una verdad, escogida entre

las más humildes posibles: ¡pero no hay verdades medianas! Pese a las precauciones, y aunque evitara incluso pronunciarlo, el nombre de Dios parece brillar de pronto en este aire espeso, asfixiante, y los rostros que se abrían ya, se cierran. Sería más justo decir que se oscurecen, que se entenebrecen.

¡Oh, la rebeldía que se agota a sí misma en injurias, en blasfemias...! Quizá no sea nada, no haya que concederle la menor importancia. El odio a Dios me hace pensar siempre en la posesión. «Entonces, el diablo se apoderó de él (Judas).» En la posesión; en la locura. Me parece una fuga a través de la vida, a la sombra estrecha de un muro, mientras la luz brilla esplendorosa por doquier... Pienso en los míseros animales que se arrastran hasta sus guaridas después de haber servido para los juegos crueles de los niños. La curiosidad, feroz de los demonios, su espantosa solicitud por el hombre es mucho más misteriosa... ¡Ay si pudiéramos ver, con los ojos del Ángel, a estas criaturas mutiladas!

* * *

Mejoro lentamente, las crisis se espacian cada vez más y algunas veces me parece sentir algo parecido al apetito. Sea como fuere, preparo ahora mi comida sin asco, aunque sin abandonar la misma minuta: pan y vino. Tan sólo añadido bastante azúcar al vino y dejo que el pan se endurezca hasta que puedo romperlo en vez de cortarlo. Así es más fácil de digerir.

Gracias a este régimen, llego a término de la jornada sin mucha fatiga y comienzo a sentirme más seguro de mí mismo... ¿Iré el viernes a casa del cura de Torcy?

Sulpice Mitonnet acude a visitarme diariamente. No es muy inteligente, es verdad, pero tiene delicadezas y atenciones. Le he dado la llave de la cocina y durante mi ausencia se dedica a pequeños menesteres. Gracias a él, mi pobre casa ya cambiando de aspecto. El vino, según me dice, no conviene a su estómago, pero se atiborra de azúcar.

Me ha dicho con lágrimas en los ojos que su asiduidad al presbiterio le valía muchas burlas, muchas bromas. Creo que su manera de vivir desconcierta a nuestros campesinos, tan laboriosos, y le he reprendido severamente por su pereza. Me ha prometido buscar trabajo.

La señora Dumouchel ha acudido a visitarme a la sacristía para reprocharme no haber admitido a su hija al examen trimestral.

Evito en lo posible hacer alusión en este diario a ciertas pruebas de mi vida que quisiera olvidar inmediatamente, pues no son de la clase que ¡ay! puedo soportar con alegría. ¿Y qué es la resignación sin alegría? No es que exagere su importancia... ¡nada de eso! Son de lo más común, lo sé. La vergüenza que siento, esta confusión que no acierto a dominar no me honra demasiado, pero no puedo sobreponerme a la impresión física, a esa especie de asco que me causa. ¿Para qué voy a negarlo? He visto prematuramente el rostro del vicio y a pesar de que siento, en el fondo de mí mismo, una gran piedad hacia esas pobres almas, es casi intolerable la imagen que, a mi pesar, me he formado de su desgracia. Abreviando: la lujuria me da miedo.

La impureza de los niños, sobre todo... La conozco. ¡Oh... no es que la tome por su lado trágico! Pienso, por el contrario, que tenemos que soportarla pacientemente, pues la más pequeña imprudencia puede acarrear en estos asuntos espantosas consecuencias. ¡Es tan difícil distinguir en los otros las heridas profundas y tan peligroso sondearlas! Más vale, algunas veces, dejar que se cicatricen por sí mismas, pues no se suele manosear un absceso que acaba de brotar. Pero ello no me impide que odie esa conspiración universal, esa manera de ignorar algo que nos entra por los ojos, esa sonrisa estúpida de los adultos ante

ciertos apuros que creen sin importancia, pero que no pueden expresarse en nuestro lenguaje de hombres hechos. También he conocido demasiado pronto la tristeza para no rebelarme ante la imbecilidad y la injusticia de todos hacia esa tristeza de los pequeños, tan misteriosa. La experiencia ¡ay! nos enseña que existen desesperaciones infantiles. Y el demonio de la angustia es, según creo, un demonio impuro...

No he hablado, por lo tanto, de Seraphita Dumouchel. Pero no por ello me ha dejado de causar muchas preocupaciones desde hace algunas semanas. He llegado a preguntarme si me odia, tanta es su destreza en atormentarme que parece estar muy por encima de su edad. Las ridículas provocaciones que otras veces tenían cierto carácter de ingenuidad, de despreocupación, parecen traslucir ahora un cierto encono voluntario que no permite clasificarlas como producto de una curiosidad enfermiza común a muchas niñas de su edad. Primero, no se dedica nunca a ello más que en presencia de sus compañeras y entonces afecta un aire de complicidad conmigo, que durante mucho tiempo ha hecho asomar la sonrisa a mis labios, pero que ahora me hace presentir ya el peligro. Cuando la encuentro por casualidad en la carretera —y tropiezo con ella con mayor frecuencia de lo corriente— me saluda gravemente, con una sencillez perfecta. Un día me dejé seducir. Me aguardaba sin moverse, con la mirada baja y mientras avanzaba hacia ella hablándole dulcemente, parecía tener el aire de un encantador de pájaros. No hizo gesto alguno mientras se encontró fuera de mi alcance. Pero cuando llegué junto a ella —su cabeza se inclinó tanto que no vi más que su diminuta nuca, raras veces levantada— se me escapó de un salto, tirando su cartera en la cuneta. Tuve que mandársela por uno de mis monaguillos que fue muy mal recibido.

La señora Dumouchel se mostró al principio muy amable. Sin duda la ignorancia de su hija justificaba la decisión que había tomado, pero en realidad no era más que un pretexto. Seraphita es, sin embargo, demasiado inteligente para no haber salido airosa de una segunda prueba. Así es que con la mayor discreción posible traté de hacer comprender a la señora Dumouchel que su hija me parecía muy avanzada, muy precoz, y le dije que sería conveniente tenerla en observación algunas semanas. Pronto se reharía de aquel retraso y las lecciones acabarían por dar sus frutos.

La pobre mujer me escuchó roja de indignación. Vi que la irritación iba subiéndole hasta las mejillas, reflejándose en sus ojos hasta poner purpúreas la punta de sus orejas. «La pequeña vale tanto como las demás —dijo finalmente—. Lo que ella quiere es que se le haga valer su derecho, ni más ni menos.» Contesté que Seraphita era una excelente alumna, pero que su conducta, o por lo menos su manera de obrar, no me parecían buenas, «¿Qué manera de obrar?» «Un poco de coquetería», contesté. Esta palabra la puso fuera de sí. «¿Coquetería? ¿En qué se está metiendo usted ahora? ¡Coquetería! No es asunto de Un sacerdote... a estas alturas. ¡Con el respeto debido, señor cura, sepa que le encuentro demasiado joven para hablar de tales cosas y menos sobre una niña semejante!»

Dichas estas palabras, me abandonó. La pequeña la esperaba sentada juiciosamente en un banco de la iglesia vacía. Por la puerta entreabierta, vi los rostros de sus compañeras, oí sus risas sofocadas: seguramente se empujaban para mirar. Seraphita se echó en los brazos de su madre llorando. Temo que todo no fuera más que una comedia.

¿Qué hacer? Los niños tienen un sentido muy desarrollado del ridículo y saben perfectamente, llegada la situación, desenvolverlo hasta sus últimas consecuencias con una lógica sorprendente. El duelo imaginario entre su compañera y el cura les apasionaba visiblemente y llegado el momento, no dudarían en inventar algo para que la historia fuera más seductora y durase más tiempo.

Esta noche se me ha ocurrido pensar que había esperado demasiado de lo que no era más que una obligación de mi ministerio, precisamente de las más ingratas y duras. ¿Quién soy yo para pedir consuelo a esos pequeños seres? Había soñado hablarles con franqueza, compartiendo con ellos mis penas y mis alegrías, ¡oh!, sin el riesgo, claro está, de herirles, pasando mi vida en esa enseñanza, como la pasó en mis oraciones. Pero todo eso no era más que egoísmo.

De hoy en adelante me impondré, por lo tanto, el deber de entregarme menos a la inspiración. Desgraciadamente, me falta el tiempo y necesitaré quitar un poco más a mis horas de reposo. Esta noche he logrado hacerlo, gracias a una cena suplementaria, perfectamente digerida. ¿Por qué lamentaría tanto la compra de este Burdeos bienhechor?

* * *

Mi visita de ayer al castillo ha terminado en catástrofe. La decidí después del almuerzo, tomado muy tarde, pues había perdido mucho tiempo en Berguez, en casa de *madame* Pigeon, que sigue todavía enferma. Eran cerca de las cuatro y con gran sorpresa mía, pues el conde está generalmente en la mansión las tardes del jueves, no hallé más que a la señora condesa.

¿Cómo explicar que después de haber llegado tan animado me encontrara de pronto incapaz de sostener una conversación, incluso de responder correctamente a las preguntas que me hacían? La señora condesa, con su exquisita educación, ha aparentado primeramente no darse cuenta de nada, pero al final se ha creído en el deber de preguntarme por mi salud. Desde hace algunas semanas trato de eludir las preguntas de esa especie e incluso me creo autorizado a mentir. Logro hacerlo bastante bien y además me doy cuenta de que las gentes se apresuran a creerme cuando les digo que todo va muy bien. Cierto que mi delgadez es extraordinaria (los arrapiezos me han puesto un mote en dialecto que significa «triste de ver»), y sin embargo, la afirmación de que viene de familia, serena inmediatamente los rostros. Lejos de mi ánimo deplorarlo. Confesar mis preocupaciones sería correr el riesgo de que me evacuaran, como dice el cura de Torcy. Y además me parece que no debo compartir más que con Nuestro Señor, ofreciéndole mis sufrimientos en holocausto, estas pequeñas miserias.

Respondí, por lo tanto, a la señora condesa que había comido muy tarde y que aquello me ocasionaba un poco de dolor de estómago. Lo peor es que acto seguido me despedí descendiendo la escalinata como un sonámbulo.

La dueña de la casa me acompañó gentilmente hasta el último escalón y ni siquiera pude darle las gracias, por mantener el pañuelo sobre mi boca. Me contempló con una expresión muy curiosa, indefinible, de amistad, de sorpresa, de piedad y también de disgusto, según creo. ¡Es tan ridículo siempre un hombre enfermo! Finalmente cogió la mano que le tendía diciendo como para sus adentros, pues adiviné la frase con el movimiento de sus labios: «¡Pobre niño!», o acaso: «¡Mi pobre niño!».

Me quedé tan sorprendido, tan emocionado, que atravesé el césped para alcanzar el sendero. La hierba inglesa que en tanto aprecio tiene el señor conde debe guardar ahora la huella de mis enormes zapatos.

Rezo poco y mal. Casi diariamente, después de la misa, me veo obligado a interrumpir mi acción de gracias para recibir a unos o a otros, enfermos generalmente. Mi antiguo compañero del Seminario Menor, Fabregargues, que se ha establecido como farmacéutico en los alrededores de Montreuil, me envía cajas muestra de productos. Pero parece que el

maestro no siente ninguna satisfacción por esa competencia, pues hasta ahora era el único en prestar esos menudos servicios.

¡Qué difícil resulta no causar descontento a nuestros semejantes! Hágase lo que se haga, las gentes parecen mejor dispuestas a oponer las buenas voluntades unas a otras que a utilizarlas. ¿De dónde procede la inconcebible esterilidad de tantas almas?

No cabe duda alguna de que el hombre es enemigo de sí mismo; donde quiera que se halle es su más solapado y enconado enemigo. El mal sembrado a voleo germina casi siempre. En cambio, a la menor semilla de bien le hace falta, para no ahogarse, una suerte extraordinaria, una prodigiosa dicha.

* * *

Esta mañana he hallado, en mi correspondencia, una carta con matasellos de Boulogne, escrita en mal papel cuadriculado como el que se usa en los cafetines. No lleva firma.

«Una persona bien intencionada le aconseja que pida su traslado. Cuanto antes mejor. Cuando se dé usted cuenta de lo que salta a los ojos de todo el mundo, llorará lágrimas de sangre. Le compadezco y le repito: ¡huya!»

¿Quién habrá escrito eso? He creído reconocer la escritura de la señora Pégriot, que se dejó aquí un cuadernillo donde anotaba el gasto de jabón, lejía o agua de cloro. Es evidente que esta mujer no me aprecia nada. ¿Pero por qué deseará tan ardientemente mi marcha?

He remitido unas palabras de excusa a la señora condesa. Sulpice Mitonnet ha llevado la nota a la quinta. No ha parecido muy contento.

Otra noche horrible, con un sueño interrumpido por pesadillas. Llovía con tanta intensidad que no me he atrevido a ir hasta la iglesia. Nunca me había esforzado tanto para rezar, primero sosegadamente, con calma, luego con una especie de violencia concentrada, feroz, y finalmente —apenas hecho acopio de sangre fría— con una voluntad casi desesperada (esta última palabra me causa horror), con un arrebatado de voluntad que ha hecho... temblar de angustia a todo mi corazón.

Ya sé que la voluntad de rezar es ya una oración por sí sola y que Dios no sabría pedir nada más. Pero en aquel momento no cumplía un deber, pues me era tan necesaria la plegaria como el aire a mis pulmones y el oxígeno a mi sangre. Detrás de mí no estaba la vida cotidiana, familiar, de la que se acaba de escapar con un impulso y a la que se tiene la certidumbre de regresar en cuanto se quiera. Detrás de mí no había nada. Y delante, un muro, sólo un muro negro.

Nos hacemos generalmente de la plegaria una idea absurda: ¿cómo se atreven a hablar de ella quienes no la conocen ni poco ni mucho? Un trapense o un cartujo laborará años y años para convertirse en un hombre de plegaria y el primer atolondrado pretenderá juzgar el esfuerzo de toda una vida... Si la plegaria fuera efectivamente lo que piensan, una especie de charla frívola o habladuría, diálogo de un maníaco con su sombra o aún menos —un vano y supersticioso intento para obtener los bienes de este mundo— no podría creerse que millares de seres hallaran hasta en sus últimos momentos, no digo siquiera tanta dulzura —desconfío de los consuelos sensibles—, sino un gozo pleno y fuerte. ¡Oh, sin duda los sabios hablan de sugestión! Lo que seguramente no habrán visto nunca es a uno de esos viejos monjes, tan reflexivos, tan sabios; inflexibles en los juicios y sin embargo tan radiantes de entendimiento y de compasión, con una humanidad tan tierna. ¿Por razón de qué milagro, esos medio locos prisioneros de un sueño, esos durmientes despiertos parecen penetrar más hondamente en las miserias de los demás? ¡Extraño en sueño, opio singular,

que en vez de aislarles de sus semejantes, les hace solidarios de todos en el espíritu de la caridad universal!

Apenas me atrevo a arriesgarme más en esa comparación, ruego una excusa para ella, pero acaso satisfaga a un gran número de gentes de las que no puede esperarse ninguna reflexión personal, si no se les anima de antemano con alguna imagen inesperada que les desconcierte. ¿Se creería autorizado cualquier hombre sensato a juzgar como entendido en música por haber teclado, al azar, con la punta de los dedos, un piano? Y si tal sinfonía de Beethoven, si tal fuga de Bach le deja frío, si tiene que contentarse con observar en el rostro de los demás altas delicias inaccesibles, ¿se acusará tan sólo a sí mismo?

Se cree ¡ay! a los psiquiatras, y el unánime testimonio de los santos no se tiene siquiera en cuenta. Por más que sostengan que esa especie de profundización interior no se parece a ninguna otra, que en vez de descubrir paulatinamente nuestra propia complejidad, concluye en una súbita y total iluminación, que desemboca en el azul, no se contentarán más que con encogerse de hombros. ¿Qué hombre de oración ha confesado, sin embargo, que la plegaria le haya decepcionado?

Esta mañana no puedo tenerme literalmente en pie. Las horas que han parecido tan largas, han transcurrido sin dejarme ningún recuerdo preciso. Nada más que la sensación de un golpe procedente de algún sitio desconocido, recibido en pleno pecho y cuya gravedad indudable no me permite medir una especie de entorpecimiento misterioso.

La oración no es nunca soledad. Pero sin duda mi tristeza era demasiado grande. Sólo rogaba a Dios por mí mismo. No ha acudido.

Releo estas líneas al despertarme.

¿Y si no fuera más que una ilusión...? O acaso... Los santos han conocido estos desfallecimientos... Pero no está sorda rebelión, este áspero silencio del alma, casi odio...

Es la una: acaba de apagarse la última luz del pueblo. Viento y lluvia.

La misma soledad, igual silencio. Y esta vez, ninguna esperanza de forzar el obstáculo o rodearlo. Además, no existe obstáculo alguno. ¡Dios...! Respiro, aspiro la noche...

Me esfuerzo en evocar angustias parecidas a la mía. Pero no acierto a sentir ninguna compasión por esos desconocidos. Mi soledad es perfecta y yo la odio. ¡No siento piedad por mí mismo!

¡Si dejara de amar!

Me he tendido a los pies de la cama, con el rostro pegado al suelo. Claro que no soy tan ingenuo como para creer en la eficacia de semejante medio. He querido tan sólo hacer realmente un gesto de aceptación total, de abandono. Me he tendido al borde del vacío, de la nada, como un mendigo, como un muerto, aguardando a que me recogieran.

Desde el primer segundo, antes incluso de que mis labios rozaran el suelo, me avergoncé de la mentira. Pues no esperaba nada.

¡Cuánto daría por poder sufrir! El propio dolor me abandona. Hasta el más habitual, el más humilde, el de mi estómago. Me siento horriblemente bien.

No tengo miedo de la muerte, me es tan indiferente como la vida, aunque eso no pueda expresarse.

Me parece haber hecho al revés todo el camino recorrido desde que Dios me sacó de la nada. Al principio no fui más que esa chispa, esa mota rojiza del polvo de la divina caridad. Ahora, he vuelto a ser lo mismo en la Noche insondable. Pero la mota de polvo no es ya

rojiza, no brilla, sino que va a extinguirse.

Me he despertado muy tarde. Sin duda me acometió el sueño en el mismo lugar donde caí. Es ya hora de decir la misa. Sin embargo, antes de encaminarme a la iglesia quiero escribir aquí: «Me ocurra lo que me ocurra, no hablaré de eso a nadie y mucho menos al cura de Torcy».

La mañana es clara, suave, de una ligereza maravillosa... Cuando era niño me gustaba saltar por las mañanas los setos mojados por la escarcha y volver a casa empapado, tiritando y feliz para recibir un pescozón de mi pobre madre y un gran tazón de leche caliente.

Durante todo el día no he tenido en la cabeza *más* que los recuerdos de la infancia. Pienso en mí mismo como si lo hiciera en un muerto.

(N. B. —Faltan en el cuaderno unas diez páginas arrancadas. Las palabras que subsistían en los márgenes han sido raspadas cuidadosamente.)

Esta mañana han hallado al doctor Delbende en las lindes del bosque de Bazancourt, con la cabeza rota y ya frío. Sin duda rodó hasta el fondo de un senderillo bastante profundo, bordeado de espesos avellanos. Se supone que al ir a tirar de su fusil se enganchó el gatillo en las ramas y el arma se disparó.

Me propuse destruir este diario. Pero después de reflexionar, no he suprimido más que una parte, que juzgaba inútil. Es como una voz que me habla sin callarse, día y noche, y que después de releerla tantas veces conozco ya de memoria. Pero supongo que se extinguirá conmigo, según creo. ¿No es cierto...?

Desde hace algunos días, estoy reflexionando mucho en el pecado. A fuerza de definirlo como una falta a la ley divina, me parece que nos arriesgamos a dar de él una idea excesivamente sumaria. ¡La gente dice tantas tonterías sobre este tema! Y como siempre, sin tomarse siquiera la molestia de reflexionar. Hace infinidad de siglos que los médicos discuten entre sí sobre la enfermedad. De haberse contentado con definirla como una falta a las reglas de la buena salud, se hubieran puesto de acuerdo desde hace mucho tiempo. Pero en vez de eso, la estudian sobre el enfermo con intención de curarlo. Eso es, precisamente, lo que nosotros intentamos hacer. Así, las bromas sobre el pecado, las ironías, las sonrisas, no nos impresionan demasiado.

Como es natural, no se quiere ver más allá de la falta. Pero ésta no es, después de todo, más que un síntoma. Y los síntomas, hasta los más impresionantes para los profanos, no son siempre lo más inquietante, lo más grave.

Creo, estoy seguro, que muchos hombres no comprometen profundamente su ser y su sinceridad. Viven en la superficie de sí mismos y el terreno humano es tan rico que basta esa delgada capa para recoger una buena cosecha, que a veces da la ilusión de una verdadera existencia. Parece ser que durante la última guerra, pequeños empleados, bastante tímidos por cierto, se revelaron poco a poco como grandes jefes: es que tenían la

pasión del mando sin saberlo. Claro que en ello no hay nada que se parezca a lo que nosotros llamamos con el hermoso nombre de conversión —*convertere*—, pero en fin, bastó a esos pobres seres hacer la experiencia del heroísmo en su estado bruto, de un heroísmo sin pureza. ¿Cuántos hombres no tendrán jamás idea del heroísmo sobrenatural sin el que no existe vida interior? Y precisamente sobre esa vida les juzgará el Juez Supremo: en cuanto se reflexiona un poco, la cosa parece cierta, evidente. ¿Entonces...? Entonces, despojados por la muerte de todos esos miembros artificiales de que la sociedad ha provisto a los hombres de su especie, volverán a encontrarse tal como son, como eran sin saberlo...— espantosos monstruos sin desarrollar, engendros de hombres.

Con tal conformación, ¿qué pueden decir del pecado? ¿Qué saben ellos? El cáncer que los corroe se asemeja a muchos tumores indoloros. O por lo menos, la mayoría no han sentido, en cierto período de la vida, más que una impresión fugitiva pronto borrada. Es raro que un niño no haya tenido, aunque sólo sea en estado embrionario, una especie de vida interior en el sentido cristiano de la palabra. Un día u otro, el ímpetu de su vida llega a ser más fuerte y el espíritu de heroísmo rebulle en el fondo de su corazón inocente. Acaso no mucho, lo bastante, sin embargo, para que el pequeño entrevea vagamente el riesgo inmenso de la salvación que constituye todo lo divino de la existencia humana. Sabe entonces algo sobre el bien y el mal, tiene una noción limpia de toda mezcla, ignorante todavía de la disciplina y las costumbres sociales. Pero, como es natural, reacciona como un niño y el hombre maduro no guarda, de ese minuto decisivo, más que el recuerdo de un drama infantil, de una aparente travesura de la que se le escapará el verdadero sentido y de la que hablará con esa sonrisa enternecedora, demasiado radiante, casi lúbrica, de los viejos...

Es difícil imaginar hasta qué punto las personas que el mundo llama serias, son pueriles. De una puerilidad verdaderamente inexplicable, sobrenatural. A pesar de no ser más que un sacerdote joven llego a sonreírme muchas veces. ¡Qué tono de indulgencia y compasión adoptan con nosotros! Un notario de Arras, a quien asistí en sus últimos momentos — personaje relevante, antiguo senador y uno de los mayores propietarios del departamento— me decía un día, parece ser que para excusarse de acoger mis exhortaciones, con cierto escepticismo, bastante benevolente por cierto: «Le comprendo, reverendo, conozco sus sentimientos. Yo también fui muy piadoso. A los once años no me hubiera dormido sin recitar tres veces el Ave María y aun eso sin respirar. De no haberlo hecho así, me hubiera traído mala suerte...».

Él creía, sin duda, que todo se reducía a eso, nos suponía tan ingenuos a los pobres sacerdotes. Finalmente, la víspera de su muerte escuché su confesión. ¿Qué podía decir?... Poca cosa. En realidad cabía resumirlo en pocas palabras: una vida de notario.

* * *

El pecado contra la esperanza... el más mortal de todos y, sin embargo, el mejor acogido, el más halagado.

Se necesita mucho tiempo para reconocerlo y ¡es tan dulce la tristeza que lo anuncia y lo precede! ¡Es el máspreciado de los elixires del demonio, su ambrosía! Pues la angustia...
(*La página está rasgada.*)

* * *

Hoy he efectuado un descubrimiento muy extraño. *Mademoiselle* Louise acostumbra a

dejar generalmente el breviario en su banco, en el pequeño compartimiento dispuesto al efecto. Esta mañana he hallado el grueso libro sobre el reclinatorio y como las piadosas estampas que hay en su interior estaban esparcidas, he tenido que hojearlo un poco a pesar mío. Algunas líneas escritas en el reverso de la tapa han saltado a mi vista. Era el nombre y la dirección de *Mademoiselle* —una antigua dirección, sin duda— en Charleville (Ardennes). La letra es la misma del anónimo. Por lo menos, así me ha parecido.

¿Qué me importa?

Los grandes de este mundo saben despedir sin conceder siquiera tiempo para la réplica, con un gesto, una mirada. ¿Pero Dios?...

No he perdido la fe, ni la esperanza, ni la caridad. ¿Pero qué valen, para un hombre mortal, en esta vida, los bienes eternos? Sin embargo, el anhelo de esos bienes es lo que cuenta. A mí me parece que he dejado de anhelarlos.

* * *

He encontrado al señor cura de Torcy en los funerales de su viejo amigo. La verdad es que el recuerdo del doctor Delbende no me abandona ni un instante. Pero un recuerdo, aunque desgarrador y lleno de emoción, no es, ni puede ser nunca, una oración.

Dios me ve y me juzga.

He resuelto proseguir este diario, pues puede serme útil algún día una relación sincera y escrupulosamente exacta de los acontecimientos, de mi vida en el transcurso de la prueba que estoy atravesando. ¿Quién sabe?, útil a mí o a otros. Pues ahora que mi corazón se ha endurecido (me parece que no siento ya piedad alguna por nadie, la piedad se ha vuelto para mí más difícil que la oración; lo he comprobado esta noche mientras velaba a Adeline Soupault, a pesar de haberla asistido lo mejor que pude) no puedo dejar de pensar, sin un sentimiento amistoso, en el futuro lector, probablemente imaginario, de este diario... Ternura que en el fondo de mí mismo no apruebo demasiado, pues en realidad estas páginas no van destinadas más que a mí mismo. Me he convertido en autor, o como dice el señor deán de Blangermont, en «poeta»... Y sin embargo...

Quiero hacer constar aquí con toda franqueza, que no me aparto de mis deberes, al contrario. El mejoramiento casi increíble de mi salud favorece mucho mi trabajo. En justicia no puede decirse que no rece por el doctor Delbende. Cumplo esta obligación como las otras. He prescindido en estos últimos días del vino, cosa que me ha debilitado bastante. He sostenido una breve conversación con el señor cura de Torcy. La sangre fría y el dominio de ese admirable sacerdote sobre sí mismo, es evidente. Salta a la vista y, sin embargo, vanamente trataría de hallarse el signo material. Ningún gesto le traiciona, no precisa ninguna palabra, nada que emane voluntad ni esfuerzo. Su rostro deja traslucir sus sufrimientos, expresándolos con franqueza y con una sencillez soberana. En iguales coyunturas, se llega a sorprender hasta en los mejores una mirada equívoca, una de esas miradas que dicen más o menos claramente: «Ve usted... Aguanto firme; no me alabe por ello. Me es natural... Gracias». Su mirada, en cambio, busca ingenuamente la compasión y la simpatía, pero con nobleza. De igual forma podría mendigar hasta un rey. Se ha pasado dos noches velando el cadáver, y su sotana, siempre tan limpia, tan pulcra, está arrugada y manchada. Por vez primera en su vida se ha olvidado de afeitarse.

Semejante dominio de sí mismo se trasluce, sin embargo, en una sola señal: la fuerza sobrenatural que emana de él. Visiblemente devorado por la angustia (pues corre el rumor de que el doctor Delbende se ha suicidado) parece una imagen del alma, de la certidumbre

y dé la paz. Esta mañana he oficiado con él, en calidad de subdiácono. Muchas veces había observado, en el momento de la consagración, que sus manos esbeltas, extendidas sobre el cáliz, temblaban un poco. Pero hoy no han temblado. Parecían poseer una autoridad, una majestad desconocida hasta entonces... El contraste con el rostro hundido por el insomnio, el cansancio y alguna visión más torturante —que adivino— y que no podría realmente describir.

Se marchó sin haber querido asistir a la comida de funerales servida por la sobrina del doctor —que se parece mucho a *Madame Pégriot*, aunque algo más gruesa—. Le acompañé hasta la estación y como aún faltaba media hora para que llegara el tren, nos sentamos en un banco. Estaba muy fatigado y, con la luz del día, su rostro me pareció atormentado. Hasta aquel momento no había visto dos arrugas que le nacían en las comisuras de la boca y que conferían a su rostro una nota de tristeza y amargura sorprendente. Sin duda fue aquello lo que me decidió. Se lo dije de sopetón:

—¿No teme que el doctor se haya...?

No me dejó terminar la frase. Su mirada imperiosa pareció clavar la última palabra en mis labios. Tuve que esforzarme para no bajar la vista, pues no ignoro que a él le disgusta tal cosa. «Los ojos que flaquean...» acostumbra a decir. Finalmente, sus rasgos se fueron dulcificando e incluso sonrió casi.

No me detendré a transcribir su conversación. ¿Acaso fue una conversación? En realidad, no duró siquiera veinte minutos... La pequeña plazoleta desierta, con su doble hilera de tilos, parecía más tranquila que de costumbre. Unas palomas pasaron sobre nuestras cabezas, tan bajas que oímos rasgar el aire.

Estoy seguro de que teme, efectivamente, que su viejo amigo se haya suicidado. Según parece, estos últimos tiempos estuvo muy abatido y hasta el último momento contó con la herencia de una tía muy anciana que en realidad había puesto toda su fortuna en manos de un hombre de negocios muy conocido, mandatario de Monseñor, un obispo de S..., a cambio de una renta vitalicia. El doctor había ganado antes mucho dinero, gastándolo en liberalidades, bastante originales siempre, un poco alocadas y que no conseguían quedar siempre en secreto. Desde que sus colegas más jóvenes se repartieron su clientela, no consintió nunca en cambiar sus costumbres: «¿Qué quieres?» No era hombre para acomodarse. Me repitió cien veces que la lucha contra lo que él llamaba la ferocidad de los hombres y la estupidez del destino iba contra el buen sentido, que no podía librarse a la sociedad de la injusticia y que quien matara una, mataría a la otra. Comparaba la ilusión de los reformadores con la de los antiguos discípulos de Pasteur, que soñaban con un mundo aséptico. En resumen, que se tenía a sí mismo por un refractario y nada más, por el superviviente de una raza desaparecida desde largo tiempo —en el supuesto que hubiera existido alguna vez— y él conducía contra el invasor, convertido con los siglos en el legítimo poseedor, una lucha sin esperanza y sin merced. «Quiero vengarme», acostumbraba a decir. En realidad, no creía en las tropas regulares, ¿comprendes? «Cuando encuentro una injusticia que parece pasearse sola, sin guardas, y veo que es de mi estatura, ni demasiado débil ni demasiado fuerte, salto a su garganta y la estrangulo,» Pero eso le costaba muy caro. Sin ir más lejos, el último otoño pagó las deudas de Ja vieja Gachevaume, once mil francos, porque Dopunsot, el fabricante de harinas, se las arregló para hacerse con los créditos y amenazar las tierras. Es evidente que la muerte de su endemoniada tía le ha propinado el último golpe... ¿Por qué? Trescientos o cuatrocientos mil francos no hubieran sido más que una hoguera en tales manos. Además, la edad había conseguido hacerle imposible. ¿Acaso no se había metido en la cabeza mantener —ésa es la

palabra— a un viejo borracho, de nombre Rabattut, un viejo cazador furtivo, perezoso como un lirón, que vive en una cabaña de carbonero, en las lindes del Gobault, quien se reía de él a sus espaldas? La verdad es que él no ignoraba este último detalle, nada de eso. Pero justificaba su actitud con razones, con razones propias de él como siempre.

—¿Cuáles?

—Que ese Rabattut era el mejor cazador que jamás encontrara, que no podía privarse de aquel placer que era verle comer y beber, que a causa de las denuncias, los gendarmes terminarían por hacer de aquel maníaco inofensivo un peligro salvaje. Todo mezclado en su mente con ideas fijas, con verdaderas obsesiones. Acostumbraba a decirme: «Dar pasiones a los hombres y prohibirles su satisfacción es demasiado para mí. No soy Dios». Hay que confesar además que detestaba al marqués de Bolbec y que éste había jurado perseguir enconadamente las artimañas de Rabattut, hasta lograr que sus guardas le apresaran para enviarle a la Guayana.

Creo haber escrito un día en este diario que la tristeza parece extraña al cura de Torcy. Su alma es alegre. En aquel preciso instante me sorprendió cierto acento en su voz. Por más que diga que era grave, no puede asegurarse que fuera triste: pero tenía cierto temblor casi imperceptible, que es como el de la alegría interior, una alegría tan profunda que nada sabría alterarla, como esas aguas que permanecen remansadas bajo la tempestad.

Me contó después muchas otras cosas, cosas casi increíbles, casi insensatas. A los catorce años, nuestro amigo quería hacerse misionero y perdió la fe en el curso de sus estudios de medicina. Fue alumno preferido de un gran maestro, cuyo nombre no recuerdo, y sus camaradas le predecían todos una Carrera de excepcional brillantez. La noticia de su instalación en este olvidado villorrio, sorprendió bastante. Pretextaba ser muy pobre para la admisión a cátedra mediante oposición y, además, el exceso de trabajo había comprometido gravemente su salud. La verdad era que él se consolaba de no creer ya. Había conservado extraordinarias costumbres, por ejemplo, interpelar a un crucifijo colgado de las paredes de su habitación. Otras veces sollozaba a sus pies, con la cabeza entre las manos, y otras llegaba a desafiarle, a amenazarle con el puño.

Unos días antes hubiera escuchado las confidencias del cura de Torcy con mayor sangre fría. Pero en aquel momento estaba lejos de poderlas soportar y me causaban el efecto de un chorro de plomo fundido sobre una herida abierta. Podía asegurar que nunca volvería a experimentar igual sufrimiento, ni siquiera el día de mi muerte. Todo lo que podía hacer, era mantener los ojos bajos. De haberlos levantado para fijarlos en el cura de Torcy, estoy seguro de que habría gritado. Por desgracia, en semejantes ocasiones, se es frecuentemente menos dueño de la lengua que de los ojos.

—Si se hubiera matado realmente, cree usted que...

El señor cura de Torcy se irguió sobresaltado, como si mi pregunta le hubiera despertado súbitamente de un sueño. (Y en realidad, desde hacía cinco minutos hablaba un poco como en sueños.) Sentí que me examinaba atentamente y que sin duda adivinaba lo que pasaba por mi mente.

—¡Si alguien que no fueras tú me hiciera semejante pregunta!...

Luego guardó silencio durante largo rato. La plazoleta seguía estando desierta y, a intervalos regulares, la bandada de palomas planeaba sobre nuestras cabezas. Yo esperaba inconscientemente su paso y el silbido de sus alas semejaba el de una inmensa hoz.

—Sólo Dios es juez —dijo finalmente el cura de Torcy con voz reposada—. Y Maxence (era la primera vez que le oía llamar a su viejo amigo) era un hombre justo. Dios juzga a los justos. No son sólo los idiotas o los simples canallas los que me dan muchas

preocupaciones, ¿qué te crees? ¿De qué servirían los santos? Ellos pagan para rescatar eso, son fuertes. Mientras que...

Posó sus manos sobre ambas rodillas y pareció contemplar la ancha sombra que proyectaban ante sí sus hombros.

—Estamos en guerra, ¿qué quieres? Es necesario contemplar al enemigo cara a cara, plantar cara, como él decía, ¿recuerdas? Era su divisa. En la guerra no importa mucho que cualquier acemilero abandone el campo. Pero otra cosa sucede cuando uno de primera fila siente miedo y echa a correr. En primera línea, un pecho es un pecho. Y un pecho de menos, se echa a faltar. ¿Comprendes?

»Existen los Santos. Llamo Santos a todos los que han recibido más que el resto. Son ricos. Siempre he pensado para mi fuero interno que el estudio de las sociedades humanas nos daría la clave de muchos misterios si supiéramos observarlas en su espíritu sobrenatural. Después de todo, el hombre está hecho a imagen y semejanza de Dios: cuando intenta crear un orden a su medida, debe copiar desmañadamente el otro, el verdadero. La división de ricos y pobres responde, sin duda, a alguna ley universal. Un rico a los ojos de la Iglesia es un protector del pobre, su hermano mayor. Ten en cuenta que frecuentemente es rico sin su intervención, por el simple juego de fuerzas económicas, como ellos dicen. Si un millonario quiebra, millares de personas se quedan en el arroyo. Así podemos imaginarnos lo que ocurre en el mundo invisible cuando da un traspies uno de esos ricos de los que antes he hablado, un administrador de la gracia de Dios. La seguridad del mediocre es una estupidez. Pero la seguridad de los Santos... ¡Qué escándalo! Hay que estar loco para no comprender que el riesgo es la sola justificación de la desigualdad de las condiciones sobrenaturales. Es nuestro riesgo... el tuyo, el mío.

Al hablar, su cuerpo permanecía erguido e inmóvil. Quien le viera sentado en aquel banco, en aquella fría y soleada tarde de invierno, le hubiera tomado por un cura discutiendo mil naderías sobre su parroquia, mientras un colega joven le escuchaba deferente, atento.

—Graba bien en tu memoria lo que voy a decirte: todo ha ocurrido porque odiaba a los mediocres. «Odias a los mediocres», le decía yo. Y él no se resistía, ni lo negaba, pues era un hombre justo, lo repito. Para él, la mediocridad era un lazo del demonio. La mediocridad es demasiado complicada para nosotros, es asunto de Dios... En la espera, el mediocre debería hallar un abrigo a nuestra sombra, bajo nuestras alas. Un abrigo, un poco de calor —¡necesitan tanto calor, pobres diablos!—. «Si buscas realmente a Nuestro Señor, lo hallarás», acostumbraba a repetirle yo. Y él me respondía: «Busco a Dios donde más probabilidades tengo de hallarle; entre sus pobres». Claro que sus pobres eran todos unos tipos estafalarios, rebeldes e inadaptados. Un día le hice la siguiente pregunta:

—¿Y si Jesucristo te aguardara justamente bajo las apariencias de uno de esos hombres, pues, salvo el pecado, puede asumir y santificar todas nuestras miserias? Así tal cobarde puede no ser más que un mísero aplastado bajo el inmenso aparato social como una rata cogida bajo una viga, tal avaro sólo un ansioso convencido de su impotencia y devorado por el temor de que “le falte”, tal hombre cruel una presa de lobo del pobre... ¿Buscas al Señor entre esas gentes? —le preguntaba—. Y si no le buscas ahí, ¿de qué te quejas? Eres tú quien lo has frustrado... Y acaso lo has frustrado efectivamente.

* * *

Han vuelto esta noche (al caer la noche más bien) al jardín del presbiterio. Supongo que se proponían tirar de la campanilla cuando abrí bruscamente el tragaluz, justamente encima de

la ventana. Los pasos se alejaron rápidamente. ¿Un niño acaso?

El señor conde acaba de salir. El pretexto de la visita ha sido la lluvia. A cada paso, el agua se escurría de sus botas altas. Los cuatro o cinco conejos que había matado formaban, en el fondo del zurrón, un montón de barro sanguinolento y de pelo gris, horrible a la vista. Después de colgar el zurrón en la pared y mientras me hablaba, acerté a ver, entre la red de cuerda y la piel erizada de las piezas, un ojo aún húmedo, dulce, que me miraba.

Se disculpó de abordar el tema de pronto, sin ambages, *con* una franqueza militar. A los ojos de todo el pueblo, Sulpice pasaba por tener costumbres y hábitos abominables. En el regimiento había, según expresión del señor conde, «rozado el consejo de guerra». Y no cabía duda alguna de que la opinión general le tenía por un vicioso empedernido.

Como siempre, tales imputaciones no se hallan basadas más que en rumores, en interpretaciones, sin nada más preciso. Por ejemplo, parecía que Sulpice había trabajado muchos meses con un antiguo magistrado colonial retirado, de reputación algo dudosa. Le contesté que nadie podía escoger sus dueños. El señor conde se encogió de hombros y me miró rápidamente de arriba a abajo. Su mirada significaba claramente: «¿Es tonto o finge serlo?»

Confieso que mi actitud tuvo que sorprenderle forzosamente. Sin duda esperaba protestas por mi parte. En vez de ello me quedé tranquilo, no me atrevía a decir indiferente. Me bastan mis sufrimientos. Sin embargo, escuché sus opiniones, con la extraña impresión de que estaba dirigiéndose a otro que no era yo —quizá a aquel hombre que era yo antes y que había dejado de ser—. Llegaban tarde sus informes. Y él, por su parte, también llegaba tarde. Su cordialidad me pareció bastante afectada, un poco vulgar. Tampoco me gustó su mirada, que saltaba de un rincón a otro de la estancia con sorprendente agilidad, para volver, a los pocos instantes a hundirse en mis ojos.

Acababa de comer y el jarro de vino se hallaba todavía sobre la mesa. El conde se sirvió un vaso, sin el menor cumplido, y me dijo: «Bebe usted agrio, señor cura. Es malo... Debería tener el jarro bien limpio, escaldado con agua caliente».

Mitonnet ha acudido esta noche como es ya costumbre en él. Tiene dolores en el costado y se queja de ahogos, así como de una gran tos. Al ir a hablarle, sentí cierto asco, una especie de frío intenso. Dejé que hiciera su trabajo acostumbrado (reemplaza muy diestramente algunas planchas podridas del entarimado) y fui a dar un corto paseo por la carretera. Pero a mi vuelta, aún no había decidido nada, como es natural. Abrí la puerta de la sala. Ocupado en cepillar sus tablas, Mitonnet no podía verme ni oírme. Sin embargo, se volvió bruscamente y nuestras miradas se cruzaron. Leí en la suya la sorpresa y luego la atención. Después la mentira. No una u otra mentira, sino la *voluntad, de mentir*. Su mirada parecía estar enturbiada, enfangada. Nos estuvimos contemplando un instante, unos segundos tal vez, no sabría decirlo exactamente.

El verdadero color de su mirada volvió a aparecerme enturbiado por aquellas heces. No puedo describir su expresión. Su boca se puso a temblar. Recogió sus herramientas, las envolvió cuidadosamente en un pedazo de tela y se marchó sin decir una sola palabra.

Pienso ahora que debí retenerle, interrogarle. Pero la verdad es que no pude. Una vez hubo salido, no me fue posible apartar la mirada de su triste silueta. Al alcanzar la carretera, después de haber atravesado el jardín, se enderezó. Y hasta al pasar ante la casa Degás se levantó la gorra con un gesto firme. Veinte pasos más allá se puso a silbar, con toda seguridad, una de esas horribles canciones que tanto le gustan, cuplés sentimentales, cuyo texto lleva copiado cuidadosamente en una libretita.

Me retiré extenuado a mi habitación, sintiendo una extraordinaria laxitud. En realidad se

me hacía difícil comprender lo ocurrido. A pesar de su experiencia un poco tímida, Sulpice es más bien desvergonzado. Además se sabe buen conservador y abusa de ello. El que haya dejado de justificarse en esta ocasión —tarea fácil a su entender, pues no tiene más que una pobre opinión de mi experiencia y de mi juicio— es lo que más me extraña. Y me pregunto cómo ha podido adivinar mis pensamientos, pues no recuerdo haber dicho ni una palabra, mirándole seguramente sin desprecio, sin cólera... ¿Volverá quizá? Al echarme en la cama, intentando reposar un poco, noté que algo se rompía en mí, en mi pecho, apoderándose de mí un temblor que todavía me dura en el momento en que escribo.

¡No, no he perdido la fe! Esa expresión «perder la fe», como si se perdiera el monedero o un manojo de llaves, me ha parecido siempre un poco necia. Sin duda pertenece a ese vocabulario burgués, legado por esos tristes sacerdotes del siglo XVIII, tan habladores. No se puede perder la fe. La verdad es que deja de informar toda la vida y nada más. Y por eso los viejos directores de conciencia no proceden mal mostrándose escépticos sobre las crisis intelectuales, mucho más raras de lo que se pretende. Cuando un hombre culto va poco a poco rechazando de una manera insensible su creencia, hasta relegarla en un rincón de su cerebro, donde vuelve a encontrarla ayudado por un esfuerzo reflexivo, de memoria, si es que conserva aún ternura por lo que ya no existe y podía haber existido, no sabríamos dar el nombre de fe a un signo abstracto, qué no se parece a la fe, haciendo una comparación vulgar, más que la contestación del Cisne a un cisne.

¡No, no he perdido la fe! La Crueldad de la prueba, su brusquedad de rayo, inexplicable, han trastornado mi razón, mis nervios, agotando —¿quién sabe si para siempre?— el espíritu de oración, llenándome hasta los bordes de una resignación tenebrosa, más horrible que los grandes sobresaltos de la desesperación, esas caídas inmensas del ánimo, pero mi fe ha quedado intacta, la siento. ¿Dónde está? No puedo alcanzarla. No la encuentro ni en mi pobre cerebro, incapaz de asociar correctamente dos ideas, que no tiene más que imágenes delirantes, ni en mi sensibilidad, ni tan siquiera en mi conciencia. Algunas veces llega a parecerme que se ha alejado, que subsiste donde yo no me hubiera atrevido a buscarla; en mi carne, en mi mísera carne, en mi sangre y en mi carne, mi carne percedera pero bautizada. Quisiera expresar mi pensamiento con la mayor sencillez, con la mayor ingenuidad posible. No he perdido la fe porque Dios ha tenido a bien guardarme contra la impureza. ¡Oh, sin duda una idea como ésta haría sonreír a los filósofos! Está bien claro que ni siquiera los más grandes desórdenes podrían ofuscar a un hombre razonable hasta el punto de hacerle poner en duda la legitimidad, por ejemplo, de ciertos axiomas de los geómetras. Existe una excepción, sin embargo: la locura.

Después de todo, ¿qué se sabe de la locura? ¿Qué se sabe de la lujuria? ¿Qué se sabe de sus secretas relaciones? La lujuria es una llaga misteriosa abierta en el flanco de la especie. ¿En su flanco? En las fuentes mismas de la vida. Confundir la lujuria propia del hombre y el deseo que aproxima a los sexos es dar el mismo nombre al tumor y al órgano que éste corroe, y del cual su deformidad reproduce algunas veces monstruosamente el aspecto. El mundo se esfuerza, ayudado por el inmenso prestigio del arte, en esconder esa herida vergonzosa. Diríase que teme, a cada nueva generación, una rebelión de la dignidad, de la desesperación; la negación de los seres todavía puros, intactos. ¡Con qué extraña solicitud vela sobre los pequeños para atenuar de antemano, a fuerza de imágenes encantadoras, la humillación de una primera experiencia, forzosamente casi ridícula! ¡Y cómo sabe ahogarlo bajo las risas cuando se eleva, sin embargo, el lamento semiinconsciente de la joven majestad humana escarnecida, ultrajada por los demonios! ¡Qué dosis hábil de sentimiento y espíritu de piedad, de ternura, de ironía, qué cómplice vigilancia en torno a la

adolescencia! Y si la repugnancia es muy fuerte, si la pequeña criatura sobre la que velan aún los ángeles, presa de náuseas, intenta vomitar, ¡con qué mano más tierna se le tiende la fuente de oro, cincelada por los artistas, cantada por los poetas, mientras la orquesta acompaña con sordina, entre un inmenso murmullo de hojas, de aguas vivas, sus náuseas!

Pero el mundo no ha sido tan amable conmigo... Un pobre, a los doce años, comprende muchas cosas. ¿De qué me habrá servido comprender? Yo vi por mis propios ojos. La lujuria no se comprende; se ve. Vi esos rostros feroces, inmovilizados súbitamente en una indefinible sonrisa. ¡Señor! ¿Cómo no nos damos cuenta antes de que la máscara del placer despojado de toda hipocresía es precisamente la de la angustia? ¡Oh, esos rostros voraces que se me aparecían en sueños —de cada diez noches, una tal vez— esas caras dolorosas...! Sentado detrás del mostrador del cafetín —pues me escapaba muchas veces de la buhardilla donde mi tía me suponía entregado a la tarea de aprender mis lecciones— veía surgir sobre mí los rostros cuyas sombras hacía bailar en el techo la luz de la lámpara suspendida por un hilo de cobre y que algún borracho movía siempre. Por muy joven que fuera, distinguía perfectamente una borrachera de otra y sólo una de ellas me daba verdadero miedo. Bastaba la aparición de la moza —una pobre muchacha coja, de color ceniciento— para que las miradas idiotizadas adoptaran súbitamente una fijeza tan aguda que no puedo pensar en ello sin estremecerme... Se me objetará que son impresiones infantiles, que la insólita precisión de tales recuerdos, el terror que me inspiran después de tantos años, los hace justamente sospechosos... De acuerdo. ¡Que los mundanos lo comprueben! Creo que no puede aprenderse gran cosa de los rostros demasiado sensibles, demasiado cambiantes, hábiles en mentir y que se esconden para el placer como los animales se ocultan para morir. ¡Cuántos millares de seres pasan su vida en el desorden y prolongan hasta los umbrales de la vejez —algunas veces mucho más allá— las curiosidades nunca saciadas de la adolescencia! ¿Qué se puede aprender de esas criaturas frívolas? Son juguetes de los demonios, tal vez sin ser su verdadera presa. Parece que Dios, con algún fin misterioso, no quiera permitir que vendan realmente su alma. Víctimas probables de miserables herencias, de las que no son más que una inofensiva caricatura, niños retardados, criaturas manchadas pero no corrompidas, la Providencia permite que se beneficien de ciertas inmunidades de la infancia... ¿Y luego, qué? ¿Qué conclusión? ¿Tiene que negarse la existencia de locos peligrosos porque existen maníacos inofensivos? El moralista define, el psicólogo analiza y clasifica, el poeta crea su música, el pintor juega con sus colores como un gato con su cola, el histrión estalla en risas, ¿qué importa? Repito que la lujuria no puede conocerse más que la locura y que la sociedad se defiende contra ambas sin confesarlo, con el mismo temor solapado, la misma vergüenza secreta y casi con iguales medios... ¿Y si la locura y la lujuria no fueran más que una cosa?

Un filósofo sentado cómodamente en su biblioteca tendrá sobre ella una opinión diferente a la de un sacerdote y sobre todo, a la de un sacerdote rural. Creo que hay pocos confesores que no sientan, a la larga, la aplastante monotonía de esas confesiones, que llegan a dar una especie de vértigo. Las palabras, siempre iguales, susurradas en el silencio y la obscuridad, se mueven como gusanos y despiden un hedor de sepulcro. Y entonces nos obsesiona la imagen de esa llaga, siempre abierta, por donde supura la substancia de nuestra mísera especie. ¡De cuántos esfuerzos hubiera sido capaz el cerebro humano si la mosca envenenada no hubiera puesto su larva!

Se nos acusa, se nos acusará siempre a los sacerdotes —es tan fácil— de alimentar en el fondo de nuestro corazón un odio envidioso, hipócrita, hacia la virilidad: todos los que tienen experiencia del pecado no ignoran, sin embargo, que la lujuria amenaza sin cesar con

ahogar bajo vegetaciones parasitarias, bajo escabrosas proliferaciones, tanto la virilidad como la inteligencia. Incapacitada para crear, no puede más que mancillar desde su germen a la débil promesa de humanidad; es probablemente, desde su origen, el principio de todas las taras de nuestra raza y cuando en el recodo de la gran selva virgen, cuyos senderos desconocemos, se la sorprende frente a frente, tal como es, tal como salió de las manos del Creador de los prodigios, el grito que surge de nuestras entrañas no es sólo de espanto, sino de imprecación: «¡Tú, tú sola has desencadenado la muerte en el mundo!»

La suerte de muchos sacerdotes más celosos que sabios es presuponer la mala fe: «No cree usted porque la creencia le estorba». ¡A cuántos sacerdotes he oído hablar así! ¿No sería más justo decir: la pureza no nos ha sido prescrita como un castigo, es una de las condiciones misteriosas pero evidentes —la experiencia lo atestigua— de ese conocimiento espiritual de sí mismo, de sí mismo en Dios, que se llama la fe? La impureza no destruye ese conocimiento, aniquila la necesidad. Dejamos de creer porque ya no tenemos necesidad de ello, porque no deseamos conocernos a nosotros mismos. Esa verdad profunda; la nuestra, ya no nos interesa. Y aunque no dejamos de decir que los dogmas que obtenían antes nuestra adhesión están todavía presentes en nuestro pensamiento, que sólo la razón los rechaza, ¿qué importa? No poseemos en realidad más que lo que deseamos, pues no existe para el hombre la posesión total, absoluta. No nos deseamos ya a nosotros mismos. No deseamos ya nuestra alegría. Como no podíamos queremos más que en Dios, ahora ya no nos queremos. Y no nos amaremos ya más en este mundo, ni en el otro, eternamente.

(Al final de esta página pueden leerse, en nota marginal, las siguientes líneas, muchas veces enmendadas pero todavía descifrables: He escrito esto en un momento de completa angustia del corazón y los sentidos. Tumultos de ideas, de imágenes y de palabras. El alma se calla. Dios guarda silencio... Silencio...)

* * *

Tengo la impresión de que esto no es aún nada, de que la verdadera tentación —la que yo espero— está todavía lejos, que sube hacia mí lentamente, anunciada por esas delirantes vociferaciones. Y mi pobre alma la espera también. Pero en silencio. Fascinación del cuerpo y del alma.

(La brusquedad, el carácter relampagueante de mi desgracia. El espíritu de oración me ha abandonado sin desgarramiento, por sí mismo, como cae del árbol un fruto maduro...)

Luego me ha acometido el espanto. Contemplando mis manos vacías, he comprendido que el jarrón se había roto en mil pedazos.

* * *

Sé muy bien que semejante prueba no es nada nuevo. Un médico me diría, sin duda, que padezco de un simple agotamiento nervioso, que es ridículo pretender alimentarse con un poco de pan y de vino. Pero la verdad es que no me encuentro fatigado, todo lo contrario. Estoy mucho mejor. Ayer casi hice una comida: patatas y mantequilla. Además, puedo cumplir tranquilamente con todos mis deberes. ¡Dios sabe que deseo sostener una lucha contra mí mismo! Me parece que volvería a tener valor. Ahora me sorprende, pues ya no la espero, segundo tras segundo, como antes...

Sé también que se explican muchas cosas, verdaderas o falsas, sobre las penalidades internas de los Santos. Pero ¡ay! la semejanza no es más que aparente. Los Santos no

debían acostumbrarse, sin duda, a su desgracia, y yo, en cambio, siento que ya me he acostumbrado a la mía. Si cediera a la tentación de quejarme a quien fuera, se rompería el último lazo entre Dios y yo y me parece que entraría en el silencio eterno.

Y sin embargo, ayer hice un largo camino por la carretera de Torcy. Mi soledad es ahora tan profunda, tan inhumana, que se me ocurrió de pronto la idea de ir a rezar sobre la tumba del doctor Delbende. Luego pensé en su protegido, en aquel Rabattut, a quien no conozco. Las fuerzas me faltaron en el último instante.

Mademoiselle Chantal me ha visitado. No me encuentro con fuerzas para transcribir esta noche todo lo relacionado con semejante entrevista... ¡Soy desgraciado! Ignoro todo lo relacionado con los seres y siempre lo ignoraré. Las faltas que cometo no me son útiles: me emocionan demasiado. Pertenezco seguramente a esa clase de débiles, de míseros, en quienes las intenciones son buenas, pero que oscilan toda su vida entre la ignorancia y la desesperación.

Esta mañana me he llegado a Torcy, después de la Misa. El señor cura de Torcy está enfermo, en casa de una de sus sobrinas en Lille. No volverá a su parroquia hasta dentro de ocho o diez días, por lo menos. Hasta entonces...

Escribirle, me parece inútil. No me sería posible confiar un secreto al papel, no podría hacerlo. Además, no tengo derecho.

Ha sido tan grande mi decepción al conocer la ausencia del señor cura, que, al enterarme, he tenido que apoyarme en la pared para no caer. El ama de llaves me ha mirado con más curiosidad que compasión, con una mirada que he sorprendido ya más de una vez en muchas personas, en gentes muy distintas —la mirada de la señora condesa, la de Sulpice y algunas otras...—. Parece que mi persona inspira miedo.

La lavandera Martial estaba tendiendo la ropa en el patio y mientras descansaba antes de emprender el regreso, he oído perfectamente que las dos mujeres hablaban de mí. La una decía en voz alta, con un tono que me hizo enrojecer: «¡Pobre hombre!» ¿Qué saben ellas?

* * *

Hoy he tenido un día terrible. Y lo peor es que me encuentro incapaz de hacer ninguna apreciación razonable, moderada, de los hechos cuyo verdadero sentido se me escapa. ¡Oh! Sé que he tenido momentos de desesperación, de angustia, pero entonces conservaba esa paz interior, donde los acontecimientos y los seres parecían reflejarse como en un espejo o en la superficie líquida que devolvía su imagen. Pero ahora las aguas del arroyo están revueltas.

Cosa extraña, ¿tal vez vergonzosa?, es que por mi culpa seguramente, la oración ha llegado a ser un débil socorro y no vuelvo a hallar mi serenidad más que en esta mesa, ante estas hojas de papel blanco.

Con ocasión de los funerales de *madame* Ferrand, tuve que celebrar la misa a las seis de la mañana. El monaguillo no acudió y me encontré muy solo en la iglesia. A esta hora y en esta estación, apenas si la mirada alcanza algunas gradas del coro y el resto queda en la penumbra. De pronto oí distintamente el rumor de un rosario al caer sobre las losas. Luego nada más. Después de la bendición, ni siquiera me atreví a levantar la mirada.

Me esperaba en la puerta de la sacristía. Ya lo sabía. Su rostro delgado estaba aún más

torturado que anteayer y la boca conservaba ese rictus tan despectivo, tan duro. Le dije: «No ignorará que no puedo recibirla aquí. ¡Márchese!» Su mirada me dio miedo. No me creo cobarde y sin embargo, ¡cuánto odio en su voz! Su mirada seguía siendo altiva, sin reflejar la menor vergüenza. ¿Es que se puede odiar sin vergüenza?

—Señorita —le dije—. Lo que prometí hacer, lo haré.

—¿Hoy?

—Hoy mismo.

—Es que mañana, padre, sería demasiado tarde. Ella sabe que he venido al presbiterio, lo sabe todo. Es astuta como una fiera... Antes no desconfiaba: se acostumbra uno a sus ojos hasta el punto de creerlos buenos.

Ahora, en cambio, quisiera arrancárselos, aplastarlos con el pie.

—¡Hablar así a dos pasos del Santo Sacramento! ¿No tiene usted temor de Dios?

—La mataré. La mataré o me mataré yo. Ya irá usted a explicárselo un día a su Dios...

Dijo aquellas locuras sin elevar el tono de su voz, al contrario. En algunos momentos ni siquiera la oía. La penumbra me impedía verla y distinguía muy mal sus rasgos. Con una mano apoyada en la puerta y sujetando con la otra la piel de zorro que caía sobre su cadera, se inclinó hacia mí y su sombra alargada adquirió la forma de un arco al proyectarse sobre las losas. ¡Dios mío!, la gente que cree que la confesión nos acerca peligrosamente a la mujer, se engaña. Las embusteras o las maniáticas, más bien nos dan lástima, la humillación de las demás, de las sinceras, es contagiosa. En aquel instante comprendí el secreto dominio del sexo femenino en la historia, su especie de fatalidad. Un hombre furioso se asemeja a un loco. Y las pobres mujeres pueblerinas que conocí en mi infancia, con sus gesticulaciones, sus gritos, me provocaban casi la risa. Ignoraba entonces todo lo concerniente a ese arrebatado silencioso, que parece irresistible, a ese gran impulso de todo ser femenino hacia el mal, aquella libertad, aquella naturalidad haciendo el mal, el odio, la venganza. Todo eso era casi bello, de una belleza que no es de este mundo —ni del otro— de un mundo más antiguo, tal vez anterior al pecado, antes de que los Ángeles pecaran.

Rechacé luego esa idea como me fue posible. Es absurda, peligrosa. Me pareció hermosa en un principio, pero la verdad es que sólo me la formulé de una manera imperfecta. El rostro de *Mademoiselle* Chantal estaba muy cerca del mío. El alba se filtraba a través de los ventanales de la sacristía, un alba invernal, impregnada por una gran tristeza. El silencio entre ambos no duró más que un instante, el tiempo de recitar un *Salve Regina* (y en efecto, las palabras del *Salve Regina*, tan hermosas y puras, acudieron involuntariamente a mis labios.)

Ella debió darse Cuenta de que yo estaba rezando y golpeó nerviosamente el suelo con el pie. Le cogí la mano, una mano muy pequeña, muy leve, que apenas opuso resistencia alguna. Sin duda debía estrecharla con mayor fuerza de lo que supuse. Le dije: «¡Arrodílese, primero!» filia dobló sus rodillas ante la Santa Mesa. Apoyó sus manos en el altar y me contempló con un aire de insolencia y de desesperación inimaginables.

—Repita: Dios mío, no me siento capaz de ofenderos en este instante, pero no soy yo quien os ofende, sino el demonio que llevo en el corazón. —Pese a su aire despectivo, repitió palabra por palabra la oración, con una vocecilla de niño que recita. Después de todo, es casi una niña. Sus largas pieles se habían caído al suelo y sin darme cuenta las pisé. Ella se levantó de pronto y mirando fijamente al altar, exclamó entre dientes:

—¡Puede usted condenarme, si quiere! Me río de todo eso...

Aparenté no oírla. ¿Para qué?

—Señorita —añadí—, no pienso seguir conversando aquí, en medio de la iglesia. Sólo

puedo escucharla en un lugar...

Y diciendo esto, la empujé suavemente hacia el confesonario. Se arrodilló por su propio impulso, sin que se lo ordenara.

—No tengo ningún deseo de confesarme.

—No le pido que lo haga. Piense tan sólo en que estas maderas han oído la confesión de muchas vergüenzas, que están como impregnadas de ellas... Por más que sea usted una noble señorita, el orgullo es aquí un pecado como los demás, un poco más de fango sobre un montón de barro.

—¡Basta! —exclamó ella—. Ya sabe usted que no pido más que justicia. Además, me río del fango. ¿Existe algo más lleno de fango que ser humillada como yo lo soy? Desde que esa horrible mujer ha entrado en casa, he comido más barro que pan.

—Estas palabras las ha aprendido usted de los libros. No es más que una niña y como tal debe hablar.

—¡Una niña! Hace mucho tiempo que he dejado de ser una niña. Sé todo lo que puede saberse. Lo suficiente para toda mi vida...

—¡Cálmese!

—Estoy tranquila y le ruego que procure mantener la misma serenidad que yo. Les he oído esta noche pasada... Estuve justamente debajo de su ventana, en el parque. Ni siquiera se preocupan de cerrar los postigos. (Se echó a reír, horriblemente. Como no quería estar de rodillas, apoyaba la frente en el confesonario y la cólera parecía ahogarla.) Sé perfectamente que se arreglarán para alejarme, cueste lo que cueste. Tengo que marcharme a Inglaterra el martes próximo. Mamá tiene una sobrina allá y considera este proyecto muy conveniente, muy práctico... ¡Conveniente! Hay para morir de risa. Pero ella se cree todo lo que le dicen, sea lo que sea, se lo traga igual que una rana a una mosca. ¡Bah!...

—La madre de usted... —comencé a decir. Pero ella me respondió con una sarta de acusaciones a cual más innoble. Dijo que la desgraciada mujer no había sabido defender su honor, su vida; que era cobarde e imbécil.

—Escucha usted detrás de las puertas —añadí—. Mira por el ojo de las cerraduras, hace, en fin, el oficio de espía... Usted, una damita tan orgullosa. No soy más que un pobre campesino, que pasé dos años de mi niñez en un sórdido cafetín donde usted ni siquiera se hubiera atrevido a entrar, pero yo no obraría con tanta bajeza, aunque fuera para salvar mi vida.

Ella se irguió bruscamente, permaneciendo ante el confesonario con la cabeza baja y el rostro crispado.

—¡De rodillas! —grité—. ¡De rodillas!...

Obedeció de nuevo. Pensé en aquel instante que tenía ante mí a una enferma y traté inútilmente de decir, de hacer algo en favor de aquella criatura herida, cuya vida parecía escaparse a raudales por alguna herida invisible. Y por otro lado, me parecía que tenía que seguir silencioso, que guardar silencio algunos instantes más, que correr ese riesgo. Murmuré una oración. Ella seguía contemplándome, con los labios crispados y la mirada huraña.

En aquel momento ocurrió una cosa singular. No trato de explicarla, sino que la transcribo tal como fue. Era tanta mi fatiga y mi nerviosismo que, después de todo, es posible que no fuera más que una figuración. Mientras mi mirada se hundía en ese lugar oscuro donde, aun en pleno día, es difícil reconocer un rostro, el de *Mademoiselle* Chantal comenzó a aparecerse por grados, poco a poco. La imagen se mantuvo unos instantes bajo mis oídos, con una especie de inestabilidad maravillosa y yo permanecí inmóvil, como si el menor

gesto hubiera podido borrarla. Me pregunto si aquella especie de visión no estaba unida a mi plegaria, si no era acaso mi propia oración. Mi plegaria era triste y la imagen, triste, como ella. Apenas me era posible sostener aquella tristeza y al mismo tiempo anhelaba tomarla enteramente sobre mí, que me penetrara, llenando mi corazón, mi alma, mis huesos, mi ser entero. La visión silenció en mi interior aquel sordo rumor de voces confusas, enemigas, que me parecía escuchar sin cesar desde hacía dos semanas, restableció el silencio de antes, el bienaventurado silencio en el que habla Dios... ¡Dios habla!

Salí del confesonario y ella se levantó: volvimos a encontrarnos frente a frente. Pero entonces no reconocí ya a mi visión. Su palidez era extrema, casi ridícula. Sus manos temblaban.

—No puedo más —dijo con voz pueril—. ¿Por qué me mira usted así? Déjeme...

Sus ojos estaban secos y brillantes. No supe qué responder y volví a llevarla suavemente hasta la puerta de la iglesia.

—Si amara usted a su padre, no estaría en este estado de ánimo. ¿Llama usted amor a esto?

—No le amo ya —respondió—. Creo que le odio, que les odio a todos.

Las palabras silbaban en su boca y al final de cada frase le acometía un hipo de disgusto, de fatiga, no sé de qué.

—No quiero que me tome por una estúpida —dijo con un tono de suficiencia y de orgullo—. Mi madre se imagina que no sé nada de la vida, como ella dice. Tendría que estar ciega. Nuestros criados son indiscretos, aunque ella los crea muy seguros... Creo que debería meterse en un pensionado a las muchachas, no dejarlas convivir con la servidumbre. En pocas palabras: hace diez años que nada, absolutamente nada de lo que concierne a la vida, era un secreto para mí. Todas aquellas revelaciones me causaban horror, piedad, pero las aceptaba como se aceptan la enfermedad y la muerte, como otras necesidades repugnantes de nuestra naturaleza. Había que resignarse... Pero sobre todas las miserias de este mundo, estaba mi padre. Era para mí un maestro, un rey, un dios... un amigo, un gran amigo. Aun cuando era una niña pequeña me hablaba sin cesar, tratándome casi como a una igual. Acostumbraba a llevar su fotografía en un medallón, en mi pecho, unida a un mechón de pelo. Mi madre no comprendió jamás esa adoración mía. Mi madre...

—¡No hable usted de su madre! Sé que usted no la quiere. Y aun...

—Puede usted continuar: la detesto, siempre la...

—¡Cállese! En todas las casas, en todos los hogares, aun en los más cristianos, hay siempre unos demonios invisibles. El más feroz se alberga en su corazón, aun cuando usted no lo sepa.

—Tanto mejor —dijo ella—. Mi deseo es que ese diablo sea horrible, repugnante. No respeto ya a mi padre. He dejado de creer en él y me río de todo lo demás. Me ha engañado. Pues se puede engañar a una hija como se engaña a una mujer. Todavía es peor. Pero me vengaré. Me marcharé a París, me deshonoraré y luego le escribiré: ¡tú has hecho esto de mí! Y entonces sufrirá como yo he sufrido.

Reflexioné unos instantes. Me pareció estar leyendo en sus labios palabras que no pronunciaba, pero que iban a grabarse, llameantes, una a una, en mi cerebro.

—Usted no hará eso —exclamé, a pesar mío—. No es eso lo que está tentada de hacer; lo sé...

Ella se echó a temblar, con tanta fuerza que tuvo que apoyarse con ambas manos en la pared. En aquel instante, me puse a hablar al azar, pero completamente seguro de no equivocarme.

—Deme la carta, la que tiene en el bolso. ¡Démela ahora mismo!

Ni siquiera trató de resistirse. Suspiró profundamente y me tendió el papel, encogiéndose de hombros.

—¡Es usted el diablo! —exclamó.

Salimos de la iglesia con aire tranquilo, pero yo apenas podía sostenerme de pie. El dolor de estómago, casi olvidado, volvía a atormentarme, más angustioso que nunca. Me vino a la memoria el recuerdo de aquel tejón que el señor conde clavó en el suelo ante mí con un golpe de venablo y que agonizó en la fosa, atravesado de parte a parte y abandonado hasta por los perros.

Mademoiselle Chantal ni siquiera me prestó atención. Me precedió, con la cabeza erguida, a través de las tumbas. Yo llevaba la carta en la mano y ella lanzaba de vez en cuando una mirada con extraña expresión. Me costaba gran esfuerzo seguirla y cada paso me arrancaba una queja que procuraba reprimir mordéndome cruelmente los labios. Finalmente juzgué que aquella obstinación en no reconocer el dolor estaba fundada en el orgullo y rogué a *Mademoiselle* Chantal que se detuviera unos instantes, pues no podía resistir más.

Aquella fue la primera vez, acaso, que miré fijamente un rostro de mujer. No es que trate de evitarlos ordinariamente, pues llego hasta a encontrar agradables algunos, pero, sin compartir los escrúpulos de alguno de mis compañeros del seminario, conozco demasiado la malicia, demasiado para no haber observado la indispensable reserva debida a un sacerdote. En aquel instante, sin embargo, se sobrepuso la curiosidad. Una curiosidad del soldado que se arriesga fuera de la trinchera para ver descubierto al enemigo... Recuerdo que a los siete u ocho años, cuando acompañé a mi abuela a casa de un viejo primo difunto y me quedé a solas en la habitación, levanté el sudario y miré de igual manera el rostro del muerto.

Existen rostros puros, de los que emana la pureza.

Sin duda fue así, con toda seguridad, el que tenía ahora ante mi vista. Pero en aquel instante poseía algo hermético, indescifrable. La pureza no existía ya en él, pero ni la ira, ni el desprecio, ni la vergüenza habían logrado borrar su signo misterioso. La nobleza que aún se traslucía daba una idea de la fuerza con que había obrado el mal, del pecado, de aquel pecado que no era el suyo... ¡Dios mío, somos tan miserables que la rebeldía de un alma orgullosa puede volverse contra ella misma!

—A pesar de todo —le dije (nos hallábamos en el fondo del cementerio, cerca de la puertecilla que se abría sobre el cercado de Casimiro, en aquel rincón abandonado donde la hierba es tan alta que casi no se distinguen las tumbas, las sepulturas abandonadas desde hace casi un siglo)—, otra persona que no fuera yo habría rehusado escucharla. Yo lo he hecho, pero no recojo su provocación.

—Devuélvame la carta y le mantendré al margen de todo —dijo—. Sé defenderme sola.

—¿Defenderse? ¿Contra quién? ¿Contra qué? El mal es más fuerte que usted, hija mía. ¿Acaso es tan orgullosa para creerse fuera de su alcance?

—Estoy fuera del alcance del cieno, si quiero.

—Usted misma es cieno.

—¡Eso son sólo frases! ¿Acaso Dios prohíbe que ame yo a mi padre?

—No pronuncie usted la palabra «amor». Ha perdido el derecho y, sin duda, también el poder de hacerlo. ¡El amor! Existen en el mundo entero millares de seres que lo piden a Dios, que están dispuestos a sufrir todas las muertes para que caiga en su boca abrasada una gota de agua, de esa agua que ni siquiera fue rehusada a la Samaritana y que ellos imploran en vano. Yo mismo, que le estoy hablando en este momento...

Me interrumpí a tiempo. Pero ella pareció comprender, y me pareció que se emocionaba.

Aunque yo hablaba en aquel instante en voz baja —o acaso por esa misma razón— la violencia que me hacía daba a mi voz un acento singular. Sentía temblar las palabras en mi pecho. Sin duda aquella muchacha me creía loco. Su mirada rehuía la mía y hasta me pareció que en sus mejillas se extendía una expresión sombría.

—Sí —proseguí—, guarde para los demás esa excusa. No soy más que un pobre sacerdote, indigno y muy desgraciado. Pero no ignoro lo que es el pecado. Usted, en cambio, lo desconoce. Todos los pecados se parecen, pues en realidad no existe más que uno solo. ¡No crea que le hablo con un lenguaje obscuro! Tales verdades están al alcance del más humilde cristiano siempre que quiera buscarlas en nosotros. El mundo del pecado se enfrenta con el de la gracia igual que la imagen de un paisaje que se reflejara en un agua negra y profunda. Existe la comunión de los santos, pero también la de los pecadores. En el odio que sienten unos a otros, en el desprecio, se unen, se abrazan, se integran y se confunden, llegando a ser un día, a los ojos del Eterno, un lago de cieno hirviendo sobre el cual pasará y volverá a pasar, vanamente, la inmensa marea del amor divino. El mar de llamas vivas y rugientes que fecundan el caos.

¿Quién es usted para juzgar las faltas del prójimo? Quien juzga la falta, se une a ella, la desposa. ¿Y se cree usted muy lejos de esa mujer a quien odia, cuando su odio y la falta de ella son como dos hijos de una misma madre? ¿Qué importan sus peleas? Los gestos, los gritos, no son nada más que aire. Sea lo que fuere, la muerte les impondrá bien pronto a las dos la inmovilidad, el silencio. ¿Qué importa? Desde este mismo momento están ustedes unidos en el mal, cogidos los tres en la trampa del mismo pecado, una misma carne pecadora... compañeros, sí, compañeros, compañeros para toda la eternidad.

Sin duda estoy escribiendo mis propias palabras con bastante inexactitud, pues en mi memoria no queda ya nada preciso. No guarda mi mente más que los gestos de aquel rostro, que yo creía leer.

—¡Basta! —me dijo ella con voz sorda. Pero sus ojos no pedían piedad. Hasta aquel instante no había visto, ni veré sin duda jamás, facciones tan duras. Y, sin embargo, no sé qué presentimiento me aseguraba que todo aquello era el esfuerzo mayor y postrero contra Dios, que el pecado estaba huyendo de aquel cuerpo. ¿Existe la juventud o la vejez? ¿Era aquel rostro doloroso el mismo que había visto unas semanas antes, infantil aún? No hubiera sabido darle edad en aquel momento y acaso no tuviera, efectivamente, ninguna. El orgullo no tiene edad, ni el dolor tampoco, después de todo.

Se alejó sin decir una palabra, bruscamente, después de un largo silencio... ¿Qué es lo que he hecho?

He regresado muy tarde de Aubin, donde he ido a visitar algunos enfermos, después de comer. Seguramente será inútil intentar conciliar el sueño.

¿Por qué la dejé marchar así? Ni siquiera le pregunté lo que esperaba de mí.

La carta sigue en mi bolsillo. Acabo de mirar el encabezamiento: está dirigida al señor conde.

Mi dolor de estómago no cesa y llega a extenderse hasta la espalda. Siento náuseas constantes. Casi estoy satisfecho de no poder reflexionar: la feroz distracción del sufrimiento es más fuerte que la angustia. La imaginación me recuerda aquellos caballos que de pequeño veía herrar en casa del herrero Cardinot. En cuanto ataban alrededor de sus belfos la cuerda empapada en sangre y espuma, los pobres animales se tranquilizaban, bajando las orejas y temblando sobre sus remos. «Te he dado lo tuyo», decía el herrero con una risotada.

Yo también me he llevado lo mío.

De pronto ha cesado el dolor. Era por lo demás tan regular, tan constante, que me permitía dormir, ayudado por el cansancio. En cuanto cesó, me levanté de un salto, laténdome las sienes, el cerebro terriblemente lúcido, con la impresión —la certidumbre— de haber oído que me llamaban... Aún tenía encendida la lámpara sobre la mesa.

Di una vuelta por el jardín, vanamente. *Sabía* que no hallaría a nadie. Todo me parece un sueño, pero cada detalle se me aparece claro, iluminado por una luz interior, con resplandor helado, que no deja ningún rincón donde encontrar alguna seguridad, algún reposo... El hombre debe verse así en los umbrales de la muerte. *¿Qué es lo que he hecho?*

Hacia algunas semanas que no rezaba, que no podía rezar. *¿Es que no me era ya posible? Quién sabe.* Esa gracia de las gracias hay que merecerla como cualquier otra y, sin duda, yo no era ya merecedor de ella. Dios se había apartado de mí. Estaba seguro de ello... Desde ese momento dejé de ser algo y guardé para mis adentros el secreto. Aún más: hice una aureola de ese silencio, hallándolo hermoso, heroico. Es cierto que intenté ver al señor cura de Torcy. Pero donde hubiera debido ir es a postrarme a los pies de mi superior, el señor deán de Blangermont. Hubiera tenido que decirle: «No me encuentro ya capaz de regir una parroquia, carezco de prudencia, de juicio, de buen sentido, de verdadera humildad. Hace algunos días me permití el lujo de juzgarle & usted, de despreciarle casi. Dios me ha castigado. Devuélvame a mi seminario; soy un peligro para las almas».

Él lo habría comprendido sin duda. *¿Quién dejaría de comprenderlo, aunque no fuera más que leyendo estas miserables páginas, donde mi debilidad, mi vergonzosa debilidad estalla en cada línea? ¿Acaso es este diario el testimonio de un conductor de almas, de un maestro? Pues lógicamente debería ser yo el maestro de esta parroquia y, sin embargo, me muestro tal como soy: un desgraciado mendigo que va con las manos tendidas de puerta en puerta, sin atreverse a llamar a ninguna. Claro que no he rehusado trabajar, lo he hecho lo mejor que he podido. Pero ¿para qué? El jefe no será juzgado solamente por sus intenciones: si ha asumido la carga, queda responsable de los resultados. Y por ejemplo, ¿negándome a confesar el mal estado de mi salud debe juzgarse que, no obedecía más que a un sentimiento, aunque exaltado, del deber? ¿Acaso tenía yo el derecho de correr ese riesgo? El riesgo de un jefe es el riesgo de todos.*

En primer lugar, no hubiera debido recibir anteayer a *Mademoiselle Chantal*. Era poco conveniente su primera visita al presbiterio. O al menos, hubiera debido interrumpirla antes de que... Pero he obrado a solas, como siempre. No he querido ver más allá del ser que estaba ante mí, al borde del odio, de la desesperación, como vacilante ante un doble abismo... ¡Oh, rostro torturado! Semejante rostro no hubiera sabido mentir ante tanta desesperación. Sin embargo, otras desesperaciones no me han emocionado hasta tal punto. *¿Por qué me ha parecido ésta un desafío intolerable? El recuerdo de mi mísera infancia está demasiado cercano, lo siento. Yo también conocí antes ese retroceso espantoso ante la desgracia y la vergüenza del mundo. ¡Dios mío! La revelación de la impureza no sería más que una prueba vulgar si no nos revelara a nosotros mismos. Aquella voz repugnante, nunca oída y que de golpe despierta en nosotros un prolongado murmullo...*

¡Qué importa! Hubiera tenido que proceder con reflexión y prudencia. Y en vez de ello, di golpes al azar con el riesgo de alcanzar, además de la bestia furiosa, la presa inocente y desarmada...

Un sacerdote digno de ese nombre no debe ver tan sólo el caso concreto. Como de costumbre, me doy cuenta de que no he reparado en las necesidades familiares, sociales, y en los compromisos, legítimos sin duda, que engendran.

Soy un anarquista, un soñador, un poeta... El deán de Blangermont tiene razón.

Acabo de pasar una hora larga apoyado en la ventana, a pesar del frío que hace. El claro de luna en el valle forma una especie de algodón luminoso, tan leve que el movimiento del aire lo arrastra en torbellinos que ascienden oblicuamente hacia el cielo, planeando a una altura vertiginosa. Y, sin embargo, tan cercanos... Tan cercanos que veo flotar los jirones en la copa de los álamos. ¡Oh, quimeras!

En realidad no conocemos nada de este mundo, no pertenecemos a él.

A mi izquierda me era dado contemplar una masa sombría cercada por un halo y que por *contraste* poseía el brillo de una roca de basalto, una densidad casi mineral. Es el punto más elevado del parque, un bosque de olmos que hacia la cima de la colina se convierte en una masa de abetos, mutilados cada otoño por las tempestades del Oeste. El castillo está situado en la otra vertiente, dando la espalda al pueblo.

¡No, a pesar de todos mis esfuerzos no recuerdo nada de aquella conversación, ninguna frase precisa...! Parece que mi esfuerzo para resumirla en unas cuantas líneas de este diario, ha terminado por borrarla. Tengo vacía la memoria. Así, como de costumbre, me era imposible alinear diez palabras seguidas sin descansar, me parece haber hablado abundantemente. Y, sin embargo, expresé, por primera vez, sin precauciones, sin rodeos, sin escrúpulos tampoco, el vivo sentimiento (pero no un sentimiento, sino casi una visión: todo aquello no tuvo nada de abstracto), la imagen, en fin, que yo me he hecho del mal, de su poder. Hasta entonces me había esforzado habitualmente en apartar el pensamiento, pues me emociona demasiado, me fuerza a comprender ciertas muertes inexplicables, ciertos suicidios... Sí; muchas almas, muchas más de las que me atrevo a imaginar, indiferentes en apariencia a toda religión y también a toda moral, han debido, un día entre los días —sólo basta un instante— sospechar algo de esa posesión, querer evadirse cueste lo que cueste. La solidaridad en el mal... ¡eso es lo que más me aterra! Pues los crímenes, por muy horribles que sean, no nos dicen más sobre la naturaleza del mal que las grandes obras de los santos sobre el esplendor de Dios. Cuando en el Seminario Mayor comenzamos a estudiar aquellos libros que un periodista francmasón del siglo pasado —Leo Taxil, según creo— puso al alcance del público bajo el título, bastante embustero, de «Libros secretos de los confesores», lo que nos chocó primero fue la extrema pobreza de los medios que el hombre dispone para, no digo ofender, sino ultrajar a Dios, para plagiar miseramente a los demonios... Pues Satanás es su dominador muy duro: no ordena como el Otro, con su sencillez divina: «¡Imítadme!». No tolera que sus víctimas se parezcan a él, no les permite ser más que una caricatura grosera, abyecta, impotente, en la que debe regalarse, sin saciarse nunca, la feroz ironía del abismo.

¡Se escapa tanto el mundo del Mal a la comprensión de nuestro espíritu! Además, no logro siempre imaginarlo como un mundo, como un universo. Es, será siempre un esbozo, el esbozo de una creación repelente, abortada, en el límite extremo del ser. ¡Qué le importa al monstruo un criminal más o menos! Devora inmediatamente su crimen, lo incorpora a su espantosa substancia, lo digiere sin salir un momento de su horrible, de su eterna inmovilidad. Pero el historiador, el moralista, el propio filósofo no quieren ver más que al criminal y rehacen el mal a imagen y semejanza del hombre. No se forman ninguna idea del mal en sí mismo, de esa enorme aspiración del vacío, de la nada. Si nuestra especie tiene que perecer, lo hará de asco, de aburrimiento, la Personalidad humana habrá sido corroída lentamente, como una viga por esos hongos invisibles que, en algunas semanas, hacen de una pieza de roble una materia esponjosa donde el dedo se hunde sin esfuerzo. Y el moralista discutirá las pasiones, el hombre de Estado multiplicará los gendarmes y los funcionarios, el educador redactará programas. Y se gastarán tesoros para trabajar

inútilmente una pasta eternamente sin levadura.

(Por ejemplo, esas guerras generalizadas que parecen atestiguar una actividad prodigiosa del hombre cuando denuncian, por el contrario, su apatía creciente... Terminarán por llevar a una carnicería, en épocas fijas, a inmensos rebaños resignados.)

Dicen que después de millares de siglos, la tierra está aún en plena juventud, como en los primeros estadios de su evolución planetaria. También el mal comienza.

Dios mío; yo he presumido de mis fuerzas. Tú me has lanzado a la desesperación, como se echa al agua a un animalillo recién nacido, ciego aún.

Parece que esta noche no vaya a terminar nunca. Afuera, la atmósfera es tan reposada, tan pura, que oigo distintamente, cada cuarto de hora, el gran reloj de la iglesia de Morienval, a tres kilómetros... Sin duda un hombre sereno se reiría de mi angustia, ¿pero es que acaso puede dominarse un presentimiento?

¿Por qué la he dejado marchar? ¿Por qué no la habré llamado?

La carta estaba allá, encima de mi mesa. Inadvertidamente la había sacado de mi bolsillo con otros papeles. Detalle extraño e incomprensible era que *no me había vuelto a acordar de ella*. Tengo que hacer además un gran esfuerzo de voluntad, de atención, para hallar en el fondo de mí mismo algo del impulso irresistible que me hizo pronunciar aquellas palabras que aún creo escuchar: «Deme la carta». ¿Las pronuncié efectivamente? No hago más que preguntármelo. Es posible que, engañada por el temor y los remordimientos, *Mademoiselle* se creyera incapaz de guardarme su secreto... Ella, quizá, me dio su carta espontáneamente. Y mi imaginación hizo el resto...

Acabo de echarla al fuego sin leerla. La he contemplado fijamente mientras se quemaba. Del sobre, medio destruido por las llamas, se ha escapado una esquina del papel, bien pronto ennegrecido. La escritura se ha destacado un segundo en color blanco y he creído leer: «A Dios...».

Mis dolores de estómago se han recrudecido hasta el punto de hacerse intolerables. Tengo que resistir el deseo de tenderme sobre las losas y retorcerme, gimiendo, como un animal. Sólo Dios puede saber lo que soporto. ¿Pero lo sabe acaso? (N. B. *Esta última frase, escrita al margen, ha sido cuidadosamente raspada.*)

* * *

Aprovechando el primer pretexto —el saldo de los servicios que la señora condesa manda celebrar semanalmente por los muertos de su familia— he ido esta mañana al castillo. Mi agitación era tan grande que, a la entrada del parque, me he detenido largo rato para contemplar al viejo jardinero Clovis amontonando leña seca como de ordinario. La visión de su calma me ha hecho mucho bien.

La sirvienta ha tardado algunos instantes y entonces he recordado bruscamente, con terror, que la señora condesa había saldado su cuenta el mes anterior. ¿Qué decirle entonces? Por la puerta entreabierta, me pareció ver la mesa puesta para la colación matinal, que seguramente acababan de abandonar. Quise contar las tazas, pero las cifras se embarullaron en mi mente. En la entrada del salón, la señora condesa me contemplaba —desde hacía unos instantes— con sus ojos miopes. Me pareció que se encogía de hombros, pero sin malicia. Aquel gesto podía, significar: «¡Pobre muchacho! Siempre sigue siendo el mismo, nada le cambiará...», o algo por el estilo.

Entramos en una pequeña pieza contigua al salón de recepción. Me señaló un asiento que a primera vista no distinguí hasta que ella misma lo puso ante mis ojos. Mi aturdimiento me

produjo gran vergüenza. «He venido a hablarle de su señora hija», le dije. Hubo unos instantes de silencio. No cabe duda de que entre todas las criaturas sobre las que vela noche y día la dulce providencia de Dios, yo era de las más desamparadas, de las más miserables. Pero todo amor propio estaba como muerto en mi interior. Se borró la sonrisa de la señora condesa. «Le escucho a usted —dijo—. Hable sin temor. Creo saber mucho más que usted sobre esa pobre niña.» «*Madame* —añadí—, sólo Dios conoce el secreto de las almas. Los más clarividentes pueden equivocarse.» «¿Y usted —aparentó hurgar en el fuego con una atención apasionada— se cuenta acaso entre los clarividentes?», preguntó con intención de herirme. Pero en aquel instante me sentía incapaz de sentir la menor ofensa. «*Madame* —dije—, por muy altos que nos haya emplazado la riqueza o el nacimiento, se es siempre servidor de alguien. Yo soy el servidor de todos. Y aun esa palabra es demasiado noble para un desgraciado sacerdote como yo; debería decir que soy la cosa de todos o menos aún, si es que Dios lo desea así.» «¿Es posible ser algo menos que una cosa?» «Hay cosas que no son más que desechos, desperdicios que se tiran por no poderse servir de ellos. Y si, por ejemplo, mis superiores me reconocieran incapaz de llevar la modesta carga que me han confiado, sería uno de esos desperdicios.» «Con semejante impresión de sí mismo, hallo imprudente pretender...» «No pretendo nada —le respondí—. Ese atizador no es, por ejemplo, más que un utensilio en las manos de usted. De haberle dado Dios suficiente conocimiento para ponerse por sí mismo al alcance de usted cuando lo necesita, sería aproximadamente lo que soy para todos ustedes, lo que quisiera ser.» Ella sonrió, aunque su rostro expresaba algo bien diferente a la alegría o a la ironía. La calma que sentía, me sorprendió a mí mismo. ¿Acaso hacía con la humildad de mis palabras un contraste que la intrigaba o la irritaba...? Volvió a contemplarme, esta vez suspirando hondamente. «¿Qué quiere usted decirme de mi hija?» «Ayer la vi, en la iglesia.» «¿En la iglesia? Me sorprende usted. No creo que tengan nada que hacer en la iglesia las hijas que se rebelan contra sus padres.» «La iglesia es de todos, señora.» Me miró de nuevo, esta vez de hito en hito. Sus ojos parecieron sonreír, pero el resto de su rostro dejó traslucir la sorpresa, la desconfianza y una inexpresable obstinación. «Está usted obcecado por una personita intrigante.» «No la empuje usted a la desesperación —le dije—. Dios lo prohíbe.»

Permanecí unos instantes en silencio. Los troncos crepitaban en la chimenea y por la ventana abierta, a través de los transparentes visillos, se veía el inmenso parque rodeado por la negra muralla de los pinos. Aquello parecía un estanque de agua malsana. Las palabras que acababa de pronunciar me causaban escalofríos a mí mismo. ¡Habían estado tan alejadas de mi pensamiento un cuarto de hora antes...! Sin embargo, me daba cuenta de que eran irreparables y que tenía que llevar las cosas hasta el final. Tampoco la persona que tenía ante mí se parecía a la que había imaginado.

—Padre —prosiguió la condesa—. No dudo que sus intenciones son buenas y hasta excelentes. Desde el momento en que usted reconoce voluntariamente su inexperiencia, no insistiré en contradecirle. Existen, sin embargo, ciertas circunstancias que, experimentadas o no, un hombre no entendería nunca. Sólo las mujeres sabemos hacerles frente. Ustedes no creen más que en las apariencias y existen desórdenes como éste...» «Todos los desórdenes proceden del mismo padre, y ése es el padre de la mentira.» «Existen muchas clases de desórdenes.» «Sin duda —dije—, pero sabemos que no existe más que un orden: el de la caridad.» Se echó a reír, con una sonrisa cruel, horrible. «Lo cierto es que no me esperaba...», comenzó a decir. Pero creo que debía leer en mi mirada la sorpresa, la piedad, y por ello se dominó en seguida. «¿Qué sabe usted sobre todo esto? ¿Qué es lo que ella le ha explicado? Las jóvenes se sienten siempre desgraciadas, incomprendidas, y hallan

ingenuos que las creen...» La miré fijamente. ¿Cómo tuve la audacia de hablarle con semejante tono? «Usted no quiere a su hija.» «¿Cómo se atreve?» «Señora: Dios es testigo que he venido aquí esta mañana con el propósito de ayudarles a todos. No me crea tan listo como para haber preparado algo de antemano. Usted misma es quien me está dictando mis palabras. Y créame que siento haberla ofendido.» «¿Tiene usted acaso el poder de leer en mi corazón?» «Creo que sí, señora», le respondí. Temí que perdiera la paciencia y que me insultara. Sus ojos grises, tan dulces de costumbre, parecían negros. Finalmente bajó la cabeza y comenzó a trazar círculos en la ceniza con la punta del atizador. «¿Sabe usted que si se enteraran de su conducta sus superiores la juzgarían severamente?» «Mis superiores pueden desaprobarme mi comportamiento si les place, tienen todo el derecho de hacerlo.» «Le conozco bastante para saber que es usted un buen sacerdote, sin vanidad, sin ambición. No ignoro que es también enemigo de la intriga. Para hablar como acaba de hacerlo, es necesario que le hayan obligado a aprender la lección... ¡He creído estar soñando, palabra! Sea usted franco. ¿Me toma por una mala madre, por una madrastra?» «No me permito juzgarla.» «¿Entonces?» «Tampoco quiero permitirme un juicio sobre *Mademoiselle*. Pero poseo experiencia; he sufrido demasiado para saber lo que ocurre.» «¿A su edad?» «La edad no cuenta en eso. Sé que el sufrimiento tiene su lenguaje, que no hay que tomarla a ella al pie de la letra, condenarla según sus palabras, que ofenden a todo: familia, sociedad, patria y hasta a Dios mismo.» «¿Aprueba usted todo eso?» «No apruebo nada, sólo intento comprenderla. Un sacerdote, igual que un médico, no tiene que huir ante las llagas, el pus, la enfermedad... Todas las heridas del alma supuran horriblemente, señora.» Ella palideció súbitamente e hizo ademán de ponerse en pie. «Por eso, no he hecho caso de las palabras de *Mademoiselle*. Además, creo que no tenía tampoco derecho a hacerlo. Un sacerdote no debe de prestar atención más que al sufrimiento, si es que es sincero. ¿Qué importan las palabras que lo expresan? Aunque fueran verdad tantas mentiras...» «Sí; la mentira y la verdad en el mismo plano. ¡Hermosa moral!» «No soy un profesor de moral», dije. Me daba cuenta de que la condesa estaba perdiendo por momentos la paciencia y esperaba que me despidiera de un momento a otro. Seguramente, su deseo era echarme, pero cada vez que miraba mi triste rostro (que yo veía reflejado en el espejo y que el celaje verdoso del parque hacía aparecer más ridículo, más lívido) movía imperceptiblemente la barbilla y parecía hacer acopio de fuerza y voluntad para convencerme, para tener la última palabra. «Mi hija está celosa de la institutriz... Debe de haberle explicado barbaridades.» «Creo que sobre todo, siente celos de la amistad de su padre.» «¿Celosa de su padre? ¿Cómo debo estar yo, entonces?» «Habría que tranquilizarla, que calmarla.» «Debería echarme a sus pies y pedirle perdón, ¿verdad?» «Por lo menos tendría que impedir que se alejara de su casa con la desesperación en el alma.» «Sin embargo, la obligué a marcharse.» «Usted puede obligarla, pero Dios será juez.»

Me levanté y ella se puso en pie al mismo tiempo. En su mirada me pareció leer una especie de espanto. Sin duda temía que la abandonara y al mismo tiempo luchaba con los deseos de decírmelo todo, de confesarme su mísero secreto. Pero de pronto dejó de contenerse y él secreto salió de su boca como había salido también de la otra, de su hija: «Ignora Usted lo que yo he sufrido. No conoce nada de la vida. A los cinco años mi hija era igual que ahora. Su divisa parece ser: lo quiero todo y con rapidez. ¡Oh, ustedes, los sacerdotes, se forman una idea ingenua, absurda, de la vida familiar! No hay más que oírles —se rió— en los sermones. Familia unida, padres respetados, madres incomparables, espectáculos consoladores, células sociales, nuestra querida Francia y todo eso... Lo extraño no es que digan ustedes esas cosas, sino que se imaginen que emocionan, que las

digán ustedes con placer. La familia, señor...». Se interrumpió de pronto. Con tanta brusquedad que pareció que se hubiera vuelto a tragar las palabras que acababa de pronunciar. No se parecía en nada a la dama tan reservada en su butaca, con el rostro pensativo bajo los encajes negros... Su propia voz estaba tan cambiada que me resultaba difícil reconocerla. Era aguda, hiriente y arrastraba las últimas sílabas. Creo que ella se dio cuenta de aquello y me pareció que sufría por no poder dominarse. No supe qué pensar ante semejante debilidad en una mujer que acostumbraba a ser tan dueña de sí misma: mi audacia tenía explicación, probablemente se debía a que había perdido la cabeza, lanzándome como un tímido que para estar seguro de cumplir hasta el final con su deber, se cierra a sí mismo todo escape, dándose en cuerpo y alma. Pero ¿y ella? ¡Le hubiera sido tan fácil desconcertarme! Le habría bastado probablemente una sonrisa.

¡Dios mío! ¿Habrá ocurrido todo esto por causa del desorden de mi pensamiento y mi corazón? ¿Será contagiosa la angustia que sufro? Desde hace algún tiempo, tengo la impresión de que mi sola presencia hace salir al pecado de su guarida, elevándolo a la superficie del ser, a esconderse ante un adversario tan débil y acude a desafiarme, riéndose de mí.

Permanecemos de pie unos instantes, uno junto a otro. Recuerdo que la lluvia azotaba los cristales. Recuerdo también al viejo Clovis que, una vez hecho el trabajo, se limpiaba las manos en su delantal azul. Desde el otro lado del vestíbulo llegaba un ruido de vasos entrechocados, de platos revueltos. Todo estaba tranquilo, con aire familiar.

—¡Singular víctima! —prosiguió ella—. Animal carnicero, eso es lo que es.

Me callé, pues no tenía nada que decir. Mi silencio pareció exasperarla. «Me pregunto por qué estaré explicando los secretos de mi vida. ¿Qué importa? Tampoco voy a mentirle. Cierto que deseé apasionadamente un hijo. La tuve. Pero sólo vivió dieciocho meses. Entonces, su hermana ya lo odiaba... A pesar de ser muy pequeña, le odiaba. En cuanto a su padre...»

Tuvo que tomar aliento antes de proseguir. Sus ojos tenían gran fijeza y sus manos parecían agarrarse a algo invisible. Parecía estar resbalando por una pendiente. «Un día salieron los dos y cuando regresaron, el pequeño había muerto. A partir de entonces no volvieron a separarse. Ella era muy hábil. Esta palabra le parecerá extraña, ¿verdad? Sin duda se imagina que una muchacha espera su mayoría de edad para ser una mujer. Los sacerdotes pecan de ingenuidad muchas veces. Cuando un gatito juega con su pelota de lana ignoro si piensa en los ratones, pero en ese momento hace exactamente lo que debe. Dicen que un hombre necesita ternura. Perfectamente... Pero una especie de ternura, una sola, nada más que una, una que convenga a su naturaleza. ¿Qué importa la sinceridad? ¿Acaso nosotras, las madres, no concedemos a nuestros hijos el placer de la mentira, esas mentiras dulces, tibias como un seno? Comprendí en seguida que aquella niña era la dueña de mi casa, que tenía que resignarme al papel de víctima, de espectadora, de sirvienta. Pero el recuerdo de mi hijo no me abandonaba, lo hallaba por doquier: su sillita, sus ropas, un juguete roto... Pero una mujer como yo no se rebaja a ciertas rivalidades deshonestas, y además para mis dolores no había remedio. Las desgracias familiares, aun las peores, tienen siempre algo de ridículo. En fin; he vivido entre esos dos seres tan hechos el uno para el otro, aunque tan desiguales, y en quienes la solicitud hacia mí, siempre cómplice, me exasperaba. Critíqueme, júzgueme u ódieme, si lo desea, pero aquella solicitud me desgarraba el Corazón, vertiendo en su interior mil venenos. Habría preferido su odio. Sin embargo, sostuve con entereza mi posición, sufriendo en silencio mi pena. Entonces era joven y agradaba. Cuando se está segura de gustar, amar y ser amada sólo depende de una, la virtud

no es difícil, por lo menos a las mujeres de mi casta. El solo orgullo bastaría para mantenemos erguidas. No falté ni a uno solo de mis deberes. Algunas veces llegaba a sentirme dichosa. Mi marido no es un hombre superior y sus faltas son constantes. Sólo un milagro pudo impedir que Chantal, cuyo juicio es muy seguro, comprendiera que... Pero no comprendió nada. Hasta hoy... Tiene usted que darse cuenta, señor, que durante toda mi vida he estado soportando infidelidades sin cuento, tan groseras, tan pueriles, que no me hacían ya daño. Además, entre las dos no era yo, ciertamente, la más engañada...»

Calló nuevamente. Creo que apoyó instintivamente su mano en mi brazo. Me llenaban el asombro y la piedad. «He comprendido, señora —le dije—. No quisiera que lamentara usted algún día haberle contado al pobre hombre que soy, cosas que sólo podía escuchar el sacerdote.»

Ella me lanzó una mirada agitada.

—Proseguiré —me dijo con voz silbante—. Usted lo ha querido así.

—Yo no le he querido...

—¿A qué ha venido entonces? Sabe usted forzar tan bien las confianzas... ¡Terminemos de una vez! ¿Qué le ha dicho mi hija? Trate de responderme francamente.

Golpeó el suelo con su pie diminuto, en gesto idéntico al de su hija. De pie, con el brazo apoyado en la repisa de la chimenea, crispaba la diestra en un viejo abanico, colocado allí entre otras fruslerías.

—No puede sufrir a la institutriz, nunca ha podido sufrir aquí a nadie.

Permanecí silencioso, sin hacer caso alguno a sus requerimientos.

—¡Respóndame...! Sin duda le habrá contado que su padre... ¡No lo niegue! Leo la verdad en sus ojos. ¿Y la ha creído? Una miserable muchacha que se atreve...

No pudo terminar. Creo que mi silencio, o mi mirada o no sé qué salía de mí —una enorme tristeza— la interrumpieron antes de que pudiera levantar la voz. Aquella impotencia debió irritarla al principio para inquietarla después. Aflojó sus dedos y el abanico, roto por la presión, cayó al suelo. Enrojeció y recogió los pedazos, uno a uno.

—Me he ofuscado —comenzó a decir, pero el suave tono de su voz sonó a falso. Tenía el aire torpe de un obrero desmañado, que después de probar una tras otra las herramientas las tira con rabia sin encontrar la que busca.

—Es usted quien tiene que hablar primero. ¿Por qué ha venido? ¿Qué pide?

—*Mademoiselle* Chantal me ha hablado de su próxima partida.

—Muy próxima, efectivamente. La cosa estaba decidida desde hace algún tiempo. Ha debido mentirle. ¿Con qué derecho se opondría usted a que...? —añadió esforzándose en reír.

—No tengo ningún derecho. Sólo he querido conocer sus intenciones y si la decisión era irrevocable...

—Efectivamente; es irrevocable. Y me parece que una muchacha razonable no consideraría como prueba superior a sus fuerzas una permanencia de algunos meses en Inglaterra, en casa de una familia conocida...

—Por eso he querido tener esta entrevista con usted. Desearía obtener de su hija, resignación, obediencia.

—¿Obediencia? Antes la mataría que lograr obediencia de ella.

—Temo que llegue a cometer alguna imprudencia...

—¿Alguna imprudencia? ¡Qué bien habla usted! ¿Sin duda insinúa que se matará? Si es una de las últimas cosas que sería capaz... Unas anginas la asustan y teme horriblemente a la muerte.

—Sólo en eso se parece a su padre.

—Señora —le dije—. Esos caracteres son precisamente los que no vacilan en recurrir al suicidio.

—¡No exagere usted!

—¡El vacío fascina a aquellos que no se atreven a mirarlo de frente...! Se tiran en él, temerosos de caer.

—Parece que esté usted recitando una lección aprendida. Acaso lo haya leído, pues sobrepasa, con mucho, su experiencia. ¿Es que teme usted a la muerte?

—Sí, señora. Pero permítame que le hable con franqueza. La muerte es un paso muy difícil y no está hecha para los seres orgullosos. —Perdí la paciencia—. Sin embargo, temo menos mi muerte que la suya —le dije. En aquel instante me pareció verla muerta ya, y sin duda la imagen de mi mente se trasladó a la suya, pues ahogó un grito, una especie de lamento temeroso. Se acercó a la ventana.

—Considero que mi marido es libre de tener en su casa a quien guste. Además, la institutriz no tiene ningún recurso, no podemos echarla para satisfacer el odio de una desvergonzada. Pero no pudo proseguir con el mismo tono y su voz volvió a debilitarse.

—Es posible que mi marido haya mostrado demasiada... demasiada amabilidad y afabilidad hacia ella. Los hombres, a su edad, se vuelven muy sentimentales o creen serlo —se interrumpió nuevamente. Y tras unos instantes prosiguió—: Después de todo, me es igual. ¿Acaso habré sufrido tantos años de ridículas humillaciones, cuando me engañaba con todas las criadas, muchachas ordinarias y sucias, para abrir los ojos ahora que no soy más que una anciana y tener que luchar y correr riesgos? ¿Tengo que hacer más caso del orgullo de mi hija que del mío propio? ¿No puede sufrir ella a su vez lo mucho que yo he sufrido?

Pronunció la horrible frase sin elevar siquiera el tono de su voz. De pie ante el inmenso ventanal, con un brazo caído a lo largo del cuerpo y el otro elevado sobre su cabeza, con la mano asida a una cortina de tul parecía arrojarle aquellas palabras como si escupiera un hirviente veneno. A través de los cristales, mojados por la lluvia, se distinguía el parque, tan sereno, tan noble con el césped esponjoso y los árboles añosos y solemnes. La verdad era que aquella mujer hubiera debido inspirarme tan sólo piedad, lástima. Pero así como de ordinario me era tan fácil compenetrarme con las faltas de los otros, compartiendo su vergüenza, el contraste de la casa apacible y sus horribles secretos, soliviantaban mi ánimo. La locura de los hombres era allí menor que su obstinación, que su malicia, que su ayuda solapada, bajo la mirada de Dios, a todos los poderes de la confusión y de la muerte. La ignorancia, la enfermedad, la miseria, devoran a millares de inocentes, y cuando la Providencia, por milagro reserva algún asilo donde puede florecer la paz, las pasiones acuden a esconderse, arrastrándose, y cuando llegan a aquel lugar aúllan como bestias...

—Señora —le dije—, tenga cuidado...

—¿Cuidado? ¿De qué? ¿De quién? ¿De usted, acaso? No dramaticemos. Lo que acaba usted de oír, no se lo había confesado aún a nadie.

—¿Ni siquiera a su confesor?

—Son cosas que no le importan a mi confesor. Son sentimientos de los que no soy dueña. Además, no han influido nunca en mi conducta. Este hogar, padre, es cristiano.

—¿Cristiano? —exclamé. La palabra había ido a clavárseme en el pecho y parecía abrasarme—. Cierto, señora. Acoge usted a Cristo en su hogar. Pero ¿qué hace usted de Él? También estuvo en casa de Caifás...

—¿Caifás? ¿Está usted loco? No reprocho a mi marido, ni siquiera a mi hija, que no me

comprendan. Ciertos malentendidos son irreparables y yo sé resignarme.

—Efectivamente, señora. Puede usted resignarse a no querer, pero el demonio lo profana todo, hasta la resignación de los santos.

—Habla usted como un hombre del pueblo. Cada familia tiene sus secretos. ¿Adelantaríamos algo haciéndolos del dominio público? Engañada como fui tantas veces, podía haber sido una esposa infiel. Pero en mi pasado no tengo nada, absolutamente nada, que pueda hacerme sonrojar.

—¡Benditas sean las faltas que dejan vergüenza en nosotros! Pluguiere a Dios que usted se despreciase a sí misma...

Ésta es una moral muy curiosa.

—No es la moral del mundo, en efecto. Poco le importa a Dios el prestigio, la dignidad, la ciencia, si todo ello no es más que un sudario de seda sobre un cadáver podrido.

—¿Preferiría usted, acaso, el escándalo?

—¿Cree usted ciegos y sordos a los pobres? Por desgracia existe en la miseria mucha clarividencia, y no hay peor credulidad, señora, que la de los vientres saciados. ¡Oh! Puede usted hacer lo que quiera para esconder a los míseros los vicios de la casa. Pero ellos reconocen esos vicios desde lejos, por el olor. Se nos llena la cabeza hablándonos de la abominación de los paganos. Pero por lo menos, ellos exigían a sus esclavos una sumisión igual a la de los animales domésticos, y una vez al año sonreían con el desquite de las saturnales. En cambio, ustedes, abusando de la Palabra divina, que enseña id pobre la obediencia del corazón, pretenden robar con astucia lo que deberían recibir de rodillas, igual que un don celestial. No existe peor desorden en el mundo que la hipocresía de los poderosos.

—¿Poderosos? Podría nombrarle diez granjeros más ricos que nosotros. Padre: nosotros somos insignificantes.

—Se les cree dominadores, señores... Y el poder no tiene más base que la ilusión de los míseros.

—¡Qué fraseología! Todo esto no son más que palabras. A los, míseros les importan muy poco nuestros asuntos familiares.

—¡Oh, señora! —le dije—. No existe realmente más que una familia, la gran familia humana, de la que es jefe Nuestro Señor. Y ustedes, los ricos, podían haber sido sus hijos predilectos. Acuérdesse del Antiguo Testamento: los bienes de la tierra son muchas veces la exteriorización de los favores celestiales. No era privilegio bastante precioso haber nacido exento de esas servidumbres temporales que convierten la vida de los trabajadores en una monótona búsqueda de lo necesario, en una lucha impotente contra el hambre, la sed y ese vientre insaciable que reclama diariamente su parte. Sus casas, sus hogares, deberían de ser los de la paz, la oración. ¿No se ha emocionado nunca ante la fidelidad de los pobres a esa imagen ingenua que se forman de ustedes? Por desgracia, hablan ustedes siempre de su envidia, sin comprender que ellos desean menos sus bienes que algo imponderable que no sabría explicar, que ellos tampoco acertarían nunca a definir y que alegra algunas veces su soledad, un sueño de munificencia, de grandeza, un sueño de pobre, pero que está bendecido por Dios.

Se adelantó hacia mí, como si quisiera despedirme ya. Me di cuenta de que mis últimas palabras le habían dado tiempo de sobreponerse, y no puedo contener una inquietud al releerlas en este diario. No es que me retracte de ellas; son humanas, pero nada más. Expresan una cruel decepción, muy profunda en mi corazón infantil. Cierto que otros millones de seres de mi especie y de mi clase, la conocerán aún. Va incluida en la herencia

del pobre, es uno de los elementos esenciales de la pobreza, la miseria misma. Dios dispone que el mísero mendigue la grandeza, cuando ésta está irradiando de sí mismo, aun a su pesar.

Cogí mi sombrero, dejado sobre una silla. Cuando la condesa me vio poner la mano en el tirador de la puerta, no pudo contener un estremecimiento de todo su ser que me emocionó. Me pareció leer en sus ojos una gran inquietud, pero la cortó en seguida diciendo:

—Es usted un sacerdote muy extraño —dijo con voz temblorosa de impaciencia, de nerviosismo—. Un sacerdote como nunca había conocido. Por lo menos, que esta despedida sea de buenos amigos.

—¿Cómo no voy a ser su amigo, señora? Soy un sacerdote, su pastor.

—Todo eso no son más que frases..., ¿qué sabe usted de mí?

—Lo que usted me ha contado.

—¿Quiere confundirme? No logrará hacerlo. Mi sentido es muy ponderado.

Permanecí en silencio. Ella añadió:

—Supongo que al morir, nos juzgarán según nuestros actos. ¿Qué falta he cometido? Cierto que mi hija y yo somos como dos extrañas. Hasta ahora no lo habíamos dejado traslucir nunca. Pero la crisis ha llegado... No hago más que ejecutar la voluntad de mi marido, y si él se equivoca... Pero cree que su hija volverá a él.

Algo cambió en su rostro. Se mordió los labios y en su rostro apareció una extraña expresión.

—¿Usted también lo cree, señora? —interrogué.

¡Dios mío! En aquel instante ella echó la cabeza hacia atrás y por unos instantes vi —sí, vi — cómo subía a su rostro una plena confesión. Su mirada pareció asentir, mientras que todo su ser denegó vivamente.

Creo que aquella negativa la sorprendió a ella misma, pero ni siquiera intentó contenerla. Los odios familiares son los más peligrosos de todos por la simple razón de que se van satisfaciendo poco a poco, en un perpetuo contacto; se parecen a esos abscesos que van envenenando lentamente la sangre, sin causar ninguna fiebre.

—Señora —le dije—, va usted a echar a una niña de su casa y no ignora que es para siempre.

—Depende de ella que esta ausencia sea definitiva.

—Me opondré a esa injusticia con todas mis fuerzas...

—No conoce usted bien a mi hija. Posee demasiado orgullo para quedarse aquí por tolerancia. Sé que no podría resistirlo.

Pensé que se me había terminado la paciencia y exclamé:

—¡Dios la castigará! —exclamé. Ella dejó escapar una especie de gemido. Pero no, no fue un gemido de vencido que pide gracia, sino más bien el profundo suspiro de un ser que hace acopio de fuerzas antes de lanzar un desafío.

—¿Castigarme? Ya me ha castigado... ¿Qué puede ya contra mí? Me ha quitado mi hijo y ya no le tengo miedo.

—Dios lo ha alejado únicamente de usted por un tiempo, y su dureza...

—¡Cállese!

—La dureza de su corazón puede separarlo de usted para siempre.

—Está usted blasfemando: Dios no se venga.

—No se venga, en efecto. Mis palabras son palabras humanas, que sólo tienen sentido aquí, en la tierra.

—¿Acaso va a odiarme el hijo que he llevado en las entrañas?

—No se odiarán, pero no podrán reconocerse.

—¡Cállese!

—No... no me callaré, señora. Los sacerdotes hemos callado demasiado y quisiera suponer que por lástima. Pero la verdad es que somos cobardes. Una vez sentado el principio, dejamos seguir. ¿Qué es lo que han hecho ustedes del infierno? Una especie de prisión perpetua análoga a las suyas. En ella encierran, de antemano, a la caza humana que la policía persigue desde el principio de la Creación: los enemigos de la sociedad. Y añaden, quizá, a los blasfemos y los sacrílegos. ¿Qué espíritu santo, qué corazón orgulloso aceptaría sin asco, sin repugnancia, semejante imagen de la justicia de Dios? Cuando esa imagen les molesta, les resulta muy fácil eliminarla. Juzgamos el infierno según las medidas de este mundo, y el infierno no es de este mundo. No pertenece a este mundo y aún menos al mundo cristiano. Es un castigo eterno, una eterna expiación. El único milagro es que nos sea posible formarnos una idea de él aquí abajo, cuando apenas la falta ha salido de nosotros, y basta una simple mirada, una señal, una muda llamada para que el perdón baje sobre nosotros, desde lo alto de los cielos, como un águila. Y es que el más mísero de los hombres vivientes, aunque crea haber dejado de amar, conserva todavía el poder de hacerlo. Y hasta nuestro mismo odio deslumbra, resplandece y el menos torturado de los demonios florecería en lo que nosotros llamamos la desesperación, igual que en una luminosa y triunfal aurora. El infierno, señora, es haber dejado de amar. Estoy seguro de que estas palabras, “haber dejado de amar”, sueñan en sus oídos como una expresión familiar. Pero para un hombre vivo esto significa querer otras cosas, amar menos. ¿Y si esa facultad, que parece inseparable de nuestro ser, que semeja nuestro mismo ser, comprender es también una manera de amar, llegara a desaparecer? Dejar de amar, dejar de comprender, y vivir, sin embargo... ¡oh, prodigio! Nuestro error común es atribuir a esas criaturas abandonadas algo de nosotros, de nuestra perpetua movilidad, cuando ellas están fuera del tiempo, fuera de todo movimiento, inmóviles para siempre. Si Dios nos condujera de la mano a una de esas cosas dolorosas que hubiera sido antes el amigo más querido, ¿qué lenguaje le hablaríamos? Si un hombre vivo, nuestro semejante, el último de todos, vil entre los viles, fuera echado a esas lindes ardientes, yo compartiría su suerte, iría a disputárselo al verdugo. ¡Compartir su suerte...! La desgracia, la inconcebible desgracia de esas piedras ardientes que fueron hombres es que no tienen nada que compartir entre sí.

Creo estar transcribiendo con bastante fidelidad mis palabras. Y es probable que su lectura cause alguna impresión. Sin embargo, estoy seguro de que cuando las pronuncié lo hice tan desmañadamente, que debieron de parecer ridículas. Recuerdo que apenas se oyeron distintamente las últimas. Las fuerzas me faltaban y estaba rendido. De haberme visto alguien apoyado en la pared, dando vueltas al sombrero entre mis manos, junto a aquella mujer imperiosa, me habría tomado por un culpable tratando vanamente de justificarse. (Sin duda es lo que yo era en aquel instante.) Ella me observó con una atención extraordinaria.

—Aquí no ha cometido nadie ninguna falta —dijo con voz ronca. Su voz pareció llegarme a través de una de esas nieblas espesas que ahogan los sentidos. Al mismo tiempo, me parecía que la tristeza se apoderaba de mí, una tristeza indefinida, contra la cual me hallaba totalmente impotente.

Pero en aquel mismo instante, Dios me ayudó; de pronto sentí una lágrima en mi mejilla, tina sola lágrima, como las que algunas veces aparecen en el rostro de los moribundos, cuando alcanzan el límite extremo de sus miserias. La condesa vio resbalar aquella lágrima.

—¿Me ha oído usted? ¿Me ha comprendido? Acabo de decirle que aquí no se ha cometido ninguna falta...

Confesé que, en afecto, no la había oído. Ella no apartó la vista de mí.

—Descanse un momento, creo que no se halla en estado de dar un paso. Soy más fuerte que usted. Todo eso no se parece en nada a lo que nos han enseñado, son sueños, poemas. No le tengo a usted por un hombre malo. Estoy segura de que en cuanto reflexione, se sonrojará. Nada puede separarnos en este mundo o el otro de lo que hemos querido más que a nosotros mismos, más que a la vida, más que a la salud.

—Señora —le dije—. En este mundo basta poca cosa, por ejemplo, una pequeña hemorragia cerebral, para que dejemos de ver a las personas antes tan queridas.

—La muerte no es la locura...

—Pero nos es más desconocida, en efecto.

—El amor es más fuerte que la muerte, así lo hacen constar los propios libros religiosos.

—No somos nosotros quienes hemos inventado el amor. Tiene su orden, su ley...

—Dios es el dueño del amor.

—No es el dueño del amor, es el Amor mismo. Si quiere usted amar, no se mantenga fuera de Él.

Puso la mano sobre mi brazo, mientras su rostro casi tocaba el mío.

—¡Es insensato! Me habla usted como si fuera una criminal. Las infidelidades de mi marido y la indiferencia de mi hija, su rebeldía, todo eso no es nada, nada, nada...

—Señora —le dije—, le hablo como sacerdote y según las luces que me han sido dadas. Haría usted mal tomándome por un exaltado. Por muy joven que sea, no ignoro que existen muchos hogares como el suyo o más desgraciados todavía. Pero el mal que a unos elude, a otros mata, y me parece que Dios me ha permitido conocer el peligro que la amenaza a usted, a usted sola.

—Casi me está diciendo que soy la culpable de todo.

—Nadie sabe de antemano los resultados que, a la larga, puede producir un mal pensamiento. Existen buenos y malos: y por muchos que el viento se lleve, que los zarzales ahoguen y que el sol seque, uno solo enraíza. La simiente del mal y del bien es echada a voleo por doquier. La mayor desgracia es que la justicia de los hombres intervenga siempre demasiado tarde: reprime o castiga los actos, sin poder elevarse o alejarse más que quien los ha cometido. Pero nuestras faltas ocultas envenenan el aire que otros respiran y el crimen del que un miserable tiene el germen, aun a su pesar, no germinaría nunca sin ese principio de corrupción.

—Todo eso son locuras, grandes locuras: sueños malsanos...

Estaba lívida. Prosiguió:

—Si pensáramos en todas esas cosas, tendríamos que dejar de vivir.

—Así lo creo, señora condesa. Creo que si Dios nos diera una idea clara de la solidaridad que nos liga unos a otros, en el bien y en el mal, dejaríamos, efectivamente, de vivir.

Cuando algún imaginario lector recorra estas líneas creerá que estaba obrando según un plan preconcebido. Pero no es así: lo juro. Únicamente me defendía...

—¿Querrá usted decirme cuál es la falta oculta? —me preguntó la condesa tras un largo silencio.

—Tiene usted que resignarse a la voluntad de Dios, abrir su corazón.

No me atreví a hablarle con mayor claridad del pequeño muerto y la palabra «resignación» pareció sorprenderla.

—¿Resignarme? ¿A qué?

Luego pareció comprender súbitamente.

Muchas veces, he encontrado pecadores empedernidos. La mayoría no se defienden contra

Dios más que impulsados por una especie de ciego sentimiento, y es chocante hallar en los rasgos de un anciano, defendiendo su vicio, la expresión al mismo tiempo feroz e ingenua de un niño enfurruñado. Pero aquella vez vi la rebeldía, la verdadera rebeldía estallando en un rostro humano. Aquello no se expresaba en la mirada fija y como velada, ni en la boca, ni en la propia cabeza, que lejos de erguirse pendía inerte entre los hombros, como abatida bajo el peso de un enorme fardo... ¡No! Las fanfarronadas del blasfemo nada tenían que ver con aquella trágica simplicidad. Se habría dicho que el súbito arrebató de la voluntad, su fuego ardoroso, dejaba el cuerpo inerte, impasible, agotado por un excesivo consumo del ser.

—¿Resignarme? —dijo ella con una voz dulce que helaba el corazón—. ¿Qué entiende usted por eso? ¿Acaso no estoy resignada ya...? De no haberlo estado, habría muerto. ¡Resignada! Estoy demasiado resignada, tanto que llego a avergonzarme. —Su voz, sin elevar el tono, tuvo una sonoridad rara, como un sonido metálico—. Muchas veces llegué a envidiar a estas mujeres débiles que no saben remontar tales pendientes. Pero nosotros estamos contruidos de cal y arena, y para impedir que este miserable cuerpo olvidara hubiera tenido que matarle. No se mata a quien se quiere.

—No hablo de esa resignación —le dije—. Lo sabe usted muy bien.

—¿De qué habla entonces? Voy a misa y practico la religión. Hubiera podido abandonar toda práctica y hasta llegué a pensar en ello. Pero me pareció indigno de mí.

—Señora: cualquier blasfemia hubiera sido mejor que semejante propósito. En su boca parece haber toda la dureza del infierno.

Se calló, con la mirada fija en el muro.

—¿Cómo se atreve usted a tratar así a su Dios? —proseguí—. Le cierra usted su corazón y...

—Así vivía en paz... y así hubiese muerto.

—Esto no es posible ya...

Ella se volvió como una víbora.

—Dios me era indiferente. ¿Cree usted que ha logrado mucho forzándome a odiarlo?

—No le odia usted —le dije—. El odio es indiferencia y desprecio. Ahora se ve frente a Él, cara a cara.

No apartó su mirada del imaginario punto del espacio, permaneciendo largo rato sin hablar. En aquel instante pareció hacer presa en mí un desconocido terror. Todo lo que acababa de decir, todo lo que ella me había dicho, todo nuestro interminable diálogo. ¿Qué hombre razonable hubiera obrado así? Sin duda me había puesto en ridículo por causa de una muchacha, llena de celos y de orgullo, en cuyos ojos me había parecido leer el suicidio, la voluntad del suicidio tan distintamente, tan claramente como unas palabras escritas en un muro. Sin duda, mi acción no respondía más que a uno de esos impulsos irreflexivos cuya propia violencia es sospechosa. Y sin duda, la mujer que permanecía ante mí como ante un juez, había vivido muchos años en esa paz terrible de las almas rechazadas, que es la desesperación. Pero semejante miseria es justamente de aquellas que un sacerdote sólo debería abordar temblando. Hubiera deseado calentar súbitamente aquel corazón helado, llevar la luz al último pliegue de una conciencia que la piedad de Dios deseaba, acaso, dejar entre misericordiosas tinieblas. ¿Qué decirle en aquel instante? ¿Qué hacer? Me hallaba en el estado de un hombre que habiendo subido rápidamente una pendiente empinada, abriera los ojos, parándose maravillado, incapaz de seguir subiendo o de emprender el descenso. Fue entonces —¡no, esto no puedo expresarlo!—, mientras luchaba con todas mis fuerzas contra la duda y el temor, cuando el espíritu de oración penetró en mí. Desde el principio de

aquel coloquio extraordinario no había cesado de rezar, en el sentido que los cristianos frívolos dan a esta palabra. Un animal desventurado que se halla bajo la campana neumática puede hacer todos los movimientos de la respiración. ¡Qué importa! Y de pronto penetra el aire en el compartimiento vacío, hinchando de nuevo sus bronquios, desplegando uno a uno los delicados tejidos pulmonares ya marchitos, temblando las arterias al primer contacto con la sangre roja y el ser semejase a un navío con sus velas hinchadas por el viento.

Ella se dejó caer en una butaca, con la cabeza entre las manos. La mantilla desgarrada le caía sobre el hombro. Se la quitó nuevamente, dejándola caer a sus pies. Mis ojos no perdían uno solo de sus movimientos y, sin embargo, en mi interior alentaba la extraña impresión de que ni uno ni el otro nos hallábamos en aquel triste salón, de que la estancia se hallaba vacía.

Vi cómo se sacaba del pecho un medallón que colgaba de una sencilla cadenita de plata. Y con la misma suavidad de antes, más horrible que violencia alguna, hizo saltar la tapa con la uña y el cristal rodó a sus pies sin que ella pareciera darse cuenta. En sus manos quedó un mechón de pelo rubio, semejante a una viruta de oro.

—Jura usted... —comenzó a decir.

Pero al leer en mi mirada que no estaba dispuesto a jurar, se interrumpió.

—Hija mía —le dije (la palabra «hija» acudió por sí sola a mis labios)—, no puede negociarse con Dios. Hay que entregarse a Él sin condiciones. Si usted le da todo, Él se lo devolverá con creces. No soy un profeta, ni un adivino y Él solo ha vuelto del lugar donde todos iremos a parar.

No protestó. Únicamente pareció agacharse más y a cada palabra veía temblar sus hombros. —Lo que sí puedo asegurarle —dije— es que no existe un reino de los vivos y un reino de los muertos; sólo existe un reino: el de Dios, donde están los vivos y los muertos, y nosotros nos hallamos dentro.

Pronuncié estas palabras con una entonación solemne; podía haber pronunciado otras; pero ¿qué importancia tenía eso en aquel instante? Me pareció como si una mano misteriosa hubiera abierto una brecha en no sé qué muralla invisible y la paz entrara por doquier, una paz desconocida en la tierra, la dulce paz de los muertos semejante a un agua muy profunda.

—Todo esto me parece bastante claro —dijo con una voz alterada pero serena—. ¿Sabe usted lo que me preguntaba hace un instante? Acaso no debiera confesarlo. Pues bien, me decía: si en alguna parte de este mundo o del otro hubiera un lugar donde Dios no estuviera aunque tuviera que sufrir eternamente mil muertes por segundo, me iría a reunirme con mi... —no se atrevió a pronunciar el nombre del muerto— y le diría a Dios: ¡Satisfácete! ¡Aplástanos! Esto le parecerá sin duda horrible, ¿no es así?

—No, señora...

—¿No?

—Yo también he llegado alguna vez... —no pude acabar. La imagen del doctor Delbende apareció ante mis ojos y su mirada inflexible se clavaba en todo mi ser. Me pareció oír también, temí oír en aquel mismo minuto, los quejidos arrancados de tantos pechos humanos, los suspiros, los sollozos, las agonías de nuestra humanidad resumidas en un horrible murmullo...

—Vamos, vamos... —dijo ella lentamente—. ¿Es que puede hallarse ese lugar, reunirse con un ser querido? ¿Hasta los niños pueden esperar ahí? ¿Ha visto usted morir alguno?

—No, señora...

—Cruzó obedientemente sus manos, adoptó un aire grave y... y... Momentos antes había intentado hacerle beber y conservaba aún sobre sus labios rígidos una gota de leche...

Se echó a temblar como una hoja. Y de pronto me pareció hallarme solo, completamente, solo, de pie y situado entre Dios y aquella criatura torturada. Grandes golpes resonaron en mi pecho, pero Nuestro Señor me permitió, sin embargo, conservar la serenidad.

—Señora —le dije—. Si nuestro Dios fuera el de los paganos o los filósofos (para mí es lo mismo) se refugiaría en lo más alto de los cielos, nuestra miseria le elevaría hasta allí. Pero no ignora usted que el nuestro ha venido aquí, a la tierra. Puede usted amenazarle, escupirle en el rostro, maltratarle y finalmente clavarlo en una cruz. ¡Qué importa! *Los hombres ya hemos hecho todo eso, hija mía...*

Seguía teniendo el medallón en la mano, pero sin atreverse a mirarlo. ¡Me esperaba tan poco lo que hizo seguidamente! Me dijo:

—Repita esa frase... Esa frase sobre... El infierno, el infierno es dejar de amar.

—Sí, señora.

—Repítalo.

—El infierno es dejar de amar. Mientras estamos en vida, podemos hacer ilusiones, creer que amamos según nuestras propias fuerzas, que amamos al margen de Dios. Pero no nos parecemos más que a los locos, tendiendo los brazos hacia el reflejo de la luna en el agua. Le pide perdón por expresar tan mal lo que pienso.

Ella sonrió con un aire singular que no logró sosegar su rostro contraído. Una sonrisa fúnebre. Crispó su puño, cogiendo el medallón y con la mano izquierda apretó el puño contra su pecho.

—¿Qué quiere que diga a todo esto? —dijo con aire de desaliento.

—Diga: Venga a nos el Tu Reino.

—Venga a nos el Tu Reino.

—Hágase Tu Voluntad.

Se levantó súbitamente, estrechando el medallón contra el pecho.

—Son unas palabras que ha repetido usted muchas veces... ¿Qué le cuesta pronunciarlas ahora con toda su alma?

—No he rezado el Padrenuestro desde... desde que... Además, usted sabe las cosas antes de que nadie se las diga.

Hizo seguidamente un gesto, cuyo sentido no comprendí hasta luego. Su frente sudaba copiosamente y sus manos se crispaban, lívidas.

—No puedo —gimió—. Me parece que voy a perderle por segunda vez.

—El Reino que invoca usted, es tan suyo como de él.

—Entonces, ¡que este Reino venga!

Su mirada se clavó en la mía y permanecimos así unos segundos.

Luego me dijo:

—A usted me rindo.

—¿A mí?

—Sí, a usted. He ofendido a Dios, lo he odiado y creo que me habría muerto con ese odio en el corazón. Pero sólo me rindo a usted.

—No soy más que un pobre hombre. Es como si depositara una moneda de oro en una mano agujereada.

—Hace una hora, la vida me parecía completamente ordenada, con cada cosa en su lugar. Pero usted ha entrado en ella arrasándolo todo, sin dejar nada en pie.

—Ofrezca su vida, tal como está, a Dios.

—Quiero dárselo todo o nada. Las mujeres somos así...

—Entréguelo entonces todo, absolutamente todo.

—No puede comprenderme —dijo la condesa—. Me cree dócil ya. Pero el poco orgullo que me queda bastaría para maldecirle.

—Entregue su orgullo con el resto de todas las cosas, ¡entréguelo todo!...

Apenas pronunciadas aquellas palabras, *vi* aparecer en su rostro un raro resplandor. Pero sil instante pensé que era demasiado tarde para impedir cualquier cosa, sea lo que fuere. La condesa lanzó el medallón entre los troncos que ardían en la chimenea. Me arrodillé, hundi mi brazo en el fuego sin sentir quemadura alguna. Por un momento *creí tener entre* mis dedos el rubio mechón, pero se me escapó. Cayó entre las rojas brasas, sin que me fuera posible hallarlo.

A mi espalda se hizo un silencio profundo y ni siquiera me atreví a moverme. Tenía quemada la manga hasta el codo.

—¿Por qué ha hecho esto? —balbucí—. ¡Qué locura!...

Ella retrocedió, apoyando en la pared la espalda y las manos.

—Le pido perdón —dijo humildemente.

—¿Toma usted a Dios por un verdugo? Él quiere que tengamos piedad de nosotros mismos y, además, nuestras penas no nos pertenecen, porque Él las asume, están en su corazón. No tenemos el derecho de ir a buscarlas para desafiarlas, para ultrajarlas... ¿me entiende?

—Nada puedo hacer para cambiar lo que está ya hecho.

—La paz sea con usted, hija mía —dije, bendiciéndola.

Mis dedos estaban un poco ensangrentados y con la piel levantada a trechos. Ella rasgó uno de sus pañuelos para vendarme. No *volvimos* a cambiar una sola palabra más. La paz que para ella había invocado parecía haber descendido sobre mí. Y era tan sencilla, tan familiar, que ninguna presencia podía turbarla. Habíamos vuelto tan suavemente a la vida cotidiana y tranquila, que el testigo más atento no hubiera podido sorprender en nuestros rostros un solo rastro de aquel secreto que había dejado de pertenecernos.

Me pidió que la oyera, al día siguiente, en confesión.

Le hice prometer que no explicaría a nadie lo que había ocurrido entre los dos, comprometiéndose a observar, y yo también, un silencio absoluto.

—Pase lo que pase —añadí.

Al pronunciar aquellas palabras sentí acongojarse mi corazón y la tristeza me invadió de nuevo. Que todo ocurra conforme la voluntad de Dios.

Me marché del castillo a las once y tuve que salir inmediatamente hacia Dombasle. Al regresar, me detuve en las lindes del bosque, desde donde se divisa el llano de la región, las anchas ondulaciones, apenas sensibles, que se extienden ininterrumpidamente hasta el mar. Comí con apetito el pan y mantequilla comprado en el pueblo. Después de cada una de las pruebas decisivas de mi vida, he sentido una especie de torpor, un entumecimiento de la mente muy agradable que me da una curiosa sensación de ligereza, de felicidad. ¿Qué clase de felicidad? No sabría decirlo. Es una alegría sin par. Pienso que ha ocurrido lo que debía ocurrir y que todo ha pasado ya. Regresé muy tarde a mi casa cruzándome en la carretera con el viejo Clovis, que me dio un paquetito de parte de la señora condesa. No me decidí a abrirlo y, sin embargo, *supe* desde el primer instante su contenido. Era el minúsculo medallón, vacío ya y con su cadena rota.

Le acompañaba una carta bastante extraña. Decía así:

«Padre mío: No le creo capaz de imaginar el estado de ánimo en que me ha dejado. Estas cuestiones de psicología deben serle completamente indiferentes. ¿Cómo expresárselo? El

recuerdo desesperado de un niño me tenía alejada de todo, en una soledad espantosa, y me parece que otro niño ha venido a sacarme de esa soledad. Espero no ofenderle tratándole como a un niño. Pero lo es en realidad. Dios quiera conservarle de esa manera para siempre... Me pregunto qué es lo que ha hecho, cómo ha podido hacerlo. Mejor dicho, no me lo pregunto ya. Todo ha quedado como debía quedar. No creía en la resignación. Y no ha sido, efectivamente, la resignación quien ha venido a mi encuentro. No existe en mi naturaleza y mi presentimiento no me engañaba. No estoy resignada, *soy feliz*. No deseo ya nada.

»No me espere usted mañana. Iré a confesarme con el padre X... como de costumbre. Procuraré hacerlo con la mayor sinceridad posible, pero también con la máxima discreción... ¿no es así? ¡Es tan sencillo todo! En cuanto haya dicho: “He pecado voluntariamente contra la esperanza, a cada hora del día, desde hace once años...” lo habré dicho todo. ¡La esperanza! La tuve muerta entre mis brazos, en la horrible noche de un mes de marzo borrascoso, desolado... Sentí su último aliento en mi mejilla. Pero ahora me la han devuelto. Esta vez no prestada, sino dada. Una esperanza muy mía, nada más que mía, que no se parece a lo que los filósofos llaman así, como la palabra “amor” no se parece en nada al ser amado. Una esperanza que es como la carne de mi carne. Todo esto es inexpresable... Harían falta palabras que no existen en el diccionario, palabras infantiles.

»He querido decirle todo esto esta misma noche, pues lo considero totalmente necesario. Así no volveremos a hablar nunca más de ello, ¿verdad? ¡Jamás! ¡Qué dulce palabra! ¡Jamás! Al escribirla, la he pronunciado en voz baja y me parece que expresa de una manera maravillosa, inefable, la paz que usted me ha dado.»

Coloqué la carta entre las páginas de la «Imitación de Cristo», un viejo libro que había pertenecido a mi madre y que huele todavía a espliego, al espliego que metía, en sobrecitos, entre su ropa. Supongo que no lo leyó demasiadas veces. Está impreso en caracteres pequeños y sus páginas son de papel tan fino, que sus pobres dedos agrietados por las sucesivas coladas no pudieron, sin duda, hojearlas.

Jamás... nunca jamás... ¿Por qué? Cierto que la palabra es muy dulce.

Siento deseos de dormir. Para terminar las páginas de mi breviario he tenido que andar de arriba a abajo, pues los ojos se me cerraban a pesar mío. ¿Soy feliz? No lo sé.

Las seis y media. Esta noche ha fallecido la señora condesa.

He pasado las primeras horas de este espantoso día en un estado próximo a la rebeldía. Pues ésta proviene de no comprender. Y yo no comprendo... Pueden soportarse muchas pruebas que, a simple vista, parecen estar muy por encima de nuestras fuerzas. ¿Pero quién de nosotros conoce su verdadera fuerza? Pero yo me sentí ridículo en la desgracia, incapaz de hacer nada útil, siendo un estorbo para todo. Esta vergonzosa angustia llegó a ser tan grande, que no pude evitar la contracción del rostro. Vi en los espejos, en los cristales, un rostro que parecía menos desfigurado por el pesar que por el miedo, con ese rictus doloroso que parece pedir piedad y que, sin embargo, tanto se parece a una horrible sonrisa. ¡Dios mío!

Mientras yo me agitaba en vano, cada cual se ocupaba de sus cosas y así han terminado por dejarme solo. El señor conde no se ha ocupado de mí y *Mademoiselle* Chantal ha simulado no verme. La cosa ocurrió hacia las diez de la noche. La señora condesa resbaló de la cama y en su caída rompió el despertador que había sobre la mesilla de noche. Hasta mucho más

tarde no descubrieron el cadáver. Su brazo izquierdo, ya rígido, estaba un poco doblado. Desde hacía algunos meses sufría un constante malestar, pero que ha sido, sin duda, la causa de su muerte: una angina de pecho.

Llegué corriendo al castillo, bañado en sudor. En el fondo de mi ánimo esperaba no sé qué, algo inexplicable, desconocido. Al hallarme en el umbral de la habitación tuve que hacer un enorme esfuerzo, un esfuerzo absurdo, pues mis dientes castañeteaban. ¿Tan cobarde soy? El rostro de la condesa estaba cubierto por una muselina y apenas reconocí sus rasgos, aunque sí me fue posible ver muy distintamente sus labios rozando la tela. ¡Hubiera deseado tanto que sonriera, con esa sonrisa impenetrable de los muertos, que tan acorde está con su impenetrable silencio!... Pero no sonreía. La boca, torcida hacia la derecha, tenía un aire de indiferencia, de desdén, casi de desprecio. Al levantar la mano para bendecirla, me pareció que mi brazo pesaba como el plomo.

Por una casualidad muy extraña, dos hermanas mendicantes habían llegado la víspera a la mansión y el señor conde les había propuesto que una vez terminaran su recorrido, volvería a llevarlas en coche a la estación. Se quedaron a dormir aquella noche. Las encontré allí. Llevaban unos hábitos demasiado grandes para su estatura y tenían los zapatos llenos de barro. Es de temer que mi actitud las sorprendiera. Ambas me observaban atentamente, lanzándome miradas de soslayo de vez en cuando. Eso me impedía concentrarme en mí mismo y adoptar una actitud más en consonancia con mis hábitos. Me sentí completamente helado, salvo mi pecho, que parecía abrasarme. Creí que iba a desfallecer.

Finalmente, Dios acudió en mi ayuda y me fue posible rezar. Al repasar mi conciencia no me arrepiento de nada. ¿De qué podría arrepentirme? De algo, sin embargo. Pienso que hubiera podido velar esta noche, guardando intacto algunas horas el recuerdo de la conversación que iba a ser la póstuma. Y también la primera. La primera y la última. ¿Soy feliz o no?... escribí. ¡Estúpido de mí! Sé ahora que no conocí jamás, que no volveré a hallar unas horas tan completas, tan dulces, todas ellas llenas de una presencia, de una mirada, de una vida humana; ayer noche, en cambio, acodado en mi mesa, mantuve apretado contra mi pecho el viejo libro al que confié mi carta como a un amigo seguro y discreto. Y enterré voluntariamente en el sueño lo que iba a perder tan pronto, en un sueño obscuro, profundo...

Ahora ha terminado todo. Ya el recuerdo de la viviente se está esfumando y la memoria no acertará a guardar, lo sé muy bien, más que la imagen de la muerta, sobre la que Dios ha posado su mano. ¿Cómo va a quedar en mi espíritu otra cosa, dadas las circunstancias tan fortuitas que rodearon nuestro encuentro? Nuestro Señor necesitaba un testigo y fui yo el elegido, a falta de otro mejor, sin duda, como se llama a un transeúnte. Necesitaría estar loco para imaginarme haber jugado un papel, un verdadero papel. Es ya demasiado que Dios me haya hecho la gracia de asistir a esa reconciliación dé un alma, a esas nupcias solemnes.

He tenido que abandonar la quinta hacia las dos y la clase de catecismo se ha prolongado más de lo corriente, pues estamos en pleno examen trimestral. Habría deseado pasar la noche junto al lecho mortuario de la señora condesa, pero las religiosas siguen en la quinta y, además, el señor canónigo de La Motte-Beuvron, tío del señor conde, ha decidido hacer la vela con ellas. No me he atrevido a insistir, tanto más cuanto el señor conde continúa mostrándome una frialdad incomprensible que a veces llega a rozar la hostilidad. ¿Qué debo suponer de todo eso?

El señor canónigo de La Motte-Beuvron, a quien parece también turbar mi presencia, me ha cogido aparte unos instantes para preguntarme si durante nuestra conversación de ayer, la

señora condesa había hecho alguna alusión a su salud. He comprendido perfectamente que me invitaba discretamente a hablar. ¿Hubiera debido hacerlo? Ni siquiera ha pasado ese pensamiento por mi mente. Sin embargo, debería decirlo, pues el secreto de la señora condesa, que nunca me perteneció enteramente, ahora me pertenece menos que nunca. O mejor dicho, acaban de descargármelo para siempre. En realidad, ¿puedo yo prever el partido que sacaría de él la ignorancia, tal vez el odio...? ¿Y acaso voy a arriesgarme, resucitando un recuerdo, ahora que esas espantosas rivalidades han dejado ya de tener sentido? Pero, a decir verdad, no se trata únicamente de un recuerdo, pues temo que esas rivalidades sigan persistiendo, pues se trata de las que la muerte no anula. Y además, al hacer públicas las confesiones que he recibido, parecería que quisiera justificar antiguos odios. *Mademoiselle* Chantal es joven, y por experiencia sé cuán tenaces e imborrables son las impresiones de la juventud. Contesté al señor canónigo que la condesa había manifestado el deseo de que se restableciera la paz entre los miembros de su familia.

—¿Es realidad lo que afirma? —interrogó secamente—. ¿Era usted su confesor, señor cura?

—No —respondí. Y tengo que confesar que su tono me molestó un poco.

—Creo que estaba dispuesta a aparecer ante Dios —añadí. Él me miró con aire extraño, pero no dijo nada.

Entré por última vez en la estancia mortuoria. Las religiosas terminaban en aquel instante su rosario. A lo largo de las paredes estaban alineados los ramos de flores llevados por amigos y parientes, cuyo desfile no había cesado en todo el día y cuyo rumor casi alegre, llenaba la casa. A cada instante, los faros de un auto se reflejaban en los cristales de la ventana y crujía la arena del parque bajo las ruedas junto a los gritos de los chóferes y al ruido de las bocinas. Pero ninguno de aquellos rumores que llegaban de fuera conseguía interrumpir el monótono murmullo de las dos religiosas, que parecían unas estatuas inmóviles a los pies del lecho fúnebre.

A través de la muselina se traslucía el rostro de la difunta, cuyos contornos realzaban el resplandor de los cirios. Pocas horas habían bastado para serenarlo. Las ojeras, las enormes ojeras que circundaban los párpados cerrados parecían darle una expresión pensativa. Seguía siendo un rostro imperioso y lleno de orgullo. Pero parecía haber abandonado la contemplación desafiante de un adversario para hundirse, poco a poco, en una meditación infinita, insondable. ¡Qué lejos estaba ya de nosotros! Parecía hallarse fuera de nuestro poder, de nuestro alcance. De pronto, observé sus manos cruzadas sobre el pecho, unas manos finas y largas, que parecían estar más muertas que *el* rostro. Reconocí una señal, un simple arañazo que se había causado la noche interior mientras apretaba el medallón contra su pecho. Llevaba aún pegado un minúsculo pedazo de tafetán. Sin saber por qué, sentí entonces que una ola de emoción me subía a la garganta. El recuerdo de la lucha que había sostenido aquella alma ante mí, bajo mi mirada, aquel gran combate por la vida eterna de que había salido rendida, me volvió con tanta fuerza a la memoria que creí desfallecer. ¿Cómo hubiera podido adivinar entonces que semejante día no tendría mañana, que nos habíamos enfrentado ambos en el extremo límite de este mundo visible, en el borde mismo del abismo? ¡La paz sea con usted!, le dije. Y ella había recibido esa paz de rodillas, Mi deseo es que pueda conservarla eternamente. ¡Y soy yo quien se la he dado! Es maravilloso que podamos hacer presente de lo que nosotros ni siquiera poseemos... ¡Oh, dulce milagro de nuestras manos vacías! La esperanza, moribunda en mi corazón, ha florecido en el suyo. El espíritu de oración que yo había creído perdido para siempre, Dios se lo ha devuelto. Y quién sabe si en mi nombre... ¡Que pueda también conservarlo! ¡Heme aquí despojado,

Señor, como Tú sólo sabes despojar! Pues no hay nada que escape a tu intensa solicitud, a tu intenso amor.

Aparté el velo de muselina y rocé con mis dedos la frente altiva y pura, repleta de silencio. Y aun siendo un pobre sacerdote como soy, ante esa mujer que ayer era aún tan superior a mí por el nacimiento, la fortuna y el espíritu, comprendí —sí, comprendí— lo que era la paternidad.

A la salida de la quinta tuve que atravesar la galería. La puerta del salón se hallaba abierta de par en par y también la del comedor, donde la gente se apretujaba alrededor de la mesa, comiendo bocadillos apresuradamente antes de regresar a sus casas. Pues tal es la costumbre en esta región. Y hasta algunos, cuando los miembros de la familia les sorprendían con los carrillos hinchados y *la* expresión satisfecha por la colación, se veían apurados para adoptar un forzado aire compungido. Las ancianas, sobre todo, me han parecido —apenas me atrevo a escribir la palabra— hambrientas. Al pasar, *Mademoiselle* Chantal me volvió la espalda y a mi paso me pareció escuchar un murmullo que debía referirse, concretamente, a mí.

Acabo de asomarme a la ventana. El desfile de automóviles prosigue en la quinta, acompañado de un sordo murmullo de fiesta... La entierran el sábado.

* * *

Esta mañana he estado en la quinta de los condes. El señor conde me ha pasado aviso de que no podía recibirme y que el señor canónigo de La Motte-Beuvron acudiría al presbiterio esta misma tarde, a las dos, con el fin de entenderse conmigo para los funerales. ¿Qué ocurre aquí?

Las dos religiosas me han encontrado con mal aspecto y sin saberlo yo han pedido al criado una copa de Oporto, que he bebido con gran placer. El criado, un sobrino del viejo Clovis, de ordinario bastante correcto y hasta afable, ha respondido con bastante frialdad a mis preguntas. (Cierto que los criados de casa grande no gustan de la familiaridad, por lo demás bastante torpe, de las personas como yo.) Pero se da la circunstancia de que sirvió la mesa anoche y creo que debió sorprender algunas palabras. ¿Cuáles?

No dispongo más que de media hora para comer, cambiarme la sotana (ha vuelto a llover) y arreglar un poco la casa, que desde hace algunos días está en un desorden abominable. No quisiera escandalizar al señor canónigo de La Motte-Beuvron, tan mal predispuesto ya contra mí.

Creo, por lo tanto, que mi deber sería hacer otras cosas que estar escribiendo estas líneas. Y, sin embargo, este diario me hace más falta que nunca. El poco tiempo que consagro a él es el único en que siento nacer en mí cierta voluntad. Me resulta casi imposible reflexionar y mi memoria es tan mala —hablo del recuerdo de *los* hechos más recientes—, mi imaginación tan lenta, que me veo obligado a esforzarme para arrancarme a no sé qué ensueño vago e informe del que, por desgracia, no puede librarme siempre la oración. En cuanto me abandono, siento que una somnolencia enturbia mi recuerdo y convierte a mi pasado en un paisaje de brumas. A condición de llevarlo escrupulosamente día y noche, mi diario jalona esas soledades, llegando al extremo de meterme las últimas hojas en el bolsillo para releerlas en el transcurso de mis paseos monótonos y tan fatigosos.

¿Ocupa este diario mucho lugar en mi vida? Lo ignoro. Sólo Dios lo sabe.

* * *

El señor canónigo de La Motte-Beuvron acaba de marcharse. Es un sacerdote muy diferente a lo que me imaginaba. ¿Por qué no me habrá hablado con mayor franqueza? Seguramente él lo deseaba, pero esos hombres de mundo, tan correctos, temen, sin duda, enternecerse.

Lo primero que arreglamos fueron los detalles de los funerales, que el señor conde quiere que sean correctos, sin grandes lujos, según —asegura— el deseo muchas veces expresado por su esposa. Una vez concluido este asunto permanecemos silenciosos largo rato, uno ante otro. Me encontré muy molesto. El señor canónigo, con la mirada fija en el techo, abría y cerraba maquinalmente la tapa de su grueso reloj de oro.

—Tengo que prevenirle que mi sobrino Omer (el señor conde se llama Omer, cosa que yo ignoraba) desea entrevistarse esta noche particularmente con usted.

Contesté que había citado al sacristán a las cuatro para colocar las colgaduras y que inmediatamente después iría al castillo.

—¿Por qué, hijo mío? Hará usted mejor recibéndolo en el presbiterio. Al fin y al cabo, ¡qué diablo!, no es usted el capellán de la quinta. Y hasta le aconsejaría que se mantuviera en una gran reserva y no le permitiera discutir los actos de su ministerio.

—¿Qué actos?

Pareció reflexionar antes de contestarme.

—Habló usted aquí con *Mademoiselle* Chantal, ¿no es cierto?

—*Mademoiselle* Chantal acudió aquí por propio impulso, señor canónigo.

—Es de una naturaleza peligrosa, indomable. Sin duda debió emocionarle.

—La traté duramente. Mejor dicho, creo que la humillé.

—Estoy seguro de que le odia.

—No lo creo, señor canónigo. Se lo imagina, se imagina odiarme, que no es lo mismo.

—¿Cree usted tener alguna influencia sobre ella?

—De momento, estoy seguro de que no tengo ninguna influencia. Pero acaso no consiga olvidar que un pobre hombre como yo le planté cara un día, y que no se puede engañar a Dios.

—Ella ha dado una versión muy diferente de su entrevista.

—*Mademoiselle* es demasiado orgullosa para no avergonzarse, aun a pesar suyo, pronto o tarde de su mentira. Creo que necesita avergonzarse.

—¿Y usted?

—¡Oh! —le dije—. Contemple usted mi rostro. Si Dios lo ha hecho para algo es para las afrentas, y la verdad es que aún no he recibido ninguna.

En aquel instante, su mirada se dirigió a la puerta de la cocina, que estaba entreabierta, y vio mi mesa, recubierta aún por el hule negro, con el resto de mí comida: pan, manzanas (ayer me trajeron una cesta) y la botella de vino, vacía en sus tres cuartas partes.

—Parece no ocuparse usted mucho de su salud —me dijo.

—Tengo el estómago muy caprichoso —le respondí— y digiero muy poca cosa: pan, frutas y vino.

—En el estado que le veo, temo que el vino le sea más perjudicial que útil. La ilusión de tener salud, no es estar sano.

Traté de explicarle que aquel vino era un viejo Burdeos que me proporcionaba el guardabosque. Sonrió.

—Señor cura —añadió en un tono de igual a igual, casi deferente, es probable que no tengamos dos ideas en común respecto al gobierno de las parroquias, pero es usted dueño de ésta y tiene usted perfecto derecho a serlo, según basta oírle. He obedecido con mucha frecuencia en mi vida para hacerme una idea de la autoridad, la halle donde la halle. No

utilice la suya más que con prudencia. Debe ser muy grande sobre ciertas almas.

Soy un viejo sacerdote, sé cuánto nivela los caracteres la formación del seminario y con frecuencia, ¡ay!, hasta confundirlos en una común mediocridad. Sin embargo, esa formación no ha podido contra usted. Y la razón de su fuerza es justamente ignorar o no atreverse a darse cuenta de hasta qué punto difiere de los demás.

—Se burla de mí —le dije.

Sentí un extraño malestar y casi llegué a temblar de miedo delante de aquella mirada indefinida y casi impasible.

—No se trata de conocer el poder que se posee, reverendo, sino la manera cómo se utiliza, pues es justamente eso lo que hace al hombre. ¿Qué importancia tiene un poder que no se usa jamás o que, sólo se usa a medias? Tanto en las grandes coyunturas como en las pequeñas, emplea usted el suyo a fondo y sin duda a su pesar algunas veces. Esto explica muchas cosas.

Mientras hablaba, cogió de encima de mi mesa de despacho una hoja, atrajo hacia sí el recado de escribir y luego puso todo aquello ante mí.

—No necesito saber lo ocurrido entre usted y... la difunta —dijo—. Pero quisiera terminar con las estúpidas habladurías, sin duda bastante peligrosas. Mi sobrino está removiendo cielo y tierra. Monseñor es tan ingenuo que lo toma por un gran personaje. Le ruego que resuma en este papel la conversación tenida anteayer. No es necesario que sea demasiado exacto, ni mucho menos —recalcó estas palabras—; no debe descubrir lo que me fue confiado, no sólo a su honor sacerdotal, eso no hay siquiera que decirlo, sino también a su simple discreción. Además, este papel no saldrá de mi bolsillo más que para ser puesto ante los ojos de Su Excelencia. Pero es que no me fío de los comentarios...

Al ver que no respondía, volvió a mirarme largamente con sus ojos apagados, mortecinos. No se movió ni un músculo de su rostro al preguntar con voz tranquila:

—¿No se fía usted de mí?

Contesté que no comprendía cómo una conversación como la tenida con la condesa pudiera ser objeto de un informe, que no había tenido testigos y que, por lo tanto, sólo la señora condesa hubiera podido autorizar su divulgación.

Se encogió de hombros.

—No conoce usted el espíritu oficinesco. Si lo presento yo, su testimonio se aceptará con agradecimiento. Se archivará y nadie volverá a acordarse de él. De no hacerlo así, se perderá usted en explicaciones verbales y además bastante inútiles, pues jamás conseguiremos hablar el mismo lenguaje que ellos. Y aunque asegurara usted que dos y dos hacen cuatro, le tomarían por un exaltado o un loco.

Mantuve mi silencio imperturbable. Él posó su mano sobre mi hombro.

—¡Dejemos ya eso...! Volveré a verle mañana, si me lo permite. No le ocultaré que mi presencia aquí trataba de ser una preparación para la visita de mi sobrino. ¿Pero para qué necesita usted preparación? No pertenece a esa clase de gente que habla sin decir nada y, por desgracia, es lo que ahora necesitaríamos.

Finalmente estallé:

—¿Qué he hecho de malo? ¿Qué se me reprocha?

—Únicamente que sea lo que es. Pero eso no tiene remedio. ¿Qué quiere usted, hijo mío? Esa gente no odia su sencillez, sino que tratan de defenderse de ella, pues es como una especie de fuego que les quema. Parece usted pasearse por el mundo con su sonrisa humilde y pobre, que parece pedir gracia y una antorcha en la mano que a juicio suyo es más insignificante que una llamita. Pero nueve veces de diez, se la arrancarán de las manos para

pisotearla... Basta que se distraiga usted un instante, ¿me comprende? Además, hablando claro, le diré que no tenía una opinión muy favorable de mi difunta sobrina. Esas hijas de Treville-Sommerange han sido siempre una casta especial y estoy seguro de que el mismo diablo no conseguiría hacer exhalar un suspiro a sus labios, ni arrancar una lágrima de sus ojos. Reciba usted a mi sobrino, háblele como le parezca, pero recuerde únicamente que es un estúpido. Y no se preocupe usted por el nombre, el título y todas esas frivolidades de las que me temo que su generosidad haga demasiado caso. Ya no hay nobles, querido amigo, métase eso en la cabeza. Eran personajes ridículos, pero extraordinariamente caracterizados. Me hacían pensar en esas encinas de veinte centímetros de altura que los japoneses cultivan en pequeños tiestos. Las macetas son nuestras costumbres, nuestros hábitos. No existe familia que pueda resistir el lento desgaste de la avaricia cuando la ley es igual para todos, y la opinión, dueña y juez. Los nobles de hoy son burgueses vergonzantes. Le acompañé hasta la puerta e incluso me permití dar algunos pasos en su compañía por el jardín. Imagino que aguardaba de mí una expresión de franqueza, de confianza, pero preferí callarme. Me sentía demasiado incapaz de dominar en aquel instante una penosa impresión, que por otra parte no hubiera sabido ocultar a su mirada extraña, posada en mí por instantes, con una tranquila curiosidad. ¿Cómo decirle que no me hacía la menor idea de los agravios y quejas que el conde tenía de mí y de los que sin damos siquiera cuenta, acabábamos de hablar, como si jugásemos a un juego de prendas? Era tan tarde que juzgué inútil dirigirme a la iglesia. El sacristán ha debido arreglar ya todo lo necesario.

La visita del señor conde no ha servido para nada. Cuando llegó, yo había limpiado la mesa, puesto todo en orden, aunque dejando —naturalmente— abierta la puerta de comunicación entre ambas estancias. Como la del canónigo, también la mirada del conde se dirigió en primer lugar a la botella de vino. Cuando pienso en mi diaria minuta, que muchos pobres no admitirían, hallo un poco irritante esa sorpresa que todos sienten al comprobar que no bebo sólo agua. Me levanté sin apresuramiento, cerrando la puerta de comunicación.

* * *

El señor conde se ha mostrado muy frío pero cortés. Creo que ignoraba la gestión de su tío y he tenido que abordar de nuevo la cuestión de los funerales. Ha demostrado conocer las tarifas mejor que yo, y después de discutir el precio de los cirios, ha dibujado por sí mismo, de un trazo, el plano de la iglesia, marcando el lugar exacto dónde desea que se eleve el catafalco. Sin embargo, pese a esas aparentes muestras de entereza, su rostro está marcado por el dolor y la fatiga e incluso su propia voz ha cambiado, siendo menos desagradablemente nasal que de costumbre. Embutido en su traje negro, bastante modesto y con sus gruesos zapatones, parece un rico campesino cualquiera. De manera que aquel hombre robusto y endomingado, pensé, era el compañero de la una y padre de la otra... ¡Ay! Hablamos de la familia, de las familias, corno hablamos de la patria. Debería rezarse mucho por las familias, pues me dan bastante miedo. ¡Que Dios se sirva concederles su infinita misericordia!

Estoy seguro, sin embargo, de que el canónigo de La Motte-Beuvron no me ha mentado. Pese a sus esfuerzos, el nerviosismo del señor conde se fue acrecentando. Al final, llegué a creer que hablaría, pero en aquel instante sucedió una cosa horrible. Removiendo en los papeles de mi mesa para hallar un formulario impreso que necesitábamos, desparramé un poco los papeles. Mientras volvía a ponerlos en orden con bastante apresuramiento, creí

escuchar a mi espalda la respiración del conde, un poco más precipitada que antes y aguardando de un segundo a otro que rompiera el silencio, prolongué expresamente mi tarea. Pero la impresión se hizo tan fuerte que me volví bruscamente y faltó poco para que retrocediera. Estaba en pie a mi lado, muy congestionado, tendiéndome un papel plegado en cuatro que se había caído de la mesa. Era la carta de la señora condesa. Ahogué una exclamación mientras se la cogía de las manos. Debió darse cuenta de que temblaba, pues nuestros dedos se rozaron. Hasta creo que sintió miedo. Tras unas frases insignificantes nos despedimos con un saludo ceremonioso. Iré a la quinta mañana por la mañana.

Después de pasar la noche en vela, veo despuntar el día. Tengo la ventana abierta y apenas puedo contener un temblor. Apenas me es posible mantener la pluma entre los dedos, pero me parece que respiro mejor, que estoy más calmado. Aunque quisiera no podría dormir, y, sin embargo, este frío que me penetra hace las veces de una vaga somnolencia. Hace una hora o dos, mientras rezaba, sentado sobre los talones y con la mejilla apoyada en el borde de la mesa, me he sentido de pronto tan hueco, tan vacío, que he creído morir. Pero la sensación era tan dulce...

Felizmente, quedaba un poco de vino en el fondo de la botella. Me lo he tomado, muy caliente y azucarado. Claro que un hombre de mi edad no puede esperar mantener sus fuerzas con algunos vasos de vino, unas cuantas legumbres y de vez en cuando un pedazo de tocino. No cabe duda que cometo una falta grave retardando de día en día mi visita al médico de Lille.

Sin embargo, no me creo cobarde. Únicamente he dejado de luchar contra esta especie de torpor que no es indiferencia, que tampoco es resignación y donde busco, en cambio y aun a pesar mío, un remedio a mis males. ¡Es tan fácil abandonarme a la voluntad de Dios cuando la experiencia prueba, de día en día, que no puede lograrse nada bueno! Así se acabará por recibir amorosamente, como gracias, las humillaciones y los reveses, que no son simplemente más que las fatales consecuencias de nuestra estupidez. El inmenso servicio que me hace este diario es forzarme a extraer la parte que me corresponde en tantas amarguras. Y aun esta vez ha bastado posar la pluma sobre el papel para despertar en mí el sentimiento de mi profunda, de mi inexplicable impotencia por hacer algo, de mi torpeza sobrenatural.

(¿Hubiera creído, hace un cuarto de hora, que sería capaz de escribir estas líneas, tan conscientes en suma? Y, sin embargo, las he escrito.)

* * *

Ayer por la mañana estuve en la quinta del señor conde, tal como había proyectado *Mademoiselle* Chantal acudió a abrirme. Eso me puso en guardia. Esperaba que me recibiera en la sala, pero casi me empujó al saloncito cuyas persianas estaban cerradas. El abanico roto se hallaba aún sobre la chimenea, detrás del reloj. Creo que *mademoiselle* sorprendió mi mirada y su rostro se endureció más que nunca. Hizo además de sentarse en el sillón donde dos días antes... En aquel instante creí sorprender en sus ojos un resplandor y le dije:

—*Mademoiselle*, no dispongo más que de poco tiempo. Le hablaré de pie.

Ella enrojeció un poco y tembló colérica.

—¿Por qué?

—Porque mi puesto no está aquí, ni el suyo tampoco.

Entonces pronunció unas palabras terribles, tan poco apropiadas para su edad, que no puedo

por menos que creer que se las sopló un demonio al oído. Dijo:

—No temo a los muertos.

Le volví la espalda. Ella se precipitó a la puerta, para interceptarme la salida.

—¿Haría mejor representando una comedia? Si pudiera rezar, rezaría. Incluso he tratado de hacerlo. Pero sólo se reza con esto... —exclamó golpeándose el pecho—. Puede usted pensar lo que quiera, pero me parece que siento alegría por lo ocurrido. Adivino sus pensamientos: cree usted que soy un monstruo.

—No existen los monstruos —respondí.

—Si el otro mundo se parece a lo que cuentan, mi madre debe comprender... Nunca me quiso. Desde la muerte de mi hermano, puede decirse que me detestaba. ¿No tengo razón para hablarle así, con tanta franqueza...?

—Mi opinión no le importa a usted mucho.

—Usted sabe que sí, pero no se atreve a confesarlo. En el fondo, su orgullo es igual al mío.

—Habla usted como una niña —le dije—. Y blasfema también de una manera completamente infantil.

Di un paso hacia la puerta, pero ella volvió a cerrarme el paso.

—La institutriz acaba de hacer sus maletas; se marcha el sábado. Ya ve usted que obtengo siempre lo que deseo.

—¿Qué importa? —le dije—. Eso no solucionará gran cosa. Si sigue usted tal como es ahora, hallará siempre alguien a quien odiar. Y si se siente con fuerza para escucharme, añadiré que...

—¿Qué?

—Que usted se odia a sí misma, a usted sola...

Ella pareció reflexionar. Unos instantes.

—¡Bah! —exclamó luego—. Me odiaría si no obtuviera lo que deseo. Ahora tengo que ser feliz, porque si no... Además, es culpa de ellos. ¿Por qué me han tenido encerrada siempre en esta sucia casa? Supongo que hay muchachas que aquí hallarían la manera de ser insoportables. Eso siempre es un alivio. Tengo horror a las escenas, las encuentro innobles y soy capaz de sufrir cualquier cosa sin chistar. ¡Qué placer no elevar siquiera la voz, permanecer tranquilamente con los ojos entornados, mordiéndose la lengua mientras la sangre hierve en las venas! Mi madre era igual, ya lo sabe usted. Podíamos permanecer horas y horas, encerradas, por decirlo así, en nuestra indignación, sin que nadie se diera cuenta. En tales instantes se cree sentir no sé qué, una fuerza extraordinaria que se acumula en el fondo de uno mismo y que toda la vida no bastaría para gastar... ¿Me trata usted de hipócrita y mentirosa?

—No quiero juzgarla.

—Eso es lo que me indigna. Nunca se sabe lo que piensa usted. Pero quiero que me conozca tal como soy... ¿Es verdad que hay gentes que leen en las almas? ¿Cómo puede hacerse eso?

—¿No le da a usted vergüenza hablar así? ¿Cree usted que ignoro que me ha hecho algún daño, ignoro cuál, y que trata de echármelo en cara?

—¿Va usted a hablarme de perdón, representando el papel de mártir?

—Desengañese usted —le dije—, soy el servidor de un amo poderoso, y como sacerdote no puedo absolver más que en su nombre. La caridad no es lo que el mundo imagina, y si quiere usted reflexionar en lo aprendido antes, convendrá conmigo en que hay un tiempo para la misericordia y un tiempo para la justicia, y que la única desgracia irreparable es hallarse un día, sin arrepentirse, ante la Faz que perdona.

Ella se apartó de la puerta, dejándome el paso libre. En el momento de franquear el umbral, la vi por última vez, apoyada en la pared, con los brazos colgando a lo largo del cuerpo y la cabeza inclinada sobre el pecho.

El señor conde regresó un cuarto de hora más tarde. Volvía de su paseo por el campo, salpicado de barro, con la pipa en la boca y un aire satisfecho. Creo que olí a alcohol. Pareció sorprenderse de hallarme allí.

—Sin duda mi hija le ha dado los papeles. Es un detalle de la ceremonia fúnebre celebrada por su predecesor a la muerte de mi madre política.

—Desde entonces han cambiado las tarifas.

—Dígaselo a mi hija... ¿La ha visto ya?

—Pero *mademoiselle* no me ha comunicado nada.

—¡Cómo! ¿No la ha visto usted?

—Acabo de verla...

Mademoiselle Chantal no había abandonado aún el saloncillo y hasta creo que debía hallarse detrás de la puerta, pues apareció inmediatamente. El rostro del señor conde adquirió al instante otra expresión. Pareció notablemente molesto. Ella le contempló con un aire triste, con una sonrisa desvaída, como se mira a un niño irresponsable e incluso llegó a hacerme un gesto con la cabeza. ¿Hubiera sido capaz de suponer alguien tal sangre fría en un ser tan joven?

—El señor cura y yo hemos hablado de otra cosa. Encuentro que deberlas darle carta blanca, pues todas estas extravagancias son absurdas. También sería necesario que firmases el cheque para *mademoiselle* Ferrand. ¡Recuerda que se marcha esta noche!

—¿Esta noche? ¿No asistirá siquiera a los funerales? Todo el mundo se dará cuenta.

—¡Todo el mundo! ¿Estás seguro? Me pregunto, por el contrario, quién notará su ausencia. Y además, ¿qué quieres hacerle?, ella prefiere marcharse.

Mi presencia parecía turbar visiblemente al señor conde, que había enrojecido hasta las orejas, pero la voz de *mademoiselle* era tan serena, tan reposada, que resultaba imposible no contestarle en el mismo tono.

—Seis meses de salario... Lo hallo exagerado...

—Es, sin embargo, la cantidad que mamá y tú fijasteis, cuando hablabais de despedirla. Por lo demás, tres mil francos (¡pobre *mademoiselle*!) apenas bastarán para el viaje, pues el crucero cuesta dos mil quinientos.

—¿Un crucero? Creí que iba a descansar a Lille, en casa de su tía Premaugis.

—Hace diez años que sueña con un viaje circular por el Mediterráneo. Creo que tiene derecho a tomarse esas vacaciones. Después de todo, su vida aquí no era muy divertida.

El señor conde tomó el partido de enfadarse.

—Bien, bien... Trata en lo posible de guardar para tus adentros las reflexiones de esa especie. ¿Qué es lo que aguardas aún?

—El cheque. El talonario está en el «*secrétaire*» del salón.

—¡Déjame en paz!

—Como quieras. Deseaba solamente que te ahorrases discutir esas cuestiones con *mademoiselle*, que está bastante emocionada.

El conde miró fijamente a su hija, pero ella sostuvo la mirada con un aire de sorpresa e inocencia. A pesar de que no dudaba un solo instante que estaba representando una espantosa comedia, había en su actitud algo de nobleza, una especie de dignidad aún infantil, de amargura precoz que encogía el corazón. Juzgaba a su padre y el juicio no tenía apelación. Y probablemente tampoco perdón, pero sí tristeza. Y no era el desprecio, sino

aquella tristeza la que ponía a su merced a aquel hombre que no tenía nada, ¡ay!, que pudiera concordar con semejante tristeza, que ni siquiera llegaba a comprenderla.

—Firmaré el cheque... Vuelve dentro de diez minutos —dijo de mala gana.

Ella le agradeció la respuesta con una sonrisa.

—Es una niña muy delicada, muy sensible; hay que tratarla con mucho cuidado —me dijo con tono avergonzado—. La institutriz apenas se ocupaba de ella. Mientras su madre vivió, la pobre mujer pudo evitar los choques, pero ahora... —Me precedió hasta el comedor, pero sin ofrecerme asiento—. Reverendo —añadió a los pocos instantes—, quiero serle franco. Respeto al clero. Los míos mantuvieron siempre buenas relaciones con sus antecesores, pero eran relaciones de deferencia, de estima, y en casos excepcionales, de sincera amistad. No me es posible aceptar que un sacerdote se mezcle en asuntos de familia.

—A veces ocurre que nos mezclan, aun a pesar nuestro —le dije.

—Ha sido usted la causa involuntaria... por lo menos inconsciente... de... una gran desgracia. Supongo que la conversación que acaba usted de tener con mi hija será la última. Todo el mundo, hasta los propios superiores de usted, convendrían en que un sacerdote tan joven no debería pretender dirigir la conciencia de una muchacha de su edad. Chantal no es nada más que un poco impresionable. La religión tiene cosas muy buenas, es cierto. Pero la principal misión de la Iglesia es proteger a la familia, a la sociedad... Reprueba todos los excesos y es un poder ordenador, moderado.

—¿Cómo he podido ser causa de una desgracia? —le pregunté.

—Mi tío, La Motte-Beuvron, le aclarará algo de eso. Por ahora le bastará saber que no apruebo sus imprudencias y que su carácter —vaciló unos instantes—, su carácter y sus hábitos me parecen un peligro para la parroquia. Le presento a usted mis respetos.

Me volvió la espalda. No me atreví a subir a la cámara mortuoria, pues me parece que no debemos aproximarnos a los muertos más que con una gran serenidad. Me hallaba emocionado, casi trastornado por las palabras que acababa de escuchar y a las que no podía hallar sentido alguno. ¿Mi carácter? Sea... Pero los hábitos... ¿Qué diablos?

He vuelto al presbiterio por el camino que llaman, sin que sepa por qué, camino del Paraíso; es un sendero fangoso bordeado por dos anchos setos. Casi he tenido que echar a correr para llegar a tiempo a la iglesia, donde el sacristán me aguardaba hacía rato. Los ornamentos del culto se hallan en un estado deplorable, y tengo que reconocer, que un inventario serio, hecho a tiempo, me habría ahorrado muchas preocupaciones.

El sacristán es un viejo bastante cascarrabias y que bajo apariencias rudas y casi groseras, esconde una sensibilidad caprichosa, singular. Con más frecuencia de lo que se cree, se halla entre los campesinos esa especie de humor casi femenino que más parece privilegio de los ricos ociosos. Dios sabe cuán frágiles pueden ser a pesar suyo esos seres aislados desde generaciones, y algunas veces desde siglos, en un silencio cuya profundidad ni siquiera saben medir, pues no poseen ningún medio para romperlo y además ni siquiera sueñan en ello, asociado ingenuamente a su monótona labor cotidiana el lento desarrollo de sus ensueños... hasta el día en que a veces... ¡Oh, soledad de los pobres!

Después de haber sacudido las colgaduras, descansamos un instante en el banco de piedra de la sacristía. Al mirar de soslayo, veía al sacristán en la penumbra, con ambas manos apoyadas en las rodillas, el cuerpo inclinado hacia delante y un mechón de pelo gris pegado a la frente brillante de sudor.

—¿Qué se dice de mí en la parroquia? —pregunté bruscamente. Al no haber cambiado con él más que conversaciones insignificantes hasta entonces, mi pregunta pudo parecer

absurda y no esperé que la contestara. La verdad es que tardó bastante rato en hacerlo.

—Dicen que apenas se alimenta usted —acabó por articular con voz extrañamente cavernosa—, y que llena la cabeza de las niñas del catecismo con historias del otro mundo.

—Y usted, Arsène, ¿qué es lo que piensa de mí?

Reflexionó más que la primera vez, hasta el punto de que creyendo que no iba a responder nunca, me levanté dándole la espalda.

—À mi entender —contestó finalmente—, carece usted de edad...

Intenté reírme, pero la verdad es que no tenía deseos de hacerlo.

—¿Qué vamos a hacerle, Arsène? Ya tendré más edad...

Pero él, sin escucharme, prosiguió su obstinada meditación.

—Un cura es como un notario. Tiene que estar siempre a punto en caso de necesidad, sin molestar a nadie.

—¡Vaya, Arsène!... ¡Qué comparaciones! El notario trabaja por sí mismo y yo lo hago, en cambio, para Dios. Raramente se convierten las personas por sí mismas.

El viejo recogió su bastón, que acababa de caérsele y apoyó la barbilla en su empuñadura. Parecía estar durmiendo.

—¿Convertir? —repitió—. ¿Convertir...? Tengo setenta y tres años y no he visto jamás cosa análoga. Toda persona muere como ha nacido. Nosotros, en nuestra familia, somos gente de iglesia. Mi abuelo fue campanero en Lyon, mi madre asistenta en casa del señor cura de Willmann y ninguno de nosotros ha muerto sin los Santos Sacramentos. Es la sangre que manda... y no cabe oponerse a ella.

—A todos volverá a encontrarlos usted allá arriba —le dije.

Volvió a reflexionar largamente. Le observé de reajo, sin abandonar mi tarea. Y ya había perdido la esperanza de volver a escucharle, cuando profirió su último concepto con una voz cascada, que parecía ascender del fondo del tiempo.

—Cuando uno muere, todo muere.

Fingí no haberle comprendido. No me sentía con fuerzas para responderle y además juzgaba que sería completamente inútil. Sin duda, él no creía ofender a Dios con aquella blasfemia, que no era más que la confesión de su impotencia para imaginarse aquella vida entera, de la que su experiencia de las cosas no le daba ninguna prueba fehaciente, pero que la humilde sabiduría de su raza lo revelaba, sin embargo, como cosa cierta y en la que creía, sin poder expresar nada de su creencia, heredero legítimo, aunque murmurante, de innumerables antepasados bautizados... No importaba. Yo estaba helado y además me falló, de golpe, el corazón. Pretexté un súbito dolor de cabeza, y salí, completamente solo, bajo el viento y la lluvia.

Ahora, cuando estas líneas están ya escritas, miro con temor mi ventana abierta en la noche, el desorden de mi mesa, las mil señales sólo visibles a mis ojos donde parece estar escrita, como en un misterioso lenguaje, la gran angustia de estas últimas horas. ¿Conservo acaso mayor lucidez o es que la fuerza del presentimiento, que me permitía reunir en un solo haz los acontecimientos que carecían de importancia por sí mismos, se ha disipado con la fatiga, el insomnio o el asco? Lo ignoro. Todo eso me parece absurdo. ¿Por qué no he exigido del señor conde la explicación que el canónigo de La Motte-Beuvron juzgaba también necesaria? En primer lugar, porque sospecho algún vergonzoso artificio de *Mademoiselle* Chantal y temo conocerlo. Y en segundo lugar, porque deseo permanecer en

silencio todo el tiempo que la muerta siga allí, en aquella cámara triste y funeraria. Mañana la entierran. Después, quizá. Pero temo que no llegue nunca ese momento. Mi situación ha llegado a hacerse tan difícil en la parroquia, que la intervención del señor conde cerca de Su Excelencia logrará, con toda seguridad, el mayor éxito.

¡No importa! Por mucho que lea estas páginas, de las que mi juicio no halla nada que retirar, me parecen vanas. Y es que ningún razonamiento de este mundo puede provocar la verdadera tristeza —la del alma— o vencerla, cuando ha entrado en nosotros, Dios sabe por qué brecha del ser... ¿Qué digo? No creo que la tristeza haya entrado por ninguna brecha, sino que se halla ya en nosotros. Creo, además, que lo que llamamos tristeza, angustia y desesperación, como si quisiéramos persuadirnos de que se trata de ciertos movimientos anímicos, es la propia alma, pues después de la caída, la condición del hombre es tal que no sabe percibir en sí y fuera de sí nada que no esté bajo la forma de la angustia. El más indiferente a lo sobrenatural guarda hasta en el placer la obscura conciencia del espantoso milagro que es la expansión de la alegría en un ser capaz de concebir su propio aniquilamiento y forzado a justificar con gran esfuerzo, con razonamientos siempre precarios, la furiosa rebeldía de su carne contra esa hipótesis absurda, repelente. Si no fuera por la vigilante piedad de Dios, me parece que a la primera conciencia que tuviera de sí mismo, el hombre volvería a ser polvo.

Acabo de cerrar la ventana y después he encendido un poco de fuego. Por razón del extremo alejamiento de una de mis parroquias anexas, estoy dispensado del ayuno sacramental el día en que debo celebrar la Santa Misa. Hasta ahora no había usado nunca esta tolerancia. Pero hoy voy a calentarme un tazón de vino azucarado.

Al releer la carta de la señora condesa, creo estar viéndola a ella misma, escuchándola... «No deseo nada.» Su larga prueba estaba acabada, cumplida. La mía comienza ahora, en cambio. ¿Será acaso la misma? Quizá Dios haya querido echar sobre mis hombros el peso que acaba de quitar de los de su pobre criatura agotada. ¿De dónde procedía aquella alegría mezclada de temor, aquella dulzura amenazadora que sentí apenas la hube bendecido? La mujer que acababa de absolver y que la muerte iba a acoger algunas horas más tarde en el umbral de la estancia familiar, hecha para la seguridad y el reposo (recuerdo que al día siguiente, su reloj se hallaba colgado de la pared, en el lugar donde ella lo había puesto al acostarse), pertenecía ya al mundo invisible, y sin embargo, contemplé en su frente el reflejo de la paz de los Muertos.

(N. B. —Varias páginas están arrancadas seguidamente, habiéndolo sido con apresuramiento, según parece. La escritura que queda en los márgenes es ilegible por haber sido tachada cuidadosamente cada palabra, con tanto afán que en muchos trechos está roto el papel.

Una hoja blanca está intacta. En ella hay escritas solamente estas líneas:)

«Resuelto como estoy a no destruir este diario, pero habiendo creído necesario hacer desaparecer estas páginas escritas en un verdadero delirio, quiero, sin embargo, alzar contra mí el testimonio de que mi dura prueba —la mayor decepción de mi pobre vida, pues no sabría imaginar nada peor— me ha hallado en un momento sin resignación, sin valor y que me ha acometido la tentación de...

(La frase está inacabada. Faltan algunas líneas al principio de la página siguiente.)

... que hay que saber romper a cualquier precio.»

—¿Cómo —dije—, a todo precio? No le comprendo. No comprendo nada de esas sutilezas. Soy sacerdote desgraciado e insignificante, que sólo pide pasar inadvertido. Si cometo algunas tonterías, están hechas a mi medida, me convierten en un ser ridículo y lo único que deberían provocar es la risa. ¿No se me podría conceder el tiempo necesario para ver claro? Pues no... faltan sacerdotes. ¿De quién es culpa? Los sujetos pertenecientes a las minorías, como se llaman a sí mismos, se hacen monjes, y los pobres campesinos como yo, tienen que cargar con tres parroquias. Claro que, además, no soy un campesino: eso lo sabe usted muy bien. Los verdaderos campesinos desprecian a las personas como nosotros, criados, servidores que cambian de pueblo en busca de dueños, cuando no son contrabandistas, cazadores furtivos, insignificancias fuera de la ley. ¡Oh, no es que me tome por un imbécil! Más me valdría serlo. Ni héroe, ni santo, ni siquiera...

—¡Cállate! —me dijo el cura de Torcy—, no hagas el niño.

El viento soplaba con fuerza y de pronto alcancé a ver su rostro anciano azulado por el frío.

—Entra aquí. Estoy helado.

Era la pequeña cabaña donde Clovis guardaba sus haces de leña.

No puedo acompañarte ahora hasta tu casa. ¿Qué pareceríamos? Y además, el señor Bigre, dueño del garaje, tiene que llevarme en auto a Torcy. Creo que hubiera tenido que permanecer algunos días más en Lille, pues este tiempo no conviene a mi salud.

—¡Ha venido usted por mí! —le dije.

Él se encogió de hombros con manifiesta irritación.

—¿Y el entierro? Además, eso no te va ni te viene, hijo mío. Hago lo que me place. ¿Por qué no vas a verme mañana?

—Ni mañana ni pasado mañana, ni probablemente esta semana, a menos que...

—Basta de excusas... ve o no vayas. Calculas demasiado. Estás a punto de perderte en los adverbios. Hay que construir la vida claramente, como una frase a la francesa. Cada cual sirve a Dios a su manera y en su lengua, ¿qué te crees? E incluso tu indumentaria, tu aspecto, esa esclavina, por ejemplo...

—¡Pero si esta esclavina es un regalo de mi tía!

—Pareces un romántico alemán. Además, esa cara...

Pronunció estas palabras con una expresión que hasta entonces no le había visto, una expresión casi odiosa. Creo que al principio se había esforzado en hablarme severamente, pero las palabras más duras acudían en aquel instante solas a su boca y acaso le irritaba no poder contenerlas.

—No es mía la culpa de tener una u otra cara...

—Sí... primero, te alimentas de una manera absurda. Tengo que hablarte seriamente sobre esto. Me pregunto si te das cuenta de que...

Se interrumpió.

—Ya seguiremos más tarde. No vamos a pasamos la noche hablando en este chamizo. En pocas palabras: te alimentas a despecho de tu buen sentido y te sorprende estar enfermo... Puesto en tu lugar, yo también tendría dolores de estómago. Y por lo que respecta a la vida interior, temo que no reces demasiado. Sufres en exceso para lo que rezas, ésa es mi idea. Hay que alimentarse en proporción a las fatigas y la plegaria tiene que estar también en relación con nuestros dolores.

—Es que... ¡que no puedo! —grité. Inmediatamente lamenté la confesión, pues su mirada se hizo más dura.

—¡Si no puedes rezar, inténtalo una y otra vez! Escucha; yo también he tenido mis contratiempos. El diablo llegó a inspirarme tal horror a la oración que me caían grandes

gotas de sudor cada vez que recitaba mi breviario... ¿Comprendes?

—Oh, lo comprendo muy bien —respondí con tal ímpetu, que me examinó largamente de los pies a la cabeza, pero sin malevolencia, sino todo lo contrario.

—Escucha —dijo—, no creo haberme equivocado respecto a ti. Trata de responder a la pregunta que voy a hacerte... No es que mi prueba valga mucho, es tan sólo una idea mía, un medio de reconocermé y algunas veces me he engañado, como es natural. He reflexionado mucho sobre la vocación. Todos nos hemos sentido llamados, sea, pero no de la misma manera. Y para simplificar las cosas comienzo por situarnos a cada uno de nosotros en su verdadero lugar en el Evangelio. ¡Claro que eso nos rejuvenece dos mil años! Pero el tiempo no es nada para Dios y su mirada lo atraviesa. Me digo a mí mismo que mucho antes de nuestro nacimiento, para hablar en lenguaje humano, Nuestro Señor nos encontró en alguna parte, en Belén, en Nazareth, en los campos de Galilea... ¿qué sé yo? Un día entre los días, sus ojos se fijaron en nosotros y, según el lugar, la hora y la coyuntura, nuestra vocación tomó un carácter particular. Claro que no aspiro a dar un carácter teológico a mis palabras. En fin, pienso, imagino, sueño, ¿por qué no?, que si nuestra alma que no ha olvidado, que lo recuerda siempre, pudiese arrastrar a nuestro cuerpo de siglo en siglo, hacerle remontar esa enorme pendiente de dos mil años, le conduciría directamente a ese mismo lugar donde... ¿Pero qué te ocurre?

Yo no me había dado cuenta de que estaba llorando, ni me había preocupado de que pudiera suceder.

—¿Por qué lloras?

La verdad es que desde siempre me reencuentro en el Monte de los Olivos y en aquel momento, sí, es extraño, en aquel momento preciso en que posando la mano en el hombro de Pedro, hizo Él aquella pregunta —bien inútil, en suma, casi ingenua—, pero tan cortés, tan tierna:

—¿Duermes?

Era un movimiento anímico muy familiar, muy natural, del que hasta aquel momento no me había dado cuenta y de pronto...

—¿Qué es lo que te ocurre? —repitió el cura de Torcy, con impaciencia—. Ni siquiera me escuchas... estás soñando. Quien quiera rezar, amigo mío, no debe soñar. Así la plegaria se desparrama en sueño y no hay nada más grave para el alma que esa hemorragia.

Abrí la boca para responder, pero no pude. ¡Tanto peor! ¿No basta que Nuestro Señor me haya hecho la gracia de revelarme hoy por boca de mi viejo maestro que nada me arrancaría del lugar elegido para mí por toda la eternidad, que estaba prisionero de la Santa Agonía? ¿Quién se atrevería a prevalerse de semejante gracia? Me enjugué los ojos, sonándome tan desmañadamente, que una sonrisa apareció en los ojos del señor cura...

—No te creía tan niño... Tienes los nervios completamente agotados, hijo mío.

(Pero al mismo tiempo me observó de nuevo, con tal vivaz atención, que sólo con grandes esfuerzos pude callar, viendo moverse su mirada, casi al borde de mi secreto. Es un verdadero director de almas, un gran señor...) Finalmente se encogió de hombros con el gesto de un hombre que renuncia.

—¡Basta ya! No podemos estar hasta que anochezca en esta choza. Después de todo, es posible que Dios te tenga preso en la tristeza. Pero siempre he comprobado que semejantes pruebas, por grande que sea la molestia que nos causen, no falsean jamás nuestro juicio, tan luego como el bien de las almas lo exige. Me han repetido muchas cosas molestas y estúpidas sobre ti. ¡No importa! Conozco la malicia de la gente. Pero la verdad es que cometiste bastantes tonterías con la pobre condesa. ¡Fue como una representación teatral!

—¿No comprendo!

—¿Has leído *L'Otage*, de Paul Claudel?

Respondí que ni siquiera sabía de quién me estaba hablando.

—¿Mejor... mejor! Trata la obra de una santa doncella que, por los consejos de un cura de tu especie, reniega de su palabra, se casa con un viejo y renegado y se libra a la desesperación, todo bajo el pretexto de impedir que el Papa vaya a la cárcel, como si desde San Pedro, el sitio de un Papa no estuviera antes en la Mamertina que en un palacio decorado de arriba a abajo por uno de esos perversos sujetos del Renacimiento que para pintar a la Santa Virgen hacían posar a sus mancebas. Observa que dicen que ese Claudel es un genio... No digo que no, pero esas gentes de letras son todas parecidas: en cuanto quieren tocar la santidad se embadurnan con lo sublime y lo meten por doquier. La santidad no es sublime, y si yo hubiera confesado a la heroína, le habría impuesto primeramente la condición de cambiar por un nombre de cristiana su nombre de pájaro, se llamaba Cigne, y luego mantener su palabra, pues no se tiene más que una, y nuestro Padre, el Papa, no puede modificarlo.

—¿Pero qué tiene que ver todo eso conmigo...? —le dije.

—¿Y esa historia del medallón?

—¿Del medallón? —repetí sin comprender nada.

—¿Vamos, bobo...! Os vieron y os oyeron... No hay milagro en todo esto, convéncete.

—¿Quién nos vio?

—Su hija. Pero La Motte-Beuvron ya te habrá informado... No te hagas el tonto.

—Nada me dijo.

—¿No? Es extraño; pero ahora ya estoy metido en el asunto y quizá tenga que ir hasta el final, ¿verdad?

Yo no me había movido y tuve tiempo de recobrar un poco la calma. En el caso de que *Mademoiselle* Chantal hubiera alterado la verdad, lo habría hecho con destreza y no cabía duda de que iba a debatirme en una red de medias mentiras, de la que no lograría librarme sin arriesgarme a traicionar a mi vez a la muerta. El señor cura pareció desconcertado, admirado por mi silencio.

—Me pregunto qué entiendes tú por resignación... Forzar a una madre para que arroje al fuego el único recuerdo que guarda de un hijo muerto, semeja una historia judía, algo del Antiguo Testamento. ¿Con qué derecho hablaste de una separación eterna?

—Usted presenta las cosas así; yo podría presentarlas de otra manera. Lo esencial es cierto...

—¿Es toda la respuesta que hallas?

—Efectivamente.

Creí que iba a abrumarme. Pero sucedió todo lo contrario: palideció hasta que su rostro se volvió casi lívido. Entonces comprendí cuánto era el afecto que sentía por mí.

—No permanezcamos aquí por más tiempo —balbuceó—. Rehúsa recibir a la muchacha. Es una diablesa.

—No le cerraré mi puerta, no cerraré la puerta a nadie mientras siga siendo cura de esta parroquia.

—Ella pretende que su madre resistió hasta el final, que la abandonaste en una agitación, en un desorden espiritual increíble... ¿Es verdad?

—¿No!

—La dejaste...

—La abandoné cuando estaba ya en paz de Dios.

—¡Ah! —Soltó un profundo suspiro—. Es de suponer que al morir guardó el recuerdo de tus exigencias, de tu dureza...

—Murió en paz.

—¿Qué sabes tú?

Ni siquiera intenté hablarle de la carta. Si la expresión no me pareciera ridícula, diría que de la cabeza a los pies, yo no era más que silencio. Silencio y noche.

—Bien... Pero ella ha muerto. ¿Qué es lo que quieres que se piense? Semejantes escenas son fatales para los cardíacos.

Me callé. Y nos despedimos con aquellas palabras.

Volví lentamente al presbiterio. No sufría e incluso puedo decir que me sentía liberado de un gran peso. Aquella entrevista con el cura de Torcy había sido como el ensayo general de la conversación que me parecía que iba a tener con mis superiores y me alegraba de descubrir que no tenía nada que decir. Desde hacía dos días y sin que tuviera claramente conciencia de ello, mi temor era que me acusaran de una falta que no había cometido. La honestidad, en tal caso, me habría prohibido guardar silencio. Cada cual era libre de interpretar a su manera los actos de mi ministerio, susceptibles, por lo demás, de apreciaciones muy diversas. Y sentía gran alivio al pensar que *Mademoiselle* Chantal había podido equivocarse de buena fe sobre el verdadero carácter de una conversación que, probablemente, había oído bastante mal. Pues supongo que estaba en el jardín, bajo la ventana, cuyo alféizar está bastante elevado del suelo.

Llegado al presbiterio, me sorprendió sentir apetito. Mi provisión de manzanas no se había agotado; con frecuencia acostumbro a asarlas sobre las brasas, añadiéndoles manteca fresca. Tengo también bastantes huevos en la despensa. El vino es francamente mediocre, pero una vez caliente y azucarado queda bastante pasable. Me sentía tan friolero que llené enteramente la pequeña cacerola. Cuando terminaba mi colación se abrió la puerta y entró el señor cura de Torcy. La sorpresa —y algo más— me clavaron en el lugar donde me hallaba. Me puse de pie, vacilando y sin duda con aire temeroso. Al levantarme, la mano izquierda rozó la botella, que se estrelló contra el suelo, con un ruido espantoso. Un reguero de vino negro, espeso, corrió entre las baldosas.

—¡Pobre hijo mío! —exclamó. Y luego repitió—: De manera que es esto, esto... —con una voz dulce y acariciadora. Yo seguía inmóvil, sin comprender nada, absolutamente nada. Únicamente tenía el convencimiento de que la extraña paz que había sentido momentos antes no había sido, como siempre, más que el anuncio de una nueva desgracia.

—Eso no es vino, sino una horrible mixtura... ¡Te estás envenenando, bobo!

—No tengo otro...

—¡Tenías que haberme pedido!

—Le aseguro que...

—¡Cállate!

Aplastó con el pie los cascotes rotos de la botella, como si estuviera aplastando a un animal inmundo. Aguardé a que terminara, incapaz de articular una sola palabra.

—¿Qué cara quieres tener, hijo mío, con semejante líquido en el estómago...? Deberías estar ya muerto.

Se situó a mi espalda, con las dos manos metidas en los bolsillos de su abrigo, y cuando vi que sus hombros se estremecían, me di cuenta de que iba a decirlo todo, de que no me haría gracia de una sola palabra.

—Me he quedado sin alcanzar el auto del señor Bigre, pero me alegro de haber venido. ¡Siéntate!

—No —exclamé, sintiendo temblar la voz en mi pecho. Algo desconocido, un imperceptible movimiento anímico me decía que había llegado el momento y que tenía que hacerle frente. Pero hacer frente no quiere decir resistir. Creo incluso que en aquel momento habría confesado cualquier cosa para que me dejara a solas con Dios. Pero ninguna fuerza del mundo me habría impedido permanecer de pie.

—Escucha —añadió el señor cura de Torcy—: No tengo nada contra ti. Y no vayas a creer que te tomo por un borracho. Nuestro amigo Delbende colocó el dedo en la llaga a la primera. Nosotros, en el campo, somos todos, más o menos, hijos de alcohólicos. Tus padres no bebieron más que los demás, acaso menos quizá, pero comían mal, muy mal. Además, a falta de otra cosa mejor, se impregnaban de mixturas del género de ésta, pociones capaces de matar a un caballo. ¿Qué quieres? Pronto o tarde hubieras sentido esa sed, una sed que, después de todo, no es tuya y que dura desde hace siglos, desde hace muchos siglos. Una sed de pobres gentes. ¡Se trata de una sólida herencia! ¡Cinco generaciones de millonarios no podrían siquiera neutralizarla, pues está en los huesos, en la medula! Es inútil que me asegures que no te dabas cuenta de nada; estoy convencido de antemano. Y aunque no bebieras diariamente más que la ración de una señorita, no importaría... Estás completamente saturado, pobre hijo mío. Poco a poco te ibas deslizando a pedir al vino —¡y qué vino!— las fuerzas y el ímpetu que hallarías en un buen asado. Humanamente hablando, lo peor que puede ocurrirnos es la muerte, y tú estabas a punto de matarte. No sería un consuelo haberte matado con una dosis que ni siquiera serviría para alegrar a un viñador de Anjou... Observa que con ello no ofendías a Dios. Pero ahora ya estás prevenido, pequeño. Y ahora sí que le ofenderías...

Se calló. Le contemplé, sin pensar nada, como mirara un día a Mitonnet, a *mademoiselle* o... ¡Sí! Sentía desbordar en mí aquella tristeza... El cura de Torcy seguía con los ojos fijos en mí. Él sí que es un hombre fuerte, y tranquilo, un verdadero servidor de Dios. Teníamos el aire de decimos adiós desde lejos, desde un extremo a otro de un invisible camino.

—Y ahora —concluyó con voz un poco más ronca que de costumbre— que no se te desborde la imaginación. No tengo más que una palabra y te la doy. ¡Eres un sacerdote bien singular! Sin querer hablar mal de la pobre muerta, hay que confesar que...

—¡Dejemos eso!

—Como quieras.

Hubiera querido marcharme, como había hecho una hora antes en la cabaña del jardinero. Pero el cura de Torcy se hallaba en mi casa y tenía que atenderle. ¡Dios sea loado! Él había permitido que el viejo maestro no me faltara y que cumpliera otra vez con su misión. Su mirada inquieta se apagó de pronto y escuché nuevamente la voz que tan bien conocía, fuerte, atrevida, llena de una misteriosa alegría.

—Trabaja —me dijo—, haz pequeñas cosas un día tras otro. Recuerda al escolar inclinado sobre su cuaderno, que saca la lengua al escribir. Así desea Dios vernos, cuando nos abandona a nuestras propias fuerzas. Las pequeñas cosas no parecen nada, pero dan la paz. Son como las flores del campo, ¿comprendes? Se las cree sin perfume y sus ramilletes llenan de aroma una habitación. La plegaria de las cosas humildes es inocente. En cada cosa humilde hay un ángel. ¿Rezas acaso a los ángeles?

—Dios mío... sí... claro que sí...

—No se reza bastante a los ángeles. Dan un poco de miedo a los teólogos, un temor que recuerda las viejas herejías de las iglesias de Oriente, un temor un poco nervioso... El mundo está lleno de ángeles. ¿Rezas a la Santa Virgen? Es Nuestra Madre, ¿comprendes? Es la Madre del género humano, la nueva Eva. Pero al mismo tiempo, es también su hija. El

mundo antiguo y doloroso, el mundo anterior a la gracia la acunó largo tiempo en su corazón desolado —siglos y más siglos— en la espera oscura, incomprensible de una *virgo genitrix*... Durante siglos y siglos protegió con sus viejas manos cargadas de crímenes, con sus manos pesadas, a la pequeña doncella maravillosa cuyo nombre ni siquiera sabía. ¡Una pequeña doncella, reina de los ángeles! Y no hay que olvidar que lo sigue siendo aún. La Edad Media lo comprendió, como comprendió todo. ¡Pero impide ahora a los imbéciles que rehagan a su manera el «drama de la Encarnación» como lo llaman! Cuando creen que su prestigio les obliga a vestir como títeres a modestos jueces de paz o a coser galones en la manga de los interventores de ferrocarriles, les avergonzaría confesar a los descreídos que el solo, el único drama, el drama de los dramas —pues no hubo otro— se representó sin decoraciones ni pasamanería. ¡Piensa en lo ocurrido! ¡El Verbo se hizo carne y los periodistas de aquel tiempo no supieron nada! ¡Cuando la diaria experiencia les enseña que las verdaderas grandezas, aun las humanas: el genio, el heroísmo y hasta el amor —¡su pobre amor! —son tan difíciles de reconocer! Hasta tal punto, que noventa y nueve veces de cien, llevan sus pobres flores retóricas al cementerio, ¡se rinden a los muertos! ¡La santidad de Dios! ¡La sencillez de Dios! ¡Esa espantosa sencillez que maldijo el orgullo de los ángeles! Sin duda, el demonio intentó mirarla frente a frente y la inmensa antorcha llameante en la cima de la Creación se precipitó de golpe en la noche. El pueblo judío demostró tener la cabeza muy dura. De no ser así, hubiera comprendido que un Dios hecho hombre, realizador de la, entera perfección del hombre, podía pasar inadvertido y tenían que fijarse mucho para reconocerlo. ¡Encuentro tan hermoso el episodio triunfal de la entrada en Jerusalén! Nuestro Señor se dignó degustar el triunfo, como la muerte, sin rehusar ninguna de nuestras alegrías, sin rechazar más que el pecado. Pero se preocupó de su muerte, de que no faltara en ella ni un detalle... Y su triunfo, en cambio... ¿no encuentras que fue bastante infantil? La imagen de Epinal, con el borriquillo, las ramas verdes y los pobres campesinos palmoteando. ¡Una gentil parodia, un poco irónica, de las magnificencias imperiales! Nuestro Señor parece sonreír, frecuentemente aparece la sonrisa de Nuestro Señor, y decimos: «No toméis todo esto demasiado en serio... Pero en fin, existen triunfos legítimos y no está prohibido triunfar. Cuando Juana de Arca entre en Orleans, bajo las floridas oriflamas, con su resplandeciente armadura, no quiero que pueda creer que está procediendo mal. Puesto que tanto lo deseáis, pobres hijos míos, he santificado vuestro triunfo, como bendije el vino de vuestras viñas». Y con los milagros, fíjate bien, ocurre igual. Jesucristo no hace más milagros que los que son necesarios. Los milagros son como las imágenes del libro, como sus hermosas estampas... Pero presta ahora atención, pequeño: la Virgen Santa no ha tenido ni triunfos ni milagros. Su Hijo no permitió que la gloria humana la rozara siquiera. Nadie ha vivido, ha sufrido y ha muerto con tanta sencillez y en una ignorancia tan profunda de su propia dignidad, de una dignidad que, sin embargo, la pone muy por encima de los ángeles. Ella nació también sin pecado... ¡qué extraña soledad! Un arroyuelo tan puro, tan límpido y tan puro, que Ella no pudo ver reflejada en él su propia imagen, hecha para la sola alegría del Padre Santo, ¡oh, soledad sagrada!... Los antiguos demonios familiares del hombre, dueños y servidores al mismo tiempo, los terribles patriarcas que guiaron los primeros pasos de Adán en el umbral del mundo maldito, la Astucia y el Orgullo, contemplan desde lejos a esa criatura milagrosa que está fuera de su alcance, invulnerable y desarmada. Es verdad que nuestra pobre especie no vale mucho, pero la infancia emociona siempre sus entrañas y la ignorancia de los pequeños le hace bajar los ojos, esos ojos que conocen el bien y el mal, esos ojos que han visto tantas cosas. ¡Pero no es más que la ignorancia al fin y al cabo! La

Virgen es la inocencia. Date cuenta de lo que nosotros somos para Ella, nosotros, la raza humana. Ella detesta el pecado, naturalmente, pero no tiene de él experiencia alguna, esa experiencia que ni siquiera les ha faltado a los más grandes Santos, hasta al propio santo de Asís, con lo seráfico que fue. La mirada de la Virgen es la única verdaderamente infantil, la única de niño que se ha dignado fijarse jamás en nuestra vergüenza y nuestra desgracia. Sí, hijo mío... Para rezar bien las oraciones que a Ella dirigimos tenemos que sentir sobre nosotros esa mirada que no es del todo la de la indulgencia, pues, la indulgencia va siempre acompañada, siempre, de alguna amarga experiencia, sino de tierna compasión, de sorpresa dolorosa, de no sabemos qué sentimientos, una mirada inconcebible, inexpresable, que nos la muestra más joven que el pecado, más joven que la raza de que Ella es originaria y, aunque Madre por la gracia, Madre de las gracias, la más joven del género humano.

—Le doy las gracias —le dije. No pude encontrar otras palabras y aun éstas las pronuncié fríamente—. Le suplico que me bendiga —proseguí con el mismo tono.

La verdad es que hacía más de diez minutos que estaba luchando contra mi espantoso dolor, nunca tan violento y fuerte como entonces. El dolor era aún soportable, pero la especie de náusea que lo acompañaba abatía por completo mi valor. Permanecimos unos instantes en el umbral de la puerta.

—Tú eres el que sufres... A ti te corresponde dar la bendición.

Y tomando mi mano con la suya, la levantó rápidamente hasta su frente. Luego se alejó.

Cierto que el viento había comenzado a soplar con bastante fuerza, pero por vez primera vi al cura de Torcy andar completamente encorvado.

Después de su marcha me senté unos instantes en mi cocina. No sentía deseos de reflexionar demasiado. «Si lo que me está ocurriendo —pensé— ha adquirido para mí tanta importancia, es porque me creo inocente. La verdad es que existen muchos sacerdotes capaces de cometer grandes imprudencias, y a mí no se me acusa de otra cosa. Es muy posible que la emoción adelantara la muerte de la señora condesa, pero el error del señor cura de Torcy estriba en el juicio sobre el verdadero carácter de nuestra conversación.» Por muy extraordinario que parezca, este pensamiento me fue de gran alivio. Si deploro sin cesar mi insuficiencia, ¿por qué dudo tanto en clasificarme entre los sacerdotes mediocres? Mis primeros éxitos escolares fueron, sin duda, demasiado dulces para el corazón del pequeño desgraciado que yo era entonces, y a pesar de todo, su recuerdo ha seguido sobreviviendo en mi interior. No soporto la idea que después de haber sido un «alumno brillante», demasiado brillante, tenga ahora que sentarme en los últimos bancos, con los mediocres. Pienso también que el último reproche del señor cura no era tan injusto como yo creí al principio. Mi conciencia no me reprocha nada sobre ese asunto: yo no he escogido voluntariamente ese régimen que él encuentra extravagante. Mi estómago no soporta otro: eso es todo. Además, pienso que ese error, por lo menos no habrá escandalizado a nadie. Fue el doctor Delbende quien llamó la atención de mi viejo maestro, y el incidente de la botella rota no habrá hecho más que confirmarle en una opinión completamente gratuita.

Acabé por sonreír de mis temores. Sin duda, *Madame Pégriot*, *Mitonnet*, el señor conde y algunos otros no ignoran que yo bebo vino... ¿pero qué? Sería absurdo que se tachara de crimen una falta que no sería, al fin y a la postre, más que un pecado de gula, común a muchos de mis colegas. Y Dios sabe bien que no paso en mi parroquia por un ser devorado por la gula.

(He interrumpido este diario desde hace dos días. Me repugnaba proseguirlo. Después de reflexionar sobre ello, temo obedecer menos a un escrúpulo legítimo que a un sentimiento de vergüenza. Procuraré llegar hasta el final.)

Después de la marcha del señor cura de Torcy, me alejé de casa. Tenía que ir primeramente a inquirir el estado de un enfermo, el señor Duploux. Le encontré agonizante. Sin embargo, no padecía más que una pulmonía bastante benigna, según decía el médico. Pero se trataba de un hombre grueso y su corazón, ahogado por la grasa, había fallado de pronto. Su mujer, agachada ante el hogar, estaba haciendo café. No parecía darse cuenta de nada. Dijo simplemente: «Acaso tenga usted razón. Le queda poco». Algunos instantes después, levantó la sábana y añadió: «Está acabándose, es el fin». Cuando llegué con la Extremaunción había muerto.

Hice mal en aceptar una taza de café mezclado con ginebra. La ginebra me asquea. Lo que afirmaba el doctor Delbende debe ser, sin duda, cierto. Mi asco se parece al de saciedad, al de una horrible saciedad. El olor me basta. Tengo la misma impresión que si la lengua se me hinchara en la boca como una esponja.

Hubiera tenido que regresar al presbiterio. En casa, en mi habitación, hubiera podido poner en práctica ciertas medidas que la experiencia me ha enseñado poco a poco y que, sin duda, parecen ridículas, pero que me permiten luchar contra mi mal, adormecerle. Quien tenga la costumbre de sufrir acabará por comprender que el dolor tiene que ser estudiado y que muchas veces logra ser reducido con astucia. Cada dolor tiene su personalidad, sus preferencias, pero todos son, al fin y a la postre, malos y estúpidos. Así, el procedimiento que se ha revelado bueno una vez, puede servir indefinidamente. Me di cuenta en seguida de que la acometida del dolor sería muy dura aquella vez y cometí la estupidez de querer resistirla de frente. Dios *lo permitió y mucho* me temo que eso es lo que me perdió.

Anocheció muy de prisa. Para colmo de males, me quedaban aún muchas visitas por hacer en los alrededores de Galbat. Los caminos eran muy malos, y aunque había dejado de llover, la tierra arcillosa se pegaba a mis zapatos. En cada casa que entraba, los moradores me hacían un sitio junto al hogar o la estufa llena de carbón de Bruays. Las sienes me latían incesantemente, hasta el punto que me resultaba difícil oír las palabras que me dirigían. Tenía que responder un poco al azar, y sin duda, mi aspecto era bastante raro,... Pero a pesar de todo, supe aguantar hasta el final. Una visita a Galbat es siempre cosa penosa por el apartamiento de las casas, situadas entre los prados. No quise arriesgarme a perder otra tarde y seguí adelante... De vez en cuando, echaba una ojeada a mi libreta e iba tachando los nombres de las casas que acababa de visitar. La lista me parecía interminable. Cuando terminé la tarea, me encontré tan mal que me dio un fallo el corazón y no me vi con fuerzas para alcanzar la carretera. Seguí andando por las lindes del bosque. Aquel camino me llevaba muy cerca de la casa de los Dumouchel, donde deseaba dirigirme. Seraphita no había aparecido por el catecismo desde hacía dos semanas y quería preguntar a su padre la causa. Al principio anduve con bastante firmeza. Mi dolor de estómago parecía mucho menos violento y sólo sentía vértigos y náuseas. Recuerdo muy bien haber traspasado las lindes del bosque de Auchy. El primer desmayo debió apoderarse de mí por aquel paraje. Me parece que luché unos instantes para mantenerme de pie y luego sentí en mi mejilla el barro y el agua. Finalmente, conseguí levantarme y hasta busqué mi rosario entre los zarzales. Mi pobre cabeza parecía ir a estallar. La, imagen de la Virgen-Niña, tal como la había sugerido el señor cura de Torcy, se presentaba ante mí sin cesar, y a pesar de los esfuerzos que hacía para volver a tener conciencia de la realidad, las oraciones que comenzaba se acababan en ensueños, de los cuales entreveía al instante el absurdo. ¿Cuánto tiempo estuve andando de tal forma? No sabría decirlo. Agradables o no, los fantasmas no calmaban el dolor intolerable que, según creo ahora, era lo único que me impedía caer en la locura.

El dolor era como un punto fijo en el vano desarrollo de mis sueños. Éstos siguen persiguiéndome ahora, mientras escribo estas líneas. Gracias al cielo, no dejan en mi ánimo ningún remordimiento, pues mi voluntad no los aceptaría, reprobando su audacia. ¡Cuán poderosa es la palabra de un hombre de Dios! Sostengo aquí solamente que jamás he creído en una visión, en el sentido que se da a este nombre, pues el recuerdo de mi dignidad, de mi desgracia, no me ha, por decirlo así, abandonado un solo momento. Sin embargo, verdad es que la imagen que se formó en mi interior no era de las que el espíritu acepta o rechaza a su gusto. No sé si me atreveré a confesar que...

(Al llegar a este punto, aparecen borradas diez líneas del diario.)

... la criatura sublime cuyas manos detuvieron el rayo, aquellas manitas llenas de gracia... Miré mis manos que aparecían y desaparecían ante mi vista, y como mi dolor se hacía excesivo y me sentía resbalar de nuevo, cogí una de las manos entre las mías. Eran unas manitas infantiles, de niña pobre, ajadas por el trabajo, por las coladas. ¿Cómo expresar aquello? No me parecía un sueño y, sin embargo, cerré los ojos. Temí que al levantar los párpados fuera a aparecer ante mí el rostro de Aquella ante quien todos doblaban la rodilla. Y en efecto, lo vi. Era un rostro infantil o más bien adolescente, sin ninguna belleza, era el propio rostro de la tristeza, pero de una tristeza que yo desconocía, en la que no podía tener parte alguna y que, sin embargo, estaba cerca de mi corazón, de mi pobre corazón humano y al mismo tiempo era inaccesible. No existe tristeza humana sin amargura. Aquélla, en cambio, era más que suavidad, sin rebeldía, no era más que aceptación. Hacía pensar en alguna gran noche, infinita y vasta. Nuestra tristeza nace, en fin, de la experiencia de nuestras miserias, experiencia que, al fin y al cabo, es siempre impura. Pero la que se reflejaba en aquel rostro era inocente, completamente inocente. En aquel instante comprendía el significado de algunas palabras del señor cura de Torcy que me habían parecido obscuras al pronunciarlas. Había sido necesario que Dios velara, por medio de algún prodigio, aquella tristeza virginal, pues por muy ciegos y duros que sean los hombres, habrían reconocido bajo aquella señal a su hija preciosa, el último vástago de su antigua raza, el celeste rehén en tomo al cual rugían los demonios, y se habrían levantado formando un muro con sus cuerpos mortales para protegerla.

Creí haber andado durante algún tiempo, pero, sin duda, me había apartado del camino, tropezando en la hierba espesa, húmeda por la lluvia, que se hundía bajo mis pies. Cuando me di cuenta de mi error estaba delante de un seto que me pareció demasiado alto y poblado para atravesarlo. Lo flanquéé. El agua que goteaba de las ramas me inundaba el cuello y los brazos. El dolor se iba mitigando poco a poco, pero sin cesar me subía a la boca algo tibio que parecía tener sabor de lágrimas. El esfuerzo de sacar el pañuelo del bolsillo me parecía algo irrealizable en absoluto. Sin embargo, no había perdido el conocimiento, limitándome tan sólo a sentirme esclavo de un sufrimiento demasiado intenso, o más bien del recuerdo de aquel sufrimiento —pues la certidumbre de su vuelta era más angustiada que el propio dolor—, y lo seguía como un perro que siguiera a su dueño. En mi mente me repetía constantemente que iba a caer de un momento a Otro, que me hallarían allí medio muerto y que aquello representaría un escándalo más. Me parece que hasta grité. De pronto, el brazo que apoyaba en el seto se hundió en el vacío, mientras el suelo parecía ceder bajo mis pies. Sin darme cuenta había llegado al borde del talud. Intenté recobrar el equilibrio, pero fue en vano. La noche me pareció súbitamente más oscura, más compacta y me

pareció que la caída era interminable.

Al abrir los ojos, recobré la memoria súbitamente. Me pareció que despuntaba el día. Pero era el reflejo de una linterna que brillaba en la parte alta del talud, justamente encima de mí. Otra claridad brillaba a la izquierda, entre los árboles, y a la primera ojeada reconocí la casa de los Dumouchel, con su ridícula veranda.

Una mano desconocida había colocado la linterna justamente encima de mi cabeza. Era una de esas linternas de petróleo, usadas en las cuadras, que dan más humo que luz. Un enorme insecto revoloteaba alrededor. Traté de levantarme, pero no lo logré. Sin embargo, me sentía con mayores fuerzas que antes y el dolor también había cesado.

Al otro lado del seto oí gemir y soplar al ganado. Me di perfecta cuenta de que aun en el caso que consiguiera ponerme en pie, sería demasiado tarde para huir, y no me quedaba más que soportar pacientemente la curiosidad del que me había descubierto y que regresaría poco después a buscar su linterna. Hice un esfuerzo para incorporarme y conseguí ponerme de rodillas. Ella apareció en aquel instante. Apenas alcanzaba mi altura. Su figura, delgada y algo desvaída en la penumbra que no conseguía disipar el resplandor de la lámpara, tenía un aire de dulce gravedad, un poco solemne y casi cómica. Al mirarla más detenidamente reconocí en ella a Seraphita. Le sonreí. Ella debió creer que me burlaba y un resplandor irritado se encendió en su mirada gris —un poco infantil— y que más de una vez me había obligado a bajar los ojos. Me di cuenta entonces de que tenía en la mano una vasija de arcilla llena de agua donde sobrenadaba un trapo no muy limpio. La dejó en el suelo y luego dijo:

—He ido a llenarla a la balsa. Era mucho más seguro. Están todos en casa a causa de la boda de mi primo Víctor. Yo he salido para entrar el ganado.

—¿No tienes miedo de que te castiguen?

—¿Que me castiguen? No me han castigado nunca. Un día, mi padre me levantó la mano. Le dije que no me tocara, pues si no llevaría a la *Roja* a la mala hierba, donde se hincharía hasta morir... La *Roja* es nuestra vaca más hermosa.

—¿No te dio vergüenza hablar así a tu padre? Está muy mal...

Ella se encogió de hombros con malicia.

—Peor es ponerse en el estado en que se halla.

Sentí que palidecía y ella me miró curiosamente.

—Es una suerte que le haya encontrado. Persiguiendo al ganado, un zueco se me cayó al camino. Descendí y le encontré. Al principio creí que estaba usted muerto.

—Me encuentro mejor y voy a intentar levantarme...

—No vuelva a su casa en ese estado.

—¿Qué es lo que me ocurre?

—Ha vomitado y tiene la cara tan sucia como si hubiera comido moras.

Intenté alcanzar la vasija, pero estuvo a punto de resbalarme de las manos.

—Está usted temblando —me dijo Seraphita—. Déjeme... Le ayudaré. Estoy acostumbrada. ¿Qué es lo que está diciendo?

Mi voz era temblorosa, pero acabó por comprender que le pedía que acudiera al día siguiente al presbiterio, donde le explicaría todo lo ocurrido.

—No iré... He explicado cosas muy malas de usted... cosas horribles. Debería usted pegarme. Pero es que soy celosa, terriblemente celosa, celosa como un animal. No se fie de las otras, se lo recomiendo. Son malas e hipócritas.

Mientras hablaba, fueme pasando su trapo por la frente y las mejillas. El agua fresca me reconfortó y me levanté, aunque sin dejar de temblar con la misma intensidad. Por fin me

fue posible dominar aquel extraño temblor. Mi pequeña Samaritana alzó su linterna hasta la altura de mi barbilla, supongo que para juzgar mejor su labor.

—Si lo desea le acompañaré hasta el final del camino —me dijo—. Tenga cuidado con los surcos. Una vez pasados los pastos, todo irá mejor. —Se echó a andar delante de mí y luego, cuando el sendero se ensanchó, se colocó a mi lado. Apenas habíamos andado algunos pasos cuando puso su mano entre las mías candorosamente. Ninguno de los dos pronunciamos la menor palabra. A nuestro alrededor las vacas mugían de una manera lúgubre y a lo lejos escuchamos el ruido de una puerta al cerrarse—. Tengo que marcharme —dijo finalmente. Pero antes de despedirse se plantó ante mí y añadió—: No olvide acostarse. Es lo mejor que puede hacerse en un caso así. Claro que no tiene quien le haga una taza de café. Encuentro que un hombre sin mujer debe ser muy desgraciado.

Me resultaba difícil apartar la mirada de su rostro. Parecía estar ajado, casi envejecido todo él, menos la frente, que destacaba con toda su pureza. Nunca hubiera podido creer que aquella frente fuera tan pura...

—No vaya usted a creer lo que he insinuado... Sé muy bien que no lo ha hecho a propósito. Seguramente le habrán puesto algunos polvos en el vaso. Es algo que a la gente le divierte mucho, una broma divertida. Pero gracias a mí no se enterarán de nada y nos habremos reído de ellos...

—¿Dónde estás, arrapieza?

Reconocí la voz de su padre. Ella saltó rápida, tan sigilosa como un felino, con los dos zuecos en una mano y la linterna en la otra.

—Vuelva en seguida a su casa —me dijo en voz baja— Esta noche pasada soñé con usted. Tenía el aspecto muy triste, como ahora. Y me desperté llorando.

Una vez llegado al presbiterio tuve que lavar la sotana. La tela estaba tiesa, como aprestada y el agua se tiñó de rojo. Comprendí que había echado mucha sangre.

Me acosté decidido a tomar el tren para Lille en cuanto amaneciera. Mi sorpresa era tanta —el temor de la muerte me asaltó más tarde— que si el viejo doctor Delbende hubiera vivido, me habría encaminado a Desvres en plena noche. Sin embargo, se realizó— como siempre —lo que menos esperaba. Dormí de un tirón y me levanté muy reconfortado apenas hubo amanecido. Hasta me acometió una loca hilaridad mirando de cerca mi triste rostro mientras pasaba y repasaba la navaja sobre una barba jamás vista hasta entonces, una verdadera barba de vagabundo, de pordiosero... Pensé que, después de todo, la sangre que manchaba mi sotana podía proceder de una hemorragia nasal. ¿Cómo no se me había ocurrido antes una hipótesis tan plausible? Aunque, pensándolo mejor, me acordé que la hemorragia había tenido lugar durante el síncope, y en el momento de perder el conocimiento me había asaltado una náusea.

De todos modos; estoy decidido a marcharme a Lille para la consulta. Esta misma semana, si es posible.

Después de la misa fui a visitar a mi colega de Haulcolte para rogarle que me reemplazara en caso de ausencia. Es un sacerdote a quien conozco muy poco, pero por tener la misma edad que yo, me inspira confianza. A pesar de haber lavado el plastrón de mi sotana, estaba todavía empapado de sangre seca. Le expliqué que se había caído del armario un frasco de tinta, y me ha prestado, amablemente, un abrigo viejo. ¿Qué habrá pensado de mí? No pude leerlo en su mirada.

Ayer trasladaron al señor cura de Torcy a una clínica de Amiens. Padece una crisis cardíaca de poca gravedad, pero que necesitaba muchos cuidados y la asistencia de una enfermera. Mientras lo subían a la ambulancia, entregó para mí una nota garabateada a lápiz en un

minúsculo pedazo de papel. Decía así: «Pequeño: reza al Señor y acude a visitarme a Amiens la semana próxima».

En el momento de abandonar la iglesia, me encontré ayer a *mademoiselle* Louise. Creía que se hallaba muy lejos de aquí. Resulta que ha venido desde Arches a pie. Llevaba los zapatos cubiertos de barro y su rostro me pareció sucio y ajado. El roto de uno de los guantes dejaba dos de sus dedos al descubierto. ¡Tan cuidadosa y correcta como era antes! Su vista me infundió una compasión enorme y, sin embargo, desde que pronunció la primera palabra, comprendí que su sufrimiento era de los que no pueden confesarse.

Me dijo que no le pagaban el sueldo desde hacía seis meses y que el notario y el señor conde le proponían una transacción inaceptable. Añadió luego que no se atrevía a alejarse de Arches y que vivía en el hotel.

—El señor va a encontrarse muy solo. Es un hombre débil, egoísta, atado a sus costumbres...—comprendí que no había perdido aún la esperanza, no me atrevo a decir de qué.

Se esforzaba en redondear las frases como antes y su voz fe iba pareciendo por momentos a la de la señora condesa, de quien había imitado también el fruncimiento de cejas que acentuaba su mirada de miope... ¡La humillación voluntaria es de aspecto regio, pero en cambio, qué desagradable es una vanidad descompuesta...!

—Hasta la propia *madame* —me dijo— me trataba como una persona de condición. Además, mi tío abuelo, el comandante Heudelbert, se casó con una de las Noisel. Los Noisel son parientes suyos. La prueba que Dios me manda...

No pude por menos de exclamar:

—¡No invoque a Dios con tanta ligereza!

—A usted le resulta muy fácil condenarme, despreciarme. No sabe usted lo que es la soledad.

—Nunca se sabe... Nadie llega a apurar la soledad hasta las heces.

—Pero usted tiene sus ocupaciones y los días le pasan de prisa.

Su afirmación me hizo sonreír a mi pesar.

—Creo que le convendría a usted marcharse, dejar la región. Le prometo interceder para que le den lo que le pertenece y estoy dispuesto a enviárselo al lugar que me indique.

—Todo ello gracias a *mademoiselle* Chantal, ¿no es así? No deseo ningún mal á esa niña y hasta la perdono en mi fuero interno. Es de una naturaleza violenta, pero generosa. Algunas veces pienso que una explicación franca...

Se quitó uno de sus guantes, estrujándolo nerviosamente en la mano. La verdad era que me inspiraba compasión y también un poco de espanto.

—*Mademoiselle* —le dije—. A falta de otra cosa, el orgullo debería prohibirle ciertas gestiones, bastante inútiles por lo demás. Y lo extraordinario es que usted pretenda asociarme a ellas.

—¿El orgullo? Dejar este pueblo donde he vivido feliz, considerada y casi igual a mis dueños para alejarme como una mendiga... ¿es eso lo que usted llama orgullo? Ayer, en la plaza, algunos campesinos que antes me saludaban doblando ceremoniosamente el espinazo, aparentaron no reconocirme.

—No les reconozca usted tampoco... Sea orgullosa.

—¡El orgullo! ¡Siempre el orgullo! Además, ¿qué es el orgullo? Nunca habría imaginado que llegara a ser una de las virtudes teologales. Me extraña mucho oír tales palabras en boca de un sacerdote.

—Perdóneme —le dije—. Si quiere usted hablar al sacerdote, le pedirá la confesión de sus

faltas para tener el derecho de absolverla.

—No deseo nada semejante...

—Permítame entonces que me dirija a usted con un lenguaje que pueda usted comprender fácilmente.

—¿Con un lenguaje humano?

—¿Por qué no? Es muy hermoso elevarse por encima del orgullo. No tengo derecho a hablar del honor según el concepto que tiene de él el mundo. No es un tema de conversación para un pobre sacerdote como yo. Pero me parece que muchas veces, el honor se vende demasiado barato. ¡Ay! Todos somos capaces de acostarnos en el fango, y hasta el fango parece confortador a los corazones agotados. Y la vergüenza, ya ve usted, es un sueño como otro, un sueño pesado, una borrachera sin visiones de pesadillas. Si un último resto de orgullo es capaz de poner en pie a un desgraciado, ¿por qué poner excesivos reparos a ello?

—¿Soy una desgraciada?

—Sí —le dije—. Y no me permito humillarla más que con la intención de ahorrarle una humillación más dolorosa, irreparable, que la degradaría a sus propios ojos para siempre. Abandone ese proyecto de entrevistarse con *mademoiselle* Chantal, se envilecería usted en vano, la aplastarían, la ofenderían.

Me interrumpió. Veía que ella se estaba forzando a sí misma a la rebeldía, a la cólera.

Hubiera querido encontrar una palabra piadosa, compasiva, pero las que acudían a mis labios no hubieran servido. Me daba cuenta de que enterneciéndola consigo misma no haría más que provocar su llanto. Jamás hasta aquel instante comprendía tan bien mi impotencia ante ciertos infortunios que nunca sabría compartir por mucho que me esforzara.

—Sí —dijo entre *mademoiselle* Chantal y yo, no duda Usted un instante... Yo soy quien carezco de fuerzas, ella me ha destrozado.

Su última palabra me recordó una frase de mi conversación postrera con la señora condesa.

—Dios la destrozará —le objeté entonces, y el recuerdo en aquel instante preciso, me conmovió.

—No es posible destrozarse nada en usted —añadí.

Inmediatamente me arrepentí de lo que acababa de decir. Pero ahora ya no me arrepiento... Estoy seguro de que salió de mi corazón.

—Usted es quien es su víctima —añadió *mademoiselle* con una triste mueca.

Siguió hablando sin elevar la voz, y ahora me resulta imposible escribir todo lo que dijo. Las palabras parecían resbalar de sus rígidos labios, brotando como un ininterrumpido torrente.

—Le odia... Le odia desde el primer día que le vio. Posee una especie de clarividencia... ¡y qué astucia! No se le escapa nada. En cuanto sale a la calle, los niños corren detrás de ella. Les da golosinas y la adoran. También les habla de usted y los niños le cuentan no sé qué historias del catecismo. Sabe imitar perfectamente los andares de usted, su voz. La tiene usted obsesionada, y dé cualquiera que la obsesiona, hace ella su hazmerreír y le persigue hasta la muerte. No siente piedad hacia nadie. Anteayer mismo...

Sentí como si me propinaran un fuerte golpe en el pecho.

—¡Cállese! —exclamé.

—Quiero que sepa de lo que es capaz.

—Lo sé —grité—. Pero usted no puede comprenderla.

Volvió hacia mí su pobre rostro humillado. En su mejilla lívida, casi grisácea, el viento, al secar las lágrimas, había dejado un rastro brillante que se perdía en el hueco de las mejillas.

—... anteayer hablé con Fehón, el ayudante del jardinero que sirve la mesa en ausencia de François. Ella se lo explicó todo a su padre y ambos se murieron de risa. Parece ser que encontró un librito de la casa de Dumouchel y leyó el nombre de usted en la primera página. Se le ocurrió entonces interrogar a Seraphita, y la pequeña, como siempre, habló por los codos...

La miré estúpidamente, sin poder articular palabra. Hasta en aquel instante, en que hubiera podido saborear su venganza, no tenían los ojos de mi interlocutor más que la triste resignación de un animal doméstico. Solamente su rostro estaba algo menos pálido.

—Parece ser que la pequeña le encontró a usted roncando en el camino...

Le volví la espalda. Ella corrió detrás de mí, y al ver que su mano se posaba en mi manga, no pude reprimir un movimiento de repulsión. Tuve que hacer un gran esfuerzo para tomarla entre las mías y apartarla suavemente.

—¡Márchese! —le dije—. Rezaré por usted...

Finalmente me dio lástima.

—Todo se arreglará, se lo prometo. Iré a ver al señor conde.

Ella se alejó rápidamente, con la cabeza baja y ligeramente ladeada, como un animal herido.

El señor canónigo de La Motie-Beuvron acaba de abandonar Ambricourt. No he vuelto a verle.

Hoy he visto a Seraphita. Guardaba sus vacas, sentada en lo alto del talud. Me he aproximado, aunque no demasiado. Ella ha huido.

* * *

Evidentemente, mi timidez ha tomado, desde hace algún tiempo, el carácter de una verdadera obsesión. No se logra vencer con facilidad este temor irrazonado, infantil, que me hace volver la cabeza bruscamente cuando siento sobre mí la mirada de un transeúnte. El corazón me salta en el pecho y no vuelvo a respirar tranquilo hasta escuchar los «buenos días» que responden a mi salutación. Casi siempre llegan cuando yo no lo espero ya.

Sin embargo, no me siento ya centro de la curiosidad. Me han juzgado... ¿para qué indagar más? De ahora en adelante dan a mi conducta una explicación plausible, familiar, que les permite dejarme un tanto de lado para dedicarse a lo que ellos llaman las cosas serias. Se sabe que «bebo», solo, a escondidas... Esa explicación debería bastarles. Pero queda mi mal aspecto, ese aspecto fúnebre, del que, como es natural, no puedo deshacerme y que tan mal concuerda con la intemperancia. Y eso sí no lo perdonan.

* * *

La lección de catecismo del jueves me inspiraba bastante temor. No es que esperara lo que en la jerga de los liceos se llama un jaleo (los pequeños campesinos no arman jaleos por nada), pero sí murmullos y sonrisas.

Seráphita ha llegado tarde, sin aliento y muy ruborizada. Me ha parecido que cojeaba un poco. Al final de la lección, mientras yo recitaba el *Sub tuum*, la vi deslizarse detrás de sus compañeras, y apenas pronunciado el *amén*, oí el ruido de sus zuecos sobre las losas.

Una vez vacía la iglesia, hallé sobre el banco el gran pañuelo azul rayado de blanco, demasiado grande para el bolsillo de su delantal y que suele olvidar con frecuencia. Me dije que no se atrevería a regresar a su casa sin el precioso objeto, pues la señora Dumouchel es conocida por su sentido ordenado.

Ha vuelto, efectivamente. Se deslizó hasta su banco, sin hacer el menor ruido (se había quitado los zuecos) y lo buscó con mano trémula. Me pareció que cojeaba más que antes. Pero cuando la llamé desde el fondo de la iglesia, volvió a enderezarse y a andar derecha.

—Aquí está tu pañuelo. No vuelvas a olvidártelo.

Estaba muy pálida (raramente la había visto así, pues la menor emoción hace que se ruborice). Me cogió el pañuelo de las manos, ferozmente, sin darme siquiera las gracias. Luego permaneció inmóvil, con su pierna coja doblada.

—Puedes marcharte —le dije suavemente.

Dio un paso hacia la puerta y luego, volviéndose, se dirigió directamente hacia mí, encogiéndose de hombros.

—*Mademoiselle* Chantal trató de forzarme al principio (se puso de puntillas para mirarme bien a la cara) y luego... luego...

—Después hablaste voluntariamente, ¿no es así? ¿Qué quieres hacerle, Seraphita? Las niñas son habladoras.

—Yo no soy habladora, soy mala.

—¿Seguro?

—Seguro como Dios me está mirando. (Se persignó la frente y los labios con su pulgar manchado de tinta.) Me acuerdo de las buenas palabras que prodiga a los demás... Llegó usted a llamar a Zelida «mi pequeña». ¿Mi pequeña esa burra gruesa y tuerta? Tenía que ser usted quien dijera eso.

—¿Eres celosa?

Ella parpadeó y suspiró hondamente, como si tratara de penetrar hasta el fondo de su pensamiento.

—Y, sin embargo, no es usted hermoso —dijo entre dientes con una gravedad inimaginable

—. Solamente es triste, muy triste. Hasta cuando sonrío parece que está triste. A veces pienso que si supiera por qué está usted triste, dejaría de ser mala.

—Estoy triste —le dije— porque Dios no es amado.

Ella meneó la cabeza. La cinta azul que sujetaba en lo alto de la cabeza su pobre pelo se desanudó, flotando grotescamente a la altura de su barbilla. Era evidente que mi frase le resultaba obscura, muy obscura. Pero no pareció detenerse mucho tiempo en su meditación.

—Yo también estoy triste. Es bueno estar triste. Eso redime los pecados que cometo a veces...

—¿Cometes muchos pecados?

—¡Vaya! (me lanzó una mirada de reproche, de humilde complicidad). Usted lo sabe muy bien. ¡No es que los muchachos me diviertan mucho! No valen gran cosa... Son verdaderos perros, están locos perdidos...

—¿No te da vergüenza?

—Sí; me avergüenzo siempre. Con Isabelle y Noemie, les encontramos frecuentemente allá arriba, en la colina de Malicorne, en la cantera de arena. Nos divertimos primero, allá en la cuesta. Pero cuando todos se marchan, juego a la muerta.

—¿A la muerta?

—Sí; a la muerta. Hago un agujero en la arena y me tiendo boca arriba, con las manos cruzadas y los ojos cerrados. Cuando me muevo, aunque sea un poco, la arena me entra en el cuello, las orejas y hasta la boca. La verdad es que quisiera que no fuera un juego, y creo que me gustaría estar muerta de verdad. Después de haber hablado con *mademoiselle* Chantal, permanecí así horas enteras. Al volver a casa mi padre me regañó. Y me eché a llorar.

—¿No lloras nunca?

—No... Lo encuentro repugnante, sucio... Cuando se llora, la tristeza parece salir de dentro y el corazón derretirse como manteca. ¡Puah! Creo que debería hallarse otra manera de llorar... ¿Encuentra usted estúpida esta idea?

—No —le dije. Vacilaba en responderle, pues me parecía que la menor imprudencia iba a alejar de mí, para siempre, a aquel animalillo feroz—. Algún día comprenderás que la plegaria es justamente esa manera de llorar que tú ansias, las únicas lágrimas que no son cobardes.

La palabra «plegaria» le hizo fruncir el ceño y su rostro pareció adoptar una expresión felina. Me volvió la espalda y se alejó cojeando.

—¿Por qué cojeas?

Se detuvo, con todo el cuerpo dispuesto a la fuga y sólo su cabeza vuelta hacia mí. Luego se encogió de hombros y cuando vio que me acercaba, tiró desesperadamente de su falda para lograr que le tapara las rodillas. A través de un desgarrón de su media derecha, vi la pierna de color violáceo.

—¿Cojeas por eso? —le pregunté—. ¿Qué es lo que tienes?

Dio un salto hacia atrás y yo cogí su mano como al vuelo. Al debatirse descubrió, un poco más arriba de la rodilla, una cinta atada con tanta fuerza que la carne formaba dos grandes bultos amoratados. Se soltó de un tirón, saltando a la pata Coja a través de los bancos y no pude atraparla más que a dos pasos de la puerta. Su grave aspecto me impuso silencio.

—Para castigarme de haber hablado con *mademoiselle* Chantal me prometí a mí misma llevar atada la cinta hasta esta noche.

—¡Corta eso! —le dije. Sin añadir una sola palabra le tendí mi cuchillo y ella obedeció en silencio. Pero el súbito aflujo de la sangre debió ser terriblemente doloroso, pues hizo una mueca horrible. Si no la hubiera cogido, se habría caído con toda seguridad. Bajó la cabeza, siempre con enorme gravedad, y se alejó, apoyando la mano en la pared.

¡Que Dios la guarde!

* * *

He debido tener esta noche una hemorragia, bastante insignificante es cierto, pero que me resulta imposible confundir con un derrame por la nariz. He sentido que me asaltaba el temor de la muerte. ¡Oh! Sin duda ese pensamiento vuelve a acometerme muchas veces y algunas veces me inspira verdadero temor. Pero no es miedo. Tan sólo me ha durado un instante. No sabría a qué comparar esa fulgurante impresión. ¡Oh, Santa agonía!

Nada más cierto que mis pulmones se hallan en mal estado. Sin embargo, el doctor Delbende me auscultó cuidadosamente y en algunas semanas la tuberculosis no ha podido hacer grandes progresos. Como no es razonable estar aplazando sin cesar mi viaje a Lille, he escrito al médico proponiéndole la fecha del día 15. Dentro de seis días...

Sin embargo, estoy convencido de que me ocurra lo que me ocurra, puede sanarse de la tuberculosis con energía y voluntad de curarse. Tengo una y otra.

Hoy he terminado esas visitas que el señor cura de Torcy llama irónicamente «visitas domiciliarias». Si no detestara tanto el vocabulario habitual de muchos de mis colegas, diría que han sido muy consoladoras. Y, sin embargo, había reservado para el final aquellas cuyo éxito me parecía más dudoso... ¿A qué se deberá esa súbita facilidad que tengo con los seres y con las cosas? ¿Es acaso imaginaria? ¿Me he vuelto insensible a ciertas desgracias menudas? ¿O acaso mi insignificancia, reconocida por todos, ha desarmado los recelos y la

antipatía? Todo eso parece un sueño.

(Miedo a la muerte. La segunda crisis ha sido, según creo, menos violenta que la primera. Pero es muy extraña esa contracción, este estremecimiento de, todo el ser en torno a no sé qué punto del pecho...)

* * *

Acabo de tener un encuentro. ¡Oh! Un encuentro muy poco sorprendente, en suma. En el estado en que me hallo, el menor acontecimiento pierde sus proporciones exactas igual que un paisaje entre las brumas. En pocas palabras: he hallado, según creo, a un amigo y he tenido la revelación de la amistad.

Esta confesión sorprendería a muchos de mis antiguos camaradas, pues paso por bastante fiel a ciertas simpatías de juventud. Mi memoria de las fiestas anuales y mi exactitud en felicitar los aniversarios de ordenación, es ya célebre. Eso provoca la risa de muchos. Pero en realidad, tanto lo que sienten hacia mí como lo que yo siento hacia ellos, no son más que simpatías. Ahora comprendo que la amistad puede aparecer entre dos seres con ese carácter brusco, violento, que las gentes del mundo no atribuyen más que a la revelación del amor.

Me dirigía a Mezargues cuando oí, a mi espalda y bastante lejos, ese ruido de sirena, ese rugido que es más o menos intenso según los caprichos del viento o las sinuosidades de la carretera. Desde hace algunos días se ha convertido en algo completamente familiar y no hace levantar ya la cabeza a nadie. El comentario es simplemente: «¡La motocicleta de *monsieur* Olivier!» Se trata de una máquina alemana, que se parece a una diminuta y brillante locomotora. *Monsieur* Olivier se apellida en realidad Tréville-Sommerange y es el sobrino de la señora condesa. Los viejos que le conocieron aquí de niño no hablan muy bien de él. Era un muchacho bastante difícil al que hubo que alistar a los dieciocho años.

Me detuve en lo alto de la cuesta para tomar aliento. El ruido del motor se interrumpió algunos segundos (sin duda a causa del gran recodo de Dillons) y luego volvió a oírse. Era como un grito salvaje, imperioso, amenazador y desesperado, Casi en el mismo instante, la cuesta se coronó con una especie de haz de llamas —el sol dando de lleno en los aceros pulidos— y ya la máquina se deslizaba por la pendiente con un potente estertor, volviendo a subir con tanta rapidez como si hubiera dado un salto. En el momento en que me eché a un lado para dejarle paso, creía que el corazón iba a salirme del pecho. Me fue necesario un instante para darme cuenta de que el ruido había cesado. Escuché tan sólo el quejido agudo de los frenos y el chirrido de las ruedas al patinar. Luego se hizo un completo silencio que me pareció más grandioso que el ruido anterior.

Monsieur Olivier apareció ante mí. Llevaba el cuello del chaleco gris, de punto, subido hasta las orejas y la cabeza descubierta. Nunca había estado tan cerca de él como en aquel instante. Su rostro era sereno y sus ojos tan claros que apenas podía apreciarse su color exacto. Me sonrió.

—¿Se decide usted, señor cura? —me preguntó con una voz, ¡Dios mío!, una voz que reconocí en seguida; dulce e inflexible a la vez— que se parecía a la de la señora condesa. (No presumo de buen fisonomista, pero tengo mucha memoria para las voces y no las olvido nunca. Un ciego, a quien nada distrae, aprende muchas cosas de las voces.)

—¿Por qué no, señor? —respondí.

Nos miramos mutuamente en silencio. Me pareció leer en su mirada la sorpresa y también un poco de ironía. Al lado de aquella máquina reluciente, mi sotana deslucida era una mancha negra y triste. ¿Qué milagro me hizo sentir en aquel momento joven, tan joven —

¡ay, sí!, tan joven—, tan joven y radiante como aquel muchacho travieso? Por unos instantes me pareció volver a vivir mi triste adolescencia (no como los ahogados, que vuelven a ver su vida antes de hundirse) de una manera tangible, como si estuviera de nuevo sumergido en aquellos días fríos y sobre todo ¡tan triste! Sin embargo, no estoy seguro de que acertara a reconocerlos, no podía reconocerlos porque... Sin duda, parecerá mi explicación muy extraña, pero la verdad es que en aquel instante vi a mi adolescencia por vez primera, como no la había visto jamás. Había pasado hasta entonces, como pasan a nuestro lado tantos seres extraños, que quisiéramos hacer nuestros hermanos, y que se alejan sin retomar jamás. Tuve que confesarme en aquel instante que nunca había sido joven porque no me había atrevido a ello. A mi alrededor, probablemente la vida había proseguido su curso, y mientras mis camaradas saboreaban aquella ácida primavera yo me esforzaba en no pensar en ella y me embrutecía trabajando. Es cierto que en ningún momento me faltaron las simpatías, pero hasta los mejores de mis compañeros temieron sin duda y a su pesar la señal que me había dejado mi primera infancia, la experiencia infantil de la miseria y su oprobio. Hubiera necesitado abrirles mi corazón, pero se daba el caso de que, precisamente, lo que habría tenido que decirles era lo que deseaba callar a todo trance... ¡Dios mío! ¿Por qué me parecerá ahora todo tan sencillo? Si no he sido nunca joven es porque nadie ha deseado serlo conmigo.

De pronto me pareció verlo todo claro. Y sé que este recuerdo no me abandonará jamás. Aquel cielo claro, la bruma tachonada de oro, las cuevas todavía blanqueadas por el hielo y aquella máquina resplandeciente que jadeaba suavemente al sol... Comprendí que la juventud era algo bendito —que era un riesgo que tenía que correrse— pero que hasta aquel mismo riesgo era también bendito. Y un presentimiento que no puedo explicar me hizo comprender, saber, que Dios no quería que muriera sin conocer algo de aquel riesgo —lo suficiente tal vez para que, llegado él momento, mi sacrificio fuera total... Y entonces me pareció conocer aquel minuto de gloria.

Meditar así por causa de un encuentro tan trivial debe parecer bastante estúpido... ¿Qué me importa? Para no encontrarse ridículo en el disfrute de la felicidad, hay que haberlo aprendido en la más tierna edad, cuando apenas podemos siquiera balbucear. Y yo careceré siempre, siquiera por un momento, por un segundo, de esa seguridad. ¡Oh, la felicidad...! Es una especie de orgullo, de alegría absurda, puramente camal, la forma camal de la esperanza... a eso llaman ellos felicidad. En fin, me sentí joven, realmente joven, delante de aquel compañero tan joven como yo. Los dos éramos jóvenes.

—¿Adónde se dirige, usted, señor cura?

—A Mezargues.

—¿No ha montado usted nunca en un artefacto así?

Me eché a reír. Para mis adentros me dije que veinte años atrás me habría desvanecido de gozo con sólo tocar el ancho depósito, tembloroso por los lentos jadeos del motor. De niño ni siquiera me habría atrevido a soñar con poseer uno de aquellos juguetes fabulosos para los hijos de los pobres, un juguete mecánico, un juguete que anduviera solo. Sin embargo, la ilusión seguía durmiendo intacta en el fondo de mi ser.

—¿No le da a usted miedo? ¿Será posible? Puede usted enorgullecerse de haberme sorprendido.

—¿Por qué quiere usted que me dé miedo?

—Por nada.

—Escuche —le dije—. Me parece que no encontraremos a nadie de aquí a Mezargues. No quisiera que se burlaran de usted...

—¡Soy un estúpido! —exclamó el motorista después de un largo silencio.

Bien que mal, me encaramé a un sillín bastante incómodo y en el mismo instante, la pendiente que se hallaba enfrente pareció trasladarse a nuestras espaldas. La gruesa voz del *motor* se fue elevando paulatinamente hasta dar tan sólo una sola nota de extraordinaria pureza. Era como el canto de la luz, como la luz misma, y me parecía ir siguiéndola en su prodigiosa ascensión. El paisaje no parecía echarse sobre nosotros, sino abrirse por todas partes, y al doblar el recodo de la carretera pareció girar sobre sí mismo como si fuera la puerta de otro mundo.

Me sentía incapaz de calcular el camino recorrido y el tiempo que habría pasado. Lo único que sé es que íbamos de prisa, muy de prisa, cada vez más aprisa. El viento levantado por la carrera no era, como al principio, el obstáculo en que me apoyaba con todo mi peso, sino que se había convertido en un vertiginoso pasillo, un vacío entre dos columnas de aire removidas por una velocidad vertiginosa. Lo sentía pasar a mi derecha y a mi izquierda, semejante a dos líquidos muros, y cuando intentaba apartar el brazo lo pegaba a mi costado una fuerza irresistible. Llegamos así al recodo de Mezargues. El motorista se volvió hacia mí. Sentado en mi asiento, le sobrepasaba en altura un buen trozo. Me miró de abajo a arriba.

—¡Preste atención! —exclamó. Los ojos le sonreían y el aire le, revolvía la rubia pelambreira. Vi que el talud de la carretera se echaba sobre nosotros para alejarse luego en una fuga oblicua, desesperada. El horizonte inmenso pareció vacilar dos veces y luego nos hundimos en el descenso de Gesvres. Mi compañero me gritó no sé qué. Respondí con una carcajada, sintiéndome inmensamente feliz. Comprendí que mi aspecto le sorprendía, pues, sin duda, había creído atemorizarme. Mezargues se hallaba ya a nuestra espalda. No tuve ya el suficiente valor para protestar. Después de todo, pensé, no necesito más que una hora para hacer a pie el camino de regreso. Y aún salgo ganancioso...

Volvimos al presbiterio a una marcha más lenta. El cielo estaba cubierto y soplaba una brisa acre. De pronto creí despertarme de un sueño.

Afortunadamente, el camino se hallaba desierto. Sólo encontramos a la vieja Madeleine, que ataba unos haces de leña. Ni siquiera se volvió para vernos *pasar*. Creí que *monsieur* Olivier iba a llegar hasta el castillo, pero mi sorpresa fue grande al ver que me pedía permiso para entrar. No supe qué contestar. Hubiera dado cualquier cosa para poderle ofrecer algo, pues nadie sería capaz de quitar de la cabeza de un campesino como yo que un militar tiene siempre hambre y sed. Como es natural no me atreví a ofrecerle mi vino, que es una mixtura poco presentable. Encendimos fuego de troncos y él atiborró su pipa de tabaco.

—¡Lástima que me marche mañana! Podríamos haber efectuado otra excursión.

—Tengo suficiente con la experiencia de hoy... —respondí riendo—. A la gente no le gustaría ver corriendo por las carreteras a un sacerdote con la misma velocidad que un tren expreso. Además podría matarme...

—¿Tiene usted miedo a la muerte?

—No... En fin, no mucho... Pero ¿qué pensaría monseñor?

—Me es usted simpático. Podríamos ser buenos amigos.

—¿Su amigo? ¿Yo...?

—Claro que sí. Y no será porque no le conozca lo bastante... Allí —añadió aludiendo sin duda al castillo— no se habla más que de usted.

—¿Mal?

—Más o menos... Mi prima está enfadada con usted. Es una verdadera Sommerange...

—¿Qué quiere usted decir?

—Claro que yo soy también un Sommerange. Somos ávidos y duros. Nunca estamos satisfechos con nada. A veces resultamos intratables y entonces debe manifestarse, sin duda, el diablo en nosotros. Nuestras virtudes se confunden con nuestros vicios hasta tal punto que el propio Dios tendrá trabajo en distinguir las malos de los santos de la familia, si es que por ventura existen estos últimos. La única cualidad que hay en nosotros es que tememos al sentimentalismo como a la peste. Detestamos repartir con los demás nuestros placeres, aunque poseemos, en cambio, la lealtad de no molestarles con nuestras penalidades. Es ésta una cualidad bastante preciosa a la hora de la muerte, y en honor a la verdad debo decirle que acostumbramos a morir bastante bien. Ahora ya sabe usted tanto como yo de los Sommerange. Todo esto, en conjunto, forma soldados bastante aceptables. Por desgracia, el oficio de soldado no es aún apto para las mujeres. Por lo tanto, las mujeres de nuestra familia no valen mucho... Mi pobre tía les halló una divisa: «Todo o nada». Un día le dije que ese lema no significaba nada, a menos que se le diera el carácter de una apuesta. Pero esa apuesta sólo se puede hacer seriamente a la hora de la muerte, ¿no es verdad? Ninguno de nosotros ha vuelto, después de morir, para decimos si se ha mantenido la apuesta y por quién.

—Estoy seguro que cree usted en Dios.

—En nuestra familia —me respondió— eso es algo que no se pregunta. Todos creemos en Dios, absolutamente todo, hasta los peores, y aun éstos más que los otros, acaso. Creo que somos demasiado orgullosos para aceptar el mal sin ningún riesgo. Hay que enfrentarse siempre con un testigo: Dios.

Aquellas palabras hubieran tenido que rasgarme el corazón, pues era muy fácil interpretarlas como blasfemas. Sin embargo, no me causaron ninguna turbación.

—No es tan malo enfrentarse con Dios —le dije—. Pues eso obliga al hombre a emplear a fondo la esperanza, toda la esperanza de la que es capaz... —me miró con sus ojos claros.

—Mi tío le tiene por un mísero sacerdote y hasta pretende que usted... —Sentí que la sangre me subía al rostro.

—Aunque creo —añadió— que su opinión tiene que serle indiferente. Es un estúpido. En cuanto a mi prima...

—Le suplico que no acabe —le dije, sintiendo que mis ojos se llenaban de lágrimas y que no podía oponer nada a aquella súbita debilidad. El terror de mostrarla aún a mi pesar fue tal, que un escalofrío me corrió por todo el cuerpo. Fui a sentarme junto a las cenizas de la chimenea.

—Es la primera vez que veo a mi prima expresar un sentimiento con esa... De ordinario opone un rostro impenetrable a toda indiscreción.

—Sería mejor que hablara de mí...

—¡Usted!... Si no fuera por esos hábitos negros se parecería a cualquiera de nosotros. Me he dado cuenta al primer golpe de vista.

No comprendí lo que quería decir (ni siquiera lo comprendo ahora).

—¿No irá a decir que...?

—Creo que sí. Quiero decir precisamente eso. Pero quizá ignore usted que sirvo en el regimiento extranjero.

—¿En el regimiento?

—Bueno: en la legión. La palabra me produce cierto disgusto, desde que los escritores la han puesto de moda.

—Un sacerdote —balbuceé.

—¿Sacerdotes? No faltan allí. El ordenanza de mi comandante, por ejemplo, era un antiguo sacerdote de Poitou. Lo supimos después...

—¿Después...?

—Después de su muerte...

—¿Y cómo se...?

—¿Cómo murió? Atado sobre un mulo como un fardo. Tenía alojada una bala en el vientre.

—No es eso lo que le iba a preguntar.

—Escuche... no quiero mentirle. A los chicos les gusta chulear en ese momento. Poseen dos o tres fórmulas que se parecen a lo que llaman las blasfemias. Seamos francos...

—¡Qué horror!

Sentí que en mi interior estaba ocurriendo algo inexplicable. Bien sabe Dios que no me había detenido a pensar nunca en aquellos hombres duros, en su vocación terrible y misteriosa, pues para todos los de mi generación el nombre de soldado no evoca más que la imagen tópica de un civil movilizado. Recuerdo a los soldados con permiso que nos llegaban cargados de mochilas y que al anochecer volvíamos a ver vestidos como cualquier otro campesino. Y en aquel instante, las palabras de mi interlocutor me despertaban una curiosidad inexplicable.

—Hay blasfemias y blasfemias —prosiguió mi acompañante con voz reposada y casi dura—. En el espíritu de aquellos hombres, la blasfemia rio era más que una manera de cortar los puentes a su espalda según tenían por costumbre. Quizá fuera estúpido, pero no malintencionado. Al estar fuera de la ley en este mundo, se ponen por sí mismos fuera de la ley en el otro. Piensan que si Dios no salva a los soldados, a todos los soldados por el mero hecho de serlo, es inútil insistir. En el fondo, es la misma divisa: «Todo o nada». ¿No opina usted igual? Me apuesto algo a que usted mismo...

—¿Yo?

—Claro que existen diferencias de matiz. Sin embargo, si usted se dignara contemplarse un instante...

—¿Contemplarme?

No pudo contener su risa y nos echamos a reír al unísono como nos habíamos reído hacía un instante, en la carretera, al sol.

—Quiero decir que si su rostro no expresase...

Se detuvo. Pero sus claros ojos habían dejado de desconcertarme y me era posible leer en ellos su pensamiento.

—La costumbre de la oración —prosiguió—. Supongo que es eso... Aunque este lenguaje no sea familiar para mí.

—¿La oración? ¡La costumbre de la oración! ¡Si usted supiera...! ¡Rezo tan mal!

Su respuesta fue tan extraña que desde entonces me ha hecho reflexionar.

—La costumbre de la oración significa mejor para mí la preocupación perpetua de la oración, una lucha, un esfuerzo. Es el temor incesante del miedo, el miedo del miedo, lo que modela el rostro del hombre valiente. El suyo, permítame decirle que el suyo parece gastado por la plegaria, como si fuera un viejo misal; o mejor, se parece a esas figuras medio borradas, trazadas al buril sobre las losas. ¡No importa! Creo que no haría falta gran cosa para que ese rostro se transformara en el de un fuera de la ley, a nuestra manera. Además, mi tío dice que carece usted del sentido de la vida social. Confiese que nuestro orden no es el suyo.

—No rehúso su orden —le contesté—. Sólo le reprocho que sea sin amor.

—Nuestros muchachos no saben tanto como usted. Crean en Dios solidario de una justicia

que desprecian, porque es una justicia sin honor...

—El propio honor... —comencé a decir.

—Un honor a su medida, sin duda... Por muy grosero que parezca a sus casuistas, su ley tiene por lo menos el mérito de costar cara, muy cara. Se asemeja a un ara de sacrificio — una piedra, apenas más gruesa que otra—, pero chorreante de sangre lustral. Bien entendido que nuestro caso no está claro y daríamos mucho trabajo a los teólogos si esos doctores tuvieran tiempo de ocuparse de nosotros. Ninguno de ellos se atrevería a sostener que vivos o muertos pertenecemos a ese mundo sobre el que cae de lleno, después de veinte siglos, la única maldición del Evangelio. Pues la ley del mundo es la repulsa —y nosotros no rechazamos nada, ni siquiera nuestra propia piel—, el placer, y nosotros no pedimos al libertinaje más que el reposo y el olvido, además de otro ensueño, la sed del oro, cuando la mayoría de nosotros no posee más que la mortaja con que le entierran. ¡Tiene usted que convenir que esa pobreza puede sostener la comparación con la de ciertos monjes de moda, especializados en el examen de almas raras...!

—Escuche —le dije—, existe un soldado cristiano.

Mi voz tembló como tiembla cada vez que una señal indefinible me advierte que haga lo que haga, mis palabras producirán, según Dios desee, el consuelo o el escándalo.

—¿El caballero? —inquirió con una sonrisa—. En el colegio, los buenos Padres no juraban más que por su yelmo y por su escudo, dándonos la *Canción de Rolando* por la *Iliada francesa*. Evidentemente, esos famosos varones no eran lo que piensan las damiselas, pero ¡qué importa! Hay que verlos tal como se presentaban al enemigo, escudo contra escudo y codo con codo. Valían lo que valía la alta imagen a la que se esforzaban en parecerse. Y tal imagen no se la habían pedido prestada a nadie. Nuestra raza tenía la caballería en la sangre y la Iglesia no tuvo más que otorgarle sus bendiciones. Soldados, sólo soldados; eso es lo que fueron y el mundo no conoció otros. Protectores de la ciudad, no eran sus servidores, sino que trataban con ella de igual a igual. Consiguieron borrar la más alta encarnación militar del pasado, la del soldado-labrador de la antigua Roma. Sin duda no fueron todos justos ni puros, ¡claro está! No por ello dejaban de representar menos una justicia, una justicia que después de los siglos de los siglos obsesiona la tristeza de los pobres o algunas veces colma sus ensueños. Puesto que, al fin y al cabo, la justicia, en manos de los poderosos, no es más que un instrumento de gobierno como los otros. ¿Por qué la llaman justicia? Digamos mejor la injusticia, pero calculada, eficaz, basada enteramente en la experiencia espantosa de la resistencia del débil, de su capacidad de sufrimiento, de humillación y de desgracia. La injusticia mantenida al grado exacto de tensión para que den vueltas los engranajes de la inmensa máquina de fabricar ricos, sin que la caldera estalle. Y he aquí que un día corrió por toda la tierra cristiana el rumor de que iba a surgir una especie de gendarmería del Señor Jesús... Cierto que un rumor no es gran cosa. Pero cuando se piensa en el éxito fabuloso, ininterrumpido, de un libro como *Don Quijote*, es forzoso comprender que si la Humanidad no ha terminado aún de vengarse por medio de la risa de su gran esperanza fallida, es que la había alentado mucho tiempo, que había penetrado profundamente en su interior. ¡Desfacedores de entuertos, enderezadores con sus manos de hierro! Usted quizá podría decir que esos hombres daban grandes golpes, golpes poderosos, y a fuerza de ellos forjaron nuestras conciencias. Aun hoy, las mujeres pagan muy caro el derecho de llevar sus nombres, sus pobres nombres de soldados, y las ingenuas alegorías dibujadas antaño en sus escudos por algún clérigo desmañado hacen soñar a los opulentos magnates del carbón, la hulla o el acero. ¿No encuentra usted que es bastante grotesco?

—No —le respondí.

—Yo, sí. ¡Es tan divertido pensar que las gentes del mundo creen reconocerse en esas altas figuras pasando por encima de setecientos años de domesticidad, de pereza y de adulterios! Pero esos soldados no pertenecen más que a la cristiandad, y la cristiandad no pertenece ya a nadie. No hay, no habrá ya jamás cristiandad.

—¿Por qué?

—Porque no hay soldados. Si no hay soldados, no hay cristiandad. Me dirá usted que la Iglesia sobrevive y que es la principal. Así es. Sólo que no habrá más reino temporal de Cristo, se ha terminado. La esperanza ha muerto con nosotros.

—¿Con ustedes? —grité—. ¡No son soldados lo que faltan!

—¿Soldados? ¿Llama usted así a los militares? El último soldado verdadero murió el 30 de mayo de 1431 y fueron ustedes quienes le mataron, ustedes... Peor que matado: condenado, descuartizado y luego quemado.

—También hicimos de él una Santa...

—Diga usted mejor que Dios lo quiso. Y si elevó a tanta altura a ese soldado, fue porque era justamente el último. El postrero de aquella raza no podía ser más que un santo. Dios quiso, además, que fuera una Santa. Respetó el antiguo pacto de caballería. La vieja espada, jamás rendida, reposa sobre las rodillas que el más valiente de nosotros no puede abrazar más que llorando. Me gusta eso... ¿sabe usted? «¡Honor a las damas!» Lo suficiente para hacer que se mueran de rabia sus doctores que desconfían tanto de las personas de ese sexo, ¿verdad?

La broma me hubiera hecho reír, pues se parecía mucho a las que tantas veces había escuchado en el Seminario, pero veía que su mirada estaba triste, con una tristeza que conocía muy bien. Y aquella tristeza me llegó a lo más hondo del alma, y ante ella apenas sentí más que una especie de timidez estúpida, insoslayable.

—¿Qué reprocha usted a las gentes de la iglesia? —le pregunté al final, bastante estúpidamente.

—¿Yo? No mucho. El habernos hecho más laicos. La primera secularización fue la del soldado. No data de ayer. Cuando gimotean ustedes sobre los excesos del nacionalismo, deberían recordar que sonrieron antes a los legisladores del Renacimiento que se metían el derecho cristiano en el bolsillo y lo reformaban pacientemente, bajo las mismas barbas de ustedes, hasta llegar al Estado pagano que no conoce otra ley más que la de su propia salvación; las implacables patrias, llenas de avaricia y de orgullo.

—Escuche —le dije—, no conozco gran cosa de la Historia, pero me parece que la anarquía feudal tenía sus riesgos.

—Sin duda... Y ustedes no quisieron correrlos. Dejaron la Cristiandad inacabada porque se hacía demasiado lentamente, costaba mucho y producía poco. Además, ¿no habían construido ustedes sus basílicas con las piedras de los templos? ¿A qué hacer un nuevo derecho cuando el Código de Justiniano permanecía al alcance de la mano...? «*El Estado controlándolo todo y la Iglesia controlando al Estado*», esa fórmula elegante placía seguramente a los políticos de ustedes. Sólo que allí estábamos nosotros. Teníamos nuestros privilegios y por encima de las fronteras, nuestra inmensa fraternidad. Teníamos hasta nuestros claustros. ¡Monjes-soldados! Bastaba para levantar a los procónsules de sus tumbas y tampoco ustedes estaban orgullosos de ello. El honor del soldado, compéndalo, no está a disposición de las asechanzas de los casuistas. No hay más que leer el proceso de Juana de Arco. «Sobre la fe jurada a vuestros santos, sobre la fidelidad al Soberano, sobre la legitimidad del rey de Francia, volved a nosotros. Os relevamos de todo.» —«No quiero ser relevada de nada», gritó ella—. «Entonces os condenaremos.» —Y ella hubiera podido

responder: «Seré condenada con mi juramento.» Pues nuestra ley era el juramento. Ustedes habían bendecido ese juramento, pero pertenecíamos a él y no a ustedes. ¡No importa! Ustedes nos entregaron al Estado. El Estado que nos arma, nos viste y nos alimenta, se hace también cargo de nuestra conciencia. Prohibición de juzgar, prohibición hasta de comprender. Y vuestros teólogos lo aprueban como justo. Nos conceden con una mueca el permiso de matar, de matar sin que importe dónde, sin que importe cómo, de matar por orden, como verdugos. Defensores del solar patrio, lo servimos a su vez. Exención y fidelidad. A este régimen hemos llegado los militares. Y tan perfectamente militares, que en una democracia acostumbrada a todos los servilismos, la de los generales ministros logra escandalizar a los abogados. Y tan exactamente, tan perfectamente militares, que un hombre de gran temple, de gran raza como Lyautey, rechazó siempre este nombre infamante. Y además, ¿quedarán pronto militares? Todos los hombres lo son de los siete a los sesenta años... ¡Todos...! El propio nombre del ejército se hace vacío de sentido cuando los pueblos se precipitan unos contra otros como tribus de África, tribus de millones de habitantes. Y el teólogo, cada vez más hastiado, continuará firmando dispensas, fórmulas impresas, supongo, redactadas por los burócratas del Ministerio de la Conciencia Nacional. Dicho sea entre nosotros, ¿dónde se detendrían esos teólogos de ustedes? Los peores asesinos matarán sin riesgo el día de mañana. A treinta mil pies bajo tierra, cualquier repugnante ingeniero, con los pies bien calientes en sus zapatillas, no necesitará más que pulsar un botón para asesinar a una ciudad entera. Es evidente que nadie dará a ese empleado el nombre de soldado. ¿Merece siquiera el de militar? Y ustedes, que rehusaban la tierra sagrada a los pobres cómicos de la legua del siglo XVII, ¿cómo lo enterrarán? ¿Está envilecida nuestra profesión hasta el punto de sernos imposible responder de uno solo de nuestros actos, de compartir la espantosa inocencia de nuestros mecanismos de acero? ¡Vamos! El pobre diablo que atropella a su amiga sobre el césped, en una noche de primavera, es considerado por ustedes en estado de pecado mortal, y, en cambio, el asesino de ciudades, cuando los niños que acaba de envenenar terminen de vomitar sus pulmones en el regazo de sus madres, no tendrá más que cambiarse de ropa e ir a tomar el pan bendito... ¡Farsantes! Eso es lo que son ustedes. Es inútil aparentar tratar con los Césares. La ciudad antigua ha muerto, ha muerto como sus dioses. Y los dioses protectores de la ciudad moderna son conocidos y se llaman banqueros. ¡Redacten tantos concordatos como puedan! ¡Fuera de la Cristiandad, no hay sitio en Occidente para la patria ni para el soldado, y las cobardes complacencias de ustedes pronto habrán dejado que deshonren a la una y al otro!

Se levantó, envolviéndome mientras hablaba con su mirada extraña, de un azul siempre pálido, pero que en la penumbra parecía dorado. Arrojó rabiosamente su cigarrillo en la ceniza del hogar.

—¡A mí, tanto me importa! —añadió—. Estoy seguro de que me matarán antes.

Cada una de sus palabras me había penetrado hasta el fondo del corazón. ¡Ay! Dios se ha puesto en nuestras manos —su Cuerpo y su Alma—, tenemos el Cuerpo, el Alma, el honor de Dios en nuestras manos sacerdotales y, en cambio, lo que estos hombres prodigan por todos los caminos del mundo... ¿Sabríamos morir como ellos?, me pregunté. Por espacio de un instante escondí mi rostro, sobresaltado al sentir que las lágrimas se deslizaban entre mis dedos. ¡Llorar delante de él, como un niño, como una mujer! Pero nuestro Señor me infundió un poco de valor. Me levanté, dejé caer mis brazos y con un gran esfuerzo —hasta el recuerdo me hace daño— ofrecí a su vista mi triste aspecto, mis lágrimas vergonzosas. Me contempló largamente. ¡El orgullo sigue siendo muy vivo en mí! Traté de sorprender

una sonrisa de desprecio o por lo menos de piedad en sus labios voluntariosos, temiendo más su piedad que su desprecio.

—¡Es usted un buen muchacho! —me dijo—. No quisiera tener otro cura en mi lecho de muerte. —Luego me besó, a la manera de los niños, en ambas mejillas.

* * *

He decidido emprender el viaje a Lille. Mi suplente ha llegado esta mañana. Me ha hallado de bastante buen aspecto. La verdad es que mejoro, que mejoro a ojos vistas. Hago mil proyectos, todos un poco alocados. Me parece que hasta ahora he dudado bastante de mí mismo. La duda en sí no es humildad, hasta llego a creer que es algunas veces la forma más exaltada, casi delirante, del orgullo, una especie de ferocidad celosa que hace que un desgraciado se vuelva contra sí mismo para devorarse. El secreto del infierno debe estar ahí.

Temo que haya habido en mí el germen de un gran orgullo. Hace tiempo que la indiferencia que siento por eso que se conviene en llamar las vanidades de este mundo me inspira más desconfianzas que satisfacción. Me repito que hay algo turbio en la especie de repulsión inevitable que siento hacia mi ridícula persona. El poco cuidado que tengo conmigo mismo, la desmaña natural contra la que ni siquiera lucho y hasta el placer que encuentro en ciertas minúsculas injusticias que me hacen —más hirientes, por lo demás, que muchas otras— ¿no esconden una decepción cuya causa no es pura a la mirada de Dios? Ciertamente que todo eso me conserva en disposiciones muy pasables respecto al prójimo, pues mi primer movimiento es echarme la culpa de todo, pero ¿no es menos cierto que pierdo, poco a poco, la confianza, el ímpetu, la esperanza en algo mejor?... Mi juventud— al fin y al cabo la que tengo —no me pertenece, ¿tengo el derecho de tenerla bajo el yugo? Claro que si las palabras de *monsieur* Olivier me han dado alguna satisfacción, no por ello he perdido la cabeza. Me doy cuenta tan sólo de que puedo llevarme del primer golpe las simpatías de seres que sé son superiores en tantas cosas... ¿No es un signo?

Recuerdo también unas palabras del señor cura de Torcy: «Tú no estás hecho para la guerra de desgaste». Y hasta ahora, ésa ha sido la lucha que he llevado.

¡Si me curara, Dios mío! Si la crisis que sufro fuera el primer sufrimiento de la transformación física que marcan algunas veces los treinta años... Una frase leída no sé dónde, me obsesiona desde hace días: «Mi corazón está con los de la vanguardia, mi corazón está con los que se hacen matar». Los que se hacen matar... Soldados, misioneros...

El tiempo se complementa admirablemente con mi... iba a escribir «mi alegría», pero la palabra no sería justa. Espera, convendría mejor. Sí; una gran, una maravillosa espera que alienta incluso durante el sueño, pues ella me ha despertado positivamente esta noche. Me he encontrado con los ojos abiertos, en la obscuridad, y tan dichoso que la impresión era casi dolorosa a fuerza de ser inexplicable. Me he levantado, he bebido un vaso de agua y me he pasado rezando hasta el alba. Era como un gran murmullo del alma. Aquello me hizo pensar en el inmenso rumor de los follajes que precede al despuntar el día. ¿Qué día va a despuntar en mí? ¿Me ha concedido Dios una gracia?

* * *

He encontrado en mi buzón unas líneas de *monsieur* Olivier fechadas en Lille, donde

pasará, me dice, sus últimos días de permiso, en casa de un amigo, en el número 30 de la calle Verte. No recuerdo haberle hablado de mi próximo viaje a esa ciudad. ¡Qué extraña coincidencia!

El coche del señor Bigre acudirá a buscarme esta misma madrugada a las cinco treinta.

Ayer noche me acosté muy prudentemente. Pero no pude conciliar el sueño. Resistí largo rato la tentación de levantarme, de reanudar este diario una vez más. ¡Cuánto afecto siento hacia él! Hasta la propia idea de dejarlo aquí durante una ausencia, sin embargo, tan corta, se me hace insoportable. Creo que no lo resistiré y que a última hora lo meteré en la maleta. Además, los cajones cierran mal y siempre es posible una indiscreción.

¡Ay! Creemos no poseer nada y un día nos damos cuenta de que hasta el más pobre de los hombres tiene su tesoro escondido. Los menos precisos, en apariencia, no son los menos temibles, sino todo lo contrario. Claro que hay algo de enfermizo en el apego que siento hacia estas páginas. Han sido un gran socorro en el momento de la prueba y hoy me suministran un testimonio muy precioso, demasiado humillante para que me complazca, lo bastante preciso para fijar mi pensamiento. Ellas me han librado del sueño.

Es posible y hasta probable que me sean inútiles de ahora en adelante. ¡Me abrumba Dios con tantas gracias, tan inesperadas y tan extrañas! Estoy desbordante de confianza y de paz. He echado un haz de sarmiento al hogar y contemplo su llamear antes de seguir escribiendo. Si mis antepasados bebieron mucho y comieron poco, debieron tener también la costumbre de pasar frío, pues delante de una gran hoguera siento no sé qué sorpresa estúpida de niño o salvaje. ¡Qué serena está la noche! Tengo la seguridad de que no volveré a conciliar el sueño.

Estaba acabando de hacer mis preparativos, esta misma tarde, cuando oí rechinar la puerta de entrada. Aguardaba al suplente y creí reconocer sus pasos. Si he de decirlo todo, confesaré que en aquel instante me hallaba absorto en un trabajo bastante ridículo. Mis zapatos están en buen estado, pero la humedad los ha enrojecido y trataba de ennegrecerlos con tinta antes de embetunarlos. Al no oír ningún ruido más me dirigí a la cocina, viendo allí a *mademoiselle* Chantal sentada en una silla baja, ante la chimenea. Tenía los ojos fijos en las cenizas y ni me miró al oírme entrar.

Reconozco que su presencia no me sorprendió. Al estar de antemano resignado a asumir todas las consecuencias de mis faltas voluntarias o no, tengo la impresión de disponer de un plazo de gracia, de una prórroga. Pero no quiero prever nada, ¿para qué? Le di los buenos días y pareció desconcertarse.

—Parece que se marcha usted mañana.

—Sí, señorita.

—¿Volverá?

—Depende.

—Creo que no depende más que de usted mismo...

—No; depende del médico. Voy a Lille a consultarle.

—Tiene usted una gran suerte estando enfermo. Me parece que la enfermedad debe conceder mucho tiempo para soñar. Yo no sueño nunca. En mi mente todo se desarrolla con

una horrible precisión, como las cuentas de un alguacil o un notario. Las mujeres de nuestra familia son muy positivas...

Seguí extendiendo cuidadosamente el betún por mis zapatos. Ella se acercó a mí. No me hubiera extrañado que nuestra conversación se terminara en aquel instante con una carcajada. Tal vez adivinara mi pensamiento. De pronto me dijo con voz silbante:

—¿Le ha hablado mi primo de mí?

—Sí —respondí—. Pero me resultaría imposible explicar nada sobre nuestra conversación. Ya no me acuerdo...

—¿Qué me importa? Me río de la opinión de mi primo y también de la de usted.

—Me parece que, por el contrario, tiene usted mucho interés por conocer la mía...

Pareció titubear un instante y luego me respondió con una afirmación. Parecía no gustarle la mentira.

—Un sacerdote no tiene nunca opinión... quisiera que comprendiese eso. La gente del mundo se juzga con relación al bien o al mal que son capaces de hacerse entre sí. Y usted no puede hacerme ni bien ni mal.

—Por lo menos debería usted juzgarme según... ¿Qué sé yo? En fin, según los preceptos y la moral...

—No puedo juzgarla más que por la gracia... E ignoro las que le han sido concedidas. Lo ignoraré siempre.

—¡Vaya! ¡Vaya! Usted tiene ojos y oídos y supongo que debe servirse de ellos como todo el mundo.

—Estoy seguro de que no lograría ver nada de usted... —creo que sonreí.

—¡Acabe usted! ¿Qué quiere decir?

—Temo ofenderla... Cuando era niño, recuerdo que vi un día en Wilman una escena de polichinelas. Polichinela había escondido su tesoro en una olla de barro y gesticulaba en el otro extremo de la escena para distraer la atención del comisario. Creo que usted se agita también mucho con la esperanza de esconder la verdad de su alma o tal vez de olvidarla... Parecía escucharme atentamente, con los codos apoyados sobre la mesa y la barbilla apoyada en ambas palmas.

—No temo a la verdad, señor. Y si usted me desafía, soy muy capaz de confesarme en este mismo instante. No le ocultaré nada; se lo juro.

—No quiero desafiarla —le dije—. Y para aceptar oírla en confesión tendría que estar usted en peligro de muerte. Espero que la absolución llegará a su debida hora y de cualquier otra mano que la mía seguramente.

—¡La predicción no es difícil de hacer! Mi padre se ha empeñado en obtener su traslado y todo el mundo le toma aquí por un borracho, porque...

Me volví bruscamente.

—¡Basta! —le dije—. No quisiera faltarle al respeto, pero le ruego que no vuelva a comenzar con sus estupideces. Acabaría por avergonzarme. Ya que se halla usted aquí, contra la voluntad de su padre, ¿por qué no me ayuda a arreglar la casa? Yo solo no puedo hacerlo con tanta prisa...

Cuando ahora lo pienso, no acierto a comprender cómo pudo obedecerme. Sin embargo, en aquel instante lo encontré natural. El aspecto de mi presbiterio cambió inmediatamente. Ella trajinaba en silencio, y al mirarla de reojo me di cuenta de que había palidecido gradualmente. De pronto, arrojó al suelo el trapo con que limpiaba los muebles y se acercó a mí de nuevo, con el rostro trastornado de rabia. Llegó casi a darme miedo.

—¿Le basta ya con esto? ¿Está contento? Sabe usted esconder muy bien su juego. Se le

cree inofensivo, casi llega a inspirar lástima..., pero en realidad es duro.

—No soy yo el duro, sino esa parte inflexible de sí misma, que es la de Dios.

—¿Qué es lo que está diciendo? Sé perfectamente que Dios no quiere más que a los dulces, a los humildes... ¡Además, si le dijera lo que pienso de la vida...!

—A su edad no puede pensarse gran cosa. Se desea únicamente eso o aquello, y nada más.

—Pues yo deseo el bien y el mal en su totalidad. Y estoy dispuesta a conocerlo todo.

—Acabará usted en seguida —le dije riendo.

—A pesar de ser una jovencita, conocí a mucha gente que murió antes de lograr ese conocimiento —añadió ella.

—Es que ellos no debían buscarlo en realidad... Sin duda se limitaban a soñar. Pero usted no soñará jamás. Los que nombra, debían ser viajeros en su misma habitación. Cuando se marcha en línea recta, la tierra es pequeña.

—No me importa que la vida me decepcione. ¡Me vengaré! Haré mal por mal...

—En ese instante —le dije—, habrá usted hallado a Dios. Sin duda no me explico demasiado bien, y además es usted casi una niña. Pero en fin, puedo decirle que anda usted dando la espalda al mundo, pues el mundo no es rebeldía, sino aceptación. Y es, en primer lugar, aceptación de la mentira. Marche hacia delante tanto como quiera; la muralla tendrá que ceder un día y todas las brechas se abrirán al cielo.

—Está usted hablando así al dictado... al dictado... de la fantasía o bien...

—Es cierto que los humildes poseerán la tierra y no se la disputarán aquellos que se parezcan a usted, porque no sabrían qué hacer de ella. Los secuestradores no secuestran más que el reino de los cielos...

Se ruborizó, encogiéndose de hombros.

—Oyéndole, entran ganas de responder no sé qué... Insultos, sin duda. ¿Es que cree poder disponer de mí contra mi voluntad? Podría condenarme si lo desea.

—Respondo de usted —le dije sin reflexionar—. Alma por alma.

Había comenzado a lavarse las manos en el grifo de la cocina y ni siquiera volvió la cabeza. Después se puso tranquilamente el sombrero que se había quitado para trajinar. Se dirigió hacia mí a paso lento. Si no conociera tan bien su rostro, hubiera dicho que hasta estaba sereno en aquel instante. Pero las comisuras de su boca temblaban un poco.

—Le propongo un trato —me dijo—. Si es usted lo que creo...

—No soy precisamente lo que usted se cree. Se ve a usted misma reflejada en mí como en un espejo. Y también ve a su destino...

—Me hallaba oculta debajo de la ventana cuando usted hablaba con mi madre. De pronto, vi que el rostro de ella se volvía tan... tan dulce, que, en aquel instante le odié a usted. ¡No creo en los milagros mucho más que en los fantasmas! Pero hasta entonces había creído conocer a mi madre. Le importaban tan poco las frases hermosas como puede importarle una manzana a un pez. ¿Es que posee usted un secreto? ¿Sí o no?

—Es un secreto perdido —le respondí—. Usted lo encontrará, para perderlo a su vez. Y otros lo transmitirán después que usted, pues la raza a la que pertenece durará tanto tiempo como el mundo. Como este mundo.

—¿Qué está diciendo? ¿A qué raza alude?

A la que Dios puso en marcha y no se detendrá hasta que todo se haya consumado.

III

Es vergonzoso que no me queden siquiera fuerzas para coger la pluma. Mis manos tiemblan. El temblor no es continuo, sino por crisis, bastante cortas, que ni siquiera llegan a durar algunos segundos. Me esfuerzo en anotar esto.

Si me quedara dinero, tomaría el tren para Amiens. Pero hace unos instantes, al salir de la casa del médico, he tenido un gesto absurdo. ¡Qué estupidez! No me queda más que el billete de vuelta y un franco cincuenta y cinco.

Supongamos que todo hubiera salido bien: quizá estuviera aquí en este mismo lugar, escribiendo como ahora. Recuerdo que me llamó la atención este pequeño cafetín tranquilo, con su trastienda desierta, tan cómoda, y las grandes mesas de madera mal encuadradas. (La panadería inmediata exhala un maravilloso perfume de pan tierno.) Siento apetito... Claro que sí... Hubiera ocurrido todo igual. Habría sacado este cuaderno de mi zurrón, habría pedido pluma y la misma sirvienta me lo habría traído con idéntica sonrisa. Y yo también habría sonreído. La calle está llena de sol...

Cuando relea estas líneas mañana, dentro de seis semanas —seis meses, acaso, ¿quién sabe?—, presiento que desearía hallar... ¡Dios mío! ¿Qué es lo que desearía hallar? Pues bien; la prueba, sólo la prueba de que hoy me muevo, voy y vengo como de costumbre. Es infantil...

Me dirigí en línea recta a la estación. Entré en una vieja iglesia cuyo nombre ignoro. Había bastante gente. Quizá sea también eso infantil, pero hubiera querido arrodillarme libremente sobre las losas, o mejor tenderme con el rostro contra el suelo. Hasta aquel instante no había sentido jamás con tanta violencia la rebelión física contra la plegaria, tan limpiamente que no me daba ningún remordimiento. Mi voluntad era impotente. Nunca hubiera creído que lo que se nombra con la palabra tan banal de distracción pudiera tener ese carácter de disociación, de atomización. Pues no luchaba contra el miedo, sino contra un número, infinito en apariencia, de miedos... un miedo para cada fibra, una multitud de miedos. Y al cerrar los ojos tratando de concentrar mi pensamiento, me parecía escuchar el cuchicheo como de una multitud inmensa, invisible, agazapada en el fondo de mi angustia como en el seno de la noche más profunda.

El sudor goteaba de mi frente, de mis manos. Acabé por levantarme y salir. El frío de la calle se apoderó de mí. Eché a andar apresuradamente. Creo que de haber sufrido, hubiera podido apiadarme de mí mismo, llorar sobre mí y mi desgracia. Pero no sufría, sino que sentía una ligereza incomprensible. Mi estupor, al contacto con aquella multitud estentórea, parecía el súbito acometer de la alegría. Me daba alas.

He encontrado cinco francos en el bolsillo de mi abrigo. Los había guardado para el chófer del señor Bigre, pero me olvidé de dárselos. He pedido café y uno de esos panecillos que tan bien olían. La dueña del cafetín se llama *madame* Duploy y es la viuda de un albañil establecido en Torcy. Después de observarme largo rato desde el mostrador, ha terminado por sentarse a mi lado y contemplarme mientras comía.

—A la edad de usted, no se come —me ha dicho—, se devora.

He tenido que aceptar mantequilla, esa mantequilla de Flandes que huele a avellana. El único hijo de la señora Duploy murió de tuberculosis y su nieta de una meningitis, a los veinte meses. Ella sufre de diabetes y tiene las piernas hinchadas, pero no puede hallar comprador del cafetín, que nadie frecuenta. La consolé lo mejor que pude. La resignación de tales gentes me avergüenza. Parece no tener nada de sobrenatural porque la expresan en su lenguaje, que no tiene ya nada de cristiano. Es lo mismo que decir que no la expresan, que no se expresan ya a sí mismos. Salen adelante con refranes y frases de periódico.

Al enterarse de que no volvería a coger el tren hasta la noche, *madame* Duploy tuvo la gentileza de poner la trastienda a mi entera disposición.

—De esa manera —dijo— podrá usted seguir escribiendo tranquilamente su sermón.

Me ha costado trabajo disuadirla de que encendiera la estufa (todavía me quedan restos del temblor).

—En mi juventud —dijo— los sacerdotes se alimentaban mucho. Tenían mucha sangre. Hoy están ustedes más delgados que unos gatos vagabundos.

Debió sorprenderle mi mueca, pues añadió precipitadamente:

—Al principio todo es duro... ¿Pero qué importa? A su edad se tiene toda la vida por delante.

Abrí la boca para responder y... La verdad era que no había comprendido. Sin embargo, antes de haber pensado en nada, sabía que seguiría guardando silencio: ¡guardar silencio! ¡Qué palabras más extrañas! Cuando es el silencio quien nos guarda.

(Dios mío: Tú lo has querido así y he reconocido tu mano. La he creído sentir sobre mis labios.)

Madame Duploy me abandonó para volver a su sitio en el mostrador. Acababa de entrar gente y unos obreros almorzaban. Uno de los obreros me vio por encima del medio tabique que separaba la trastienda y debió decirles algo a sus compañeros, pues éstos prorrumpieron en carcajadas. Su rumor de voces no me molestó, sino todo lo contrario. El silencio interior —el que Dios bendice— no me ha aislado jamás de los otros seres. Al contrario: me parece que penetran en mi interior y que les recibo como en el umbral de mi casa. Y acuden aún a pesar suyo. Por desgracia no me es posible ofrecer más que precario refugio, pero imagino el silencio de ciertas almas como inmensos lugares de asilo. Los pobres pecadores, cansados y sin fuerzas, entran a tontas, se duermen y vuelven a marcharse, consolados, sin conservar recuerdo alguno del gran templo invisible donde han descargado un instante su lastre.

Verdaderamente resulta un poco estúpido evocar uno de los más misteriosos aspectos de la Comunión de los Santos a raíz de esta resolución que acabo de tomar y que me hubiera podido ser dictada por la sola prudencia humana. No es culpa mía si sigo dependiendo siempre de la inspiración del momento o mejor, a decir verdad, de un movimiento de esta

dulce piedad de Dios a la que me abandono. De pronto he comprendido que desde mi visita al médico ardía en deseos de confiar mi secreto, de compartir la amargura con cualquiera. Y he comprendido también que para volver a hallar la serenidad, me basta callar.

Mi desgracia no tiene nada de extraño. Hoy mismo, centenares, acaso miles de hombres, a través del ancho mundo, oirían pronunciar semejante sentencia con igual estupor. Entre ellos, yo soy probablemente uno de los menos capaces de dominar un primer impulso, conozco muy bien mi debilidad. Pero la experiencia me ha enseñado que conservo de mi madre, y sin duda de muchas otras pobres mujeres de mi raza, una especie de fortaleza casi irresistible a la larga, porque no trata de medirse con el dolor, sino que se desliza en su interior, convirtiéndolo en hábito poco a poco. Nuestra fuerza reside ahí. ¿Cómo explicar si no el encarnizado apego a la vida dé tantas desgraciadas cuya espantosa paciencia termina por agotar la ingratitud y la injusticia del marido, de los hijos, de los parientes...? ¡Oh bienhechoras de los pobres!

Hay que permanecer en silencio. Tengo que callar, durante tanto tiempo como se me permita el silencio. Y eso puede durar semanas, meses. ¡Cuando pienso que hubiera bastado, sin duda, una palabra, una mirada piadosa, una simple pregunta, quizá, para que ese secreto se me escapara...! Estaba ya al borde de mis labios y ha sido Dios quien lo ha retenido.

¡Oh! Sé muy bien que la compasión del prójimo alivia un momento, y no es que quiera despreciarla. Pero no apaga la sed y se derrama en el alma como a través de un filtro. Y cuando nuestro sufrimiento ha pasado de piedad en piedad, como de boca en boca, me parece que no podemos ya respetarlo ni amarlo.

Otra vez estoy sentado en esta mesa. He querido volver a visitar la iglesia de donde he salido tan avergonzado de mí mismo esta mañana. Estaba fría y oscura. Pero lo que yo aguardaba no ha llegado.

Al regresar, *madame* Duploy me ha obligado a compartir su almuerzo. No me he atrevido a rehusar. Hemos hablado del señor cura de Torcy, a quien ella conoció como vicario en Presles. Parece que le temía bastante. He comido caldo y legumbres. Durante mi ausencia, la buena mujer había encendido la estufa, y una vez terminada la comida me ha dejado solo, en un rincón confortable, delante de una taza de café. Me he sentido tan bien que hasta me ha acometido una ligera somnolencia. Al despertarme...

(¡Dios mío! Es necesario que lo escriba. Pienso en aquellas mañanas, en mis últimas mañanas de esta se mana, en el despuntar del alba, en el canto de los gallos... En la alta ventana, apacible, aún llena de oscuridad, donde un cristal siempre el mismo, el de la derecha, comienza a reflejar la aurora... ¡Qué fresco y puro era todo...!)

Llegué a casa del doctor Lavigne bastante temprano. Inmediatamente fui introducido. La sala de espera estaba en el más completo desorden, y una sirvienta, de rodillas, enrollaba una alfombra. Tuve que aguardar algunos segundos en el comedor, que *parecía* estar como lo habían dejado la víspera, con los postigos cerrados, el mantel puesto, unas migas de pan crujiendo bajo mis zapatos y un olor a humo frío de cigarro. Finalmente, la puerta se abrió a mi espalda y el médico me hizo señas de que pasara.

—Discúlpeme por recibirle en esta habitación —me dijo—. Es el cuarto de juego de mi hija. Hoy está todo el piso revuelto. El propietario se empeña en que cada mes venga un equipo de limpieza... ¡tonterías! En estos días no recibo más que a las diez, pero me parece que tiene usted mucha prisa. En fin; aquí tenemos un sofá que es lo que nos interesa. Podrá usted tenderse, que es lo principal.

Corrió los visillos y la luz le dio en pleno rostro. No le había imaginado tan joven. Su rostro estaba tan delgado como el mío y de un color tan extraño que creí al principio que era efecto de un juego de luz. Parecía un reflejo bronceado, de impaciencia, pero sin ninguna dureza, sino todo lo contrario. En el momento de quitarme mi chaleco de punto, excesivamente sucio, me volvió la espalda. Me senté tímidamente en el sofá, temeroso de tenderme. Además, estaba lleno de juguetes más o menos rotos y había hasta una muñeca de trapo manchada de tinta. El médico la cogió, colocándola sobre una silla, y después de hacerme algunas preguntas me auscultó cuidadosamente. Su rostro, encima del mío, tenía una expresión casi extática y el largo mechón de pelo negro rozaba mi frente. Contemplé su cuello enjuto, descamado, apretado por un cuello de celuloide amarillento ya. La sangre, al fluir poco a poco a sus mejillas, fue acentuando su tinte cobrizo. Me inspiró, ¿por qué no decirlo?, un poco de miedo y algo de repulsión.

Su examen duró largo rato. Me sorprendió que concediera tan poca atención a mi pecho enfermo y que en cambio pasara la mano varias veces sobre mi hombro izquierdo, en el lugar de la clavícula, al tiempo que silbaba distraídamente. La ventana daba a un pequeño patio, y a través de los cristales vi un muro, negro por el hollín, donde se abrían unas aberturas tan estrechas que parecían aspilleras. Como es natural, yo me había formado una idea muy diferente del profesor Lavigne y de su hogar. La habitación me pareció bastante sucia y —ignoro por qué— la vista de aquellos juguetes rotos y en especial de aquella muñeca, me acongojaron el corazón.

—Vístase —me dijo.

Una semana antes habría aguardado el peor diagnóstico. Pero desde hacía unos cuantos días me encontraba tan mejorado, que los minutos que el médico tardó en hablarme me parecieron largos, muy largos. Intenté pensar en *monsieur* Olivier, en nuestro paseo del limes anterior, en aquella carretera reluciente... El temblor de mis manos era tan fuerte, que al calzarme, rompí dos veces el cordón de mi zapato.

El médico comenzó a pasear arriba y abajo, por el cuarto. Luego se acercó a mí, con una amplia sonrisa en los labios. Pero su sonrisa sólo me tranquilizó a medias.

—Bien... Preferiría que le hicieran una radiografía, Le daré una recomendación para el hospital. Pregunte por el doctor Grousset. Desgraciadamente, tendrá que aguardar hasta el lunes...

—¿Es necesaria esa radiografía?

Pareció vacilar un segundo antes de responder. Me parece que en aquel breve espacio de tiempo habría sido capaz de escuchar cualquier cosa sin conmoverme. Pero sé por experiencia que cuando se alza en mí esa muda llamada que precede a la oración, mi rostro adopta una expresión parecida a la angustia. Pienso ahora que el médico debió equivocarse

sobre lo que reflejaba mi cara. Su sonrisa se acentuó; una sonrisa franca, casi afectuosa.

—Sólo es una pura fórmula. ¿Para qué retenerle más tiempo en la ciudad? Vuelva tranquilamente a su casa.

—¿Podré seguir desempeñando mi ministerio?

—Claro que sí. (Sentí que una oleada de sangre me afluía al rostro.) No es que pretenda que sus molestias han terminado. La crisis puede volver de un momento a otro. ¿Qué quiere usted? Hay que aprender a vivir con su dolencia. Para eso nos hallamos aquí todos, más o menos. No le impongo siquiera régimen: no coma más que lo que le apetezca. Y cuando no pueda comer más, no insista y vuelva a la leche, al agua azucarada... Le estoy hablando como amigo, como camarada. Si los dolores son muy vivos, tome una cucharada sopera de la poción que voy a recetarle, una cucharada cada dos horas, nunca más de cinco cucharadas por día, ¿entendido?

—Bien, señor profesor.

Colocó un velador junto al sofá, delante de mí, encontrándose de pronto cara a cara con la muñeca de trapo que parecía levantar hacia él su informe cabeza donde la pintura se caía a pedazos, semejante a escamas. La tiró rabiosamente al otro extremo de la habitación e hizo un ruido extraño al chocar contra el tabique antes de caer al suelo. Luego quedó como un montón informe, tendida de espaldas, con los brazos y las piernas al aire. No me atreví a mirarla.

—Escuche —dijo de pronto el médico—, creo decididamente que debería usted someterse á una radiografía, pero no corre prisa. Vuelva a visitarme dentro de ocho días.

—Si no es absolutamente necesario...

—No tengo derecho a hablarle de otra manera. Después de todo, nadie es infalible. Pero, sobre todo, no permita que Grousset le llene la cabeza. Un radiólogo es un radiólogo y nadie le pide discursos. Cuando vuelva, hablaremos... De todas maneras, si quiere hacerme caso, no cambie ninguna de sus costumbres habituales. Lo peor que puede ocurrirle a una persona es interrumpir su trabajo, sea por la causa que fuere.

Siguió hablando, pero yo apenas le escuchaba. Sentía unos deseos enormes de volver a hallarme en la calle, al aire libre.

—Bien, señor profesor.

Me levanté. Me miró fijamente.

—¿Quién diablos le ha enviado aquí?

—El doctor Delbende.

—¿Delbende? No lo conozco.

—El doctor Delbende murió hace poco...

—¡Ah! Perfectamente. Vuelva dentro de ocho días. Lo he pensado mejor y le acompañaré a ver a Grousset. Del martes en ocho, ¿de acuerdo?

Casi me empujó fuera de la habitación. Desde hacía algunos minutos, su rostro, tan sombrío antes, había adquirido una rara expresión; parecía alegre, con una alegría convulsiva, excitada, como un hombre que a duras penas pudiera contener su impaciencia. Salí sin atreverme a estrecharle la mano y apenas cruzado el umbral me di cuenta de que me había olvidado la receta. La puerta acababa de cerrarse, creí escuchar unos pasos en el salón y supuse que el cuarto estaba vacío. Cogería la receta que estaba encima de la mesa, sin molestar a nadie... Abrí. Él seguía allí, apoyado en el hueco de la estrecha ventana, con una pernera de su pantalón caída y aproximando a su muslo una jeringuilla que brillaba metálicamente entre sus dedos. No puedo olvidar su horrible sonrisa que la sorpresa no logró borrar inmediatamente, mientras su mirada me fulminaba, colérica.

—¿Qué le ocurre?

—Vengo a buscar la receta —balbucí. Di un paso hacia la mesa, pero el papel no estaba ya allí.

—Me la habré metido en el bolsillo —dijo—. Aguarde un segundo.

Se hundió la aguja con un golpe seco y luego se adelantó unos pasos, permaneciendo inmóvil, sin dejar de mirarme y con la jeringa aún en la mano. Sus ojos brillaron desafiantes.

—Con esto, querido amigo, puede uno prescindir de Dios.

Creo que mi turbación le desarmó.

—No ha sido más que una broma de estudiante. Acostumbro a respetar todas las opiniones, hasta las religiosas. Claro que yo no comparto ninguna. Para un médico no existen opiniones; sólo hay hipótesis.

—Señor profesor...

—¿Por qué me llama usted profesor? ¿Profesor de qué?

En aquel momento le tomé por un loco.

—¡Respóndame, hombre de Dios! —añadió—. Viene usted recomendado por un colega del que no conozco siquiera el nombre y me trata usted de profesor.

—El doctor Delbende me aconsejó que me dirigiera al profesor Lavigne.

—¿Lavigne? ¿Es que se burla usted de mí? Su doctor Delbende debía ser bastante estúpido. Lavigne murió en el mes de enero, a los setenta y ocho años. ¿Quién le dio mi dirección?

—La hallé en un anuario...

—Pues no me llamo Lavigne, sino Laville. ¿Es que no sabe usted leer?

—Estoy confundido —le dije—. Le pido a usted perdón.

Dio unos pasos hasta colocarse ante la puerta como si quisiera interceptarme el paso. Me pregunté para mis adentros si conseguiría alguna vez salir de aquella habitación. Me sentía cogido en una trampa y el sudor corría por mi frente.

—Yo soy quien le pide perdón. Si lo desea, puedo escribirle una tarjeta para otro profesor. Dupetirpé, por ejemplo... Pero dicho sea entre nosotros, creo que es inútil. Conozco el oficio tan bien como estas gentes de provincia. Estuve interno en un hospital de París y fui tercero en mi promoción... Disculpe si estoy haciendo mi propia apología. El caso de usted no tiene la menor complicación y cualquiera lo trataría igual que yo.

Intenté adelantarme hacia la puerta. Sus palabras no me inspiraban desconfianza alguna y era tan sólo su mirada la que me causaba una molestia indecible. Era excesivamente brillante y muy fija, demasiado fija.

—No quisiera abusar —le dije.

—No abusa usted (consultó el reloj); mis consultas no comienzan hasta las diez. Tengo que confesar —añadió— que es la primera vez que sostengo un coloquio con uno de ustedes, en fin, con un sacerdote, con un sacerdote joven. Confieso también que el hecho es bastante extraño.

—Lamentaría darle una mala opinión de todos nosotros —respondí—. Soy un sacerdote bastante corriente.

—¡Nada de eso! Me interesa usted enormemente. Tiene usted una fisonomía muy... muy notable. ¿No se lo han dicho nunca?

—Jamás... —exclamé—. Creo que se burla de mí.

Me volvió la espalda, encogiéndose de hombros.

—¿Ha habido muchos sacerdotes en su familia?

—Ninguno, señor. Claro que no conozco gran cosa de los míos. Las familias como la mía

carecen de historia.

—Se equivoca... La historia de su familia está escrita en cada arruga de su rostro. ¡Y hay muchas!

—No deseo leerla, ¿para qué? Que los muertos amortajen a los muertos.

—También amortajan a los vivos. ¿Se cree usted libre?

—Ignoro cuál es mi parte de libertad, si es grande o pequeña. Creo solamente que Dios me ha dejado la necesaria para que vuelva a ponerla un día en sus manos.

—Discúlpeme —dijo tras un largo silencio—. He debido parecerle grosero. La verdad es que pertenezco a una familia... una familia del género de la suya, supongo. Al verle, he tenido inmediatamente la impresión desagradable de hallarme ante... ante mi doble. ¿Acaso me cree usted loco?

Involuntariamente, mis ojos se fijaron en la jeringa. Él se echó a reír.

—No... La morfina no emborracha, puede estar seguro. Despeja mucho la mente. Le pido lo que usted espera probablemente de los rezos, el olvido.

—Perdón —le dije—. No se pide olvido con los rezos, sino fuerza.

—La fuerza no me serviría de nada.

Cogió la muñeca de trapo del lugar donde la había tirado antes y la colocó cuidadosamente sobre la chimenea.

—Le deseo que rece con tanta facilidad como me clavo esta aguja bajo la piel. Pues los ansiosos de su especie no rezan nunca o rezan mal. Confiese que no le gusta de la plegaria más que el esfuerzo, la violencia que se hace a sí mismo y a pesar suyo. El gran nervioso es casi siempre su propio verdugo.

Cuando reflexiono, no me explico la especie de vergüenza que me acometió al escuchar aquellas palabras. Ni siquiera me atreví a levantar los ojos.

—No vaya a tomarme por un materialista a la antigua usanza. El instinto de la oración existe en el fondo de cada uno de nosotros y no es menos inexplicable que los otros. Supongo que debe ser una de las formas de la lucha obscura del individuo contra la raza. ¡Pero la raza lo absorbe todo, silenciosamente! Y la especie, a su vez, devora a la raza para que el yugo de los muertos aplaste un poco más a los vivientes. No creo que desde hace siglos ninguno de mis antepasados sintiera jamás el menor deseo de saber más que sus antecesores. En el pueblo de Maine donde vivimos siempre, se dice corrientemente: obstinado como un Triquet... Triquet es nuestro sobrenombre, un apodo inmemorial. Y obstinado, entre nosotros, significa zopenco, tosco. Pues bien: yo nací con ese furor de aprender, lo que ustedes llaman *libido sciendi*. Cuando pienso en los años de mi juventud pasados en mi minúscula habitación de la *rue* Jacob y en las noches de aquella época, me asalta una especie de terror, de terror casi religioso. ¿Y para acabar en qué? ¿En qué...? Esa curiosidad, desconocida en los míos, la mato ahora a pequeños golpes, a dosis de morfina. Y si eso tarda demasiado... ¿No ha tenido usted nunca la tentación del suicidio? El hecho no es raro, sino casi normal entre los nerviosos de su especie...

No supe qué responder. Estaba fascinado.

—Cierto que el gusto del suicidio es un don, un sexto sentido o algo así, con el que se nace. Observe que procuraría hacerlo discretamente. Me dedico a cazar. En cualquier momento puedo atravesar un seto, disparando el fusil sobre mí, ¡pam! y a la mañana siguiente me encontrarían con la nariz hundida en la hierba, cubierto de rocío, sereno y tranquilo, mientras se alzarán los primeros humos sobre los árboles y sonase el *canto* de los gallos y el gorgojeo de los pájaros. ¿No le tienta a usted eso?

¡Dios mío! Por un instante creí que estaba enterado del suicidio del doctor Delbende y

estaba representando aquella comedia atroz. ¡Pero no...! Su mirada era sincera. Y por muy emocionado que me hallara, me daba cuenta de que mi presencia —por razones que ignoro— le agitaba, haciéndosele más intolerable a cada segundo que transcurría y que, sin embargo, no se sentía con fuerzas para dejarme. Estábamos presos mutuamente, el uno del otro.

—Personas como nosotros deberíamos no nacer —dijo con voz sorda—. No sabemos dirigirnos a nosotros mismos, no sabemos dirigirnos. Apuesto a que estuvo usted en el seminario, exactamente igual a como yo estuve en el liceo de Provins. Dios o la Ciencia, ¿qué importa? Nos abalanzábamos sobre lo que fuera. ¿Y qué? Henos aquí ante el mismo...

—Se interrumpió bruscamente. Yo hubiera entendido lo que quería decir de no haber estado pensando en escaparme.

—Un hombre como usted —le dije—, no vuelve la espalda a Ja meta.

—Es la meta quien me ha vuelto la espalda —respondió—. Dentro de seis meses habré muerto.

Creí que seguía hablando del suicidio y él leyó probablemente el pensamiento en mis ojos.

—Me pregunto por qué estoy haciendo el farsante ante usted. Su mirada provoca el deseo de contar historias, sean las que sean. ¿Suicidarme? ¿Para qué? Es un pasatiempo de gran señor, de poeta, una elegancia fuera de mi alcance. No quisiera que me tomara por un cobarde.

—No le tomo por un cobarde —le dije—. Pienso solamente en la... que esa droga...

—No hable usted con menosprecio de la morfina. Usted mismo, algún día...

Me miró con dulzura.

—¿Ha oído hablar alguna vez de la linfogranulomatosis maligna? ¿No? Claro; no es una enfermedad para el público. Compuse mi tesis sobre ella, figúrese usted. Así es que no puedo equivocarme. Me concedo a mí mismo tres meses, seis, todo lo más. Ya ve que no vuelvo la espalda a la meta. Al contrario: la miro cara a cara. Cuando el prurito es muy fuerte, me rasco, pero ¿qué quiere?, la clientela tiene sus exigencias y un médico tiene que ser optimista. Mentir a los enfermos es una necesidad de nuestro oficio.

—Les mienten demasiado.

—¿Cree usted? —me dijo. Y su voz tuvo la misma dulzura de antes—. El papel de usted es menos difícil que el mío: no tiene que tratar más que con moribundos, supongo. La mayor parte de las agonías son eufóricas. En cambio, es muy diferente echar abajo, de un solo golpe, con una sola palabra, toda la esperanza de un hombre. ¡Oh! Ya sé que podría usted responderme: sus teólogos han hecho de la esperanza una virtud. Pase por esa esperanza, ya que nadie ha visto a esa divinidad de muy cerca. Pero la otra esperanza es una bestia, se lo aseguro, una bestia que habita en el interior del hombre, poderosa y feroz. Es mejor dejar que se tienda suavemente. ¡Sobre todo no hay que fallar el golpe! En tal caso, salta, muere... ¡Tienen tanta malicia los enfermos! A pesar de conocerlos, se cae un día u otro. Por ejemplo: un coronel, un hombre duro de las colonias, que me pidió que le dijera la verdad... ¡Brrr!

—Hay que morir poco a poco —balbucí—, habituándose.

—¡Tonterías! ¿Se ha habituado usted a esta clase de ejercicio?

—Por lo menos he tratado de hacerlo. Además, no me comparo a las gentes del mundo, que tienen sus ocupaciones, su familia. La vida de un pobre sacerdote como yo, no importa a nadie.

—Es posible. Pero no hace usted nada nuevo limitándose a predicar la aceptación del destino.

—Su aceptación alegre.

—¡Basta! El hombre se contempla en su alegría como en un espejo, sin reconocerse, el muy imbécil... No se goza más que a costa de uno mismo, a costa, de su propia substancia... Alegría y dolor no son más que una misma cosa.

—Lo que usted llama alegría, sin duda alguna. Pero la misión de la Iglesia es hallar justamente la fuente de los goces perdidos.

Su mirada se dulcificó como antes su voz. Por mi parte sentí un cansancio inexpresable, como si estuviera allí desde hacía muchas horas.

—Permita que me marché —exclamé.

Sacó la receta del bolsillo, pero no me la tendió. Dio un paso hacia mí y súbitamente posó la mano en mi hombro, inclinando la cabeza y parpadeando vivamente al mismo tiempo. Su rostro me recordó las visiones de la infancia...

—Después de todo —dijo—, es posible que haya que decir la verdad a gentes como usted. Vaciló antes de proseguir. Por absurdo que parezca, las palabras penetraron en mis oídos sin despertar en mi interior pensamiento alguno. Hacía veinte minutos que había entrado en aquella casa resignado, dispuesto a escuchar cualquier cosa.

Por más que la última semana pasada en Ambricourt me había dejado una inexplicable impresión de seguridad, de confianza y como una promesa de dicha, las palabras al principio tan tranquilizadoras del señor Laville no me habían causado la menor alegría. Comprendo ahora que aquella alegría fue sin duda mucho más grande de lo que pensaba, más profunda. Era aquel mismo sentimiento de libertad, de gozo, que ya había sentido en la carretera de Mezargues, pero unido a la exaltación de una impaciencia extraordinaria. Hubiera querido huir cuanto antes de aquella casa, alejarme de aquellas paredes que me ahogaban. En el momento preciso en que mi mirada parecía responder a la muda interrogación del médico, no estaba, en realidad, más que atento al vago rumor de la calle. ¡Escaparme! ¡Huir! ¡Volver a contemplar aquel cielo de invierno, tan puro, cuyos primeros celajes del amanecer había visto aquella misma mañana por la ventanilla del vagón! El señor Lavillé se equivocaba, sin duda. La luz pareció hacerse a mi alrededor. Pero antes de que hubiera acabado su frase, no era yo más que un muerto entre los vivientes.

Cáncer... cáncer de estómago... La palabra, sobre todo, me chocó. Aguardaba otra cosa... Aguardaba la tuberculosis. Me fue necesario un gran esfuerzo de atención para persuadirme de que iba a morir de un mal que se observa muy raramente en las personas de mi edad. Debí fruncir simplemente las cejas como si me enunciara un problema difícil. Estaba tan absorto que me parece que ni siquiera palidecí. La mirada del médico no abandonaba la mía y en ella me parecía leer la confianza, la simpatía y no sé qué más. Era la mirada de un amigo. Su mano volvió a apoyarse en mi hombro.

—Iremos a consultar a Grousset. Pero si he de serle franco, no creo que esa porquería pueda operarse. Y hasta me sorprende que haya podido usted vivir tanto tiempo. La masa abdominal es demasiado voluminosa y acabo de reconocerle bajo la clavícula izquierda, una prueba que por desgracia es muy segura. La evolución puede ser más o menos lenta, aunque debo decirle que a su edad...

—¿Qué tiempo de vida me da usted?

Mi voz no tembló. Pero desgraciadamente, mi sangre fría no era más que estupor. Oí claramente el chirrido de los tranvías, los campanilleos y me pareció hallarme con el pensamiento en el umbral de aquella fúnebre casa, perdiéndome entre la muchedumbre que llenaba las calles... ¡Que Dios me perdone! Pero en aquel momento no pensé en Él.

—Es muy difícil contestarle. Depende, sobre todo, de la hemorragia. Raras veces es fatal,

pero su repetición frecuente... ¿Quién sabe? Cuando le aconsejaba hace unos instantes que reanudara sus ocupaciones no trataba de engañarle. Con un poco de suerte morirá Usted de pie, como aquel famoso emperador... ¡Sólo es cuestión de moral! A menos que...

—¿A menos qué?

—Es usted tenaz..., Hubiera sido usted un buen médico. Además, prefiero informarle ahora a fondo, antes de que se dedique a hojear diccionarios. Si siente uno de estos días un dolor en la parte interna del muslo izquierdo, acompañado de un poco de fiebre, acuéstese. Esa especie de flebitis es bastante común en su caso, y de no seguir mis consejos se arriesgaría a que le acometiera embolia. Ahora, querido amigo, sabe usted tanto como yo.

Me tendió finalmente la receta, que metí maquinalmente en mi cuadernillo de notas. ¿Por qué no me marché en aquel instante? Lo ignoro. Quizá porque no pude reprimir un movimiento de cólera, de rebeldía contra aquel desconocido que acababa de disponer tranquilamente de mi vida como si fuera de su propiedad. Quizá porque estaba demasiado absorto en la absurda empresa de concordar en algunos segundos mis pensamientos, mis proyectos y hasta mis recuerdos, en fin, mi vida entera, a la nueva certidumbre que hacía de mí otro hombre. Aunque acaso fuera tan sólo que como de costumbre estaba paralizado por la timidez y no sabía cómo despedirme. Mi silencio pareció sorprender al doctor Laville. Me lo advirtió el temor de su voz.

—Sólo me queda añadir que hay por el mundo muchos enfermos que fueron condenados por los médicos a una muerte segura y que ahora son centenarios. Se dan casos de reabsorciones de tumores malignos. De todas maneras, un hombre como usted no hubiera podido ser víctima de las habladurías de Grousset, que sólo sirven para tranquilizar a los imbéciles. No existe nada más humillante que ir arrancando poco a poco la verdad a esos augures que además, en el fondo, se preocupan muy poco de lo que dicen. Vuelva usted de hoy en ocho. Le acompañaré al hospital. Hasta entonces celebre misa, confiese a sus devotos y no cambie en nada sus costumbres. Conozco bien su parroquia. Y hasta tengo un conocido en Mezargues.

Me tendió la mano. Se la cogí con el mismo aire distraído y ausente. Haga lo que haga, sé bien que jamás llegaré a comprender por qué espantoso prodigio he podido, en semejante coyuntura, olvidar el nombre de Dios. Me sentí solo, inexpresablemente solo frente a la muerte. Y aquella muerte no era más que la privación del ser, tan sólo eso. El mundo visible parecía alejarse de mí a una velocidad espantosa y con una confusión de imágenes, no fúnebres, sino todo lo contrario, luminosas y resplandecientes. ¿Será posible que haya querido tanto a esta triste vida?, me pregunté. ¿Que haya amado con tanta intensidad a las mañanas, a las noches, a los caminos?... Aquellos caminos cambiantes y misteriosos, hollados por el paso de tantos hombres. ¿Habré querido tanto a esos caminos, a nuestros caminos, a los caminos del mundo? ¿Qué niño pobre crecido entre el polvo de los caminos, no les ha confiado sus sueños? Parecen conducirles lentamente, majestuosamente hacia no sé qué mares desconocidos. ¡Oh, grandes ríos llenos de luz y de sombras que lleváis el sueño de los pobres! Creo que fue el nombre de Mezargues el que quebró así mi corazón. Mi pensamiento parecía hallarse muy lejos de *monsieur* Olivier, de nuestro paseo... No conseguía apartar la mirada del rostro del médico y de pronto me pareció que desaparecía. Tardé algunos instantes en comprender que estaba llorando.

Sí; estaba llorando. Lloraba sin un sollozo y hasta creo que sin ningún suspiro. Estaba llorando con los ojos abiertos, muy abiertos, como he visto tantas veces llorar a los moribundos. Parecía que la vida se derramara de mi ser. Me limpié los ojos con la manga de mi sotana y volví a distinguir de nuevo el rostro del médico. Tenía una indefinible

expresión, como de sorpresa, de compasión. Si se pudiera morir de repulsión, habría muerto en aquel instante. Quise huir, pero no pude. Aguardé que Dios me inspirara una palabra, una palabra de sacerdote. Hubiera pagado aquella palabra con lo que me quedaba de vida... Pero la palabra no acudió a mi mente. Deseé entonces pedir perdón. Pero no pude. Sólo me fue posible balbucear algo incoherente. Las lágrimas me ahogaban. Las sentía resbalar por mi garganta, con el sabor acre de la sangre. Y hubiera dado cualquier cosa para que lo hubieran, efectivamente, sido. ¿De dónde provenían? ¿Quién sabría decirlo? No lloraba por causa de mi enfermedad... ¡lo juro! Jamás he estado tan cerca de odiarme. No lloraba por mi muerte. Muchas veces me había despertado de niño sollozando, igual que entonces. ¿De qué sueño acababa de despertarme? ¡Ay! Había creído atravesar el mundo sin verlo, como si anduviera con los ojos bajos entre una brillante multitud, y algunas veces me había parecido que lo despreciaba. Pero en aquel instante sentía vergüenza de mí y no de él. Era como un pobre hombre que ama sin atreverse a decirlo, ni siquiera confesarse que ama. ¡Oh!... No niego que aquellas lágrimas podían ser cobardes... Pero también pienso que eran lágrimas de amor...

Finalmente, di media vuelta, salí y me hallé en la calle.

Medianoche, en casa del señor Dufrety.

¿Por qué no se me ocurriría pedirle prestados a *madame* Duploy veinte francos para pasar la noche en un hotel? Claro que anoche no me hallaba en estado de reflexionar demasiado y me dejé llevar por la desesperación al darme cuenta de que había perdido el tren. Mi pobre camarada me ha recibido, además, con bastante afabilidad.

Se me criticará, sin duda, haber aceptado, siquiera por una noche, la hospitalidad de un sacerdote cuya situación no es regular (es mucho peor que eso). El señor cura de Torcy me tratará de bobo. Y tendrá razón. Me lo repetía anoche a mí mismo al subir la escalera, tan oscura y maloliente. Permanecí algunos minutos ante la puerta de la habitación. Una tarjeta amarillenta, clavada con cuatro chinchetas, rezaba: Louis Dufrety, representante. Era horrible.

Algunas horas antes no me habría atrevido a entrar. Pero ya no estoy solo. Tengo dentro de mí esta cosa... Tiré de la campanilla con la vaga esperanza de no encontrar a nadie. Él mismo salió a abrirme. Iba en mangas de camisa, con uno de esos pantalones de algodón que nos ponemos debajo de las sotanas, y los pies, sin calcetines, metidos en unas zapatillas. Me dijo con tono agrio:

—Podías haberme avisado, tengo un despacho en la calle de Onfroy. Aquí no estoy más que de paso. La casa está desarreglada.

Lo abracé. Tuvo un acceso de tos. Yo creo que estaba más emocionado que lo que él habría querido aparentar. Los restos de la comida se hallaban todavía sobre la mesa.

—Tengo que alimentarme —prosiguió con gravedad— y tengo, por desgracia, poco apetito. ¿Te acuerdas de las judías del Seminario? Lo peor es que tengo que cocinar aquí, en la alcoba. He cogido manía al olor de grasa frita, me pone nervioso. Si copinara en otro lugar, creo que comería mucho más.

Nos sentamos uno al lado del otro; casi no le reconocía. Su cuello se había alargado más y su cabeza encima de él parecía muy pequeña, se parecía a una cabeza de ratón.

—Te agradezco que hayas venido. Si te he de ser franco, me extrañó muchísimo que contestaras a mis cartas. No eras demasiado comunicativo allá en el Seminario.

Contesté no recuerdo qué.

—Perdóname un momento —me dijo—, voy a arreglarme un poco. Hoy no lo he hecho por

la prisa, algo muy raro en mí. ¿Qué quieres? La vida activa posee un lado bueno. Pero no creas que no me preocupe del lado espiritual. Leo muchísimo, no he leído nunca tanto como ahora. Y hasta un día... Tengo ahí algunas notas muy interesantes, muy vividas. Ya volveremos a hablar sobre ello. Antes tú versificabas muy bien. Tus consejos me serán útiles.

Un momento después le vi, por la puerta entreabierta, dirigiéndose hacia la escalera, con un pote de leche en la mano. Me quedé de nuevo solo con... Dios mío, reconozco que habría escogido por mi propio grado otra muerte. Unos pulmones que se funden poco a poco, igual que unos terrones de azúcar en agua; un corazón extenuado al que debemos estimular sin cesar, o esa curiosa enfermedad del doctor Laville, cuyo nombre ya he olvidado. Me parece que la amenaza de todo esto debe de quedar un poco vaga, abstracta... En el lugar en que se detuvieron mucho rato los dedos del doctor, creo sentir... No es más que imaginación, probablemente. ¡Qué importa! A pesar de repetirme que no hay nada cambiado en mí desde hace semanas, el pensamiento de volver a mi parroquia con... esa cosa, en fin, me avergüenza, me descorazona. Ya antes estaba tentado de sentir asco de mi persona, y sé el peligro de tal sentimiento que acabaría por quitarme todo valor. Mi primer deber, al comienzo de las pruebas que me esperan, debería ser el de reconciliarme conmigo mismo.

He reflexionado mucho sobre la humillación de esta mañana, creo que se debe más bien a un error de juicio y no a la cobardía. No conservo ya el buen sentido. Es verdad que mi actitud frente a la muerte no puede pertenecer a hombres muy superiores a mí y que admiro a *monsieur* Olivier... por ejemplo, o al señor cura de Torcy. (Uno expresamente esos dos nombres.) En tal coyuntura el uno y el otro habrían conservado una especie de distinción suprema que no es más que la natural, la libertad de las grandes almas. ¡Hasta la propia señora condesa!... No ignoro que eso son cualidades mejor que virtudes y que por mucho que se hiciera, no podrían adquirirse. ¡Ay! Es necesario que haya en mí algo de eso, puesto que lo admito tanto en los demás. Es como un lenguaje que entendiera muy bien, aunque sin sentirme capaz de hablarlo. Los reveses no me corrigen. Entonces, en el momento que necesitaría todas mis fuerzas, el sentimiento de mi impotencia me oprime tan vivamente que pierdo el hilo de mi pobre valor, como un orador malo pierde el de su discurso. Esta prueba no es nueva en mí. Anteriormente me consolaba con la esperanza de cualquier acontecimiento maravilloso, imprevisible, ¿el martirio quizá? A mi edad, la muerte parece tan lejana que la experiencia cotidiana de nuestra propia mediocridad no logra aún persuadirnos. No queremos creer que tal acontecimiento no tendrá nada de extraño, que será, sin duda, ni más ni menos mediocre que nosotros, hecho a nuestra imagen, a la imagen de nuestro destino. No parece pertenecer a nuestro mundo familiar y pensamos en él como en esas regiones fabulosas cuyos nombres leemos en los libros. Me decía hace poco que mi angustia había sido la de una consecuente decepción brutal, instantánea. Lo que había creído ya perdido, más allá de los imaginarios océanos lo tenía en aquel instante delante de mí. La muerte estaba allí. Era una muerte semejante a cualquier otra y estaba seguro de que la acogería con los sentimientos de un hombre común, ordinario. No sabré morir, como tampoco he sabido regir mi persona. «Sea usted sencillo», me dicen las gentes. Y lo hago lo mejor posible. ¡Es difícil ser sencillo! Pero las gentes de mundo dicen «los sencillos» como dicen «los humildes», con la misma sonrisa indulgente. Deberían decir: los reyes.

¡Dios mío! Te lo entrego todo del mejor grado. Claro que no sé dar, doy las cosas como si me las quitaran. Lo mejor es estarme quieto. Pues si yo no sé dar, Tú sabes coger... Y, sin embargó, me habría gustado ser por una vez, tan sólo por una vez, liberal y magnífico hacia Ti.

He sentido la tentación de visitar a *monsieur* Olivier, en la rue Verte. Y hasta he llegado a ponerme en camino. Pero he vuelto a los pocos pasos. Creo que me hubiera resultado imposible ocultarle mi secreto. Claro que al tenerse que marchar dentro de dos o tres días a Marruecos, no habría tenido mi confesión gran importancia para él, pero tengo la seguridad de que aun a mi pesar, habría representado un papel y hablado un lenguaje que no es el mío. No quiero lanzar bravatas ni desafiar a nadie. Para mi persona no hay más heroísmo que carecer de él, y como las fuerzas me faltan, quisiera que mi muerte fuera insignificante, lo más insignificante posible, que no se distinguiera en nada de los demás acontecimientos de mi vida. Después de todo, a mi torpeza natural debo la amistad e indulgencia de un hombre como el cura de Torcy. ¿Es acaso indigna? ¿Proviene quizá de mi infancia? A pesar de lo severamente que me juzgo algunas veces, no he dudado nunca de que poseo espíritu de pobreza. El espíritu infantil se le parece. Pues ambas cosas no son más que una.

Me siento satisfecho de no haber vuelto a ver a *monsieur* Olivier. Y, sobre todo, siento la alegría de comenzar el primer día de mi prueba aquí, en esta habitación. Claro que ni siquiera es una habitación. Pues me han instalado una cama en el estrecho corredor donde mi amigo tiene clasificadas sus muestras de droguería. Todos los envoltorios huelen horriblemente mal. No existe una soledad más profunda que la de cierta sordidez, que cierta desolación de la sordidez. Un mechero de gas, de los llamados de mariposa, deja escapar un tenue silbido sobre mi cabeza. A medida que pasan los minutos me parece penetrar más en aquella sordidez, en aquella miseria. En otros tiempos me habría inspirado repulsión.

Pero hoy me siento satisfecho de que albergue mi desgracia un ambiente semejante. Cuando anoche, después de mi segundo síncope, me hallé en aquella cama, mi idea fue seguramente huir, huir a cualquier precio. Recordé mi caída delante del cercado de los Dumouchel. Esta vez era mucho peor. A mi mente acudió el camino hondo, la imagen de mi casa, de mi jardincillo. Creí escuchar el rumor del enorme álamo que en las noches más serenas se despierta antes del alba. Me imaginé estúpidamente que mi corazón iba a interrumpir sus latidos.

—¡No quiero morir aquí! —grité—. ¡Que me bajen, que me arrastren donde quieran, me da lo mismo!

Perdí la cabeza, pero a pesar de ello reconocí la voz de mi pobre compañero. Sonaba furiosa y temblorosa al mismo tiempo. (Discutía en el descansillo con otra persona.)

—¿Qué quieres que haga? No puedo llevarle solo y sabes que no podemos pedirle nada al portero...

Sentí en aquel instante que me acometía una intensa vergüenza y comprendí que era un cobarde.

* * *

Creo que tendré que explicarme ahora de una vez para siempre. Voy a proseguir mi relato en el punto en que lo he dejado unas páginas antes. Después de la marcha de mi compañero, me quedé solo largo rato. Oí cuchichear en el corredor y luego volvió a entrar, con el pote de leche en la mano, ruborizado y con la fatiga impresa en el rostro.

—Espero que te quedarás a comer aquí —me dijo—. Entretanto hablaremos. Quizá te lea algunas páginas... Es una especie de diario que he escrito, titulado *Mis Etapas*. Seguramente mi caso interesará a mucha gente. Es típico...

Mientras hablaba, me acometió el primer desvanecimiento. Me obligó a que bebiera un enorme vaso de vino. A los pocos instantes me hallé mucho mejor, salvo un dolor intenso a

la altura del ombligo, que fue apaciguándose poco a poco.

—¿Qué le vamos a hacer? —añadió—. Por nuestras venas corre mala sangre. Los Seminarios menores parecen ignorar los progresos de la higiene... Es espantoso. Recuerdo que un médico me dijo: son ustedes unos intelectuales infraalimentados desde la infancia. ¿No te parece que esas palabras explican muchas cosas?

No pude contener una sonrisa.

—No vayas a creer que quiero justificarme. Estoy adscrito al partido de la sinceridad. Tanto hacia los demás como conmigo mismo. A cada uno su verdad; ése es el título de una obra sorprendente y de autor muy conocido.

Transcribo exactamente sus palabras, sin añadir ni una coma. Me habrían parecido ridículas de no haber visto su rostro el signo evidente de una angustia cuya confesión no esperaba.

—De no haber sido por esta enfermedad —reanudó tras un silencio—, creo que estaría en el mismo punto que tú. He leído mucho. Y luego, al salir del sanatorio, he tenido que forjarme una situación, buscar una oportunidad. Cuestión de voluntad, de tesón, sobre todo de tesón. Seguramente opinas que no hay nada más fácil que colocar mercancías, ¿verdad? Error, grave error... Cuando se vende, ya sea drogas o minas de oro, sea Ford o un modesto representante, en realidad se trata siempre de manejar hombres. El manejo de hombres es la mejor escuela de la voluntad, y ahora sé bastante de eso. Felizmente, he franqueado ya el paso peligroso. Antes de seis semanas, mi negocio estará maduro y conoceré la dulzura de la independencia. Observa que no animo a nadie para que me siga. Hay pasos penosos, y de no haber tenido entonces, para sostenerme, el sentimiento de la responsabilidad cerca... cerca de una persona que me sacrificó la más brillante situación y a la que... Pero perdóname esta alusión al hecho que...

—Lo conozco —le dije.

—Sin... duda... Además podemos hablar objetivamente. He tomado mis disposiciones para evitarte esta noche un encuentro que...

Mi mirada parecía molestarle bastante, pues no hallaba lo que seguramente hubiera deseado leer. Delante de aquella pobre vanidad torturada sentí la impresión dolorosa experimentada algunos días antes en presencia de *mademoiselle* Louise. Era la misma impotencia para consolar, para compartir lo que fuera, la misma cerrazón del alma.

—Acostumbra a venir a esta hora. Le he rogado que pasara la noche en casa de una amiga, de una vecina...

Por encima de la mesa me tendió un brazo escuálido, lívido, que salía de una manga demasiado larga y puso su mano sobre la mía, una mano sudorosa y fría. Creo que debía estar verdaderamente emocionado, pero su mirada seguía mintiendo.

—Ella no ha representado nada en mi evolución intelectual, aunque nuestra amistad no fuera al principio más que un intercambio de puntos de vista, de juicios sobre los hombres y la vida. Desempeñaba el cargo de enfermera jefe en el sanatorio. Es una persona instruida, culta y de una educación muy por encima del término medio. Uno de sus tíos es recaudador en Rang-du-Fliers. Me he creído en el deber de cumplir la promesa que le hice allí. No vayas a creer que es un impulso, un arrebato... ¿Te extraña?

—No —le dije—. Pero me parece que haces mal fingiendo no querer a una mujer que tú mismo has escogido.

—No conocía esos sentimientos en ti.

—Escucha —proseguí—, si algún día tuviera la desgracia de faltar a los votos de mi ordenación, preferiría que fuera por el amor de una mujer que por lo que tú llamas tu evolución intelectual.

Se encogió de hombros.

—No pienso como tú —me contestó secamente—. Y permite que te diga que estás hablando de lo que ignoras. Mi evolución intelectual...

Sin duda siguió hablando, pues me queda el recuerdo vago de un monólogo que escuché sin comprender. Luego mi boca se llenó de una especie de barro espeso y el rostro de mi interlocutor se me apareció con una nitidez, con una extraordinaria precisión antes de hundirse en las tinieblas. Cuando abrí los ojos, vi que acababa de escupir aquella cosa viscosa que se me pegaba a las encías (era un coágulo de sangre), y oí seguidamente una voz de mujer. Dirigiéndose a mí, me dijo con el acento de la región de Lens:

—No se mueva, señor cura. Ya se le pasará.

Había recobrado inmediatamente el conocimiento, aliviado mucho por el vómito. Me senté en el borde de la cama y la pobre mujer quiso salir. Tuve que cogerla por el brazo.

—Le pido perdón. Me hallaba con una vecina en el otro lado del corredor, *monsieur* Louis se ha atemorizado. Ha querido ir a la farmacia Rovelle. El dueño es amigo suyo. Pero, desgraciadamente, la farmacia está cerrada por la noche y *monsieur* Louis no puede andar de prisa. Cualquier cosa le cansa. ¡Cosas de la salud! No le sobra mucha...

Para tranquilizarla, di algunos pasos por la habitación. Acabó por consentir en sentarse. Su estatura es tan baja que podría tomársela por una de esas niñas que se ven en los pueblos proletarizados y a las que sería difícil dar una edad. Su rostro no es desagradable; al contrario. Sin embargo, parece que sus facciones van a olvidarse con sólo volver la cabeza. Pero sus ojos azules deslucidos, tienen una sonrisa tan resignada, tan humil de, que parecen los ojos de una anciana, de una hilandera.

—En cuanto se encuentre usted mejor, me marcharé —prosiguió—. A *monsieur* Louis no le gustaría hallarme aquí. Se oponía a que habláramos. Al salir, me ha recomendado que le dijera que era una vecina.

Se sentó en una silla baja. Permaneció silenciosa unos instantes antes de proseguir:

—Sin duda tendrá usted un mal concepto de mí. La habitación se halla todavía sin arreglar. Todo está sucio. Salgo muy temprano para ir a trabajar... Me marchó a las cinco. Y además, como verá, no soy demasiado robusta...

—¿Es usted enfermera?

—¿Enfermera yo? Era mujer de limpieza en el sanatorio cuando encontré a mon... Sin duda le extrañará que le llame *monsieur* Louis, puesto que vivimos juntos.

Bajó la cabeza, fingiendo arreglar los pliegues de su raída falda.

—No ha vuelto a ver a ninguno de sus antiguos... de sus... en fin, de sus antiguos compañeros. Es usted el primero. Me doy cuenta de que no soy una mujer para él. Pero en el sanatorio se creyó ya curado y se forjó muchas ideas. En lo que concierne a la religión, no veo ningún mal en que fuéramos marido y mujer, pero parece ser que él había hecho una promesa, ¿no es así? Y una promesa es siempre una promesa. Pero ¡qué importa! En aquella época no podía hablarle de una cosa semejante. Tanto más, usted me perdonará, cuanto que le amaba...

Pronunció tan tristemente la última palabra, que no supe qué contestarle. Los dos enrojecimos.

—Además, existía otra razón. Un hombre instruido como él, no es demasiado fácil de cuidar. Sabe tanto o más que el médico, conoce todos los remedios, y aunque le hagan ahora un cincuenta y cinco por ciento de rebaja en la farmacia, siguen costando caras las medicinas.

—Y usted, ¿qué es lo que hace?

Vaciló un instante antes de responder.

—Soy mujer de limpieza. Lo que más cansa de mi oficio es ir de un barrio a otro.

—¿Y él, qué hace?

—Parece ser que ganará mucho dinero. Claro que ha tenido que alquilar la máquina de escribir para la oficina. Además, no puede salir demasiado a la calle. ¡Le cansa tanto hablar! Yo podría salir muy bien adelante, pero a él se le ha metido en la cabeza que tengo que instruirme...

—¿Y cuándo tiene tiempo para ello?

—Durante la tarde, la noche... Él no duerme mucho. La gente como yo, obreros al fin y al cabo, necesitamos dormir. Puede estar usted seguro de que él no lo hace adrede, ni siquiera piensa en ello. «Pero si es ya medianoche» —me dice. Quiere convertirme en una dama. Es natural que un hombre de su categoría desee eso... Dese usted cuenta... lo más seguro es que no hubiera sido una buena compañera para él, si...

Me observaba con una atención extraordinaria, como si su vida dependiera de la palabra que iba a pronunciar, del secreto que iba a confiarme. No es que no se fiara de mí, pero le faltaba valor para pronunciar ante un extraño la palabra fatal. Estaba avergonzada, más bien. Varias veces he observado en las mujeres pobres esa repugnancia, ese pudor a hablar de las enfermedades. Su rostro se ruborizó.

—Va a morir... pero él lo ignora.

No pude reprimir mi sobresalto. Su rubor se hizo más intenso.

—¡Adivino lo que está usted pensando! Vino hace poco un vicario de la parroquia, un hombre muy educado, que *monsieur* no conocía. Según él, yo era la que impedía que *monsieur* Louis se reintegrara a su deber. ¡El deber! No es cosa fácil de comprender. Estoy segura que esos señores le cuidarían mejor que yo. El piso está sucio y tampoco la alimentación es como debiera. (La calidad es buena, pero falta la variedad, y *monsieur* Louis se asquea en seguida.) Quisiera que la decisión procediera de él; sería mejor, ¿no cree usted? Supongamos que me marchó. Se creerá traicionado. Pues sin que con ello quiera ofenderle a usted, él no ignora que yo carezco de religión. Entonces...

—¿Están ustedes casados? —le pregunté.

—No, señor.

Por su rostro aleteó una sombra. De pronto pareció decidirse.

—No quiero mentirle... Fui yo quien se opuso.

—¿Porqué?

—A causa de... A causa de lo que es. Cuando dejó el sanatorio, creí que todo iría mucho mejor, que se curaría. Entonces, en el caso de que hubiera querido algún día, ¿qué sé yo...? Estaba dispuesta a no serle una molestia.

—¿Y qué pensaba él de todo eso?

—¡Oh! Nada... Creía que yo me oponía por culpa de mi tío de Rang-du-Fliers. Un antiguo cartero que posee bienes y detesta a los sacerdotes. Le hice creer que me desheredaría. Lo más divertido es que, en efecto, el viejo me deshereda. Pero por haberme quedado soltera, por haberme convertido en una concubina, como él dice. A su manera es un hambre decente y alcalde del pueblo. «Ni siquiera puedes hacer que tu cura se case contigo», me escribe. «Te has vuelto una cosa inútil.»

—Pero en cuanto... —No me atreví a terminar. Ella remató por mí la frase con una voz que a muchos hubiera parecido indiferente, pero que yo conozco muy bien y que despierta en mí muchos recuerdos. Esa voz valiente y resignada que apacigua al borracho, riñe a los niños indóciles, adormece al niño de pecho sin pañales, discute con el acreedor implacable,

implora al alguacil, tranquiliza a los agonizantes; la voz de las amas de casa, igual a través de los siglos, la voz que se enfrenta con todas las miserias del mundo...

—Cuando él muera, tendré dificultades. Antes de ir al sanatorio, fui pinche en un preventorio de niños, situado cerca de Hyeres, en el Midi. ¡No hay nada mejor que los niños! Son el mismo Dios.

—Volverá a encontrar una plaza semejante —le dije.

Ella enrojació más intensamente.

—Creo que no... Porque —no quisiera que se difundiera—, pero dicho sea entre nosotros, antes no era ya demasiado robusta. Y él me ha contagiado su dolencia.

No supe qué responder. Ella pareció molesta por mi silencio.

—Es posible que haya enfermado mucho antes —dijo con tono de disculpa—. Mi madre tampoco está muy fuerte.

—Quisiera poder ayudarla —le dije. Ella supuso que iba a ofrecerle dinero, pero después de mirarme pareció tranquilizarse y hasta sonrió.

—Desearía, si la ocasión se presentara, que le dijera algo sobre su idea de instruirme. Cuando pienso que... En fin, ya comprenderá. Para el tiempo que nos queda para pasar juntos, es muy duro... No ha tenido nunca mucha paciencia. Al fin y al cabo, es un enfermo. Pero él dice que lo hago adrede, que si quisiera podría aprender. Creo que mi enfermedad debe intervenir en esta torpeza, pues no soy tan tonta... Pero no sé qué responderle la mayor parte de las veces. Figúrese que hasta comenzó a enseñarme latín. A mí, que ni siquiera tengo un certificado de estudios. Además, cuando acabo de trabajar, la cabeza me da vueltas y no pienso más que en dormir. ¿Es que no podríamos hablar tranquilos un instante en vez de estudiar?

Agachó la cabeza y jugueteó con un anillo que llevaba en un dedo. Se dio cuenta de que yo la miraba y escondió rápidamente la mano bajo su delantal. Sentí deseos de hacerle una pregunta, pero no me atreví.

—Su vida es muy dura... —le dije—. ¿No ha llegado usted a desesperarse nunca?

Debió de creer que le tendía una celada, pues su rostro se ensombreció.

—¿No se ha sentido tentada de rebelarse alguna vez? —añadí.

—No... —me respondió—. Tan sólo, algunas veces, no llego a comprender...

—¿Y qué ocurre entonces?

—Son ideas que me asaltan cuando descanso, ideas de domingo, como las llamo. Algunas veces me acometen también cuando estoy cansada, muy cansada... ¿Pero por qué me pregunta todo esto?

—Por amistad —le contesté—. Porque en algunos momentos, yo mismo...

Su mirada no se apartaba de la mía.

—Para ser sincera, le diré que tampoco usted tiene muy buena cara, señor cura. Pues bien, cuando ya no me siento capaz de nada, cuando me duelen las piernas y el costado, voy a esconderme en un rincón completamente sola —y usted se reirá, sin duda, en vez de contarme a mí misma cosas alegres, cosas que reconforten, pienso en todas esas gentes a quienes no conozco— ¡y hay muchas en el ancho mundo! —y que arrastran una vida miserable; los mendigos que vagan bajo la lluvia, los niños perdidos, los enfermos, los locos de los manicomios que aúllan a la luna y tantos, tantos otros... Trato de unirme a ellos, de hacerme insignificante, de confundirme con sus personas... Pero no sólo de los vivos, sino también de los muertos que han sufrido y los que están por llegar y que sufrirán tanto como nosotros... «¿Para qué todo eso? ¿Para qué sufrir?», dicen todos... Y a mí me parece repetirlo con ellos, me parece oír un gran murmullo acusándome. En esos momentos

no cambiaría mi puesto por el de un millonario y me siento enteramente feliz. ¿Qué quiere usted? Me siento feliz aun a mi pesar. No trato de razonar... En eso me parezco a mi madre. «Si la mejor suerte de todas las suertes, es no tener suerte», me decía, «ya estoy servida...» Jamás la oí lamentarse. A pesar de haberse casado dos veces y las dos con borrachos. Mi padre fue el peor, un viudo con cinco hijos; auténticos diablos. Engordó de una manera increíble, toda su sangre se volvió grasa. «No hay nada más paciente que una mujer», repetía muchas veces. «No lograré descansar hasta que muera.» Un día sintió un gran dolor en el pecho, en el hombro y en el brazo que la impedía respirar. Su última noche fue terrible. Mi padre volvió borracho, como de costumbre. Ella quiso poner la cafetera al fuego y se le cayó de las manos. «¡Qué estúpida soy!», exclamó. «Llégate a casa de la vecina y pídele otra prestada. Vuelve de prisa, antes de que tu padre se despierte.» Cuando volví, estaba casi muerta. Tenía un lado del rostro ennegrecido y su lengua aparecía entre los dientes, negra también. «Tendré que tenderme... No me encuentro muy bien.» Mi padre seguía roncando en la cama. No se atrevió a despertarle. Fue a sentarse en un rincón de la cocina. «Echa ya el pedazo de tocino en la sopa», dijo. «El agua está hirviendo.» Y se murió.

No quise interrumpirla, pues comprendía muy bien que era la primera vez que explicaba tales cosas a alguien. De pronto pareció despertar de un sueño y se sintió bastante, confusa. —Creo que vuelve *monsieur* Louis... Reconozco sus pasos. Será mejor que me marche. Probablemente volverá a llamarme —añadió, sonrojándose—. Pero no le diga que he estado aquí. Se enfadaría...

Cuando mi amigo me encontró de pie tuvo un movimiento de alegría que me emocionó. —El farmacéutico tenía razón... Se ha reído de mí. Pero la verdad es que el menor síncope me inspira un gran temor. Sin duda te ha sentado mal la comida. Luego decidimos que pasaría la noche en aquella cama.

Intenté conciliar el sueño, mas no me fue posible. Pero no encendí la luz, temiendo que el silbido del mechero de gas despertara a mi amigo. Entreabrí la puerta y eché una mirada al interior de su cuarto. Estaba vacío.

No... no me arrepiento de haberme quedado. Al contrario. Y hasta me parece que el señor cura de Torcy hubiera aprobado mi decisión. En el caso de que haya sido una estupidez, espero que no me sea tenida en cuenta. Mis estupideces carecen de importancia. Nada cuenta ya...

Cierto que existían en mí muchas cosas capaces de provocar la inquietud de mis superiores. Pero es que planteábamos mal el problema. Por ejemplo, el señor deán de Blangermont tenía razón al dudar de mis medios, de mi porvenir. Claro que yo carecía de porvenir. Pero eso lo ignorábamos los dos.

Me repito que la juventud es también un don de Dios, y como todos los dones de Dios, no cabe lamentarse por él. No son realmente jóvenes más que aquellos a quienes designa para no sobrevivir a su juventud. Yo pertenezco a esa clase de hombres. Acostumbraba a preguntarme: ¿qué es lo que haré a los cincuenta o a los setenta años? Como es natural, no hallaba respuesta. Ni siquiera me imaginaba una contestación adecuada. En mí interior parecía no haber esa ancianidad latente que existe en cada hombre.

Siento la dulzura de esa seguridad. Por vez primera desde hace años, desde siempre tal vez, me parece hallarme frente a mi juventud, contemplándola sin la menor desconfianza. Me

parece reconocer su rostro, un rostro olvidado... Ella me mira también a su vez y me perdona. Abrumado por esa desmaña hereditaria que me hacía incapaz de progresar, pretendí exigir de ella lo que no podía darme, encontrándola ridícula y avergonzándome hasta de su existencia. Y ahora, cansados los dos de nuestras vanas querellas, podemos sentarnos al borde del camino y respirar un instante la gran paz de la noche donde ambos vamos a penetrar.

Me resulta también agradable decir que nadie ha pecado de excesiva severidad hacia mí, por no utilizar la gran palabra «injusticia». Rindo homenaje a las almas capaces de hallar en el sentimiento de la iniquidad de que son víctimas, un principio de fuerza y de esperanza; Pero por mucho que me esfuerce, siento que repugnaré siempre saberme causa —incluso inocente— o solamente ocasión de la falta del prójimo. Hasta en la Cruz, cumpliendo angustiosamente la perfección de su Santa Humanidad, Nuestro Señor no se hizo víctima de la injusticia: *Non scieunt quod facient*. Palabras inteligibles a los niños más pequeños, palabras que quisiéramos llamar infantiles, pero que los demonios deben repetirse desde entonces, con un temor creciente, sin comprenderlas. Cuando esperaban el rayo aniquilador, fue como una mano inocente que cerraba los pozos del abismo.

Siento una gran dicha al pensar que los reproches que he sufrido algunas veces me fueron hechos por nuestra común ignorancia de mi verdadero destino. Un hombre razonable como el señor de Blangermont se interesaba demasiado en prever lo que yo iba a ser y me reprochaba un día las faltas que iba a cometer al siguiente.

He amado ingenuamente a las almas (creo, además, que no puedo amarlas de otra manera). Y esa ingenuidad acabó por hacerse, a la larga, peligrosa para mí y para el prójimo. He resistido tan torpemente una inclinación tan natural de mi corazón, que he llegado a creerla invencible. El pensamiento de que esta lucha va a terminar por no tener más objeto, se me ha ocurrido esta mañana, pero entonces me hallaba en el punto crítico del estupor causado por la revelación del doctor Laville. Posteriormente ha ido entrando en mí poco a poco. Era al principio un hilillo límpido de agua y ahora me desborda el alma, llenándola de un raro frescor. Silencio y paz.

Claro que durante las últimas semanas, los postreros meses que Dios me conceda, durante todo el tiempo que pueda seguir sosteniendo la carga de una parroquia, trataré, como antes, de obrar con prudencia. Pero, menos preocupado por el porvenir, trabajaré tan sólo para el presente. Esa especie de trabajo me parece hecho a mi medida, de acuerdo con mi capacidad. Pues no tengo éxito más que en las cosas pequeñas y, frecuentemente probado por la inquietud, tengo que reconocer que triunfo en las minúsculas alegrías.

Este día capital ha sido como los otros: no ha finalizado con el temor, como tampoco el que comienza se abriría en la gloria. No vuelvo la espalda a la muerte, pero tampoco la afronto como sabría hacerlo seguramente *monsieur* Olivier. He tratado de elevar hacia ella la mirada más humilde que me ha sido posible, aunque no sin el secreto deseo de desarmarla, de enternecerla. Si la comparación no me pareciera tan estúpida, diría que la he contemplado como a Sulpice Mitonnet o *mademoiselle* Chantal... ¡Ay! Se necesitaría la ignorancia y la simplicidad de los niños.

Antes de saber lo que iba a ocurrir, me ha asaltado muchas veces el temor de no saber morir cuando el momento llegara. Pues la verdad es que soy horriblemente impresionable. Recuerdo unas palabras del querido doctor Delbende, ya anteriormente transcritas en este diario: «Las agonías de los monjes o las religiosas no son siempre las más resignadas». Hoy no me asalta ese escrúpulo. Comprendo muy bien que un hombre seguro de sí mismo, de su valor, desee hacer de su agonía algo perfecto, completo. Pero a falta de otra cosa mejor, la

mía será como pueda. Y nada más. Si este concepto no fuera tan audaz, diría que los más bellos poemas no valen, para un ser apasionado, lo que los balbuceos de una torpe confesión. Y reflexionando mejor, creo que ésa comparación no puede ofender a nadie, pues la agonía humana es, ante todo, un acto de amor.

Es posible que Dios quiera hacer de la mía un ejemplo, una lección. Me gustaría que despertara una emoción de piedad. ¿Por qué no? He querido mucho a los hombres y me doy cuenta de que esta tierra me era muy grata. Estoy seguro de que no moriré sin verter lágrimas. Si nada es más extraño a mí que una indiferencia estoica, ¿por qué iba a desear esa muerte de los impasibles? Los héroes de Plutarco me inspiran en su totalidad miedo y fastidio. Creo que si entrara en el Paraíso con ese disfraz, haría sonreír hasta a mi ángel guardián.

¿Por qué inquietarme? ¿Por qué tratar de prever lo que ocurrirá? Si tengo miedo, diré: tengo miedo... Sin sentir por ello ninguna vergüenza. ¡Que la primera mirada del Señor, cuando se me aparezca su Santa Faz, sea una mirada tranquilizadora!

Me he adormecido un instante, con los codos sobre la mesa. No tardará en amanecer. Hasta mis oídos llega el rumor de los carros de los lecheros.

Quisiera marcharme, sin despedirme de nadie. Desgraciadamente, me parece imposible. Aunque dejara una nota sobre la mesa prometiendo volver pronto, mi amigo no comprendería lo ocurrido.

¿Qué puedo hacer, en realidad, por él? Temo que se niegue a entrevistarse con el señor cura de Torcy, y temo más aún que éste hiera cruelmente su vanidad, arrastrándole a alguna medida absurda, desesperada, de la que es capaz su obstinación. Claro que mi maestro acabaría por triunfar a la larga, pero si esta pobre mujer ha dicho la verdad, el tiempo apremia.

Apremia también para ella... Anoche evité levantar los ojos. Creo que habría leído en mi mirada la poca seguridad que tenía en mí mismo. ¡No! No estaba muy seguro de mí. A pesar de decirme que otro provocaría la palabra que temía en lugar de esperarla, eso no me convence demasiado. «¡Márchese!», le habría dicho. «¡Márchese! ¡Deje que muera lejos de usted, reconciliado!» Ella se habría marchado. Pero sin comprender nada, sólo por obedecer una vez más el instinto de su raza, de su raza apacible destinada desde siglos al cuchillo de los degolladores. Para perderse entre la multitud con su humilde desgracia, con su rebeldía inocente que no encuentra, más que el lenguaje de la aceptación para expresarse. No creo que sea *capaz* de maldecir, pues la ignorancia incomprensible, la ignorancia sobrenatural de su corazón es de las que parece guardar un ángel. ¿No es demasiado que no haya aprendido de nadie á levantar sus ojos, sus valientes ojos hacia la Mirada de todas las Resignaciones? ¿Habría aceptado Dios de mí el don sin precio de una mano que no sabe lo que da? Pero no me he atrevido. Que el cura de Torcy haga lo que quiera.

Rezo mi rosario ante la ventana abierta, que da a un patio parecido a un oscuro pozo. Pero al alzar la mirada, me parece que sobre mi cabeza, el rincón de la muralla que da hacia el Este, comienza a reflejar cierta claridad.

Me envuelvo en la manta. No tengo frío. El dolor habitual ha cesado, pero siento deseos de

vomitara.

Si pudiera, saldría de esta casa. Me gustaría desandar, por las calles vacías, el camino recorrido esta mañana. Mi visita al doctor Laville, las horas pasadas en el cafetín de *madame Duploy*, no me han dejado más que un recuerdo borroso y cuando trato de evocar detalles precisos, siento una fatiga extraordinaria, irreprimible. La parte de mi ser que sufrió en aquellos instantes ya no existe, ya no existirá jamás. Una parte de mi alma permanece insensible, seguirá así hasta el final.

Lamento mi debilidad ante el doctor Laville. Debería de avergonzarme de no experimentar ningún remordimiento, pues, ¿qué idea se habrá forjado de un sacerdote aquel hombre tan resuelto y tan firme? ¡No importa! Todo ha terminado ya. La especie de desconfianza que tenía de mí, de mi persona, acaba de disiparse, creo que para siempre. La lucha ha terminado. No la comprendo ya. Me he reconciliado conmigo mismo, con este despojo que soy.

Odiarse es más fácil de lo que se cree. La gracia es olvidarse. Pero si todo el orgullo muriera en nosotros, la gracia de las gracias sería apenas amarse humildemente a sí mismo, como a cualquiera de los miembros dolientes de Jesucristo.

CARTA DE *MONSIEUR* LOUIS DUFRETY

AL SEÑOR CURA DE TORCY

SUMINISTROS DE DROGUERIA

Y PRODUCTOS SIMILARES

Importación y Exportación

LOUIS DUFRETY Representante

Lille, a... de febrero de 19...

Reverendo padre:

Le comunico sin tardanza los datos que me ha solicitado. Ulteriormente los completaré con un relato al que mi precario estado de salud no me ha permitido dar los últimos toques y que destino a los Cuadernos de la Juventud de Lille, revista muy modesta donde acostumbro a escribir en mis ratos perdidos. Le aseguro que recibirá un ejemplar en cuanto aparezca la edición.

La visita de mi amigo me causó gran placer. Nuestro afecto, nacido en los más hermosos años de nuestra juventud, era de los que no temen el paso del tiempo. Creo además que su intención no era prolongar su visita más allá del término necesario para una charla fraternal. Hacia las diecinueve, aproximadamente, se sintió ligeramente indisputado. Creí que era mi deber retenerle en casa. Mi piso, aunque sencillo, pareció gustarle mucho y no opuso dificultad alguna en quedarse a pasar la noche. Añadiré que, por delicadeza, yo mismo pedí hospitalidad a un amigo cuyo piso se halla cercano al mío.

Hacia las cuatro y al no poder conciliar el sueño, fui discretamente hacia su habitación, hallando a mi amigo tendido en el suelo. Le trasladamos a la cama. Aunque le prodigamos todos nuestros cuidados, temo que ese desplazamiento le fue fatal. Le acontecieron violentos vómitos de sangre. La persona que compartía entonces mi vida y que había hecho serios estudios médicos me informó sobre su estado. El diagnóstico fue de los más sombríos. Sin embargo, la hemorragia cesó. Mientras aguardábamos al médico, mi pobre amigo recobró el sentido. Gruesas gotas de sudor le caían por la frente y las mejillas, y su mirada, apenas visible a través de los párpados entreabiertos, parecían expresar una gran angustia. Comprobé que su pulso iba debilitándose cada vez más. Un vecino fue a avisar al sacerdote de guardia, vicario de la parroquia de Santa Austreberta. El agonizante me hizo comprender por gestos que deseaba su rosario, que saqué del bolsillo de su pantalón y que

estrechó amorosamente contra el pecho. Luego, pareció hacer acopio de fuerzas y con una voz casi ininteligible, me rogó que le absolviera. Su rostro estaba casi sereno y hasta sonrió. A pesar de que una justa apreciación de las cosas me obligó a no cumplimentar su deseo, con excesiva prisa, ni el humanitarismo, ni la amistad me permitieron rehusar. Para seguridad de usted, añadiré que creo haber cumplido mi deber con un sentimiento completamente puro.

Como el sacerdote tardaba, me creí obligado a expresar a mi infortunado camarada el pesar que me producía aquel retraso que estaba a punto de privarle de los consuelos que la Iglesia reserva a los moribundos. No pareció oírme, pero algunos instantes después, su mano se posó sobre la mía mientras su mirada me hacía señal de que acercara mi oído a su boca. Pronunció entonces, claramente, aunque con una extraña lentitud, estas palabras que estoy seguro de transcribir exactamente: «¡Qué más da! Todo es ya gracia.» Creo que murió inmediatamente después.

Notas

^[1] Comentando *La impostura*, a raíz de su publicación en 1927, escribía yo en la N.R.F.: «En este libro, no son los personajes quienes crean los conflictos, sino los conflictos quienes suscitan los personajes... No me asombraría que las "crisis" se le aparecieran a Bernanos incluso antes de que los personajes fuesen fijados por su imaginación.» El éxito de *La impostura* fue menor que el del *Diario de un cura rural*. ¡Pero qué singular es esto de emplear la palabra éxito para hablar de un libro de Bernanos!

En el tema del enfrentamiento de la madre y del cura, Bernanos, a través del párroco de Torcy, hace alusión a *El rehén*. Pero uno piensa más bien en la admirable escena de *El anuncio hecho a María*, donde Violaine resucita al hijo de Mara. <<



Georges Bernanos (París, 20 de febrero de 1888 - Neuilly-sur-Seine, 5 de julio de 1948) fue un novelista, ensayista y dramaturgo francés. En su primera novela, *Bajo el sol de Satanás* (1926), ya están patentes sus preocupaciones religiosas. Bernanos ahonda en la psicología del hombre donde tiene lugar el enfrentamiento entre el bien y el mal, la fe y la desesperación. Publicó, entre otros títulos, *La alegría*, *Los grandes cementerios bajo la luna* y *Diario de un cura rural* (1936).